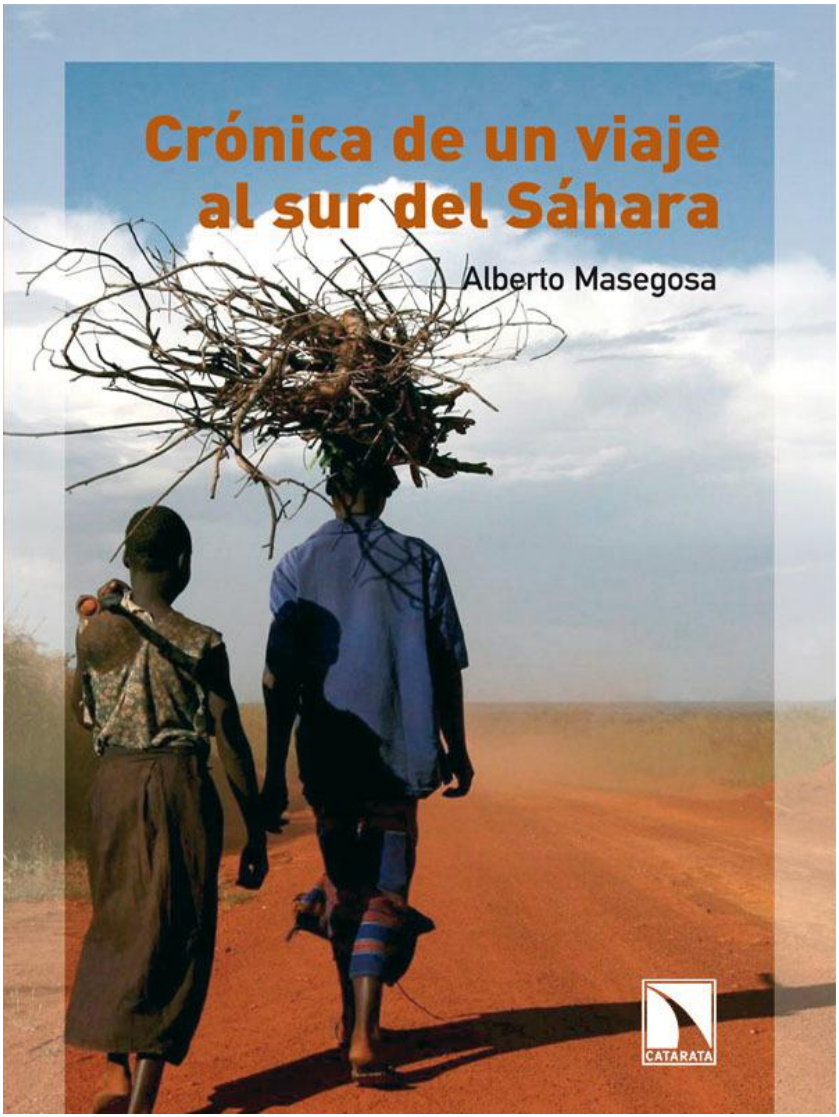
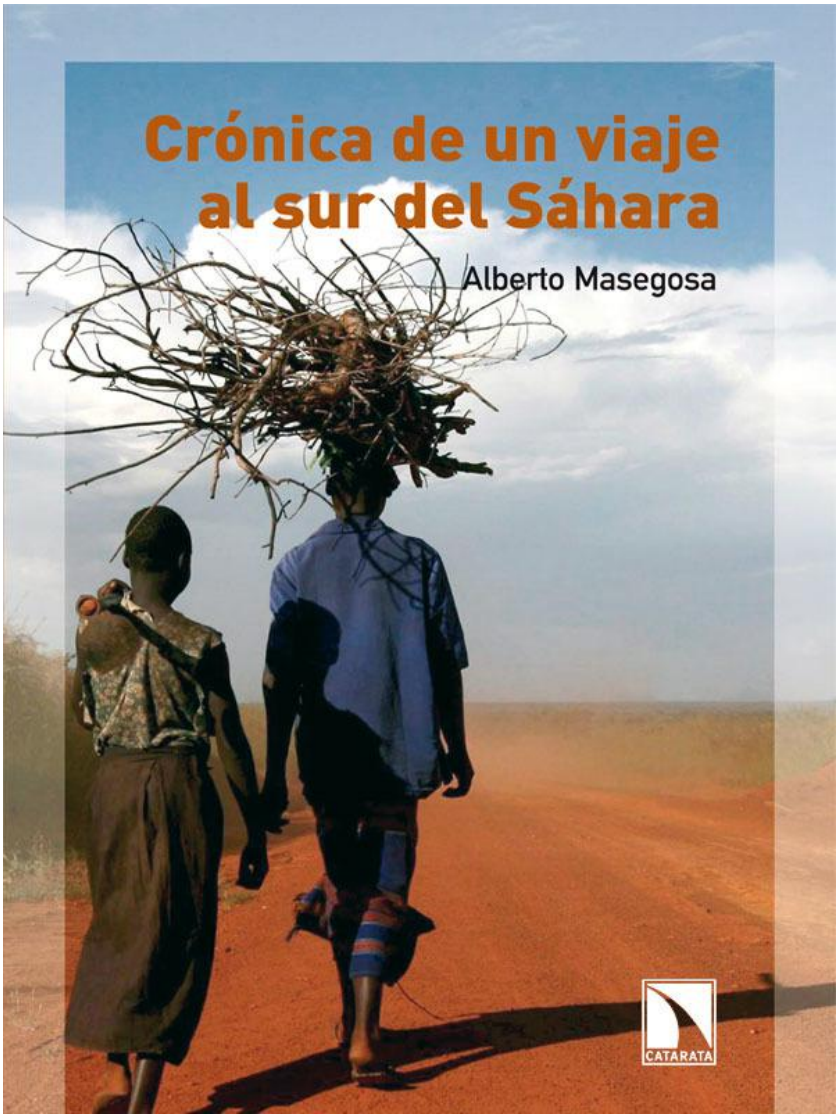
# Crónica de un viaje al sur del Sáhara

Alberto Masegosa



CATARATA


Crónica de un viaje
al sur del Sáhara
Alberto Masegosa
CATARATA

**Alberto Masegosa**

# Crónica de un viaje al sur del Sáhara

# Créditos

Alberto Masegosa

Miembro fundador en los años ochenta de la revista literaria La Mandrágora y el Pirata, lleva veinticinco años como corresponsal de la Agencia EFE en distintas partes del mundo. Ha estado destinado en París, México, Túnez, Rabat, Johannesburgo, El Cairo y Nueva York, y ha sido enviado especial en conflictos armados como los de Somalia, Sierra Leona, República Democrática del Congo, Irak y Oriente Próximo. Reside en la actualidad en Jerusalén. Es coautor de los libros La última Frontera, con Javier Valenzuela, sobre las relaciones hispano-marroquíes, y Días de Guerra, junto con Ángeles Espinosa y Antonio Baquero, sobre la invasión norteamericana de Irak.

Fotografía de cubierta: © efe

© Alberto Masegosa, 2007

© Los libros de la Catarata, 2007

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax 91 532 43 34

www.catarata.org

ISBN digital: 978-84-8319-708-0

ISBN libro en papel: 978-84-8319-318-1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

## Capítulo 1: LOS PRIMEROS ATENTADOS CONTRA OCCIDENTE AL SUR DEL SÁHARA

El Jommo Kenyatta de Nairobi era uno de los aeropuertos más frecuentados de África pero a finales de agosto de 1998 estaba desierto. Dos camiones conducidos por suicidas y repletos de explosivos se estrellaron el día 7 de aquel mes en las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania, y los visitantes que se encontraban en la región se apresuraron a abandonarla y, los que estaban por llegar, a cancelar sus reservas. La carnicería fue enorme, y de semejante tamaño la conmoción en el resto del mundo, donde se extendió el convencimiento de que eran las primeras de una serie de matanzas iguales o semejantes que iban a producirse en el mismo o en un escenario cercano.

Una circunstancia justificaba lo que parecía una intuición ciega. Se trataba de los primeros atentados contra intereses occidentales al sur del Sáhara, y el universo conocido cayó en la cuenta de lo raro de que el terrorismo hubiera alcanzado con tanto retraso el continente más pobre, inestable y turbulento, en el que vivían ochocientos millones de personas que suponían el diez por ciento de la población pero sólo aportaban el uno por ciento de la producción mundial. Una veintena de guerras se sumaban a las inundaciones, las sequías y la represión política y étnica que provocaron que diez millones de africanos hubieran huido de su país a fin de refugiarse en los vecinos y salvar el pellejo. El desplome de las estructuras del poder central avanzaba en Estados como Somalia, cuyo territorio estaba parcelado por jóvenes armados con un Kaláshnikov al hombro y un cigarrillo de droga en los labios. Veinte millones de los treinta millones de infectados con el sida habitaban en el África negra, donde hacían estragos la tuberculosis, el cólera, la poliomielitis, la lepra, la fiebre amarilla y la enfermedad del sueño, aparte de un mal que podía fulminar en veinticuatro horas, el virus ébola. Pero el caso era que la nueva lacra se desconocía en unas coordenadas en las que Occidente no había identificado rivales de entidad de los que preocuparse ni que merecieran atención. Y la obsesión global por anticipar desastres hizo el resto. Las explosiones

indiscriminadas, que ya habían comenzado también en África, debían continuar y, seguramente, pronto. Todo había ocurrido en una época alta en expectativas turísticas y, sobre todo, baja en noticias en las redacciones de prensa. Y nadie se explicaba quién había tenido la osadía.

La sorpresa había aumentado en la medida en que el país que había sufrido la mayor masacre, Kenia, era el más visitado y estaba considerado el más seguro del este de África. Kenia había sido la joya colonial británica en el área y los treinta mil colonos que la llegaron a habitar en los años cincuenta tuvieron la tentación de quedársela en propiedad. Les hizo desistir una cruenta guerra de liberación, iniciada por el movimiento Mau Mau, con visos de sociedad secreta, que pugnaba por la abolición del cristianismo y el regreso a las religiones tradicionales, que segó la vida de decenas de blancos. Pero una vez alcanzada en 1963 la independencia, tras un pacto entre cuarenta confederaciones tribales que articuló su primer presidente, Jommo Kenyatta, Kenia no había suscitado grandes problemas a Occidente. Su primera fuente de ingresos era el turismo y, como la mayoría de los países africanos, la exportación de un producto natural, en su caso, el té. Kenia encarnaba el África del tópico, que Karen Blixten había descrito en su novela Memorias de África: un destino de exóticos safaris con amaneceres y atardeceres inolvidables en extensas sabanas con solitarias acacias que desprendían un halo de aventura, misterio y libertad.

Kenia ofrecía escenas únicas, como la migración de cientos de miles de animales salvajes en la reserva de Masai Mara, donde la tribu que daba nombre al parque aún vivía en chozas levantadas con palos y excremento seco de vaca. Los masai continuaban alimentándose de la sangre fresca y la leche de su ganado, y untándose el cuerpo y la pelambrera con pomada de arcilla pestilente. Se exhibían como siempre –altivos, cubiertos sólo con una túnica y pertrechados de arcos y flechas–, aunque desde hacía poco no dejaban escapar el objetivo fotográfico ni la propina del extranjero.

En Kenia se podía asimismo admirar el monte Kilimanjaro, de nieves eternas y techo del continente, que se alzaba en el norte de la vecina Tanzania, pero muy cerca de la frontera común. O

navegar por el lago Victoria, un mar interior en el corazón de África, y disfrutar de la costa suahili, que hacía soñar a quien se hubiera prometido vacaciones en playas de arena blanca y fina como la harina, bañadas por el Índico y a la sombra de palmeras que se cimbraban al viento.

Al país no le faltaba tampoco su jardín secreto, cultivado con esmero por su segundo presidente, Daniel Arap Moi. También en eso tenía bastante de paradigma africano: era el lado oscuro del Edén que aparecía en los prospectos de las agencias de viaje.

El sucesor de Kenyatta se había hecho escribir una biografía por Andrew Morton, el biógrafo de personajes como la princesa Diana de Gales, pero en contraste con la primera mujer del heredero británico había suscitado poco morbo y, lo esencial, había aprendido pronto a sobrevivir. Antiguo maestro, Arap Moi había formado parte del Consejo Legislativo instaurado por los británicos antes de la independencia, y ocupado la Vicepresidencia durante el mandato de Kenyatta. Una vez muerto en 1978 su predecesor, asumió un poder en el que llevaba dos décadas. De hecho, a sus setenta y cinco años se había convertido en uno de los últimos representantes de la segunda generación de líderes continentales y de cierto tipo de estadista universal: déspota, corrupto, adalid de los intereses del mejor postor y un auténtico lince. Alec Russell afirmaba en su libro Grandes hombres, gente pequeña que la política de Arap Moi era un cóctel ácido en el que mezclaba las enseñanzas que extraía de su libro de cabecera, El príncipe de Maquiavelo, y de un enigmático proverbio local que decía “no despiertes a quienes están dormidos, porque entonces el sueño te atrapará a ti”.

El segundo presidente keniano solía emplear su receta antes de renovar cada uno de los cinco mandatos que llevaba en el Gobierno, pero la última vez que recurrió a ella había sido en enero de aquel año, cuando cuatreros kalenjin, su tribu, habían asesinado a un centenar de kikuyus, la etnia mayoritaria, en el distrito de Laikipia, en el centro del país. Armados con fusiles y lanzas, los asaltantes penetraron en las aldeas y dejaron a su paso un rastro de fuego. La oposición afirmó que en represalia por la falta de lealtad de los

lugareños a la gubernamental Unión Nacional Africana de Kenia (KANU).

Daniel Arap Moi, que bajo presión internacional proclamó en 1991 el multipartidismo, había anunciado que no se presentaría a las elecciones de 2002, aunque advirtió que no abandonaría las riendas del país hasta dejarlo limpio de tribalismo, corrupción y pobreza. Una ecuación tan formidable como imposible de resolver. Las entidades crediticias mundiales supeditaban sus planes de ayuda, y el envío de dinero, a la aplicación de drásticos programas de ajuste, ante los que él hacía oídos sordos. En la mejor tradición africana, prefería depositar sus esperanzas en las fuerzas invisibles. Anglicano devoto, no faltaba los domingos a los oficios en los templos, donde unas veces leía el sermón y otras lo improvisaba, tamborileando con los dedos en la empuñadura de su bastón de mando, de plata y marfil, en contraste con el de Kenyatta, un mango con cola de león. Su fervor religioso le había conducido también a visitar solícito a los heridos por la explosión en el centro de Nairobi, donde deambuló entre los escombros, rogó por el alma de los muertos y pidió resignación cristiana.

Aquel tiovivo se estaba quedando, no obstante, sin cuerda, y la obsesión global por vaticinar catástrofes había comenzado a descender, y de forma alarmante para los periodistas. Dos semanas después de los ataques no habían estallado más bombas ni las primeras revoluciones populares en Tanzania y Kenia. De nada habían servido las torturas a decenas de infelices en la estación central de la policía en la capital keniana, en busca de alguna sensacional y criminal revelación. Como antes los turistas, los enviados especiales emigraban. Y al igual que el resto de hoteles de Nairobi, el colonial Norfolk y su popular terraza callejera terminaron por vaciarse después de que el último grupo de corresponsales hubiera pagado la factura para dirigirse al aeródromo internacional de la ciudad. Su intención era viajar a Kinshasa, la capital del antiguo Zaire, rebautizado hacía poco como República Democrática del Congo (RDC), en la que una nueva rebelión se había declarado un año después de la que había derrocado a un viejo compinche de Arap Moi, aunque mucho más célebre: Mobutu Sese Seko.

“Pero el avión que va a Kinshasa, ¿sale a no?” Honoré, cámara de televisión, repetía esa frase, en tono cada vez más alto, a una diminuta e imperturbable azafata keniana, apostada tras el mostrador de Cameroon Airlines y que hacía lo imposible por aparentar que los gritos no iban con ella. Toda la preocupación de la muchacha era no cruzarse la mirada con quien pretendía ser su interlocutor, que acabó por girarse hacia la docena de periodistas que le acompañábamos en la sala de facturación, para proclamar: “¡Yo los conozco, los cameruneses no son gente seria!”

No logró mayor resultado. Como la diminuta e imperturbable azafata keniana, los colegas de Honoré estábamos resignados al destino o las exigencias del trafico aéreo, en aquel momento una sóla y misma cosa. Uno de nosotros sonrió, otro levantó los hombros y un tercero ladeó la cabeza, pero ninguno le contestamos de palabra. Honoré no vio cerca a nadie más para vocear otra vez su desazón y el juicio que le merecían los cameruneses. Así que permanecía en silencio y empezaba a morderse el labio inferior, cuando el jefe de escala de Cameroon Airlines apareció de repente y aseguró, categórico: “Lo siento, pero por motivos de seguridad no aterrizaremos en Kinshasa”. Luego, explicó: “Se trata de la capital de un país en guerra”.

El empleado de Cameroon Airlines era un hombre de mediana edad, aspecto jovial y un mostacho poblado que finalizaba en caracolillos que delataban algún ancestro europeo. Desmentía la certeza de Honoré de que los cameruneses no eran gente seria. Al menos en la tarea de pastorear a clientes a los que había visto cara de idiota. “Me parece que querían ir a Kinshasa”, aseveró con sorna, antes de añadir circunspecto, “pero no se preocupen, les ofreceremos alternativas”. A continuación se escabulló por la misma oficina por la que había surgido como una aparición, sin tiempo a réplicas.

En el fondo todos esperábamos el anuncio y nadie abrió la boca. Ni siquiera Honoré, hasta que se acercaron dos nuevos pasajeros que habían llegado en el tiempo de espera, una africana joven y esbelta, y un africano obeso y cincuentón. Ellos y el cámara de televisión eran los únicos negros del grupo, compuesto el resto de blancos, blanquitos.

–¡A que eres de Katanga! ¡A que sí! –espetó la africana a Honoré.

–Y tú, ¿cómo los sabes? –contestó el otro, con ojos como platos y en los que relució un brillo de desconfianza.

–Por tu acento. Te he escuchado gritar de lejos y con esa forma de hablar francés sólo se puede venir de esa parte del Congo.

La africana mostraba seguridad en sí misma. Su aplomo atrajo al resto de periodistas, que hicimos corro en torno a ella. Se presentó con el nombre de Skola y empezó a relatar lo que dijo que era "mi pequeña historia".

Afirmó tener nacionalidad ruandesa y ser la mujer de un oficial de las tropas de su país, que habían ayudado decisivamente a las huestes del nuevo presidente congoleño, Laurent Désiré Kabila, en la campaña militar contra Mobutu. Explicó que tras la victoria de Kabila se había quedado a vivir con su marido en Kinshasa, de donde la nueva rebelión les había obligado a huir con lo puesto. Los kinois nunca habían apreciado a los ruandeses que Kabila había traído del este y a quienes el nuevo presidente acusaba además de haberle traicionado y de tratar de asesinarle. En la capital congoleña se había iniciado una caza al ruandés, o a quien lo pareciera, y a todo lo que hubieran dejado detrás. Una vecina le había dicho por teléfono a Skola que su casa había sido la primera del saqueo. "Se han llevado todos mis zapatos, no me han dejado ni uno", se quejó la ruandesa, que se consolaba, "pero no importa, estamos reconquistando el Congo y dentro de poco recuperaremos lo que es nuestro". Y la pícara, que sabía muy bien con quién hablaba, dejó caer "vosotros seréis los testigos". Por lo que nos imaginamos hincando el diente a lo que podía desembocar en una atrocidad comparable, si no mayor, a las de Nairobi y Dar es Salam: la caída de Kabila a manos de sus antiguos aliados.

Skola continuó explicando que tras comprar en Nairobi "zapatos, porque –insistió– me los han robado todos", regresaba a Kigali, la capital ruandesa y en la que el avión de Cameroon Airlines tenía prevista una parada en su anunciada ruta a la costa atlántica, hacia Kinshasa. El relato de la esbelta africana quedó interrumpido por otra súbita aparición del jefe de escala de Cameroon Airlines: "Bueno, hay dos posibilidades", anunció. Precisó: "La primera es ir en este avión a Kigali y viajar desde allí al este del Congo, que está en poder de los rebeldes". Tras callar unos instantes, prosiguió: "Y

la segunda posibilidad es esperar a otro avión que se dirige a Brazzaville, frente a Kinshasa, y cruzar después el río en uno de los ferry que unen las dos ciudades vecinas. El río Congo". Los periodistas nos miramos con una pregunta muda en el rostro: ¿Kigali a Brazzaville? No había mucho donde elegir, pero tampoco había más opciones.

La camerunesa había sido la última compañía aérea en suspender sus vuelos a la capital del Congo. Las líneas europeas fueron las primeras y les siguieron las africanas, excepto Etiopían Airlines, que hacía dos días había claudicado, y Cameroon Airlines, que lo había hecho en aquel momento. No había, pues, forma humana de llegar directamente a Kinshasa. Ni desde Nairobi ni desde otro lugar del planeta.

Dirigimos los ojos hacia los equipajes, que parecían un macizo montañoso en lo yermo. Pocas maletas, algunas bolsas de tela y muchas cajas metálicas, cuadradas, redondas y rectangulares, en las que se adivinaban cámaras, antenas, ordenadores, teléfonos vía satélite y equipos de transmisión. El jefe de escala de Cameroon Airlines y la diminuta e imperturbable azafata keniana clavaron también la mirada en el montón de bultos, a la espera de comenzar a distribuir tarjetas de embarque hacia Kigali o Brazzaville, preparándose a repartir suerte.

Washington ya había identificado para entonces al culpable de las explosiones. No había sido otro que Osama Bin Laden, que iba camino de convertirse en la bestia negra de la cristiandad y a cuya cabeza Estados Unidos puso el precio de cinco millones de dólares. Al millonario y disidente saudita no le faltaba experiencia en el continente, en particular en el este de África. Había vivido los años anteriores en Sudán, tenía una red de apoyo en Somalia que le había servido para organizar los atentados. La eminencia gris de los ataques no era africana, había llegado de fuera de África. Se trataba de la última versión radical del Islam, el nuevo-viejo enemigo, que simplemente había elegido un campo de batalla inédito, pero que conocía bien. Pensé que lo ocurrido en Kenia y Tanzania había sido el signo de los nuevos tiempos, en los que no existían fronteras para la toma de decisiones, ni para sus consecuencias. Es decir, la entrada de África y por la puerta que le correspondía –la de los

desastres asimétricos: habían muerto doce estadounidenses y doscientos doce africanos– en la era de la globalización.

## Capítulo 2: DEL GENERAL HANON AL PRESIDENTE CLINTON

El general cartaginés Hanon había avistado las playas de África occidental en el siglo IV antes de Cristo, y el astrónomo griego Tolomeo dibujado en el I un mapa del continente con el nacimiento del Nilo; los árabes viajaron en el VI al valle del Níger, y el emperador de Mali, el africano Mansa Musa, asombró en el XII al Islam con el fasto de su peregrinaje a La Meca; los navegantes portugueses costearon África desde la Baja Edad Media, y Vasco de Gama dobló a fines del siglo XV el cabo de Buena Esperanza para circunvalar el continente; el sultán Ben Said de Omán trasladó a principios del XIX su corte a Zanzíbar, en el este africano, donde hacía tiempo que los negros eran subastados y exportados con grilletes a la península arábiga y el subcontinente indio. Pero la exploración europea de África todavía se limitaba en esa época a los ríos, las costas y las islas. Tendría que pasar otro medio siglo para que el interior de aquel territorio inhóspito, de tribus belicosas, clima insalubre y calor tórrido ingresara en la historia. Hasta ese momento permanecía aislado, entre el Sáhara y los océanos.

De la empresa se encargaron gentes que tenían poco que perder y emplearon las rutas de los esclavistas para mercadear, civilizar y cristianar. Y que terminaron peleando entre ellos. Y por la gloria de los descubrimientos y por las riquezas de que hablaban la leyenda y los libros antiguos. Causaron la admiración de sus contemporáneos, que leyeron sus relatos con pasión. La Europa romántica forjó el África romántica, y generaciones devoraron luego las novelas de aventuras de Julio Verne sobre cazadores en África, cuentos mitológicos de Henry Rider Haggard como Las minas del rey Salomón y fantasías ilustradas como Tarzán de los monos, de Edgar Rice Burroughs. En la edad del imperio de la razón y el conocimiento se descubría un horizonte que continuaba envuelto en la fábula, sin rastro de cultura escrita. Y entre ingentes reservas de oro, marfil y piedras preciosas.

El pionero fue el escocés Mungo Park, que lideró una expedición al valle del Gambia, la primera en su género. Describió e hizo

inventario de todo lo que vio y encontró: plantas, animales, tribus, poblados y montañas. Fue financiada por aristócratas de Londres, fascinados por los descubrimientos geográficos y las investigaciones científicas. Park pagó precio por su audacia. Cayó enfermo de fiebres tifoideas, cautivo de antropófagos y preso de una ambición que a punto estuvo de costarle la vida. Pero cobró el reconocimiento como premio.

Después llegaron en cascada los demás, decenas de miles de británicos, franceses, belgas, italianos, portugueses y españoles, civiles, religiosos y militares, que construyeron guarniciones, iglesias, misiones, hospitales, colegios y ciudades. En fin, los primeros alcanzaron la categoría de héroes.

Fueron eruditos como los británicos Richard Burton y John Hanning Speke, que se lanzaron a una desesperada carrera en África central para descubrir las fuentes del Nilo; periodistas, como el galés de nacimiento y apátrida de vocación Henry Morton Stanley, quien trató de emplazar el origen del gran río y atravesó en el intento África ecuatorial, del Índico al Atlántico; nobles sin fortuna, como el italo-francés Pierre Savognan de Brazza, que protagonizó con el anterior una disputa sin cuartel por la conquista del Congo; aventureros, como el judío alemán Eduard Schnitzer, que penetró en Sudán para convertirse a la religión de Mahoma y en Emin Pacha, el primer mercenario occidental en África; poetas, como el francés René Caillié, que cruzó en solitario el gran desierto en su viaje a Tombuctú, junto al Níger; financieros, como el inglés Cecil Rhodes, que soñó con construir un ferrocarril que uniera los trece mil kilómetros que separaban El Cairo, en el noreste, de El Cabo, en el extremo meridional del continente; predicadores, como David Livingston, que embarcó a su familia en un carromato para extender su fe por el Kalahari y puso el nombre de su reina a las majestuosas cataratas Victoria; sus restos descansan en la abadía de Westmister.

El viajero más ilustre de finales del siglo XX era el hombre más poderoso del mundo y también el personaje de actualidad. Bill Clinton cursó en marzo de 1998 la primera gira de un presidente norteamericano por África subsahariana desde la que en 1979 realizara Jimmy Carter. Un intervalo de casi veinte años que

reflejaba el lugar que, un siglo después de incorporarse a la cronología universal, ocupaba la región en el orden de prioridades de Occidente: el último.

Los datos corroboraban ese puesto. En los últimos diez años, el auxilio oficial a la zona se había reducido casi a la mitad, de 32 a 19 millones de dólares. La deuda regional ascendía a 180.000 millones de dólares, dieciocho veces más que tras las independencias. El Producto Nacional Bruto (PIB) había retrocedido en la mayoría de los países del área, que estaban en bancarrota. Casi todos habían registrado convulsiones populares, guerras civiles, conflictos armados y asonadas militares, de las que sólo en las Islas Comoras se contabilizaban diecinueve.

Clinton vino a pregonar que estaba dispuesto a poner fin a esa situación de olvido, a encontrar para los africanos un sitio en el nuevo espacio único, de pensamiento único y caja registradora única. Asimismo, a advertir que se habían acabado las líneas de crédito a fondo perdido, porque los números tenían de una vez que cuadrar. “A la época de la ayuda le ha venido a sustituir la del comercio”, dictaminó el presidente estadounidense, que venía a dar su decidido apoyo a “la nueva generación de líderes africanos”. Así definía el departamento de Estado a los dirigentes de la región que tenían la confianza de Washington y en todos los casos eran ex guerrilleros o antiguos soldados, de formación ideológica marxista, pero reconvertidos a la economía del mercado y que, instalados en el poder, lo ejercían con mano de hierro. Para poner orden en el desbarajuste.

El periplo comenzó en Ghana, en el oeste de África, y cuyo presidente, el ex piloto de caza bombardero Jerry Rawlings, había sido el primer representante de la nueva hornada de líderes africanos. La había inaugurado después de convertir a su país en un socio comercial fiable, cuando una década antes padecía en estado terminal la gangrena de la corrupción. Clinton fue recibido con un baño de multitudes en el estadio de la capital ghanesa, Accra, donde el entusiasmo fue tal que el presidente norteamericano, que lucía un multicolor vestido ashanti (la monarquía local), se llevó un buen acaloramiento. Durante unos segundos, para él eternos, se vio apresado por cientos de africanos sudorosos, electrizados y

empeñados en llevarle en volandas. La sangre se le subió al rostro, su sonrisa mudó en rictus de terror. Clinton daba aspavientos cuando sus guardaespaldas volvieron a poner distancia entre él y la muchedumbre.

En la siguiente etapa las cosas continuaron bien, con menos sobresaltos. Uganda era el país con mayor crecimiento económico de la región de los Grandes Lagos y su presidente, el ex líder guerrillero Youeri Museveni, el segundo representante de la nueva camada de estadistas africanos, a la que se había incorporado tras imponer un sistema sin partidos políticos. La prensa oficial de aquella democracia orgánica puso la nota de humor: "Cuidado, señor Clinton, que nuestras mujeres se contonean como gacelas pero cantan como ruiseñores", publicó el diario New Vision en vísperas de la llegada del insigne huésped, que viajaba con su mujer, Hillary. Eran los tiempos del escándalo sexual de Clinton con la becaria Monica Levinsky, y los ugandeses no comprendían bien ni mal que un asunto de faldas pudiera tambalear ningún trono, y menos el más alto.

Pese a que Clinton sólo estuvo algunas horas –y por razones de seguridad no salió del aeropuerto–, también la estancia en la vecina Kigali terminó con palmas. El presidente norteamericano prometió que no se repetiría el genocidio de 1994, cuando la comunidad internacional había contemplado, sin poder detenerlo, el exterminio en Ruanda de casi un millón de personas. Clinton dejaba satisfecho al hombre que había frenado las masacres, Paul Kagame, el tercero y más enigmático de los nuevos paladines norteamericanos en la zona. Y el presidente estadounidense partió a Sudáfrica, la potencia continental, única democracia africana homologable, donde escuchó los primeros pitos.

Todo se empezó a torcer en Ciudad del Cabo, donde le esperaban los camaradas de Bin Laden y de quienes pondrían las bombas en Tanzania y Kenia. Los integristas islámicos le recibieron con pancartas en las que le criminalizaban por el acoso a Irak tras la guerra del Golfo de 1991. Y obseso sexual por el asunto de la Levinsky, en esta ocasión sin gracejo. Muchachas con chador y rostro severo enarbolaron carteles en los que aparecían caricaturas de Clinton con cuernos y un tridente. Y en los que se leía "esconded

a vuestras hijas, que viene quien quiere echarlas a perder". El marido de Hillary tendría que encajar después críticas de otra naturaleza, de una autoridad moral del siglo XX. El presidente sudafricano, Nelson Mandela, le vino a decir que él era su amigo, pero que no por ello dejaba de serlo del líder cubano, Fidel Castro, y del libio, Muamar Gadafi, "que ofrecieron su apoyo a la lucha contra el apartheid mientras otros países –que el mito viviente africano no especificó– apoyaban al régimen racista". Para Mandela el aislamiento de Castro y Gadafi no era el modo de sacar adelante la traída y llevada globalización, de la que su invitado llegaba en calidad de profeta.

También en el África austral, lo de Botsuana fue un relajo, un remanso de paz. Clinton puso a Ketumile Masire como ejemplo de buen dirigente africano y visitó con Hillary la reserva animal de Chobe, un acreditado nido de amor desde que las estrellas de Hollywood lo utilizaran con frecuencia para lamerse las heridas de sus trifulcas conyugales. "Esto es maravilloso y sorprendente, ¡hay pájaros de todos los colores!", fue el comentario de una pareja presidencial norteamericana en estado de éxtasis.

Y la visita junto al líder senegalés, Abdou Diouf, a la isla de Gore, en la costa occidental africana, había concluido en silencio cuando se esperaba una cerrada ovación. Hermosa y maldita, la isla estaba frente a las costas de Dakar, la capital de Senegal y durante siglos había sido el punto de embarque de los esclavos que partían al otro lado del Atlántico. La esclavitud fue la primera y, durante mucho tiempo, la única forma de contacto entre los negros y el resto de la humanidad. Lo que no impedía que los descendientes de esclavos fueran la comunidad de raza negra que más había progresado. Formaban parte del nuevo mundo, donde se hacían llamar afroamericanos y eran en su mayoría votantes de Clinton, a quien le habían pedido que hiciera un acto de contrición. Su presidente glosó el aporte de la sangre africana al desarrollo de su país. Pero ni una palabra más.

Clinton vio en aquella gira a Kabila, con la intención de incorporarle a la nueva generación de líderes africanos, con los que compartía lo sustancial: el pasado insurgente, la antigua formación marxista, la mano de hierro. No en vano, el presidente

norteamericano había permitido que reemplazara a Mobutu, peón de Estados Unidos en África durante la guerra fría y cuya caída era el primer signo de que las cosas no iban a continuar igual.

El líder estadounidense y el congoleño se entrevistaron en el aeropuerto de Entebbe, a orillas del lago Victoria, durante la estancia de Clinton en Uganda. Nada se supo del contenido del encuentro, pero no debió de ir como lo previsto porque cinco meses después prendió la mecha de la segunda rebelión en el Congo. Y de la mano de quienes también encendieron la que había calcinado a Mobutu, el ugandés Museveni y el ruandés Kagame, los más combativos miembros de una generación de dirigentes africanos que estaban tutelados por Washington y a la que parecía destinado Kabila.

El jefe de escala de Cameroon Airlines y la diminuta e imperturbable azafata keniana estaban a punto de perder la paciencia cuando Honoré y la mayoría de sus compañeros decidieron que viajarían a Brazzaville. Habían llegado a la conclusión de que si tampoco viajaban los ferry a Kinshasa, siempre cabía la posibilidad de atravesar los tres kilómetros de cauce del río Congo de forma clandestina, en una patera. Fui de la opinión contraria. Me dio escalofríos pensar en cómo tratarían en Kinshasa a un grupo de periodistas que desembarcaban ilegalmente. Preferí seguir el viaje hasta Kigali y entrar por el este del país, en poder de los rebeldes. Confié en que me recibirían mejor.

Me separé de Honoré con una despedida que tenía más de voluntad que de premonición: “Nos vemos en Kinshasa”. Y me arrimé a los que iban a ser mis nuevos compañeros de viaje, la joven y esbelta Skola, y el africano cincuentón y obeso. Con ellos pasé el control de pasaportes y me senté en la sala de embarque, donde había pocos blancos más. Como casi siempre en África, llevaban la civilización, el cristianismo y/o el comercio como banderas. Por una vez, en el pasaje no había turistas.

Un hombre de negocios estaba ensimismado en la pantalla de su ordenador, abierto sobre las rodillas. Llevaba traje y maletín, tenía aspecto de aquilatar experiencia en la faena de firmar contratos

millonarios. Muchos como él se podían ver en los aeropuertos del continente, donde manejaban buena información. Conocían el sitio y el momento para cruzar fronteras aparentemente cerradas, estaban al tanto del panorama en las regiones con materias primas, elucubraban con conocimiento de causa sobre el estado de salud del último presidente al que hubieran sobornado. Ellos y sus multinacionales sabían como nadie que, en aquellas latitudes, lo sensato era hacer negocio y salir corriendo.

Tampoco faltaba un grupo con pinta de excursionistas, que en África era sinónimo prácticamente seguro de pertenecer a una ONG, una invención de nuevo cuño y empleo antiguo. Había ONG de organismos internacionales, ONG de la Iglesia o de cualquier credo religioso, ONG de instituciones financieras y entidades bancarias, ONG de partidos políticos y grupos de opinión. Tenían el pretexto de impulsar el desarrollo económico, pero servían para mantener la presión política sobre los países africanos sin implicar un compromiso directo, ésa era la novedad. Daban trabajo a decenas de miles de jóvenes blancos que constituían una nueva elite. Vivían en las mejores casas, manejaban todoterrenos, contaban con servicio de seguridad armada. Y administraban fortunas en papel moneda. Se habían convertido en apóstoles humanitarios, una especie semejante a la de los misioneros católicos, que proliferaban para hacer frente, como es habitual, al Islam y a la aparición de sectas cristianas, nuevas rivales.

En la sala de espera también había un atusado diplomático africano que paseaba con cara de alarma, tenía prisa por llegar a Kigali. “Los ruandeses niegan que estén ayudando a los rebeldes pero sabemos que están llevando en aviones soldados y más soldados para derrocar a Kabila, a quien hace un año habían puesto en el poder. Sí, los amigos de los norteamericanos entran otra vez en escena”, comentó.

Hice votos por haber acertado con la decisión de viajar a Kigali, donde se cocinaba la nueva rebelión congoleña. Pero no tenía visado de entrada en Ruanda, y pregunté a Skola si al desembarcar en Kigali podía ayudarme a conseguirlo. La esbelta africana guiñó un ojo y dijo: “No te preocupes, déjalo en mis manos”. Y ya me vi con ella en un país del que únicamente sabía que hacía cuatro años

había sido el marco de la mayor matanza de la segunda mitad del siglo XX, aunque perpetrada con pocas armas de fuego y muchas mazas, martillos y machetes. Como en los tiempos de Kurtz, el protagonista del Corazón de las tinieblas.

El relato de Joseph Conrad había sido, a finales del siglo XIX, la otra cara de la moneda de las novelas románticas de Verne, Rider Haggard y Burroughs. Narraba la historia de un agente comercial blanco que se había internado en el Congo en un viaje sólo de ida. El impacto de un mundo en ciernes le había paralizado y sumergido en un extraño proceso de involución. Al final no había cristianado, instruido ni comerciado, los nativos le habían acabado por convertir en uno de ellos. Alguien que sus coetáneos europeos no hubieran dudado en considerar un salvaje.

## Capítulo 3: EL GENOCIDIO RUANDÉS

Incluso si uno venía del páramo en que se había convertido el Jommo Kenyatta de Nairobi, el Gregoire Kabiyanda de Kigali llamaba la atención si se llegaba desde cualquier otro aeropuerto del continente. No había ajetreo ni alboroto, la gente hacía cola ante los mostradores sin trampas, empujones, gritos, risas ni protestas. Y el suelo estaba limpio como una patena. En definitiva, un poco triste, tratándose de África.

Skola cumplió su palabra. Nada más bajar del avión me dijo que esperara junto al africano cincuentón y obeso en la puerta de la comisaria del aeródromo, mientras ella arreglaba el asunto de los visados. El africano obeso y cincuentón me miró de reojo, musitó: "Me llamo Basile Diatezwa". Antes de que le hubiera contestado, añadió de corrido: "Soy congoleño y estoy en Ruanda de camino a mi país. Pero no te puedo decir a lo que voy, voy en misión secreta".

No tardó Skola en sacar un dedo a través del hueco de la puerta del despacho de la comisaria para indicarnos a Basile y a mí que entráramos a ver a la autoridad. El comisario nos preguntó que si era la primera vez que estábamos en Ruanda, que cuánto tiempo íbamos a quedarnos, que a cuento de qué veníamos, que de qué se trataba lo que traíamos a cuestas. Respondimos que era la primera vez que viajábamos a Ruanda, que estaríamos una noche porque íbamos de paso hacia el Congo, que viajábamos a ese país para ver de qué se trataba lo de la nueva rebelión congoleña, que cada uno llevábamos una bolsa y un ordenador. El oficial, que tenía a su vera a Skola, extendió entonces un cuestionario ya rellenado y que sólo tuvimos que firmar. El comisario estampó los visados en los pasaportes. El de Basile, que decía ser congoleño, era de Bélgica.

Los alrededores del Gregoire Kabiyanda eran como la propia terminal aérea, sin ruidos y un poco melancólicos. Skola nos hizo subir a un coche y entregó al chófer un papel donde había escrito el nombre del Hotel Umubano. Después pidió que bajáramos la

ventanilla. Y nos obsequió con una mueca de triunfo, de “ya os lo decía yo”. E instruyó: “Mañana, a primera hora, tenéis que estar de nuevo aquí porque salís en una avioneta que os llevará a Gisenyi, en la frontera con el Congo. La reserva está hecha, pero el billete lo pagáis vosotros. Cuando desembarquéis, pasad la aduana y estaréis en Goma, el cuartel general de los rebeldes congoleños”. La ruandesa añadió un “hasta pronto”. No la volvimos a ver.

En la travesía por la destartalada Kigali, hilé hebra con Basile. Hicimos buenas migas y enseguida hablamos de política, que se reveló la conversación favorita de mi compañero.

–Bueno, ¿me quieres decir de una vez a qué vas al Congo, a territorio rebelde?

El belga-congoleño apreció el interés por su persona.

–Llevo mucho tiempo luchando por la libertad de mi país y ahora me han llamado para ver qué puedo hacer por mis compatriotas. Bueno –corrigió–, qué podemos hacer por nuestros compatriotas.

De forma que mi Basile iba a unirse a los insurgentes. Pero los rebeldes no eran populares en el este del Congo por igual razón que en Kinshasa, porque eran aliados de los ruandeses. Y además mi compañero tenía nacionalidad belga, la misma que los antiguos colonizadores.

–Pero tú eres belga. Y a los congoleños no les gustan los rebeldes.

Basile se hizo el ofendido.

–Querido, tengo la nacionalidad belga porque no me queda otro remedio. Llevo veinte años de refugiado político en Bélgica. Pero mira mi piel. Soy bakongo, la tribu de la desembocadura del río. Fui opositor a Mobutu y ahora lo soy a Kabila, que es más o menos lo mismo –dijo tras ajustarse las gafas–. Y lo de que aún no somos populares tiene fácil arreglo. Los políticos estamos para eso, para escuchar al pueblo y, si hace falta, que cambie de opinión. Lo aprendí en Europa.

No obtuvo respuesta. Después de mucha subida y bajada por el

vaivén de colinas sobre el que se asienta Kigali, llegamos al Hotel Umubano. Acordé con Basile que cenaríamos juntos la única noche que íbamos a pasar en Ruanda, y decidí ir a conocer entretanto la parroquia de Nyamata, a treinta kilómetros al sur de Kigali y donde cuatro años antes habían comenzado las masacres. Durante el viaje por carretera me sorprendió lo que no había visto en ningún otro país africano: las mujeres con sus hijos a la espalda, los labradores con sus útiles de trabajo, los soldados con sus armas y cartucheras, desfilaban por los caminos. Hasta donde llegaba la vista, todo el movimiento del paisaje se limitaba a los senderos. En los campos de cultivo y forestas no se veía un alma.

Tutsis y hutus eran los más famosos, pero no los pobladores originarios de Ruanda. Fueron los recolectores y cazadores twa, de la familia de los pigmeos, quienes habitaban aquellas montañas rodeadas de lagos cuando por el oeste aparecieron los hutus, que pertenecían a la familia bantú, los agricultores que acabarían siendo mayoría al sur de África central. Los hutus se convirtieron en propietarios de la tierra antes de que del noreste llegaran los tutsis, ganaderos que procedían del valle del Nilo. Y que eran más bien altivos y más bien belicosos. Adoptaron el idioma, el kinyaruanda, y la monarquía, de los hutus. Se hicieron los amos en un régimen feudal donde el muami, el rey, y la nobleza, eran tutsis. Y los hutus, plebeyos.

Los primeros colonizadores fueron alemanes pero tras la derrota del káiser Guillermo en la primera guerra mundial los germanos perdieron sus posesiones africanas y Ruanda, como Burundi, pasó a depender de los belgas, que ya controlaban el enorme y vecino Congo. Los nuevos dueños bautizaron a Ruanda con el nombre de “el país de las mil colinas”, antes de hacer más y peor. Registraron a los habitantes de acuerdo con su orden social, ya que era imposible hacerlo con criterio étnico tras cuatro siglos de mestizaje. Y para contrarrestar las ansias independentistas de los denominados tutsis, los misioneros concienciaron a los llamados hutus de su superioridad numérica y del dominio al que les sometía el otro grupo. Fue poner en marcha el dispositivo de una bomba de relojería, un poderoso artefacto de fragmentación en un territorio

con doscientos setenta y dos habitantes en cada uno de sus 26.338 kilómetros cuadrados, el mayor índice de densidad de población del continente.

Bajo administración europea, en 1959 se registró el primer pogrom. Se abolió la monarquía tutsi y se produjeron las primeras matanzas por los hutus. Diez mil tutsis fueron asesinados y varios miles más huyeron del país. El primer presidente de la Ruanda independiente fue, en 1961, el hutu Gregoire Kabiyanda, que creó un partido único, de nombre inequívoco: Partido para la Emancipación del Pueblo Hutu (PARMEHUTU). Ese año se produjo una nueva persecución y en 1962 otra, y la clase antes dominante y después dominada continuó su exilio.

El general hutu Juvenal Habyarimana dio en 1973 un golpe de Estado y se convirtió en el segundo presidente ruandés, bajo el sistema del Akazu, "los de casa", que giraba en torno a su innumerable familia. Principalmente, del círculo de su esposa, Agathe Kanziga, cuya afición a los vestidos de piel de serpiente y a las gafas de sol le ganó pronto merecida reputación de bruja. Los negocios de importación y exportación, la producción agrícola e industrial, dependían de concesiones que otorgaba el Akazu, una de cuyas víctimas había sido la norteamericana Diane Foster, famosa por la película Gorilas en la niebla. La devoción de la conservacionista por los gorilas de montaña –una especie que tenía su santuario en el vértice de las fronteras de Ruanda, Uganda y el Congo–, le valió la muerte. Foster denunciaba la depredación de primates al que se libraban los cazadores contratados por el Akazu para cortar las manos de los simios, que, disecadas, servían de ceniceros en los despachos de cierta gente elegante.

Los tutsis exiliados en Uganda y Tanzania reaccionaron a finales de los ochenta, cuando crearon el Frente Patriótico Ruandés (FPR), con apoyo ugandés y que en 1990 inició sus operaciones. Eran pocos, pero bien organizados. Por lo que Habyarimana se vio obligado a firmar en agosto de 1993 en Arusha, en el norte de Tanzania, un acuerdo de transición política que permitía el regreso de los exiliados tutsis y un reparto gradual del poder. Lo que encendió de inmediato las luces de alarma de "los de casa".

Los síntomas de descontento no se hicieron esperar. Comenzaron a

circular listas de tutsis a los que asesinar, arreció la propaganda homicida. La emisora Radio Mil Colinas intercalaba insólitas cuñas entre estribillos de canciones de moda: “Los tutsis vienen”, “los tutsis quieren hacerse con el poder”, “los tutsis van a atacarnos”, “los tutsis nos odian”, “hay que acabar con los tutsis”. Ése era el ambiente cuando se produjo el atentado.

En agosto de 1998 no se sabía quién había asesinado Habyarimana y a su colega burundés, Cipryen Ntaryamira. Ni el origen exacto del ataque que les costó la vida. Según algunos testimonios, un misil tierra-aire impactó en el avión en que ambos regresaban de una cumbre en Tanzania. De acuerdo con otros, una bomba había sido colocada en el aparato antes de partir de ese país. Lo seguro era que el Mystere Falcon-50 presidencial ruandés estalló en llamas cuando el 6 de abril de 1994 se disponía aterrizar en Kigali. Y que el magnicidio fue la señal esperada.

El entorno de Habyarimana culpó a los tutsis. Organizó milicias civiles que se hacían llamar Interahamwe, “los que matan juntos”, que se unieron al ejército para tratar de cumplir el objetivo de que no quedara un tutsi vivo. De la encomienda no se libraron muchos hutus moderados. Los primeros inmolados fueron la jefa del Gobierno, Agathe Uwilingiwana, de esa etnia, y diez paracaidistas belgas que se ocupaban de su protección. Fueron torturados durante horas antes de expirar.

Diez semanas después la comunidad internacional intuyó que nunca se había matado tanto en tan poco espacio de tiempo. Y aprendió tres cosas: que los asesinos eran hutus, que la mayoría de las víctimas tutsis y que ambos grupos llevaban siglos trabados por el odio. Por primera vez desde la segunda guerra mundial, se recuperó la palabra genocidio.

Jean Ntagengwa, de sesenta años, hacía y decía con pausa. Daba tres zancadas y se detenía. Miraba después al suelo. Y sólo tras comprobar que tenía los pies bien plantados, el guardián de la parroquia de Nyamata acariciaba la visera de su gorra, extendía el brazo y empezaba lentamente a explicar: “Éste fue el principio, aquí empezó todo [...], les pusieron contra la pared y dispararon [...],

trataron de cobijarse y los despojos siguen en este lugar [...], rezaban y de un golpe cayeron".

Bajo un sol de justicia, la iglesia permanecía en la sombra. No es que los eucaliptos y bananos la protegieran de unos rayos ardientes, que abrasaban, sino que algo inexplicable mantenía en la penumbra el edificio, una construcción de ladrillo rojo, con una cruz de hierro en lo alto y donde el nueve de abril de 1994 un millar de personas había tratado de encontrar refugio. Llegaron jadeantes, con el terror impreso en el rostro. Decían que les perseguían, que los iban matar. No se equivocaban. Desde aquel día, nadie había tocado nada en el templo.

Sus ropas florecían ante el frontispicio. Jirones de camisas, pantalones, chaquetas; de colores fosforescentes, azul, verde, amarillo. En el interior, las vidrieras continuaban rotas. Las paredes, salpicadas de sangre. El altar, con una imagen de la Virgen bajo la que se esparcía un barullo de huesos, tibias, fémures, peronés, omoplatos, clavículas. Sólo las calaveras habían sido puestas en orden, juntas y colocadas en la misma dirección sobre unos tablones de madera, en una cripta cuyo interior se veía desde la nave y con bajar los ojos, a través de anchos tragaluces.

Aquella matanza había sido el inicio de una inaudita orgía asesina. Después de Nyamata, los criminales se multiplicaron en Ruanda. Kigali, Butare, Usumbura, Kitega, Nyanza, Ruhengeri, Muhinga, Gitarama, Biumba, Kibungu, Shangugu, Bulanza, ninguna población se libró de su visita. Penetraban en las casas, oficinas, escuelas, mercados. Montaron controles de carretera. Asesinaban en el acto, con ejecuciones sumarias, a razón de diez mil cada veinticuatro horas. Cientos de miles de personas participaron en una masacre que causó igual número de víctimas, cuyos restos yacían en las calles, las universidades, los centros administrativos, regando los caminos y flotando en los ríos, arrastrados por la corriente.

Pero no se puede asesinar con esa dedicación, de manera tan artesanal, y conservar el control, no queda tiempo. Bien instruidas, espoleadas por el destino que corrían sus hermanos tutsis, las columnas del FPR aprovecharon la borrachera homicida para atacar Kigali, y hacerse en junio de 1994 con el poder. Una guerrilla de diez mil hombres había derrotado a las Fuerzas Armadas Ruandesas

(FAR), compuestas por más de treinta mil soldados, dotados por Francia de armas sofisticadas y que abandonaron con impunidad el escenario del crimen. Alegando motivos humanitarios, las tropas francesas abrieron un pasillo por el que Interahamwe y las FAR escaparon al este del Congo, en la conocida como "Operación turquesa". Con ellos huyeron un millón de civiles hutu, que llevaron consigo lo que pudieron transportar a mano, en el brazo, cargado al hombro o sobre la cabeza: lámparas, televisiones, radios, libros, máquinas de escribir, mesas, sillas, puertas, ventanas. La falta de comida y salubridad sembró de cadáveres el camino del éxodo.

En el este del Congo la marea humana creó un Estado dentro de otro Estado. El antiguo Gobierno hutu mantenía su autoridad en la docena de campamentos de refugiados que se establecieron junto a la frontera. El Akazu se disponía a acabar un trabajo que había dejado a medias. En Ruanda quedaba mucho tutsi vivo.

En octubre de 1994 se registraron los primeros ataques. Columnas de las FAR y de Interahamwe atravesaban de noche la línea divisoria, masacraban y regresaban al Congo antes del alba. Contaban con el permiso de su anfitrión, el célebre Mobutu Sese Seko.

Los exiliados hutus prosiguieron en 1995 las matanzas y el nuevo Gobierno de Kigali rumió de su impotencia, a la espera de neutralizar a quienes no se habían resignado a exterminar tutsis. La ocasión se presentó en octubre de 1996, cuando se tuvo la certeza de que una metástasis consumía a Mobutu. Sin él en Kinshasa, los hutus ruandeses del este del Congo estaban perdidos. Sólo había que encontrar un recambio, Kagame se encargaría de hacerlo en Kigali con la ayuda de Musveni en Kampala, cuyo régimen también se enfrentaba a grupos rebeldes que tenían sus bases en territorio congoleño. El objetivo era elegir a un amigo que, una vez instalado en el poder en Kinshasa, no permitiera que se desestabilizaran Uganda y Ruanda desde el este del Congo. Y apareció Kabila, un antiguo opositor a Mobutu. Sólo faltaba el pretexto para ponerle al frente de una rebelión. Se encontraría en la persecución que sufrían los banyamulengues, tutsis del este del Congo a quienes Mobutu nunca había concedido la ciudadanía congoleña. Y el escenario de la conspiración sería Goma. Porque la ciudad a la que me dirigía

con Basile había sido la base del Gobierno hutu en el exilio, de la rebelión que derrocó a Mobutu, de la que trataba de hacer lo mismo con Kabila.

En Nyamata se había iniciado el genocidio ruandés y una vorágine que mantenía en vilo al planeta africano. Habían pasado largos días y largas noches hasta que los despojos humanos de la parroquia quedaron limpios de carne, pelo, piel. Pero su guardián, Jean Ngatiagema, a quien no le gustaba hablar más de lo necesario, no se había movido del sitio, donde casi un lustro después un inconfundible hedor dulzón penetraba por la nariz, atravesaba la tráquea y preñaba en el estómago, a velocidad de vértigo.

## Capítulo 4: MEJOR POBRES Y LIBRES QUE RICOS Y ESCLAVOS

“Cuando llegue a Goma lo primero que tengo que hacer es enterarme de cuántos y quiénes somos. Y de nuestra relación de fuerzas. Después escucharé lo que me tengan que decir. Y quizá dé el golpe. Porque no descarto ser el próximo presidente del Congo”.

Basile hablaba delante de cuatro botellas de cerveza Primus, tres vacías y una medio llena y que aún se le resistía en la barra del bar del último piso del Hotel Umubano. Al filo de la medianoche, Kigali se vislumbraba como un desparramo de lucecitas que tintineaban a lo lejos. Durante un rato nos habíamos entretenido en divagar sobre si los clientes que pasaban por el bebedero eran “cortos” o “largos”–es decir, hutus o tutsis–, pero aquello no daba para más porque no era tan fácil distinguirlos a simple vista y, principalmente, habíamos acabado por quedarnos solos. Un camarero de sonrisa beatífica era el único testigo de la discusión, que Basile había retomado con fuerza al calor de la buena cerveza local. La Primus parecía alumbrarle el entendimiento. Hacía un rato que Basile no paraba de hablar sobre sus planes para cuando llegara el día siguiente a Goma. Quería encontrar un lugar entre los líderes de la rebelión, pero no se conformaba con cualquier lugar. Pretendía el principal y hacía cábalas y más cábalas. Se había puesto de pie y me esforzaba por escucharle, a duras penas en equilibrio en una silla de largas patas, sin respaldo.

“Puede ser la oportunidad de mi vida, pero primero debo saber quiénes organizan la rebelión. Creo que hay mobutistas, comunistas, banyamulengues, y se trata de ir ganándomelos. Sé cómo hacerlo porque conozco a la clase política de mi país. Pero debo actuar con cautela hasta que decidamos cuál va a ser nuestro líder. Y te puedo asegurar que puedo ser yo”, explicó.

La conversación había comenzado durante la cena al aire libre en un restaurante de comida etíope, en el centro de Kigali, y donde el menú estaba compuesto de carne cocida, lentejas picantes y verduras condimentadas que se engullían en un santiamén. Las

mesas se repartían por un jardín iluminado con focos de neón y en el que un grupo de cooperantes se había quedado absorto delante de una televisión que retransmitía un partido de fútbol.

Basile me había enseñado entre plato y plato un folleto del Club Zaire 2000, una plataforma política de la oposición congoleña en el exilio. El librillo era una declaración de intenciones con el título de "Fundamento ideológico e intelectual de un Estado Moderno en el Congo". Estaba editado en Bruselas por el Instituto para la Democracia, del que Basile era vicepresidente y al que no le faltaban argumentos para corregir "los errores de la clase dirigente", resolver "las angustias del pueblo", propiciar "el despertar de la nación", impulsar "el nuevo orden nacional". Reparé en que el panfleto se había publicado en 1997 y estaba dedicado, precisamente, a Kabila.

"Es cierto que al principio le apoyamos –reconoció Basile, con la intención de disculparse–. Parecía la solución al caos del régimen de Mobutu. Yo mismo fui a entrevistarme con él cuando declaró la rebelión contra Mobutu, y la impresión no fue mala. Hace algo más de un año nos vimos en el sur, en Lubumbashi, adonde también fui desde Europa. Le di este programa. El problema es que Kabila no ha hecho caso a nadie. Quiere el poder para él solo. Es un déspota y un corrupto, igualito que su predecesor. Y para eso no merecía la pena derrocar a Mobutu".

Basile se había explayado. Contó lo mucho que le había costado abandonar su país e iniciar una nueva vida en Europa. Aseguraba que dejó el Congo por razones políticas, debido a su oposición al régimen de Mobutu y tras haber rechazado varias ofertas del antiguo dictador para que "trabajara con él, en su Gobierno". Reconocía que había tenido fortuna. La mayoría de los congoleños que se habían visto obligados a emigrar servían de fuerza de trabajo. "Gente sin educar que no representa lo que realmente somos", apuntaba. Por el contrario, él había prosperado, con el comercio, lo que demostraba que "los africanos podemos hacer dinero, como los blancos". Afirmó que tenía un almacén en los suburbios de la capital belga, en el que "trabajan más de veinte personas". "No me puedo quejar", insistió varias veces. Durante el exilio no había perdido el contacto con su país y tampoco su

vocación política.

“Como ves he venido con una maleta, como salí hace dos décadas, y sin otra intención que la de servir a mi gente”, había razonado.

Y horas más tarde, en la barra del bar del Hotel Umubano, Basile fue más explícito: “Si dios quiere que yo sea el nuevo líder, te puedo asegurar una cosa, fundaré los Estados Unidos de África. Es la solución en un mundo sin ideología. En época de bloques regionales, no hay otra”.

Los Estados Unidos de África. Hacía cuarenta años que el objetivo lo había fijado Kwame Nkrumah, padre del panafricanismo y de la independencia de Ghana, la antigua Costa de Oro británica, que en 1957 había sido el primer país africano en librarse del yugo colonial. “Dadnos el poder político y lo demás vendrá por añadidura” era el lema de Nkrumah, que se había inspirado no en otro sitio que en los Estados Unidos de América, donde estudió de joven y tuvo contacto con la doctrina de pensadores negros como Web Du Bois y Marcus Gravey. Tras setenta años de sometimiento colonial iniciado en 1885 con la Conferencia de Berlín, en la que las potencias europeas se habían repartido África, un vendaval de euforia barría el continente, donde la libertad recobrada y la perspectiva de explotar unos recursos naturales que parecían inagotables permitían todos los sueños.

“Fue una hermosa y memorable noche llena de estrellas. La multitud no dejó de cantar y bailar. Hubo concursos de belleza, carreras de bicicletas, partidos de fútbol, ceremonias religiosas en las mezquitas y las iglesias, inauguraciones de anfiteatros, de plazas y avenidas, de un monumento a los muertos”, es el relato que hizo Lansine Kambiente de la atmósfera que se respiraba en Accra la víspera de la proclamación de la independencia de la antigua Costa de Oro y de que Nkrumah pronunciara su frase, que sirvió de poderoso reclamo. La senda de Krumah sería seguida por los líderes de la liberación de otras posesiones británicas, como el keniano Jommo Kenyata, el zambio Kenneth Kaunda y el tanzano Julius Nyerere. Y francesas, como el senegalés Leopoldo Sedar Senghor, el marfileño Houphout Boigni y el guineano Sekou Toure, que había

alcanzado celebridad por su enfrentamiento con el general De Gaulle y por una frase bastante más perversa que la de Krumah: “Preferimos ser pobres y libres que ricos y esclavos”.

Eran hijos de la generación de africanos que había combatido en la segunda guerra mundial y que al concluir la contienda reclamaron los mismos derechos civiles que sus compañeros de raza blanca. Lograron que sus descendientes fueran admitidos en las universidades norteamericanas y europeas, donde se impregnaron del pensamiento igualitarista que luego aplicarían para liberar a sus países, que iban a ser gobernados por regímenes militares o partidos únicos. Excepto Liberia y Etiopía, eran Estados que heredaban las fronteras coloniales y jamás habían tenido asomo de homogeneidad histórica, cultural, social, económica, étnica o religiosa. La lengua dejada por los europeos era el denominador común en espacios políticos sin precedentes.

Los jóvenes países fundaron en 1963 en Adis Abeba la Organización para la Unidad Africana (OUA), que se dividió en Estados moderados o simpatizantes de Occidente, y progresistas o partidarios del bloque soviético. La OUA no avanzó en el proyecto unitario, pero ayudó a la independencia de territorios que continuaban bajo dominio colonial, como el español de Guinea Ecuatorial, que se liberó en 1968; los portugueses de Angola y Mozambique, que lo hicieron en 1975; la Rodhesia británica, que en 1980 se convirtió en Zimbabue; y la alemana Namibia, que hasta 1990 dependió de la Sudáfrica del apartheid.

Después de tres décadas de desarrollismo y despilfarro, las cosas no se habían puesto realmente mal hasta el fin de la guerra fría, con el desplome de la Unión Soviética. Occidente se quedó a principios de los noventa sin rival ideológico, dejó de necesitar que la región continuara en su órbita de influencia. Y soltó amarras. África negra había perdido valor estratégico. Al fin y al cabo era un embudo geográfico donde todo parecía estancado. Los índices políticos, económicos y sociales confirmaban que el continente se había convertido en laboratorio de plagas. Lo grave, era lo opuesto a un mercado seguro.

Pero de ese panorama iba a surgir la nueva clase dirigente que Clinton visitó en 1998 y tenía su emblema en el hombre que había

detenido por la fuerza de las armas el genocidio ruandés. Antes había tenido que exiliarse, era un sobreviviente.

Paul Kagame nació el 23 de octubre de 1957 en la colina Nyarutovu, en el distrito de Gitarama, en el centro de Ruanda. Su familia pertenecía a la realeza tutsi –su tía, Rosalie Gicanda, fue esposa del monarca derrocado en 1959, Mutara Rudahigwa–, y había huido a Uganda en el pogrom de 1961, cuando él tenía cuatro años. En el país de acogida, Kagame había crecido en un campamento de refugiados, donde se hizo insurgente. En 1979 se había unido a la milicia de Museveni, a la que había ayudado a derrocar en 1986 al presidente de Uganda, Milton Obote. Museveni era la avanzadilla de la penetración norteamericana en los Grandes Lagos y su amistad le proporcionó a Kagame la posibilidad de seguir en 1990 un curso militar en Estados Unidos. Cuatro años después entraba victorioso con sus tropas en Ruanda, en la que él y sus hombres parecían forasteros. Tenía 37 años pero los últimos 33 los había vivido en el exterior. Se expresaba en inglés al desconocer la lengua oficial ruandesa, el francés. Muchos de sus milicianos habían nacido en el exilio. Por primera vez ponían los pies en su país.

El líder ruandés era el prototipo de los “largos”. Alto y rectilíneo, tenía los rasgos angulosos que hicieron creer a los colonos en el origen aristocrático de los tutsis, a quienes emparentaron con los antiguos egipcios, en contraste con los hutus, los “cortos”, de formas redondeadas, vulgares para los europeos. Con bigote estrecho y cuidado, Kagame hablaba de manera monocorde, queda. Encarnaba la figura de un brillante estratega militar que se mostraba más cómodo vestido de soldado que de civil. Tenía claro quiénes eran los culpables de las matanzas. En declaraciones a Francois Missner había dicho: “En todos los países africanos había problemas, aunque en Ruanda el odio que precedió al genocidio fue institucionalizado por el poder colonial, el Estado y la Iglesia”.

Pero el tutsi era un hombre pragmático. Como había hecho su tutor Museveni en Uganda, Kagame se avino en Ruanda a cooperar con el nuevo orden internacional, a respetar las reglas del juego. Había convertido a su país en un socio que ofrecía garantías, en una de las apuestas norteamericanas en África.

El problema era que bajo su mandato Ruanda nunca podría ser un sistema democrático. Los tutsis, el nueve por ciento de la población, eran muchos menos que los hutus, el noventa por ciento de los ruandeses –el restante uno por ciento era twa–, y para gestionar el desequilibrio Kagame había instaurado un régimen parapolicial, controlado por servicios de información y que daba frutos fétidos. Más de diez mil supuestos genocidas hutus se hacinaban en las cárceles a la espera de juicio. Sus condiciones de subsistencia eran infrahumanas.

Kagame justificaba su intervención en los países fronterizos con razones de seguridad. Había peleado desde el exterior para proteger en el interior a los tutsis. En contrapartida, sus detractores le acusaban de buscar sitio sólo para su gente, ya que la densidad demográfica le obligaba a exportar población. Aludían al imperio de los tutsis, que tenían fama de arrastrar un acusado complejo de superioridad sobre los hutus, a los que habían dominado hasta la llegada de los europeos.

En contraste con la generación de Nkrumah, la de los padres de las independencias, la de Kagame no había desplazado a las potencias extranjeras sino a gobiernos instalados tras la época colonial. Su enemigo no había sido el blanco occidental, sino el negro africano, y en ese sentido la trayectoria del ruandés era espectacular, como la de Museveni. Junto con el ugandés, Kagame había formado parte de las rebeliones contra tres presidentes: el ugandés Obote, el ruandés Habyarimana y el congoleño Mobutu. Y se disponía a derrocar al cuarto, Kabila, a quien un año antes había catapultado al poder. Y a cuyo puesto se había postulado Basile.

Llevaba desde temprano llamando a la puerta de su habitación cuando mi compañero abrió, sonriente y con dos africanas, una debajo de cada brazo. Tras su encendido discurso de la noche anterior, Basile parecía pletórico de fuerzas. Sin embargo, el gesto se le encogió cuando salimos a la calle y comprobó que densas nubes cubrían el cielo de Kigali. Dijo que no era la mejor señal para embarcarse de nuevo por vía aérea.

En la puerta del Umubano esperaba Ahmed, que la víspera me llevó

en su taxi a Nyamata y esa mañana nos condujo al aeropuerto. Como la mayoría de ruandeses, Ahmed era parco en palabras. Tras mucha insistencia, terminó por confesarnos que su esposa había sido asesinada en el genocidio, pero no quiso revelar si ella era tutsi o hutu. En cuanto a él, se limitó a proclamar "mi fe inquebrantable en el Islam". "Para un musulmán, los tutsis son tan hijos de dios como los hutus", aseguró. Basile, a quien la tormenta que se avecinaba le había puesto de mal humor, frunció el ceño.

El Gregoire Kabiyanda continuaba pulcro, de una ejemplar asepsia medioambiental y poblado por jóvenes espigados que no dejaban de girar los ojos a derecha e izquierda, la policía secreta de los "largos". Como Skola nos había prometido, teníamos reserva en una avioneta que partía a las ocho de la mañana hacia Gisenyi y a la que llegamos caminando por la pista.

Era un viejo modelo de hélices que tuvo grandes dificultades para despegar. Cuando lo hizo, tomó altura entre rayos y truenos, con balanceos de funambulista en medio de una cortina de agua. Basile se santiguó, cerró los ojos y agarró el maletín a la altura del pecho, a modo de salvavidas.

Transcurrieron treinta minutos como si cada uno fuera a ser el último de la existencia. Vi de manera borrosa a través de las ventanillas que la vida se había reanudado en "el país de las mil colinas", donde comenzaba el deambular por los caminos. Me preguntaba otra vez el porqué de que nada se moviera en los alrededores, cuando distinguí un rayo de sol que había atravesado las nubes y, en el horizonte, iluminaba una superficie de plata.

Conforme nos aproximamos, la lluvia se hizo más fina, la avioneta empezó a descender y descubrí que nos dirigíamos hacia un inmenso lago que se extendía en asombrosa calma hasta donde alcanzaba la vista, rodeado de un cinturón de costas verdes.

–El lago Kivu –alguien comentó.

Avisé a Basile. Mi compañero abrió los ojos y se cercioró de que no había peligro. Después soltó el maletín, se frotó las manos y anunció: "Prepárate, vamos a aterrizar en el último residuo del Paraíso sobre la Tierra".

## Capítulo 5: El KIVU: CRUCE DE CIVILIZACIONES Y DE NIÑOS SOLDADO

El valle Rift es una vieja cicatriz de la corteza terrestre y la cuna de la humanidad. Se formó hace veinte millones de años, al separarse dos fallas de terreno y provocar una depresión de 5.000 kilómetros de longitud, que no suele aparecer en los mapas, pero atraviesa todo el este africano. Surge en el mar Rojo, desciende por el cuerno de África y, antes de cruzar la línea del Ecuador, se ensancha en dos grandes ramales que abrazan el lago Victoria y vuelven a juntarse en el hemisferio sur para desaparecer en la cuenca del Zambeze, en África austral. En su trayecto, el valle del Rift recorre llanuras, alza mesetas y encauza sistemas montañosos. Su anchura varía entre 40 y 60 kilómetros, y mientras su profundidad no supera en algunos tramos la decena de metros, en otros sobrepasa los 2.000. En la vertiente oriental de esa singular brecha del suelo fueron localizados a mediados del siglo XX los restos y trazas de los primeros homínidos.

Los hallazgos se produjeron en el Hadar, en Etiopía, donde apareció un esqueleto femenino, bautizado con el nombre de Lucy en honor a la canción de los Beatles “Lucy in the Sky with Diamonds”, que su excavador, Don Johanson, escuchó en un radiocasete la noche del descubrimiento; en los sedimentos del lago Turkana, en Kenia, campo de trabajo de los antropólogos Louis y Mary Leakey, que encontraron huellas de primates que adoptaron la postura erecta para huir de sus depredadores, alcanzar a sus presas más deprisa y utilizar las extremidades superiores para transportar y proteger la comida; en la garganta del Olduvai, en Tanzania, en la que el hijo de los anteriores, Richard Leakey –el único blanco que ha disputado la presidencia de un país negro, la Kenia de Arap Moi–, descifró el comportamiento de especies que se guarecían en cavernas, que fueron llamados australopitecos y el naturalista Charles Robert Darwin hubiera considerado “eslabones perdidos”. Esas zonas, que van a desembocar al océano Índico, son estériles, pero cuando vieron nacer al hombre, en un proceso que se inició hace seis millones de años, eran un vergel.

Al oeste, el panorama es diferente. Una gran cordillera serpentea entre los márgenes del valle Rift. Es un espinazo de origen volcánico, y una vez traspasado se extiende la enorme cuenca del Congo, una jungla tropical que es el pulmón del continente y se prolonga hasta la costa atlántica. Más de un centenar de cráteres de todos los tamaños jalonan el área. Varios continúan activos y la población los teme y venera. Otros están apagados y sirven de lecho a la constelación de los Grandes Lagos, que separan África oriental y la cuenca del Congo: el Alberto, el Eduardo, el Kivu, el Malaui y el Tanganyka, que con su fondo de 1.500 metros, los últimos 600 por debajo del nivel del mar, es el segundo más profundo del globo después del Baikel, en Siberia. Resguardan por su costado occidental al mayor de ellos, el Victoria, y se elevan entre altas planicies, tajos profundos y el macizo del Ruwenzori, las montañas de la luna de la Antigüedad, donde Tolomeo situó el nacimiento del Nilo y cuyos estratos inferiores están cubiertos de papiros y palmeras, y las laderas de bambú y una capa de musgo sobre la que crecen helechos arborescentes y flores imperecederas, que no parecen de este mundo. En plena franja ecuatorial, la cumbre permanece rodeada de glaciares y casi siempre oculta por las nubes. El pico más alto tiene 5.109 metros, pero según el viajero belga Joseph Aurelien Cornet “por encima de los 4.000, el Ruwenzori ya ofrece un paisaje sólo mineral en el que la lluvia, el granizo y la nieve caen prácticamente sin pausa”.

Una vegetación exuberante tapiza las estribaciones de la región, fértiles y donde es fácil topar con hipopótamos en los lagos y en los ríos, manadas de elefantes paciendo en la espesura y babuinos en los árboles y por todas partes. Abundan los campos de cultivo y los poblados cuyos habitantes conservan la forma de vida de sus ancestros. Las forestas dan cobijo a las últimas tribus de pigmeos, los pocos gorilas que escaparon a la depredación del Akazu y algunos de los grupos guerrilleros más sanguinarios de África y del planeta.

Las riquezas del lugar han provocado continuas corrientes migratorias e incesantes conflictos. Primero cruzaron sus caminos pueblos hamitas que venían del valle del Nilo, como los tutsis, etnias bantúes que pueblan el Congo, como los hutus, y las poblaciones suahilis de la costa del Índico. Después llegaron las

caravanas de esclavistas árabes en busca de su mercancía humana, que compraban a los caciques locales. Venían de Zanzíbar, 3.000 kilómetros al sudeste, y su estela fue seguida por los exploradores blancos en su empeño por desentrañar lo desconocido. Desde Tolomeo había la certeza de que en la zona se situaba el nacimiento del Nilo, cuyo emplazamiento se había convertido en una obsesión. Y junto a las fuentes del gran río los blancos descubrieron en el vecino Congo un "escándalo geológico": yacimientos de oro, uranio y estaño en el este, de diamantes en la zona central, de cobre, cobalto, zinc y manganeso en el sur. E inagotables reservas de los "minerales del futuro", la columbina y la tantalita, esenciales para el desarrollo de la alta tecnología –incluida la fabricación de ordenadores y la telefonía móvil–, que se explotarían en torno al Kivu, uno de los menores pero más bellos lagos del valle del Rift. Y el más alto se eleva a 1.400 metros para descansar, con la isla de Idjwi en el centro, bajo un espectacular anfiteatro de ocho volcanes con una altura superior a los 3.000 metros. Dos de ellos, el Nyamulagira y el Nyiragongo, continúan activos y, aun cuando duermen, puede verse una columna de humo que sale de su cráter y se desintegra en el cielo azul.

Según una creencia local, en el Nyamulagira se queman las almas de los condenados. Desde que el prusiano Von Goetze fuera en 1898 el primer europeo en avistarlo –también lo fue en ascender sobre el Kilimanjaro–, el Nyamulagira ha entrado en erupción en una docena de ocasiones y arrojado riadas incandescentes. Toneladas de basalto que al enfriarse se parten en esponjas gigantes y petrificadas.

El Kivu sirve de línea divisoria entre Ruanda y el Congo. En su extremo norte se encuentra Gisenyi, en territorio ruandés, y Goma, en el congoleño. Cientos de metros separan a ambas ciudades, entre las que a fines de agosto de 1998 se podía transitar a través de una línea fronteriza, levantada a orillas del lago y surcada de trincheras y alambres de espino.

Los aduaneros ruandeses dormitaban y era de imaginar que habían recibido la orden de facilitar el paso a quien quisiera saber lo que sucedía en el Congo. Y que sus aliados, los rebeldes de ese país,

estarían interesados en lo mismo. Pero la funcionaria con bata y rulos que se encargaba de autorizar la entrada en territorio congoleño hacía las cosas difíciles. Exigía sin parar dinero. El precio del visado de entrada en el Congo se había multiplicado por "el esfuerzo de guerra". De forma que había que desembolsar por el permiso de trabajo, hacer fotografías y utilizar cualquier ingenio electrónico. La mujer pedía en total quinientos dólares que iban a financiar "la segunda liberación". Se suponía que la primera era la que quince meses antes había encumbrado a Kabila. Y la segunda, la que estaba en marcha para derrocarlo. Y que ella había participado en las dos.

Tras pagar peaje, nos montamos en un taxi que esperaba junto a la frontera. El conductor era un joven de Goma que se llamaba Tonton y confesó que la guerra y la rebelión le traían al fresco, pero que al enterarse de nuestra ocupación supo lo que tenía que hacer. Anunció que primero iríamos al hotel donde estaban les correspondent. Miró a continuación a Basile e intercambió con él algunas frases en suahili, la lengua mayoritaria en el Kivu. Basile fue convincente e inmediato el entendimiento. Con deje de respeto, Tonton decidió que el congoleño tendría otro destino. "A él le llevaré a la residence presidencielle", dijo antes de arrancar el coche, que se perdió por un paisaje urbano en el que la naturaleza había trabajado tanto como el hombre.

Los belgas habían elegido el paraje por lo benigno del clima. La brisa del lago durante el día y el aire fresco que de noche baja de las montañas eran perfectos para establecer un centro de reposo. Los colonizadores levantaron residencias, con jardines de buganvillas y mimosas que sombreaban paseos al borde del lago. Había albergues como el decimonónico Hotel de los Grandes Lagos, con camareros de esmoquin y pajarita, las mangas de la camisa carcomidas, y que atendían a los clientes entre antiguos aparadores y sofás cubiertos con pieles de animales. De las paredes colgaban cabezas de búfalo disecadas junto a carteles turísticos en los que se invitaba a cazar y descansar "en la atmósfera vivificante de las selvas y playas de África". El ambiente era decrépito, pero hubo una época en que el Kivu fue la Suiza africana. Y Gisenyi y Goma, la réplica en el corazón del continente negro de balnearios de Europa. De playa, como Brigthon y Biarritz. O de montaña, como Saint

Moritz.

A espaldas de la zona residencial, una ancha avenida unía tres rotondas. En esa arteria había tiendas, farmacias, colegios, hospitales, iglesias, misiones religiosas, oficinas, edificios administrativos. Y algunos soldados, pero pocos. Casi un mes después del inicio de la guerra, la actividad era la normal y poco o nada había cambiado. A pesar de ser otra vez el corazón de una rebelión, Goma conservaba una estampa de capital de provincias que quizá nunca había perdido. Los funcionarios despachaban en construcciones coloniales con balaustradas en las que descansaban grupos de ancianos. Los usuarios esperaban frente a la casa de correos. Los cambistas ofertaban paquetes de francos congoleños por un puñado de francos franceses a los automovilistas que repostaban los depósitos de gasolina de sus coches. Nativos que habían descendido de sus aldeas vendían fetiches que habían perdido el efecto mágico: máscaras Wanyanga, con expresión de espanto, y estatuillas Warega, con aspecto de extraterrestre y cuya cabeza se frota con el vientre femenino para fecundarlo. También colmillos de león, que protegen de la mala suerte. Y puros del Kivu, hechos con hojas de tabaco duras y musculosas. Más adelante se vislumbraba lo que los franceses llaman el bordel.

En los barrios de Murara y Kibwe las chabolas habían crecido como hongos sobre las piedras volcánicas y los detritus. Estaban construidas al lado de la carretera, con hojalata y tablones de madera, y tenían el techo de uralita. Había oscuros bares y minúsculos talleres que ofrecían repuestos para automóvil, neumáticos, volantes, pedales, limpiaparabrisas, junto a tiendas con productos de alimentación y aseo, lejía, latas de sardinas, champú, barras de pan, peines, desodorante y perfumes de todos los colores. Mujeres con pañoletas en la cabeza y vestidas con telas verdes y rojas compraban zanahorias, tomates y pepinos en ínfimos puentecillos. Otras daban el pecho sentadas frente a un puchero en el que hervía fufu, una pasta de manioca que mezclaban con carne cocida que flotaba en salsas agridulces. Restaurantes callejeros se alineaban con peluquerías a la intemperie en las que se ataba al cliente una sábana en el cuello antes de raparle el pelo con navaja. Filas de escribientes permanecían delante de mesitas con máquinas de escribir. Se escuchaba música reggae y ritmos africanos que

vomitaban viejos transistores. Se respiraba olor a fritura entre un enjambre humano: chicos en bicicleta, hombres en ciclomotor, niñas con bultos en la cabeza, ciegos de la mano de adolescentes, ancianos que pedían limosna. Desfilaban por el arcén, donde se amontonaba la basura y las bolsas de plástico y papel entre las que exploraban los hocicos, picos y morros de cientos de cabras, pollos y puercos.

En medio de todo ello se elevaba un edificio que, igual que las chabolas, parecía haber surgido de un día para otro, como un champiñón, sobre las placas tectónicas. Era de color blanco y estaba a medio construir. En un cartel colgado en la entrada se leía "Hotel La Frontiere", la guarida de les correspondent, donde dejé mis bártulos para volver a unirme a Tonton y Basile y continuar la ruta por la carretera que bordeaba el lago. Tras salir de Goma y recorrer unos seis kilómetros, nos paramos ante un amplio condominio con un primoroso jardín de flores exóticas bañado por el Kivu. Una mansión de dos pisos era la edificación central, detrás de puertas de hierro forjado en las que hacía guardia un grupo de guerrilleros. El comandante, un gigante de dos metros de altura, nos recibió con los brazos abiertos, como a amigos de toda la vida.

Tonton anunció que habíamos llegado a la residence presidencielle. Dijo que había sido el alojamiento de Mobutu durante sus estancias en Goma, pero que el último inquilino había sido su verdugo y nuevo mandamás en Kinshasa.

Laurent Désiré Kabila vestía uniforme paramilitar, gorra de la firma Marbella y zapatos de piel de reptil; y no era para menos: quince meses antes, el 30 de octubre de 1996, Kabila se instalaba en la residence presidencielle y presentaba de esa guisa ante la prensa internacional y algunos avezados hombres de negocios la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación de Congo (AFDLC).

Se trataba de una coalición de grupúsculos, fundada quince días antes en Gisenyi por Kabila, el líder banyamulengue Deocratias Bruguera –hombre de confianza de Kagame–, el jefe miliciano Kisase Ngandu, y un veterano maquis, el general Masasu. Su objetivo, derribar el régimen de Mobutu, internado en estado

terminal en una clínica de la ciudad suiza de Lausana. Ninguno de los líderes rebeldes había tenido gran relevancia en la lucha contra el moribundo, pero esta vez contaban con todo a su favor. Además del cáncer que consumía a su enemigo, disponían de la bien engrasada maquinaria de guerra de Ruanda y Uganda, la simpatía abierta o encubierta de la mayoría de cancillerías occidentales y legiones de mercenarios etíopes, eritreos y chadianos.

Dos semanas después de la fundación de la AFDLC, las huestes rebeldes tomaban Uvira y Bukavu, en el extremo meridional del lago, y hacían su entrada en Goma apoyadas por fuerzas ruandesas, que taloneaban los caminos y cuya primera preocupación fue ir a buscar a Interahamwe al campamento de refugiados hutu del Lac Vert, guarida del Gobierno genocida hutu. Pero los tutsis ruandeses se llevaron un fiasco. Los Interahamwe habían levantado el vuelo para internarse en el laberinto de la jungla. Al igual que la guarnición en Goma de las Fuerzas Armadas de Zaire (FAZ) de Mobutu, que había pillado todo lo que había podido antes de huir sin ofrecer resistencia.

El discurso que Kabila pronunció el día en que se presentó en público tuvo poco de llamativo. Apeló a la partida incondicional de Mobutu, instó a la reconciliación nacional, apostó por el liberalismo económico. Hubo algo, no obstante, que delataba una vieja carrera de agitador: proclamó la instauración de un “Gobierno provisional de comisarios”.

De etnia luba y nacido en 1939 en Manono, en la vecina Katanga, Kabila había mostrado desde siempre interés por la política. Era admirador de Patrice Lumumba, el impulsor de la independencia del Congo, asesinado en 1961. El legado ideológico de Lumumba se resumía en tres palabras: dignidad, soberanía e independencia, que habían embrujado a los congoleños. Incluido Kabila, que participó en la insurrección de 1963 en la tercera ciudad del país, Kisangani, por los partidarios del asesinado padre de la nación. De esa época databa la amistad de Kabila con Paul Kabongo, un joven revolucionario que acabaría montando en Madrid un bar de nombre Congo River. Y su encuentro con el Che Guevara, que en plena época del internacionalismo había viajado al Congo para proseguir la “revolución universal”. “Me causó una buena excelente opinión”,

escribiría en su diario el guerrillero argentino, que apreciaba “la viveza” de Kabila, “que sabe cómo tratar a su gente”. Pero la luna de miel fue corta. El Che pronto se dio cuenta de que Kabila, jefe de las operaciones militares en el sur del Kivu, se ausentaba del frente con frecuencia. Tampoco apreciaba su acusada afición “al whiskey y a las mulatas guineanas”. El Che y sus milicianos cubanos abandonaron en 1965 el Congo, desencantados y convencidos de que “la revolución congoleña se había perdido desde el principio”. No importó, Kabila acabaría ganando la suya, propia e intransferible.

El advenimiento y consolidación de Mobutu era un triunfo de Occidente y el marxista Kabila se vio obligado a echarse al monte. Huyó a Tanzania, desde la que regresó en 1967 con dieciséis partidarios y tres pistolas. Con esa dotación de hombres y armas estableció un feudo guerrillero en la región de Fizi-Baraka, en país bembe, un territorio selvático al sur del Kivu, de difícil acceso, que acotó como si fuera su dueño. Durante casi quince años permanecería bajo su control, lo gobernaría como un señor de la guerra. Creó el Partido de la Revolución, articulado en congresos populares, consejos deliberantes y comités ejecutivos, un entramado administrativo que era ficción en estado puro. Excepto a la hora de cobrar impuestos, que Kabila dirigía personalmente, así como la producción de las minas del área, que vendía en Nairobi, Dar Es Salam y Kampala. Recurrió a fuentes de financiación alternativas, como el secuestro en 1975 de tres estudiantes norteamericanos y un investigador alemán. Fueron liberados después de 77 días y de pagar un jugoso rescate. Kabila subsistió de esa manera hasta que a finales de los años setenta las tropas de Mobutu acabaron por desmantelar el feudo de Fizi-Baraka, donde Sifa Mahanya, una tutsi, le había dado a la Luminaria, apodo con el que Kabila se hacía conocer, una pareja de gemelos: Janet y Joseph.

Kabila había continuado luego con sus negocios de venta de diamantes en África oriental, antes de desaparecer. Para reaparecer a los diez años en Goma, donde aplicaría lo mucho que había aprendido. De revolucionario. Y de bandolero.

En principio Kabila era “el portavoz” de la AFDLC, pero tras presentar el programa de la organización en la residence

presidencielle, Radio Kivu se refirió a él como “el presidente”. Después de poner las cosas en su sitio, negoció con representantes de importantes empresas mineras la explotación de los yacimientos congoleños, conquistados y por conquistar. En La Odisea de Kabila, Jean-Claude Willame dice que American Mineral Field International, American Diamond Buyers y Tenke Fungurume Mining fueron los consorcios que enviaron sus agentes a Goma. Ejecutivos canadienses, hebreos y holandeses que conocían la vocación de “hombre de negocios” de Kabila, manejaban información de primera mano. Apostaban por el caballo ganador, estaban dispuestos a financiar su carrera hasta la meta.

Como en su época revolucionaria, Kabila puso énfasis en la movilización popular. La mayor parte de la tropa rebelde estaba compuesta por extranjeros, y los oficiales ruandeses y ugandeses se aprestaron a alistar a miles de congoleños. Los fueron a buscar al bordel. En muchos casos no tenían más de doce años, la mayoría eran huérfanos o menores abandonados por sus familias. Recibieron rápida instrucción y más de cuatro mil desfilaron poco después por la avenida central de Goma ante su líder, al que prometieron fidelidad eterna. Eran los kadogo, los pequeños, la guardia pretoriana de Kabila, a quien acompañarían en su campaña triunfal hacia Kinshasa.

Las tropas ruandesas y ugandesas conocían su misión. Llevarla a cabo les resultó fácil. Antes de llegar a una población, ugandeses y ruandeses informaban a las agencias de noticias que ya había caído en su poder. La información era de inmediato divulgada por las emisoras de radio, con frecuencia el único contacto con el exterior de la guarnición que defendía el enclave, donde causaba el terror. Convencidos de que iban a encontrarse con el enemigo a la vuelta de la esquina, los soldados de Mobutu sólo pensaban en violar y robar en su enloquecida fuga. Hubo aldeas que durante días permanecieron en manos de nadie. Las tropas de Mobutu se habían replegado antes de que llegaran las de Kabila.

La estrategia permitía realizar soterradamente el trabajo sucio. En su avance, ruandeses y ugandeses cumplían un segundo objetivo, barrer a los guerrilleros y desplazados hutus que encontraran en el trayecto. Medio millón de refugiados hutus regresaron entonces a

Ruanda, protegidos por organizaciones de auxilio. Pero tras el genocidio, al Congo había huido el doble. Los que faltaban huían despavoridos por la selva, sintiendo en sus nucas el aliento de los vengadores, que cuando los localizaban les obligaban a cavar fosas. Luego los ejecutaban. A la semana no era posible distinguir el osario en la jungla, donde también muchos murieron de inanición, exhaustos de correr. La campaña contra Mobutu fue un paseo. Y otro genocidio que permitió a Kabila entrar en mayo de 1997 en Kinshasa, donde sería conocido como Mzee, el viejo, el apodo que le dieron los kadogo que se le habían unido en el Kivu.

El feudo guerrillero de Fizi-Baraka se había convertido cuarenta años después en el país más grande al sur del Nilo y uno de los más ricos de África. En aquella ocasión, Kabila vestía sombrero de ala ancha, botas camperas y camisa mao, aunque ya fuera el cuidadoso afeitado de la cabeza, que brillaba como el azabache, su imagen de marca ante el mundo.

## Capítulo 6: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL AFRICANA

Tras quince meses de paréntesis, la residence presidencielle volvía a ser un trajín. Soldados y sirvientes salían y entraban sin cesar de la mansión, de cuyo techo asomaban una docena de antenas conectadas a teléfonos a través de cables que bajaban por las paredes y atravesaban los suelos de salones donde se sucedían las comunicaciones a Bruselas, Washington y París, y se recibían llamadas de muchas capitales africanas. Había cónclaves en estancias con muebles de remates dorados y mesas de mármol y cristal, cubiertas de documentos, planos y bandejas con restos de comida. Más de treinta personas se alojaban en los dormitorios del piso superior, con espléndidas vistas sobre el lago. Y el número de huéspedes no dejaba de incrementarse. El último de la lista había sido Basile, que nada más alojarse confirmó lo previsto, que los líderes de la rebelión contra Kabila, que se habían dado por nombre Reagrupación Congoleña Democrática (RDC), formaban un buen baturrillo.

Entre otros estaba el banyamulengue Deócratias Buguera, que seguía siendo hombre de confianza de Kagame y el único fundador de la Alianza de Kabila que aún podía sublevarse, ya que Ngandu había sido asesinado y el general Masasu encarcelado tras llegar a Kinshasa. También se encontraba Bizima Karaha, asimismo tutsi –él decía que congoleño, los demás que ruandés–, ex ministro de Exteriores de Kabila, que afirmaba haberse unido a la insurrección tras sufrir un emponzoñamiento. No faltaban representantes de la sociedad civil, como Arthur Zaidi Ngoma, ex funcionario de la UNESCO que hablaba algo de castellano, que había aprendido del secretario general de esa organización, Federico Mayor Zaragoza. Y paladines de la ortodoxia marxista, como Ernest Wamba Dia Wamba, catedrático de la universidad de Dar Es Salam, que simbolizaba el exilio de toda la vida y pese a su avanzada edad no carecía de ambición. A ellos se sumaban representantes de la clase política de Mobutu. Con fama de corrupto, Lunda Bululu había sido primer ministro a principios de los noventa y era en Goma la punta de lanza de quienes no se habían resignado a perder privilegios con

la llegada a Kinshasa de Kabila.

De nuevo los inductores eran los ruandeses, y los banyamulengues quienes mandaban en el terreno militar. Pero había dos diferencias respecto a la rebelión contra Mobutu. Una era que el líder no tenía ningún protagonismo. Kagame había aprendido de las desastrosas consecuencias que para él había tenido el poder absoluto concedido a Kabila. Había escarmentado y no cometería el mismo error. Los tutsis congoleños y los ex mobutistas estaban descartados por el rechazo que suscitaban, quedaban los "opositores bantúes con pedigrí" como posibles líderes del RCD. Al principio fue Zaidi Ngoma el elegido, pero duró poco en el cargo. Su tendencia a pensar por su cuenta no fue del agrado de los ruandeses, que le sustituyeron por Wamba Dia Wamba, al que reemplazaría Emile Ilunga y a quien sucedería Adolphe Onusumba. La rebelión contra Mobutu tuvo una cara pública, la de Kabila. La declarada contra Kabila no la tuvo nunca.

La otra diferencia era que los rebeldes no tenían demasiado tiempo para cumplir su propósito. Kabila había tejido una tupida red de intereses con los jefes de Estado vecinos. No le faltaba el apoyo del que había carecido Mobutu. El factor sorpresa era primordial para descabalgarle.

Los rebeldes trataron de asesinarle el 2 de agosto de 1998, pero el complot urdido en Kinshasa había fracasado, por lo que pusieron en práctica el plan B. Dos días después del intento de magnicidio, se sublevó la guarnición de Goma, en cuyo aeropuerto el general ruandés James Kabarehe requisó tres aviones privados. Tras embarcar a 400 soldados y hacer una escala en Kigali para abastecerse de armas y carburante, la flotilla había atravesado el inmenso territorio congoleño y vomitado la tropa en la base de Kittona, que los colonos belgas habían construido 600 kilómetros al sur de Kinshasa. Kabarehe, que había dirigido la campaña contra Mobutu, sabía que en Kittona permanecían más de 3.000 soldados mobutistas que estaban siendo "reeducados". Se hizo con el control de la base y no tuvo dificultad para convencerlos de que se unieran a la rebelión. Después tendió un puente aéreo con el aeropuerto de Goma, donde cientos de soldados eran embarcados a diario para emprender la marcha a partir de Kittona y sumarse al asedio de

Kinshasa.

Jean Pierre Ondekane, ex oficial mobustista que también había seguido sin éxito cursos de reeducación kabilista y recibido como esposa a una tutsi al ser nombrado “comandante en jefe” de los rebeldes, me aseguró en la residence presidencielle que “nuestras tropas están a menos de un centenar de kilómetros de la capital”. Sobre lo que tardarían en llegar a Kinshasa contestó que “lo que necesiten en cubrir a pie esa distancia. Habida cuenta de que encontramos resistencia, dos o tres días”.

Al salir de la residence presidencielle aquel día vi una larga fila de camiones que se dirigían al aeropuerto de Goma. Transportaban a decenas de nuevos kadogo, con cintas en la frente y pulseras claveteadas en las muñecas. Permanecían sentados con las armas entre las rodillas, fumando marihuana. Entonaban canciones de guerra: “Vamos a Kinshasa a devorar el cadáver de Kabila”. En el aeropuerto embarcaban en cargueros que partían a Kittona. A la caída de la tarde, cuando la silueta roja del Nyamulagiro se recorta con mayor nitidez en el cielo del Kivu.

La mañana siguiente los vecinos salieron temprano de sus casas y se afanaron por agruparse tras carteles en que se había escrito “asociación de funcionarios del transporte”, “club de amas de casas”, “gremio de artesanos”. Atendían órdenes de instructores que daban la señal para que los grupos se dirigieran en formación al centro de Goma. La cita era en la avenida donde los kadogo habían desfilado por primera vez ante Kabila. En esta nueva ocasión se les había prometido una fiesta popular.

Al arribar al punto de encuentro, el gentío se alineaba a ambos lados de la avenida, enjugándose el sudor. Un grupo de música amenizaba el entreacto, junto a tres bailarines con movimientos de autómatas, y un lisiado con las piernas cercenadas y que hacía de forzudo y malabarista. Andaba con las manos, elevaba los muñones, giraba en redondo sobre el cráneo, como una peonza, ante un estrado cubierto por un toldo y que a primera hora de la tarde fue ocupado por los líderes de la rebelión.

Llegaron en vehículos militares, que los dejaron a un centenar de metros del palco. Recorrieron andando esa distancia, escoltados por soldados ruandeses. Se habían puesto traje y corbata, caminaban sin prisa, a la espera de una reacción de la muchedumbre, que por primera vez les podía ver de cerca. No se produjo ninguna reacción, nada rompió el silencio.

Un introductor de ceremonias los presentó a través de altavoces: "Con nosotros está el señor Wamba Dia Wamba, el señor Zahidi Ngoma, el señor Lunda Bululu". Calló para que sonaran algunos aplausos. "Y nuestros hermanos, los señores Deocratias Buguera y Bizima Karaha".

Esos dos nombres levantaron un murmullo que desprendía veneno mortal. Duró veinte segundos en los que Buguera y Karaha continuaron como si tal cosa. Sabían de antemano lo que ocurriría cuando la población de Goma constatara que los tutsis estaban también al mando de la nueva insurrección.

El veterano Wamba Dia Wamba, que ya había sustituido a Zahidi Ngoma como líder rebelde, tomó la palabra. El viejo profesor leyó un manifiesto largo, tedioso: "Todos apoyamos la primera liberación, que venía a poner fin a la dictadura de Mobutu, pero Kabila nos ha traicionado, ha instigado de nuevo el odio étnico... y la corrupción vuelve a ser rampante en Kinshasa... por eso nos hemos sublevado y puesto en marcha la segunda liberación... y otra vez el primero en sublevarse ha sido el Kivu".

Sonaron otra vez las palmas y, sin solución de continuidad, el introductor de ceremonias dio por finalizado el acto. Wamba Dia Wamba, Zahidi Ngoma y Lunda Bululu, seguidos de Deocratias Buguera y Bizima Karaha, emprendieron la retirada. Y al perderse de vista en dirección a la residence presidencielle se produjo una repentina explosión de júbilo, la fiesta prometida. El gentío se puso a bailar, a cantar, la música atronó.

"El problema es que siempre se han creído más guapos, más listos, más fuertes". Tonton pensaba en voz alta mientras manejaba el volante con el dedo meñique, de regreso al Hotel La Frontiere. Cuando llegamos, Tonton hizo un gesto de rabia y concluyó: "Y no es verdad que los tutsis sean mejores que los bantúes. Somos tan

buenos como ellos. Sólo esperamos la oportunidad de demostrarlo".

La voz de Moise Nyarugabo no presagiaba nada bueno. Convocaba urgentemente a una rueda de prensa en la residence presidencielle. ¿Malas noticias?, ¿alguna deserción?, ¿otro cambio de líder? El portavoz de la rebelión se mantuvo en sus trece. A través del teléfono, espetó: "Venid y veréis".

Media docena de corresponsales nos presentamos. Nos sentaron en sillas que habían sido colocadas en el primoroso jardín que descendía hasta la orilla del lago, plácido como nunca. Y apareció Karaha. El tutsi no disimulaba un enojo profundo:

–Por motivos estratégicos nos hemos retirado de Kittona. Angola ha entrado en la guerra y su aviación lleva horas bombardeando nuestras posiciones en la base. Las fuerzas de Kabila cuentan también con el apoyo de un contingente de Zimbabue, que está en Kinshasa para defender la capital. Y con una misión militar de Namibia. Por eso nos hemos retirado de Kittona. Pero sólo de manera estratégica. La volveremos a tomar –anunció.

Todos entendimos lo que aquello significaba. Era un giro de 180 grados en el desarrollo del conflicto, se esfumaba la posibilidad de ganar rápido la guerra. Perdida la base de Kittona, quedaba roto el puente aéreo que había permitido a los rebeldes estrechar el cerco sobre Kinshasa. Los miles de soldados y kadogo que avanzaban hacia la capital quedaban además aislados, en situación desesperada, rodeados en territorio enemigo, sin posibilidad de retroceder.

Karaha hizo frente a la prensa con flema pero sin recursos:

–¿Cuántos hombres están aislados a las puertas de Kinshasa?

–No lo puedo decir.

–¿Por qué los angoleños han entrado en la guerra?

–Eso habría que preguntárselo a ellos.

–¿Por la alianza entre los rebeldes y UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola)?

–Lo que podemos asegurar es que hace días informamos a los angoleños de que no contamos en nuestras filas con hombres de UNITA, que parece su preocupación.

Myles Tierney, camarógrafo de Asociated Presse (AP) que meses después sería asesinado en Sierra Leona, planteó la última, más certera, pregunta:

–Tal como están las cosas, ¿es posible que el Congo recupere su unidad territorial?

La respuesta fue irrelevante.

Me faltaba tiempo para transmitir la noticia, pero al llegar al Hotel La Frontiere me quedé helado ante el televisor del bar-salón-restaurante del establecimiento. René, un comerciante de Kinshasa a quien la rebelión había sorprendido en Goma y esperaba "volver a casa" cuanto antes, me explicó que la vanguardia de los rebeldes había entrado en la capital. Sus comandantes no les informaron de la caída de Kittona. Les dijeron que continuarían avanzando, que detrás llegaba el resto de sus compañeros. Cientos de infelices les habían hecho caso y entrado en Kinshasa, convencidos de que la ciudad caería en horas como fruta madura. Fueron recibidos por seis millones kinois como quien se abalanza sobre un festín cuyo manjar más suculento es carne de tutsi.

Era lo que reflejaba el receptor, que ofrecía la imagen de uno de los infelices rebeldes, rodeado por una jauría humana en medio de la capital congoleña. Larguilucho, sangraba por la cabeza y el cuello. Tenía el rostro tumefacto, daba tumbos para tratar de huir. Cada vez que lo intentaba, la muchedumbre lo rechazaba a golpes. Hubo un momento en que se rindió a la evidencia. Se tumbó en el asfalto, adoptó posición fetal. Pero un soldado le apuntó con un fusil y le obligó a levantarse para que caminara delante de él. El desgraciado no lo dudó. Vio una barandilla y corrió para lanzarse a uno de los canales del río Congo. Nadaba corriente arriba cuando una ráfaga de metralleta le dejó inerte.

Lo sembrado en la parroquia de Nyamata había florecido a los cuatro años ante las cámaras de televisión en Kinshasa. A partir de entonces, la cosecha sería disputada de manera feroz. Tras la entrada de Angola, Zimbabue y Namibia en la guerra, el presidente de Chad, Dris Deby, mandó un contingente de soldados que protegerían las posiciones del ejército de Kabila en el noroeste congoleño. El líder de Sudán, Omar el Bechir, destacó en el noreste unidades militares, en respuesta a la presencia de fuerzas de Uganda que su rival, Museveni, mantenía en la zona. Las milicias bantú mai-mai, que odian a los tutsis y se creen invulnerables a las balas, se transformaron en una quinta columna que combatiría en el Kivu a las tropas de Ruanda. El presidente de Burundi, el tutsi Pierre Buyoya, infiltró agentes armados al otro lado del lago Tanganika a fin de proteger a los banyamulengues, que también en Katanga eran buscados para su exterminio. Y aviones gubernamentales comenzaron a bombardear Kindu, el puerto más oriental del Congo. Pretendían obligar a los insurgentes y a las "tropas invasoras" a replegarse al este. Kabila había prometido llevar la guerra "a los países de donde ha venido, a Ruanda y Uganda". Pero el intento fracasó y los rebeldes apuntalaron la división del territorio y las riquezas del Congo: la mitad oriental para ellos y sus amigos, la occidental para Kabila y los suyos.

Directa o indirectamente, la conflagración se extendió en apenas días por una franja de 3.000 kilómetros que atravesaba diagonalmente África. Guerras civiles e insurgencias locales se habían trenzado, y tropas regulares y rebeldes de una docena de países entraron en combate. Por primera vez desde las independencias, en una guerra del continente no estaban implicados países occidentales ni las antiguas metrópolis. Tonton se hizo eco de un rumor que recorría Goma: aquello era la primera guerra mundial africana.

Basile estaba seriamente intrigado. No salía de su asombro. Una y otra vez repetía: "Angola podía en cualquier momento ayudar a Kabila. Sabemos que los angoleños son grandes guerreros, que su ejército es de los más poderosos de África. Les preocupa que contemos con el apoyo de UNITA, sus enemigos de siempre. Eso lo

entendemos. Pero lo de Zimbabue...".

Y hacía las siguientes preguntas: "¿Piensas que los zimbabuenses son buenos guerreros?, ¿tienen buenos aviones?, ¿están bien entrenados?, ¿sabes qué se le ha perdido a Mugabe en el Congo?".

Basile había preparado las maletas, se preparaba para regresar a Europa. No veía razón para continuar en la residence presidencielle. Había comprendido que la pérdida de Kittona alargaría sin plazo la guerra. Y era consciente de que no iba a ser el nuevo presidente del Congo, aunque conservaba la esperanza de ocupar algún día un importante cargo en el Gobierno rebelde.

A su lado, Tonton estaba triste. No por el fracaso de la rebelión, que continuaba trayéndole al fresco. Pero sí por el fiasco que para él había supuesto su compatriota obeso y cincuentón. Basile le había prometido que cuando la rebelión triunfara y llegaran a Kinshasa le haría su chófer y le compraría una gorra de plato, un uniforme con botones dorados y un automóvil de lujo con el que pasearía por la capital, donde nunca había estado y se moría por conocer. "Y ahora me tendré que quedar aquí, en Goma, con este coche de mierda", se lamentaba Tonton.

Pero Basile no le hacía caso. Basile no paraba de hacer las mismas preguntas: "¿Piensas que los zimbabuenses son buenos guerreros?, ¿tienen buenos aviones?, ¿están bien entrenados?, ¿sabes qué se le ha perdido a Mugabe en el Congo?".

## Capítulo 7: ROBERT MUGABE: RETRATO DE HÉROE CONVERTIDO EN VILLANO, CON FONDO DE VILLANO CONVERTIDO EN HÉROE

Robert Mugabe paseaba a medianoche por la galería comercial. Vestía traje gris y corbata negra, de la solapa de la chaqueta le colgaba una flor blanca. Tenía el pelo teñido de color caoba y un bigotillo vertical que le cubría de manera fugaz el canalillo del labio superior. Las manos cogidas en la espalda le daban impronta de haber cumplido una ardua tarea. Y un aire de satisfacción con el que se detuvo ante un escaparate, y con él sus ocho agentes de seguridad. Pero no porque le interesara lo que estaba iluminado tras la vitrina. En realidad, disimulaba. Miraba por el rabillo del ojo a un grupo de periodistas que le observábamos al final del corredor de tiendas, y al que se aproximó de aquella forma, de escaparate en escaparate. Hasta que al llegar a nuestra altura se paró en seco, giró la cabeza y nos indicó con gesto complaciente que fuéramos entonces nosotros quienes nos acercáramos a él. Cuando lo hicimos, parpadeó tras grandes gafas cuadradas, dio un respingo y dijo: "Tomooorrow you must be here at midday. A goood new is waiting for youuu".

Doce horas después, el presidente de Zimbabue volvió a recorrer la galería comercial de Elephant Hills, un hotel con aspecto de búnker que servía de emblema a la prosperidad turística de las cataratas Victoria, en el extremo occidental de su país. A Mugabe le seguían sus "pares" en la guerra, el protocolo y el negocio. Por un lado, Laurent Kabila y sus otros dos principales aliados, el líder angoleño, José Eduardo Dos Santos, y el namibio, Sam Nujoma. Por el otro, los tutores de los rebeldes, Youeri Museveni, y el presidente ruandés, Pasteur Bizimungu, a la sazón hombre de paja de Paul Kagame. Les acompañaban el secretario general de la OUA, el tanzano Salim Ahmed Salim, y el dirigente zambio, Frederick Chiluba, de metro y medio de altura. Una estatura que contrastaba con el alto papel de mediador en la primera guerra mundial africana, que sus colegas implicados en el conflicto le acababan de asignar.

Tras entrar en una sala y sentarse frente a una mesa cubierta de grabadoras y micrófonos, todos refrendaron el anuncio que encargaron hacer al presidente zambio. En veinticuatro horas de negociaciones en Elephant Hills habían decidido que a las seis de la tarde de ese día, 8 de septiembre de 1998, entraría en vigor un alto el fuego en el Congo. No especificaron las condiciones del cese de las hostilidades ni sus modalidades de aplicación, que dijeron serían establecidas en días sucesivos. Si precisó que los rebeldes no habían sido asociados al acuerdo, porque para Kabila eran títeres de ruandeses y ugandeses, quienes en contrapartida se habían adherido al tratado sin reconocer su implicación en la contienda.

A continuación de la declaración, fuertemente indigesta, los pares africanos se levantaron y quisieron abandonar rápidamente la sala. Un coro de voces se lo impidió: "¡Una foto juntos!, ¡una foto juntos!", gritamos al unísono en varios idiomas los reporteros. Aunque de mala gana, los interpelados hicieron un amago de acceder. Sonrieron a las cámaras, pero tan separados los unos de los otros que no todos cabían en los objetivos fotográficos. Si entraba Dos Santos, en la punta izquierda, salía Bizimungu, en la derecha. Kabila y Museveni no facilitaban las cosas porque se repelían como polos magnéticos de mismo signo y ocupaban la posición central.

Un mes después del inicio de los combates, la cumbre de las cataratas Victoria condujo al recrudecimiento de los combates en el Congo. Pero fue útil para que Occidente entendiera que la primera guerra mundial africana no ponía en juego ninguno de sus intereses prioritarios. Se habían superpuesto una docena de guerras continentales en un toma y daca en el que morirían tres millones de africanos, nada más. Por lo que la prensa blanca comenzó a centrar su atención en el nocturno y engolado paseante de Elephant Hills, por un motivo ajeno a una guerra de la que era el más inesperado protagonista.

Hubo un tiempo en que aquel maestro de escuela de etnia shona había simbolizado el ansia de libertad de su pueblo. Educado por los jesuitas, a Mugabe le había fascinado el marxismo en su juventud, cuando coordinó el combate contra el régimen segregacionista de la Rodhesia británica, donde había sufrido diez años de cárcel. Tras su liberación, había formado parte de la

delegación africana que negoció los Acuerdos de Lancaster, que condujeron en 1980 a la independencia de Zimbabue, nuevo nombre del país. Contra todo pronostico, él y su partido, la Unión Nacional Africana de Zimbabue (ZANU), habían ganado las primeras elecciones multirraciales. Y pese a que se inauguró como gobernante ahogando en sangre la rebelión ndebele del sudoeste zimbabuo –con la matanza de miles de partidarios de su rival, Joshua Nkomo– la existencia del apartheid en la vecina Sudáfrica le había permitido continuar encarnando la emancipación negra, hasta que a principios de los noventa proliferaron las denuncias de corrupción contra su régimen. Estaba ya casado en segundas nupcias con Grace, su ex secretaria, cuarenta años más joven que él y conocida popularmente como "Disgrace", que le causaba frecuentes accesos de desamor, periódicas rabietas que su afición al deletreo esmerado del inglés no lograba enmascarar. El espíritu didáctico del antiguo profesor había degenerado. A Mugabe le sacaba de sus casillas que cuando tomaba la palabra no se guardara riguroso silencio. Le obsesionaba la puntualidad. Y padecía una acusada fobia a los homosexuales, los consideraba "peores que los cerdos", y a los fumadores, tan acusada como su debilidad por su automóvil oficial, un rumboso mercedes blanco. Y tenía envidia, mucha, de Mandela, que le había arrebatado el estandarte de la liberación continental, que lucía más reluciente en manos del sudafricano. En definitiva, Robert Gabriel Mugabe –"Bob" para "Disgrace", amigos, adeptos y camaradas– llevaba demasiado en el Gobierno, se había acostumbrado a los privilegios y, a los 64 años, acabado por transformar en un déspota que había metido a Zimbabue en la primera guerra mundial africana con el fin de explotar para su lucro personal las minas diamantíferas congoleñas de Mbuyi Mayi. Pero lo que escandalizó en Occidente fue que para mantener el poder absoluto atesorado en dos décadas se había propuesto poner fin a la presencia de los blancos en su país, uno de los primeros mitos coloniales de África. Según la leyenda, allí están las minas del rey Salomón.

Los portugueses fueron en el siglo XVI los primeros europeos que escucharon hablar de las ruinas. Los comerciantes árabes de la costa del Índico les dijeron que en el interior del continente, 500

kilómetros en línea recta del puerto de Sofala, en el actual Mozambique, se encontraba la ciudad de Ophir, donde la Biblia asevera que el rey Salomón extraía el oro que hizo su fortuna. Los lusos comerciaron con el cacique Monomapata, custodio del lugar, y enviaron una expedición a rastrear los vestigios, un curioso recinto elíptico que se alzaba en una llanura en la que había otras edificaciones, y una fortaleza suspendida de la colina más próxima. Los portugueses no encontraron el preciado metal pero percibieron lo inaudito de aquellas construcciones de granito en África, donde todo lo que habían visto estaba hecho de paja y barro. Y se convencieron de que los autores no podían haber sido africanos. Las ruinas estaban deshabitadas y los shona no conservaban memoria de su origen. Llamaban "Zimbabue" o "construcción de piedra" a lo que simplemente era el mayor monumento precolonial al sur del valle del Nilo.

La leyenda se reforzó tres siglos después. El geólogo alemán Carl Mauch hizo en 1871 la primera descripción física. Los árboles se elevaban sobre algunos tramos del recinto elíptico, la maleza ocultaba los perímetros arquitectónicos. Asombrado por lo magnificente del paraje, Mauch alimentó la creencia del origen blanco del Gran Zimbabue. Si el rey Salomón sentó sus reales también lo habría hecho su esposa, la reina de Saba, lo que dio alas a Ryder Haggard, un militar destacado en Sudáfrica, para publicar en 1885 Las minas del rey Salomón, que fue presentado en Londres como "el libro más asombroso nunca escrito". El relato causó fuerte impacto y dio vida a un enigma cuya sombra se alargó cuando el siguiente visitante halló trozos de cerámica china y potería árabe, lo que demostraba que el comercio a través del Índico era antiguo y había llegado lejos. El cazador sudafricano Wille Posset fue también quien vio los pájaros. Nueve figuras de aves, de pequeño tamaño, labradas en arenisca. Algunas estaban rotas y todas tenían postura de esfinge, con líneas clásicas que no concordaban con el expresionismo del arte africano. Posset se llevó una de ellas a Sudáfrica, donde se la vendió a Cecil Rhodes, un aventajado comerciante de diamantes que ejercía de gobernador en Ciudad del Cabo. Rhodes hizo incrustar la reliquia en su biblioteca tras reproducirla en copias de escayola que envió a Londres, donde las réplicas extendieron el convencimiento de que sólo uno de los pueblos ilustres de la Antigüedad –fenicios, judíos, griegos, romanos

o egipcios– podía ser autor de los misteriosos edificios descubiertos en tierra de negros.

Rodhes tardaría un año en poner en su punto de mira el país del Gran Zimbabue. En 1890 financió una expedición que partió de El Cabo y atravesó el río Limpopo, que separa el cono sur africano del resto del continente. Descubrió un terreno ondulado que se sucedía sin interrupción. La empresa respondía al proyecto de construir una vía férrea que uniera con El Cairo todos los territorios británicos en África, que al norte del Limpopo incluían el valle del río Zambeze y, por el este, la ribera occidental del lago Nyassa, el más meridional de los que tienen su lecho en el valle del Rift. En honor al impulsor de la idea, el territorio que separaba el Limpopo y el Zambeze recibió el nombre de Rodhesia del Sur. Y Rodhesia del Norte el que se extendía entre ese último río y el valle del Congo, mientras la franja costera del lago Nyassa era bautizada como Nyassaland. La autora británica y rodhesiana de adopción Doris Lessing afirma que dio comienzo el enfrentamiento entre dos mundos. El de los negros, para quienes la tierra había sido de toda la comunidad, y el de los blancos, que redactaron títulos de propiedad privada.

Los colonos británicos trasladaron al nuevo entorno su forma de vida isleña. Crearon granjas de explotación agrícola y ganadera en las que jugaban al golf y al criquet y discutían sobre trofeos de caza. Inventaron una pequeña Inglaterra en la que se ahorraba más, el clima era mejor y la mano de obra más barata que en la original. Lessing dice que, mientras tomaban el té a la misma hora que en Londres pero en los porches de sus granjas y ante el incomparable paisaje de la sabana africana, la conversación recurrente entre ellos era el intercambio del siempre mismo punto de vista de que los negros son muy inferiores a los blancos.

La escritora británica recuerda que ese fue el “monólogo” de su infancia, y nada de eso había cambiado cuando a mediados del siglo XX los africanos comenzaron a reclamar la soberanía. Los colonos de las dos Rodhesias y de Nyassaland trataron de conservar su estatus con la creación en 1953 de la Federación de África Central, cuyo objetivo era perpetuar el dominio blanco con la fusión de los tres territorios. El proyecto se resquebrajó por donde había menos europeos, Rodhesia del Norte y Nyassaland, que en 1964 se

convirtieron en Zambia y Malaui, después de que los africanos consiguieran que la Corona británica les otorgase la independencia. Rodhesia del Sur, la promotora de la Federación y donde había más blancos, les siguió en la secesión, pero en su caso con el propósito de preservar el control colonial. La Rodhesia a secas instauró en 1965 un régimen de discriminación racial con capital en Salisbury y liderado por Ian Smith. La resistencia a la emancipación había causado sangrientos enfrentamientos en Kenia. La diferencia era que el número de colonos quintuplicaba al de ese país, y la oposición a entregar el Gobierno a los nativos fue mucho mayor. Se inició una guerra de liberación contra al régimen racista, cuya represión costó la vida a diez personas pero no evitó su caída. En 1980 era desmantelado y el nuevo poder africano reemplazó el nombre de Rhodesia por el de las ruinas cuyo origen no habían dejado de usurpar los europeos de forma pertinaz.

Los arqueólogos Gertrude Caton-Thomson y Randall McIver habían concluido en 1929, basándose en el sistema del carbono 14 –que mide la antigüedad por los restos de materia orgánica–, que el Gran Zimbabue era un baluarte militar y centro ceremonial shona, construido en el Medioevo. Pero la Rodhesia oficial había mantenido viva, contra viento y marea, la llama del mito. El ilusionista Clarkson Fletcher tuvo en los años cuarenta la extravagancia de llevar médiums a las ruinas para que preguntaran a los espíritus de los antiguos pobladores de dónde procedían, y la respuesta que recibió de ultratumba fue, cómo no, que del “norte africano, del África blanca”. El funcionario A. J. Bruwer recuperó en los sesenta el empeño de que los fenicios eran los autores de las construcciones. El misionero James Mullan insistía a finales de esa década en que los arquitectos tenían que haber sido “semitas”.

Apenas 70.000 blancos quedaban en el país de las minas del rey Salomón cuando Mugabe resolvió que había llegado la hora de que regresaran a su civilización de partida. En su mayoría eran nuevos colonos, llegados de Sudáfrica o de Europa para sustituir a los antiguos rodhesianos, a los que compraron las tierras y de quienes heredaron la forma de vida y el “monólogo”. Conservaban el poder económico y habían decidido regresar a los asuntos políticos para evitar que el Gobierno negro repartiera sus granjas, el 70 por ciento de las tierras cultivables, entre los diez millones de africanos. Era

una vieja promesa de la época de la independencia que Mugabe parecía dispuesto por fin a cumplir para hacerse perdonar los pecados. El marido de Grace-Disgrace había enviado 12.000 soldados al Congo, y cada uno de ellos ganaba 100 dólares por veinticuatro horas de trabajo, lo que suponía un desembolso diario de un millón de dólares, y hundía a Zimbabue en la mayor crisis económica de su historia. Los blancos, y muchos africanos, pensaban que la hora que había llegado era la de jubilar al presidente antes de que acabara de arruinar al país y, antes que nada, a ellos.

Mugabe comenzó por convocar en marzo de 2000 un referéndum que le permitiera realizar la expropiación. Pero se llevó una sorpresa mayúscula. Financiada y manejada entre bambalinas por los blancos, la oposición había cobrado cuerpo en el Movimiento para el Cambio Democrático (MCD), liderado por el sindicalista Morgan Tsvangarai, que pugnó por el no y derrotó a Mugabe en las urnas. Aleccionado por un fracaso que temía se repitiera en las legislativas de cuatro meses después, Mugabe rescató su viejo discurso revolucionario, calificó el reparto de las haciendas de “la última batalla pendiente contra el poder colonial”. Recordó que la primera ministra británica Margaret Thatcher había suspendido en 1982 el apoyo financiero a la reforma agraria, con el argumento de que sólo beneficiaba a los amigos del régimen. Y Mugabe dio la razón a la dama de hierro. Instruyó a sus partidarios para que invadieran las granjas de los blancos.

Se suponía que los ocupantes eran antiguos combatientes de la guerra contra el régimen de Smith, liderados por Hunzvi Chejarai, que con el apodo guerrillero de Hitler tenía sus oficinas en el centro de Harare, nuevo nombre de Salisbury. La mayoría de los que transitaban por el lugar pidiendo favores y tramitando prebendas eran, no obstante, asalariados del Estado, muy jóvenes para haber portado armas veinte años atrás. Lo que no impidió que ocuparan y se instalaran en las granjas, donde recurrieron a una imparable espiral de violencia. En los cuatro meses siguientes, más de treinta personas murieron a manos de los matones de Mugabe. La mayoría de las víctimas fueron miembros de la oposición de raza negra que murieron apaleados pero también sucumbieron seis granjeros blancos, de disparos de armas automáticas en sus fincas. Según la

versión oficial, se habían resistido a las invasiones. David Stevens, un sudafricano que tenía una explotación tabaquera en Marondera, al sudeste de Harare, fue el primero en caer. Su viuda María, de nacionalidad sueca e hija de vasco, era pelirroja, guapa y valiente. Explicaba a quien le quisiera escuchar que su marido había sido asesinado por defender a una niña que había sido violada por los ocupantes de su granja, de nombre Arizona.

Pese a la barbarie, las elecciones vinieron a confirmar que la intimidación y la expropiación a los blancos daban dividendos en la antigua Rodhesia. El voto en las zonas urbanas fue a las arcas de la oposición, pero la ZANU conservó los feudos de las áreas rurales, donde la clientela de Mugabe hizo paciente cola ante los centros de votación bajo la amenazante mirada de los partidarios del Gobierno. La ZANU logró 63 escaños de los 120 en juego, frente a los 57 del MCD. Aunque derrotado, Tsvuangarai aseguró que "a partir de ahora nada será igual". La oposición había roto el monopolio del poder y con su entrada en el Parlamento el sindicalista confiaba en impedir la adopción de nuevas reformas constitucionales antes de las presidenciales de marzo de 2002. Mugabe era especialista en eso, en dos décadas de Gobierno había realizado 19 cambios en la Carta Magna, de la cual había hecho un traje a medida conforme mudaba de héroe a villano. Pero Tsvangarai se equivocaba. En las presidenciales Mugabe volvió a emplear las argucias legales y la intimidación violenta –otra treintena de asesinados por la ZANU– para ganar a Tsvuangarai con más del 70 por ciento de los votos. De poco sirvió que la UE boicoteara los comicios y prohibiera a "Bob" y a sus veinte colaboradores más cercanos que viajaran a Europa, donde quedaron congeladas sus cuentas bancarias. Una medida que se ampliaría a la mismísima "Grace-Disgrace".

"El sol de la mañana pinta la espuma con colores incandescentes y el del atardecer lo hace con un tono sulfúrico que procede del pozo sin fondo que corre debajo", escribió David Livingston al descubrir en 1856 las cataratas Victoria. Fue un accidente, no las buscaba. Su objetivo era descubrir las fuentes del Nilo y explorar el valle del Congo, más al norte. Como los primeros colonos, Livingston venía de Sudáfrica, aunque lo suyo era la lucha contra la esclavitud y por la salvación de las almas, en cumplimiento de la misión que le

había encomendado el dios de los cristianos. Y encontró el de los nativos. En una isla situada poco antes de que el Zambeze se precipite al abismo, los shonas habían levantado un altar a la divinidad del río, Ñami-ñami, un gusano con cuerpo de caballito de mar y mirada inteligente. Ese sitio es el mejor para contemplar el arco iris que al amanecer se eleva sobre un curso de agua de dos kilómetros de ancho y que tras caer al vacío se pierde por una garganta abisal.

A finales del siglo XX, las cataratas Victoria servían de frontera entre Zimbaube, Botsuana, Zambia y Namibia, y la ciudad de igual nombre y construida al lado se había convertido en una inagotable fábrica de turistas. Había hoteles caros, casas de huéspedes, albergues para mochileros. Sudafricanos, norteamericanos, europeos y japoneses hacían rafting en el Zambeze, se mecían en barcos que realizaban safaris fluviales, paseaban por los alrededores a lomos de elefante. Se podían hacer travesías en globos aerostáticos, helicópteros, avionetas. Y recorrer a pie un circuito de miradores para poder contemplar la caída del río desde todos los ángulos.

Un megahotel de nombre Kingdom era la última sensación local. Imitaba como un cartelón las construcciones del Gran Zimbabue. En el interior había salas de juego, restaurantes, bares, discotecas, habitaciones decoradas de manera audaz. Los ocupantes eran la versión contemporánea de la “raza perdida” que los blancos creyeron descubrir en las ruinas, que una vez establecida su autoría habían dejado de interesar a la mayoría de los turistas, para los que el recinto elíptico “no es tan alto”, y la fortaleza “parece un laberinto que no conduce a ninguna parte”.

Junto al Kingdom, una docena de tiendas chic ofrecían piezas contemporáneas de la escultura shona, cuyo esquematismo anticipó la vanguardia del arte moderno. Formas cubistas de Henry Munyadzi, que con dos líneas materializaba en piedra lo inaprensible en el rostro humano. Barnizados y transformados en marcos de foto, se podían comprar trozos de las traviesas de la vía férrea soñada por Rhodes para unir El Cabo y El Cairo, y que a la altura de las cataratas Victoria seguía cruzando sobre un puente el Zambeze. El tren no alcanzó Egipto, se quedó en las explotaciones

de cobre de la antigua Rodhesia del Norte. Tampoco su promotor fue lejos. Sus restos descansan en Matobo, cerca de Bulawayo, capital ndebele del sur de Zimbabue, en un sepulcro horadado en la cima de un pedrusco desde el que Rhodes aseguraba que se contempla el paisaje más extasiante del orbe.

Pese al estreno del Kingdom, el dolce far niente de las cataratas Victoria seguía teniendo su baluarte oficial en el Elephant Hills. Desde el complejo hotelero se podía escuchar el rumor del agua que cae por las cataratas y vislumbrar la espuma que asciende de la garganta abisal. La espuma que maravilló a Livinsgton y que Mugabe, enamorado del hotel con aspecto de búnker, gusta enseñar a sus huéspedes, que en mayo de 2000 fueron sus colegas de Sudáfrica, Thabo Mbeki; Namibia, Sam Nujoma; y Mozambique, Joaquim Chissano. A los dos años de fracasar la cumbre sobre la primera guerra mundial africana, Mugabe había convocado a los tres líderes vecinos porque necesitaba desesperadamente apoyos regionales cuando más arreciaban las críticas por su expropiación de las tierras de los blancos.

Y la solidaridad racial funcionó. Mbeki, Nujoma y Chissano respaldaron a Mugabe, con matices. Mbeki fue el más moderado, dijo comprender la reforma agraria. Y Nujoma el más radical, apuntó que “se puede decir que, en general, la actitud de los blancos que viven en África es una provocación”. No le faltaba razón al presidente de Namibia. Muchos blancos convocados para votar en las legislativas de ese mes en Zimabue se negaron a hacer cola ante las urnas. Argumentaban que “deberíamos haber votado antes y por separado”. “Somos menos y mejores”, alegó un villano que la prensa había mudado en héroe.

## Capítulo 8: ‘KIN LA BELLE, KIN LA POUBELLE’

El río Congo se enrosca en sí mismo para esconder en su regazo un monstruo vegetal, atrocidades sin nombre e inconfesables secretos. Corre hacia el norte hasta superar el Ecuador y girar al oeste, donde ciñe el centro del continente antes de encaminarse al sur, cruzar de regreso el equinoccio y morir en el Atlántico. Su cauce fluvial riega un océano de manglares, grande como la mitad de Europa, nunca del todo explorado y donde es el único medio de comunicación en un abismo verde que engulle el hormigón y los escrúpulos, digeridos por la descomunal fuerza de la naturaleza. En su cuenca subsisten culturas que pertenecen a la noche de los tiempos, en las que hay hombres que son mitad cocodrilo, el río está poblado de espíritus femeninos y comer carne humana prolonga la vida. Ningún sitio ha sufrido semejante expolio, por blancos como Leopoldo II, su primer colonizador, y por negros como Mobutu, cuyo nombre fue sinónimo de latrocinio. “Nosotros sabemos sufrir”, dicen sin pudor los congolenos. De modo que a nadie debe extrañar que Joseph Conrad situara en el valle del Congo El corazón de las tinieblas, la novela de mayor culto entre los aficionados a África. Y que, al calor húmedo del bosque primigenio, su protagonista, Kurtz, descubra el horror que oculta la degradación física; la moral.

–¿Es la primera vez que viene a Kinshasa?

–Sí.

–¿Y qué viene a hacer?

–Vengo de trabajo.

–¿Y a quién conoce aquí?

–A poca gente.

–¿Pero a quién con exactitud?

–A diplomáticos y periodistas.

–¿Y cuál es su relación con los ruandeses y los ugandeses?

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir que si es su amigo.

–Ni más ni menos que de los congoleños.

El comisario del aeropuerto internacional de Ndjili, al sur de Kinshasa, detuvo el interrogatorio. Me miró otra vez con perplejidad. Y se cercioró con ojos acuosos de que el nombre de aquel blanco que acababa de llegar de Johannesburgo figuraba en una lista negra que tenía encima de su mesa de despacho. Después hizo un segundo intento de entrar en contacto con Kinshasa a través de su receptor. Al comprobar que seguía sin poder entablar comunicación, bajó los párpados. Comenzó a mover la pelvis, hacia adelante y hacia atrás, sentado en una silla quejumbrosa. Estuvo varios minutos como en trance hasta que, con voz entrecortada, le pregunté:

–¿Puedo irme… ya?

A lo que contestó, en un inquietante duermevela:

–No. Nuestros informes dicen que usted ha cometido un atentado contra la seguridad del Estado. Hace un año, en agosto de 1998, alguien le denunció. No sabemos quién ni cuál fue su delito. Y en tanto en Kinshasa no lo aclaren, tiene dos soluciones, montarse en el primer avión que salga del aeropuerto o pasar la noche en este despacho –y volvió a cerrar los ojos. Y a mover la pelvis.

El aeropuerto de Ndjili estaba por la mañana cerca del colapso. Las salas de embarque, los restaurantes, los mostradores y las oficinas de las líneas aéreas permanecían invadidas de niños, jóvenes y mujeres que vendían refrescos, paquetes de tabaco y revistas descoloridas. Adolescentes desarrapados peleaban por llevar los bultos de los viajeros que tramitaban sus billetes. Enjambres de policías permanecían en los puestos de control, al acecho de presas. Una voluminosa señora con tres niños, un anciano inofensivo y el

autor de este libro ocupaban el despacho del comisario. Compartíamos desde primera hora el destartalado cubículo, cuyo titular, nada más llegar, me bramó:

–¡Sigo sin saber qué hacer con usted!

El comisario alzó con la mano su receptor de radio, como indicando que el cacharro no servía para nada.

–Lo único que se me ocurre es trasladarle a la Dirección General de Migraciones en el centro de Kinshasa, y que ellos se hagan cargo de usted en estos tiempos de guerra.

Ordenó a un par de aduaneros a que me acompañaran en un jeep militar. Se despidió con un "buena suerte" y un "espero no verle más por aquí".

El camino hacia Kinshasa era una vía expreso sacada de una pesadilla futurista. Un gentío se desparramaba sin sentido aparente al borde de la carretera, desierta, y en cuya mediana se alienaban hasta el infinito farolas torcidas y con los cristales rotos. De las aceras surgían despojos de mangles, palmeras despeluchadas y grandes carteles con la efigie de Kabila bajo el lema "Mzee, l'homme quil faut". Las paredes de las casas estaban agujereadas por los balazos en la caza humana de un año antes, cuando la avanzadilla rebelde había entrado en la ciudad tras la caída de Kittona. Y continuaba en obras el Monumento a los Mártires de la Independencia, una torre de concreto de 150 metros, que hacía treinta años había comenzado a levantarse y reflejaba un sino: lo que no se había desplomado era lo que estaba a medio construir. El cielo irradiaba una deslumbrante luminosidad pero no se veía el sol, oculto por una opresiva calima de color plomizo.

Tras cruzar una vía de tren abandonada y cubierta de hierba, llegamos a Gombe, el antiguo barrio de los belgas y la moderna zona residencial de Kinshasa, donde estaban las embajadas y permanecían en pie algunas mansiones coloniales. Se extendía a lo largo de la Avenida 30 de Junio, los Campos Elíseos de Kinshasa, en los que se encontraba la Dirección General de Migraciones, un edificio pequeño, rodeado de rascacielos con aspecto fantasmal.

Fui introducido en una salita con las persianas cerradas y una moqueta de pelos luengos, que se pegaban a la suela de los zapatos. Me acompañaban muchos. Ninguno hablamos durante las casi dos horas que transcurrieron antes de que un individuo de olor indeseable entrara y me cogiera del brazo para decirme que quería verme la directora general de Migraciones.

La funcionaria era una joven que, nada más entrar en su despacho, me preguntó en tono meloso.

–¿Tiene usted miedo?

Incrédulo, le pregunté:

–¿No lo tendría usted? –lo pensé dos veces–. Pues sí, tengo miedo.

La joven hizo una mueca de felicidad. Era lo que esperaba, una rendición sin condiciones. Se presentó como madame Jeane. Me dijo que le acompañase y juntos nos dirigimos al Intercontinental, en uno de los extremos de Gombe y ocupado por oficiales angoleños y zimbabuenses de las fuerzas aliadas a Kabila, el hotel más cosmopolita de Kinshasa. Madame Jeane hizo una reserva. Comentó:

–El problema es que no existe problema. La verdad, no hemos encontrado nada contra usted. La denuncia era de la Secretaría General de la Alianza. Pero el antiguo partido del presidente ha desaparecido. Y no podemos saber cuál fue su delito. Que lo pase bien.

Daba por buena mi suerte cuando salí a la terraza de la habitación, en lo alto del Intercontinental. Recibí una bofetada de aire humeante que parecía salido de una olla a presión. Más allá se extendían los tentáculos de una mancha urbana que se abría camino entre bosques de baobabs para prenderse en una masiva y turbia corriente de agua, oscura como el averno y frente a la que no había miradores. Según madame Jeane, Kinshasa vive a espaldas del río Congo. Por motivos de seguridad.

La aglomeración con cuerpo de cefalópodo había vivido en los setenta sus años dorados. De esa época data el inicio del inacabado Monumento de los Mártires de la Independencia, de la construcción de mastodónticas obras públicas como el aeropuerto de Ndjili, el edificio de la Asamblea Nacional, el Monumento a las Víctimas de la Liberación y los estadios 24 de Noviembre y 20 de Mayo; Gombe fue parcelada por bulevares que atravesaban plazoletas donde crecía la jacaranda, entonces seña de identidad de una ciudad fundada en 1881 por Stanley, quien en la ribera sur, cerca de la desembocadura del río, descubrió un emplazamiento para poner en marcha la empresa que le encomendó Leopoldo II, rey de los belgas: "Introducir la civilización en la única parte del mundo donde no ha penetrado, y sacar de la oscuridad a sus pobladores. Una cruzada por el progreso".

El lugar se ubicaba a la salida de un ensanche del Congo, en un promontorio que los nativos denominaban Ngaliema, donde se construyó un emporio comercial. Stanley llamó Leopoldville a lo que no tardaría en convertirse en el cortijo de un predio real en el que se escribirían muchas de las páginas infames de la Historia. El interés económico de los europeos era el caucho de los bosques tropicales. Para su explotación utilizaron a los negros, que de resistirse eran mutilados de manos, orejas, labios y pies. Lo que horrorizó en Europa, con ayuda del libro de Conrad, que sacudió las conciencias. Stanley y Leopoldo II pasaron a ser considerados los más despiadados colonizadores de África. Alfonso Armada recuerda que la llegada de los europeos había supuesto el paso sin transición de la Edad de Piedra a la de los Trabajos Forzados.

Pero todo eso parecía olvidado en un país al que en los setenta, a los diez años de la independencia, no le faltaba nada para ser la potencia de su región. Se extendía por el valle de un río que, tras el Amazonas, el Nilo, el Mississippi y el Amarillo, es el quinto más largo y, después del Amazonas, el segundo de mayor caudal. El territorio atesoraba recursos naturales que le hacían el primer exportador de diamantes, con una producción del 78 por ciento de las piedras preciosas que se comercializaban en el mercado. Su importancia política y estratégica en el cinturón del continente le proporcionaba fuerte apoyo exterior, recibía la mitad de la ayuda que la Administración estadounidense dedicaba a África. Para que

no quedara duda de que tenía una capital a la misma escala, la antigua Leopoldville sería escenario en 1974 de un acontecimiento sin precedentes.

Dos descendientes de esclavos disputarían ese año por vez primera el título de los pesos pesados en la tierra de sus ancestros. Un homenaje a los africanos, protagonizado por el principal mito negro de la época, el campeón Casius Clay, converso al Islam con el nombre de Mohamed Ali y que derrotaría al aspirante, Georges Foreman, ante los ojos de un mundo que descubría asombrado el nuevo rostro del antiguo país mártir. Y el de un tal Joseph Désiré Mobutu, a quien el designio astral y los teje manejes terrenales habían situado en la cúspide del Ngaliema, donde se había hecho construir un palacio con jardines que imitaban los de Versalles, con esculturas de fieras de colmillos amenazantes y fuentes que se encendían a la luz de la luna.

Mobutu acababa de proclamar el proceso de “autenticidad”, que mayormente consistía en cambiarle nombre a todo, en palabras de Javier Reverte. El país se había convertido en Zaire o “río” en lengua lingala, la capital en Kinshasa o “lugar de mercadeo”, y él mismo en Mobutu, Sese Seko Koko Ngbendu Wa Za Banga o “El Poderoso Guerrero que con Inflexible Voluntad Va de Victoria en Victoria Dejando Sólo Cenizas a su Paso”. Con gorrito de piel de leopardo, el inquilino del monte Ngaliema alternaba con los poderosos del planeta. A bordo de su yate fluvial, el Kamayola, podía contemplar la llegada del río majestuoso y temible, que le había inspirado una máxima: “No nos avergonzamos de no tener catedrales ni castillos, nuestra herencia es la madre naturaleza. Un santuario sagrado de flora, fauna y vida salvaje que en el futuro, cuando los científicos hayan convertido el mundo en un ente artificial, está destinado a ser cobijo del género humano”.

Hijo de un jefe tribal ngbaka, Mobutu nació en la región de Ecuatoria, en el norte del país. Como el resto de la elite africana había sido educado por los religiosos y había sabido aprovechar su oportunidad. En 1950, con veinte años, se alistó en el ejército colonial, para compaginar la carrera de armas con la de gacetillero. Fue columnista del periódico L’Avenir de Leopolville antes de ocupar la jefatura del gabinete militar del primer ministro

Lumumba. Ese puesto le permitió ser testigo del mal entendimiento entre Lumumba y Joseph Kasavuvu, un general chaparro que en 1960 había sido nombrado primer jefe de Estado del Congo, y también ser consciente de que el discurso comunista del primer ministro preocupaba mucho a Occidente, que decidió tomar cartas en los asuntos congoleños. Tras desórdenes en los que fueron asesinados decenas de blancos al mes de la independencia, Bélgica y la CIA apoyaron una secesión proclamada en Katanga, liderada por Moisés Tshombe y que puso contra las cuerdas a Lumumba, que fue acusado de falta de control de los asuntos de Gobierno, lo que Kasavuvu aprovechó para destituirle, detenerle y trasladarle a la capital katanguesa, Elisatbethville, en la que el primer ministro sería asesinado por orden de Mobutu. Tras cuatro años dedicados a reprimir sublevaciones armadas, el futuro inquilino del Ngaliema dio en 1965 un golpe militar para hacerse directamente con los mandos. Ironías del destino, el asesino puso el nombre del asesinado a la ciudad donde éste había sido ejecutado, que pasó a denominarse Lumumbashi. El verdugo convirtió a su víctima en símbolo de la libertad del país.

Mobutu aplicó después la más simple de las fórmulas. En un discurso público advirtió a los cuadros de su partido único, el Movimiento Popular Revolucionario (MPR), que “si robáis, hacedlo poco a poco”. Todos pensaron que, por cuestión de grado, él debía estar haciéndolo de “mucho en mucho”. La prensa occidental lo llamó el reino de la cleptomanía, que para los africanos es el principio de ir cogiendo del patrimonio común, sin preocuparse de lo que quede mientras dure. Dominique Sakombi Inongo, antiguo asesor de Mobutu, relata que si el presidente necesitaba un millón de zaires, la moneda local, se lo pedía a su ministro de Finanzas, que cursaba la instrucción doblando el pedido, al gobernador del Banco Central, que lo triplicaba, para sacar tres millones de las arcas estatales. Mientras que el pueblo continuaba en la miseria, Mobutu amasó una colosal fortuna, con decenas de cuentas corrientes y mansiones en las principales ciudades de Norteamérica y Europa. Aunque su preferida era el palacio de Gbadolite, en su Ecuatoria natal, construido con mármol rosa y adonde hacía traer de París la comida y la bebida de sus fastuosas recepciones. O su dentista particular, cuando le asaltaba un dolor de muelas. Justificaba el derroche con motivos políticos: “Conozco a mi gente,

no hay nada que respete más que la grandeur".

En 1980 la deuda exterior ascendía a 4 billones de dólares y las estructuras del Estado habían comenzado a evaporarse en la delicuescencia ambiental. La inflación se había multiplicado, los funcionarios y los soldados no recibían paga, empezaron a escasear los suministros. Pero El Viejo Leopardo, como Mobutu prefería que le conocieran, estaba convencido de que el Zaire era demasiado rico para necesitar una planificación económica. Y que su papel de defensor de Occidente frente al comunismo nunca tendría fin. En 1990, el presidente francés, Francois Mitterrand, alertó en la cumbre de Le Baule a los líderes del África francófona que, tras el fin de la guerra fría, sólo la apertura política aseguraría la continuidad de sus regímenes. Mobutu convocó la Conferencia Nacional Soberana, a la que invitó a todos los sectores políticos. Fue una cacofonía, nadie se puso de acuerdo y se desataron disturbios que se reprodujeron en 1993, porque la soldadesca continuaba sin recibir sueldos y optó por asaltar viviendas, comercios y bancos.

El caos alcanzó su paroxismo cuando Kabila declaró su rebelión. Aunque con metástasis, Mobutu regresó de Lausana a Kinshasa para "hacerme cargo de la situación", una broma. Pese a tener título de militar, jamás había recibido lecciones de táctica ni estrategia. Cada vez que había necesitado reprimir una sublevación había recurrido a mercenarios o tropas francesas y marroquíes, como durante los sucesos de Kolwezi, al tiempo que él añadía una estrella a su rango castrense. Había llegado con ese método a mariscal, con mando sobre medio centenar de generales que tampoco nunca habían combatido, utilizaban la misma fórmula que su superior para ascender. Fueron ellos quienes entablaron con el primer ministro, Kengo Wa Dondo, y la familia presidencial una postrera y patética pelea por enriquecerse, en tanto que Mobutu no perdía la esperanza de que sus amigos occidentales vinieran a socorrerle en pago de los servicios prestados. Ocurrió lo opuesto. En Los últimos días del mariscal Mobutu, uno de sus hombres de confianza, Honore N'Gbanda, relata que tres meses antes de la llegada de Kabila a Kinshasa, el subsecretario de Estado norteamericano, George Moose, le ofreció parar en seco el avance rebelde a cambio de su retirada de la política. El entorno de Mobutu se negó al acuerdo y las huestes de Kabila prosiguieron su ofensiva hasta que hicieron su

entrada en Kinshasa, de la que El Poderoso Guerrero que con Inflexible Voluntad Va de Victoria en Victoria Dejando Sólo Cenizas a su Paso había huido un día antes a Gbadolite para recoger los huesos de sus familiares y evitar su profanación. En un avión de carga que le envió su amigo angoleño Jonas Savimbi, el líder de UNITA, Mobutu escapó a Togo y después a Marruecos, en cuya capital, Rabat, murió el 7 de septiembre de 1997 tras varias semanas de agonía en Tánger, donde a orillas del estrecho de Gibraltar hizo infructuosos intentos para que le acogiera algún país europeo, incluido España.

Sam Luval estaba apoyado en la baranda con tejadillo del Club Náutico de Kinshasa. Disertaba frente a un embarcadero en el que media docena de fuerabordas se mecían al ritmo de las suaves olas del río, cuyas aguas bajaban con textura y color almizclados y traían racimos de mimosa. Continuaba sin verse el sol, oculto por una calima que era parte indivisible de la ciudad.

—Kin la Belle, Kin la Poubelle —comentó Sam.

Es decir: “Kinshasa nunca ha dejado de ser como lo has visto”. Y en los años de Mobutu lo de Ndjili era peor. Imposible que un extranjero saliera del aeropuerto sin haber repartido 200 o 300 dólares. Pero debería decir una cosa buena de Mobutu. Creó una especie de conciencia nacional.

Con rasgos de tortuga, Sam sabía de qué hablaba. Había nacido en el norte de la vecina Angola, pero se consideraba ciudadano de Kinshasa, donde había vivido la mayoría de sus sesenta años y en la que se había convertido en un “intelectual”, esto es, había aprendido a leer y escribir. En su caso, parloteaba además varios idiomas. Aparte de hablar portugués y francés, entendía frases en castellano e inglés, y se desenvolvía en buena parte de las lenguas indígenas. Dedicaba lo mejor de su tiempo al estudio de la historia y a rememorar su pasado. Se declaraba “un subproducto colonial”, sentía nostalgia de la época de los europeos, cuando iba con los niños de la escuela de acampada los fines de semana a las islas deshabitadas del río. Por el día pescaban, hacían deporte, estudiaban ciencias naturales. De noche, los curas les hacían

aprender de memoria el Génesis y el Nuevo Testamento.

“Los europeos deberían volver para responsabilizarse de lo que dejaron. Se fueron de manera precipitada. Los pueblos africanos no estaban preparados para asumir su destino. ¿Qué es lo primero que quisieron hacer aquí cuando se fueron los blancos? Pues recluir a los mulatos en las islas adonde íbamos de acampada. Así los mulatos acabarían devorándose unos a otros y no habría peligro de que la sangre blanca se mezclara con la nuestra”, recordó.

Aunque no lo hubiera dicho delante de otro africano, Sam pensaba lo que decía. Tenía la convicción de que conforme había pasado el tiempo las cosas habían ido a peor. Para África y para él. Y eso que a Sam no le faltaban laureles. Durante su juventud alternó con los padres de la independencia de Angola, Agostino Neto, y Mozambique, Samora Machel, así como con el líder del Consejo Nacional Africano (ANC) de Sudáfrica, Oliver Tambo. Llegó a estar en el maquis, con un fusil al hombro, “pero tengo que reconocer que no era lo mío. Los bichos me picaban a todas horas y pasaba semanas sin poder lavarme. No lo resistí, soy un intelectual”.

Como muchos de los “intelectuales” de la capital congoleña, Sam se pasaba las mañanas en la Avenida 30 de Junio. No tenía el medio dólar que costaban los diarios y para leerlos se arrimaba a los que estaban colgados en los kioskos.

Había llegado la hora de comer y Sam se metió en la sede social del club, donde pidió que le trajesen un par de cervezas frías y le preparasen una telapia, el sabroso pescado del río. El lugar estaba poblado por dos belgas de edad parecida a la de Sam. Poco más quedaba de una comunidad blanca que había abandonado Kinshasa a medida que la ciudad y el país se iban descomponiendo. En el tablón de anuncios del club sólo aparecían ofertas de venta. Los propietarios de la media docena de motoras que se mecían afuera estaban de acuerdo en ofrecerlas a bajo precio, por un mismo motivo, “próximo regreso a Europa”.

Sam continuó su parlamento: “La llegada del nuevo presidente fue recibida el año pasado con alegría. Después de Mobutu, era como empezar de nuevo, una segunda oportunidad. Pero Kabila nos ha metido en la primera guerra mundial africana. Y ahora no se ve

futuro. O se ve demasiado bien".

Sam prosiguió haciendo recuento de desgracias hasta que la digestión de la telapia acabó por remontarle el ánimo. Lo que en su caso significaba insistir en que "Kin la Belle, Kin la Poubelle, nunca ha dejado de ser como la ha visto" y, a esa hora de la tarde, presumir de destreza como bailarín. Conocía a la perfección los ritmos de los cuarenta y cincuenta, el claqué y el fox-trot, el swing y el tango. Para demostrarlo, se levantó y trazó una docena de pasos, antes de doblar el espinazo y extender los brazos como bailarín en noche de première.

Sam parecía más blanco que los blancos pero era un africano puro. Tenía varias mujeres en Angola, que le habían dado doce hijos, y una en el Congo, que acababa de darle una hija. Y decía: "Y eso que soy un hombre responsable, que si no lo hubiera sido tendría mucha más descendencia".

El embajador de España en Kinshasa, José Antonio Bordallo, mantenía que los kinois eran soldados de Venus, dios del amor, antes que de Marte, dios de la guerra. Atribuía a ese alistamiento en las filas del Olimpo la inagotable capacidad de sufrimiento de los habitantes de una ciudad donde la violencia, el hambre y el nepotismo eran sustituidos al caer la noche por la música, el baile y la pasión. Era la forma de sobrevivir en la Cité, el barrio bantú que se extiende al sur de Gombe y donde en los años setenta se construyeron cientos de miles de casas para acoger a quienes emigraron de sus aldeas bajo el espejismo de la modernidad. Desde entonces esperaban que se les proporcionara servicio de luz y agua corriente y habían quedado unidos por la desdicha. Formaban una gran familia en la que los niños llamaban papá o mamá a todos los adultos, y éstos entre sí hermano mayor o hermano menor, de acuerdo a su edad. Eran capaces de matanzas atroces, también de una generosidad sin límites. Y su corazón latía sin freno. Cientos de hogueras se encendían al atardecer en largos bulevares repletos de inmundicias y en cuyas intersecciones se congregaba una turba multa al reclamo de tenderetes de comida. O al parpadeo de anuncios luminosos de paupérrimos locales de nombre sugerente –Los Ángeles Negros, Déjate Amar, Poco a Poco–, en cuyo interior sonaba el ndombolo, la rumba congoleña, que a ritmo de escalofrío,

de descarga eléctrica, une a las parejas muslo con muslo, nalga con nalga, sexo con sexo.

Dos años después de la caída de El Viejo Leopardo, la Cité emitía su pálpito intermitente pero el Monte Ngaliema permanecía en la penumbra. Había sido abandonado y vaciado de especies el zoo con que Mobutu maravillaba a sus visitantes. El palacio presidencial fue saqueado el día de la huida de su inquilino y entregado a la depredación vegetal. El sucesor de Mobutu había elegido para residir el barrio de Binza. Kabila se alojaba en el Palacio de Mármol, que en tiempos de su predecesor albergaba a los jefes de Estado extranjeros de visita en Kinshasa. Ésa era una de sus pocas diferencias. Junto a su querencia por el poder y el dinero, Mobutu y Kabila siempre compartieron debilidad por las mujeres. Mobutu ocupaba el vértice de un triángulo amoroso que tenía en sus otras dos esquinas a su esposa legal, Mama Bobi, y a la hermana gemela de ésta, Mama Bokasi, en virtud de una tradición de su tribu que permite al marido disfrutar de todas las mujeres del clan de su cónyuge. Y Kabila nunca perdió la afición a las mulatas guineanas que tanto le recriminara el Che.

Ambos eran asimismo proclives al alcohol y al insomnio, tenían inclinación a trabajar hasta el amanecer, cuando dedicaban las horas a un común esparcimiento, el juego de damas. Sakombi Inongo dice que Mobutu creía que en política tampoco hay empate posible, como en las damas, que deben devorar sin tregua para evitar ser devoradas. Mobutu no supo interpretar el signo de los tiempos. Pensaba que sus damas barrían a las del enemigo cuando se quedó sin ellas. Kabila se equivocó en la elección de contrincante para el juego. Ante el tablero encontró a su asesino.

## Capítulo 9: ANGOLA, El ESCENARIO CALIENTE DE LA GUERRA FRÍA

El teniente Rashidi Kasereka tenía veinticuatro años pero largo historial guerrillero. Antiguo kadogo del general Masasu, se había sumado en el Kivu a la Alianza contra Mobutu y luego, en Kinshasa, a la guardia personal de Kabila, que ya presidente le había ahijado. Kasereka y Kabila jugaban a las damas cuando uno concluía el turno de guardia y el otro el despacho de asuntos de Estado en el Palacio de Mármol. Allí fue donde el 16 de enero de 2001 asesinó a su padrino y rival ante el tablero. En medio del juego, Kasereka se acercó a Kabila como para hacerle una confesión al oído y sacó una pistola y le descerrajó dos balas, una en la cabeza y otra en el corazón. Nunca pudo decir por qué lo hizo. Nada más cometer el crimen, el jefe de la guardia presidencial, el capitán Edy Kapend, ordenó que le abatieran a su vez a él. Y le dio, personalmente, un tiro de gracia.

Lo primero que hicieron los ejecutores de Kasereka fue ir a las cloacas de Kinshasa y sacar de las solapas a una docena de cambistas libaneses, que habían introducido reciente e ilegalmente en el Congo decenas de miles de dólares. Los libaneses murieron bajo tortura tras ser acusados de financiar un crimen con el que tenían un vínculo más que incierto. Según el entorno de Kabila, Kasereka había actuado en revancha por el destino reservado por su padrino a Masasu, caído en desgracia y que, después de encarcelar, Kabila había fusilado por insubordinación.

¿Y el capitán Kapend? Pues desapareció por completo de la escena. Fue recluido e incomunicado en un lugar desconocido mientras se detenía en los arrabales de Kinshasa a otro centenar de presuntos cómplices, tan escasamente sospechosos como los libaneses. Y se embrolló para siempre el sumario del caso, lo que levantó la inmediata sospecha de que se había tratado de una conspiración tan tentacular como la capital congoleña. Más habida cuenta de que en las primeras horas las autoridades aseguraron que Kabila había sido herido y viajaría a Harare para su hospitalización. El cuerpo fue

trasladado, en efecto, al día siguiente a la capital zimbabuense. Pero cadáver. Y la sucesión quedaba asegurada antes de que se anunciara el deceso. En una reunión urgente el Gobierno nombró heredero al vástago del asesinado, nacido hacía 29 años en el bastión revolucionario de Baraka-Fizi. Joseph Kabila, a quien su progenitor había nombrado general, era casi un perfecto desconocido que se convertía en el jefe de Estado más joven del mundo. Y en continuador de una dinastía cuyo fundador recibió exequias de héroe nacional, algo que ya hubiera querido para sí el propio Lumumba.

Con sus arrebatos, desplantes e inesperados cambios de humor, Laurent Kabila no tenía vocación de títere, sino de déspota. Empezaron por averiguarlo sus primeros aliados. Tras auparle al poder, Museveni y Kagame comprobaron que el viejo Kabila no estaba dispuesto a cumplir ninguno de sus compromisos. Ni a conceder la autonomía a los tutsis congoleños, ni a los ugandeses y ruandeses la explotación de las riquezas del este del Congo.

Casi igual de corto había sido el idilio con Estados Unidos, que no tardó en entender que Mzee era un autócrata de primera. No había arreglado en nada el desbarajuste que había recibido como herencia de Mobutu. Prohibió los partidos políticos y la libertad de prensa, permitió todas las violaciones a los derechos humanos. Nadie estaba a salvo bajo su mandato, tampoco los miembros de su ejecutivo, algunos de los cuales fueron directamente del Consejo de Ministros a la cárcel.

El Congo seguía sin ser socio, mercado ni lugar seguro, por lo que tras el magnicidio, todo el mundo se alivió. Se dio la bienvenida al hijo de Kabila. Peor que el padre no podía ser.

Había transcurrido una semana de su nombramiento cuando Joseph Kabila viajó a Washington. La visita resultó un éxito. Fue organizada por el presidente angoleño Dos Santos, que garantizaba la continuidad del régimen de Kinshasa. Con lo que se cerró el círculo. Sin el visto bueno de los aliados del Mzee hubiera sido imposible la revancha de Kasereka. A los últimos socios de Kabila les pasó lo que a los anteriores, no lo pudieron manejar. Angola era, además, el único país que apoyó a Kabila en las dos rebeliones. Su ayuda había sido importante en la campaña contra Mobutu y

crucial un año después para recuperar Kittona y evitar la caída de Kinshasa. En el interregno, el ejército angoleño –el segundo del continente con 130.000 hombres, tras el sudafricano– había intervenido en Brazzaville, capital del ex Congo francés, la vecina República del Congo. La razón era que los dos Congos se habían convertido en una extensión de la guerra que desde hacía más de veinticinco años se libraba en Angola y era la más antigua de África. Databa de la época en que la ex colonia portuguesa se conocía como “el escenario caliente de la guerra fría”.

El 11 de noviembre de 1975 pudo ser un día grande. Las posesiones lusas, las primeras colonias de África, alcanzaban la independencia. Angola, Mozambique, Guinea Bissau, las islas de Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe constituían los restos de un imperio que se había empantanado en África, y que la revolución de los claveles de 1974 acababa de finiquitar en Lisboa. Todo para que en el mayor de aquellos países, que el petróleo y los diamantes también hacían uno de los más ricos de África, empezara una guerra sin cuartel entre las dos principales facciones nacionalistas.

El Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) tenía arraigo urbano, estaba dominado por la etnia mbundu. Su líder, Agostino Neto, era un comunista ortodoxo que desde el principio recibió armas y apoyo logístico de la Unión Soviética, y un contingente militar de Cuba que llegó a estar compuesto por 50.000 soldados. Con base en las zonas rurales y controlado por los ovimbundu, el otro grupo, la UNITA de Jonas Savimbi no tenía una ideología muy diferente a la del MPLA, a no ser por el detalle de que era maoísta. Pero el campo elegido por su oponente la colocó en el sitio que le correspondía. Si el MPLA contaba con el respaldo del bloque soviético, UNITA lo haría con el de Occidente. Con el auxilio político de Estados Unidos, tropas de la Sudáfrica del apartheid facilitarían a UNITA el sostén necesario para que Angola no cayera totalmente en la órbita de Moscú. Se produjo una situación única en África: los dos grupos proclamaron la independencia por separado y desde distinto lugar. El MPLA se entronizó en Luanda, en la costa y la capital colonial; UNITA en la ciudad de Huambo, en el interior, donde Caetano pensó en trasladar

a mediados del siglo XX el centro neurálgico de todos los territorios lusos. La Nueva Lisboa.

La liberación había sido impulsada por la burguesía, compuesta por mestizos y nativos educados por los portugueses que dominaron el MPLA, establecido en los puertos marítimos, frente a los que se habían detectado reservas de petróleo. El Gallo Negro, símbolo de UNITA, se aposentó en el interior, donde controlaba el setenta por ciento del país y practicaba una estrategia de guerrillas para conservar las minas de diamantes de las provincias de Lunda Norte y Lunda Sur, en las que se ubica el principal yacimiento de aluvión de diamantes de África, el valle del Cuango.

Ronald Reagan recibió a Savimbi una par de veces en la Casa Blanca. Y el sucesor de Reagan, George Bush, en una ocasión. No podían hacer menos por quien en África era, con Mobutu, el campeón de la causa contra el comunismo.

La naturaleza de la guerra cambió con el desmantelamiento en 1990 de la Unión Soviética. El conflicto perdió su aparente motivo, lo que condujo a que ambas partes iniciaran bajo presión internacional el proceso de paz de Bicese, en Portugal, y donde se sentaron las bases de las primeras elecciones. Los comicios se celebraron en 1992 y, por poco, fueron ganados por el MPLA, liderado por Dos Santos, un mestizo de Cabo Verde que en 1979 había sustituido a Neto, muerto en Moscú cuando era atendido de cáncer. Pero Savimbi no supo encajar la derrota. Tras rechazar los resultados, desató de nuevo las hostilidades, que en los dos años siguientes registraron su periodo más sangriento. Las purgas en el interior del régimen de Luanda y la limpia de disidentes en el de la UNITA causaron cientos de asesinatos. Los combates, los bombardeos de civiles y la siembra de minas antipersona provocaban 300.000 muertos en los campos de batalla. Éxodos de campesinos engrosaron el censo de las ciudades, donde los refugiados llegaron a representar la cuarta parte de los 12 millones de angoleños.

La presión internacional condujo en 1994 a retomar el proceso de paz, materializado en los acuerdos de Lusaka. En la capital zambia, la UNITA adquirió el compromiso de desarmar a sus tropas y entregar las parcelas bajo su control a la autoridad del Estado, una coartada para ganar tiempo. Savimbi sabía que sin la fuerza de las

armas nunca cumpliría su sueño de ser presidente. En una decisión que refleja sus reticencias a respetarlos, envió a su número dos, Eugenio Manuvokola, a suscribir los acuerdos. En los cuatro años de vigencia del tratado, durante los que UNITA ocupó la titularidad de varios ministerios, Savimbi no desarmó a sus hombres ni entregó su territorio a la autoridad del Luanda. Se negó a trasladar su residencia a la capital. Aseguraba que de hacerlo lo asesinarían. La situación se hizo insostenible a fines de 1998, meses después del inicio de la rebelión contra Mzee. La primera guerra mundial africana ponía otra vez en jaque el control del enclave de Cabinda, en territorio congoleño y separado del resto Angola por la desembocadura del río Congo. En esa región se extraía el 60 por ciento del petróleo angoleño y operaba el secesionista Frente de Liberación de Cabinda (FLC). La posibilidad de que Kinshasa cayera en poder de los amigos de la UNITA, los ugandeses y ruandeses, suponía un peligro que el MPLA no estaba dispuesto a asumir. A los dos meses de implicarse de nuevo en el Congo, Dos Santos anunciaba en octubre de 1998 que “el único camino para la paz es la guerra”.

Después de casi dos décadas y media de independencia, y de un millón de muertos, las cosas no habían cambiado en lo esencial en Angola, donde la novedad era que el nacionalismo había sido sustituido por la ambición de hacerse con los recursos naturales sin necesidad de soldados extranjeros. Los angoleños se bastaban solos para que un país que producía 800.000 barriles diarios, y era el segundo productor africano de petróleo tras Nigeria, padeciera la mayor tasa de mortalidad infantil del globo. Cuarto productor mundial de diamantes después de Rusia, Botswana y Sudáfrica, Angola tenía una población que vivía en la miseria. Su supervivencia dependía de la ayuda exterior. Las infraestructuras dejadas por los portugueses estaban en ruina y 2 millones de minas antipersona continuaban diseminadas. El medio de transporte entre ciudades eran avionetas de compañías privadas cuyo lamentable estado de mantenimiento habían convertido a Angola en el país del mundo con mayor número de accidentes aéreos. Hacía tiempo que el 11 de noviembre de 1975 figuraba entre los días más tristes de la historia de continente.

Cuatro siglos de colonización portuguesa hacen que Luanda parezca más una capital latinoamericana que africana. 400.000 portugueses salieron con el inicio de la guerra civil. Como los españoles, los portugueses son los únicos europeos que se mezclaron con los súbditos de sus colonias. En Luanda, su legado –también el cubano–, eran cientos de miles los mulatos y mulatas que permitían imaginar al visitante que bien podía encontrarse en Salvador de Bahía, La Habana o Cartagena de Indias.

Con su viejo fuerte portugués en lo alto, la ciudad se extendía por una bahía bordeada por una playa y un paseo marítimo con chiringuitos, restaurantes y clubes de natación. Era la pasarela de la nomenclatura del MPLA, compuesta por un centenar de familias que ocupaban desde hace 25 años la cumbre del régimen. Las ganancias del crudo les aseguraban todas las conexiones políticas y económicas. Y expoliar lo que jamás se podrá saber. La empresa Sociedad Nacional de Combustiveis (SONAGOL), la Hacienda y el Banco Central formaban un agujero negro por el que desaparecían la mayor parte de los petro-dólares. Según el FMI, el gasto no declarado en defensa suponía una cuarta parte de lo que figuraba en los presupuestos del Estado. El generalato había hecho de la guerra civil su modus vivendi, se enriquecía con negocios paralelos como la compra-venta de armas y los servicios de seguridad privada. Tony Hodges decía que Angola "ha pasado del estalinismo africano al capitalismo petrolífero, sin perder ningún reflejo dictatorial". La nomenclatura aplicaba el principio de "conmigo o contra mí", y en medio quedaba la población. Al caer la noche, los todoterrenos y coches de lujo de Luanda –la capital africana más cara, todo se compraba a golpe de talonario– dejaban sitio a una legión de "crianzas de la rúa", miles de niños que se echaban a la calle para poder comer. El reverso de la moneda no era mejor. Según un dicho, "el MPLA roba, pero la UNITA mata".

Se calculaba que la UNITA había ingresado desde 1992 dos billones de dólares con la venta de diamantes. Los sucesivos periodos de paz habían sido aprovechados por Savimbi para continuar su tráfico de piedras preciosas, comprar armamento y la voluntad de algunos presidentes. Tras la caída de Mobutu, el líder togolés, Ñasingbe Eyadema, era su principal abastecedor de armas e intermediario en la venta de gemas. Os Mais Velho, "El Más Viejo", como conocían

sus partidarios a Savimbi, ponía a trabajar en las explotaciones a campesinos reclutados por la fuerza y a garimpeiros, mineros ilegales. Nieto de Saita, uno de los primeros jefes tribales que se opuso a los portugueses, Savimbi había utilizado su ascendencia familiar para crearse su mito. Le ayudaban un verbo enardecido y mesiánico. Y respondía a todos los clichés del caudillo tribal. Era astuto, ambicioso, sanguinario.

Las fuerzas del Gobierno habían estado muchas veces a punto de cazarle. En 2001 le pisaron los talones, se anunció su muerte. Escapó por poco. Lo que el 21 de febrero de 2002 no pudo hacer. Savimbi fue localizado en un paraje del río Luvuei cercano a la frontera con Zambia. Se le detectó por una llamada que hizo por teléfono satélite a uno de sus hijos, que vivía en Portugal. Tras conocer dónde se encontraba, el ejército lanzó una operación para eliminar a un grupo de milicianos de la UNITA que había ido a buscar agua al río. A continuación las tropas gubernamentales llegaron hasta al escondite de Savimbi, dormido en compañía de las cuatro mujeres con que viajaba normalmente. Los cubanos, que conservaban en África una privilegiada red de información, dijeron que Savimbi fue torturado –"se entretuvieron con él un rato", me aseguraron– antes de recibir, como Kasereka, un tiro de gracia.

Tras la muerte de Savimbi, sus guardaespaldas intentaron recuperar el cadáver durante el resto del día. Al final tuvieron que retirarse sin los restos de quien había dedicado su vida a la guerra. Savimbi llevaba 40 de sus 67 años como líder rebelde, primero contra los portugueses y después contra el MPLA. Además del cuerpo, que el ejército enterró de manera anónima, los escoltas buscaban los miles de billetes de dólares que el guerrillero más veterano de África llevaba siempre consigo. Con Os Mais Velho desaparecieron también los números de sus cuentas bancarias en Suiza. Una buena transacción para el sector financieron helvético, que multiplicó sus ganancias.

Nikola Vadjon era croata y el blanco que mejor conocía África central. Llevaba más de veinte años en la región. Llegó como corresponsal de la agencia de noticias yugoslava Tanjug, y se había casado con la angoleña Raquel. Tenía formación ideológica marxista y, pese a que no renunciaba a las ventajas del libre

mercado, no había abandonado los ideales del internacionalismo marxista. Era el periodista europeo del régimen de Luanda. Y su ascendencia sefardí le proporcionaba una relación muy particular con el Estado español. Descendiente de los judíos expulsados en 1492, su abuela le había enseñado la lengua de Cervantes. Lo que con los años había hecho de él un eslabón entre Angola y España, por medio de su colaboración con la agencia EFE. El Gobierno español se echó en brazos del angoleño a principios de los noventa, con la esperanza de llevarse una parte del pastel de crudo. No paraban de localizarse reservas y se auguraba que el país produciría en 2010 dos millones y medio de barriles diarios. Las principales compañías internacionales –Chevron, Petrofina, Texaco, Elf– poseían inversiones en los yacimientos, y Repsol no quería quedarse a la zaga. En contrapartida, el Gobierno de Felipe González hacía lo necesario para que la Guardia Civil equipara a la Policía Nacional angoleña. Los dignatarios de Luanda decían que ese apoyo logístico fue lo que impidió que la capital cayera en 1992 en manos de la UNITA. La cooperación española no había dado resultados contables. Diez años después, Luanda era la capital africana más endeudada con Madrid con 1.000 millones de dólares de números rojos.

Vadjon no tenía duda, en África el socialismo no existe. Pensaba que no se puede conjugar con un continente cuya ideología es la etnia, a veces tenida de religión, y donde el Islam ha sustituido al bloque soviético como peligro. Angola había dejado por eso de suponer una amenaza para Occidente. La batalla global se había desplazado a su enemigo de más enjundia en la primera guerra mundial africana. Angola tiene ambiciones hegemónicas en África austral, Uganda en la región de los Grandes Lagos. Y Uganda era “el escenario caliente de la nueva guerra fría”.

## Capítulo 10: POBRE, SOLA Y MUJER, PARIA DEL GÉNERO HUMANO

La mala suerte no le había borrado una belleza inusual ni la dulzura en la mirada; agraciada pero infértil, Alice se había casado en dos ocasiones y en ambas el matrimonio había acabado en repudio. Sin marido que le diera sustento, sobrevivía con la venta de pescado en su región natal del Acholi, en el norte de Uganda. Hasta que a los 30 años se sintió poseída por un espíritu cristiano llamado Lakwena, "El Mensajero", que le reveló que había sido elegida por dios debido a su poca fortuna. Pobre y mujer, la ausencia de fecundidad había terminado por convertirle en paria del género humano. Y El Mensajero le instruyó para que viajara a la reserva natural de las cataratas Murchison, en el oeste del país, a fin de que aprendiera a ser el vehículo de la liberación de los muchos que compartían su infortunio. Durante los 40 días que estuvo en el parque, caminando durante las horas de sol y durmiendo bajo la luz de las estrellas, Alice pudo comunicarse con todos los seres, animados e inanimados, que habitaban el lugar. De ellos supo que los animales sufrían la depredación de los cazadores furtivos, que el mundo vegetal agonizaba porque los soldados dejaban a su paso sólo cenizas, que las fuentes y los manantiales se extinguían por el despilfarro de los hombres. Y tuvo la revelación de que ella, Alice Auma, estaba destinada a combatir el diablo, culpable de aquel estado de cosas. El instrumento sería una rebelión cósmica, a la que llamó el Movimiento del Espíritu Santo (MSF). La lucha comenzaría en Uganda, se extendería al resto de África, concluiría sobre toda la faz del Tierra.

Más de tres años después, 10.000 desertores y renegados integraban la organización armada de la antigua pescadera. Combinaban estrategias de la guerra al uso occidental con reminiscencias de ritos tribales. Empleaban armas de fuego pero se decían protegidos por las ánimas incorpóreas de cientos de miles de desheredados, de serpientes y de abejas, de ríos y de árboles. Las Escrituras habían sustituido a los fetiches como amuleto. Para purificarse cantaban salmos bíblicos, se rociaban con agua bendita antes de entrar en

combate. Estaban convencidos de que eso les hacía invulnerables a las balas enemigas. Con esa fe protagonizaron una campaña victoriosa que les había llevado hasta Jinja, donde Speek descubrió en 1860 el nacimiento del Nilo, 40 kilómetros al este de Kampala. En ese paraje librarían en octubre de 1988 la batalla decisiva para tomar la capital ugandesa. Pero fueron derrotados sin remisión. Alice tuvo que huir a Kenia, en la que obtuvo el estatuto de refugiado político. Y país en el que se aficionó a la ginebra con coca-cola.

La historia habría concluido en las tabernas del norte keniano de no ser por que el padre de Alice, Severino Lukoya, no hubiera revelado al poco de la derrota de Jinja que El Mensajero había abandonado a su hija para encarnarse en él. Rebautizó el movimiento místico como el Ejército del Señor (ES), aunque tampoco su aventura tuvo futuro. Fue sitiado en 1989 por soldados del Gobierno y luego capturado por partidarios del tercer miembro de la familia que afirmaba estar poseído por el mismo espíritu. Un primo de Alice y sobrino de Severino, un monaguillo. Un tal Joseph. Joseph Kony.

El nuevo elegido por El Mensajero se hizo con el liderazgo de la organización, que a partir de entonces se llamaría Ejército de Resistencia del Señor (ERS) y que en la década de los noventa continuó con el objetivo de instaurar un régimen basado en los Diez Mandamientos, aunque con métodos diferentes a los de Severino y Alice. Padre e hija habían instruido a sus milicianos para que respetaran a los civiles, pero el primo y sus fieles se libraron a todo género de atrocidades. A modo de castigo, cercenaban las orejas y los labios de los aldeanos. Secuestraban a los adolescentes, para instruir a los chicos en el oficio de las armas y a las chicas en el de concubinas. Según Amnistía Internacional, miles de menores han sufrido esa suerte en la región septentrional de Uganda, donde el antiguo movimiento mesiánico se ha transformado en una banda de forajidos que ha prosperado. A principios del siglo XXI recibía provisiones y armas del régimen islámico de Sudán, en respuesta a la ayuda que Uganda presta a los rebeldes que luchan por la independencia de la región meridional sudanesa, animista y cristiana. Porque Youeri Museveni es el más fiel aliado de Estados Unidos en África oriental, el encargado de frenar la expansión del Islam en la región. Y eso obliga al presidente ugandés a combatir a

fundamentalistas de Cristo, pese a que también él es asiduo lector de la Biblia.

Museveni cree que nació hacia 1944 pero no lo sabe con certeza. Sus padres le enseñaron poco más que a dar nombre a las vacas de acuerdo al color, tamaño y longitud de los cuernos. Como el resto de niloticos, los Bayankore Bahima viven por y para su ganado. Se alimentan de su leche, utilizan su orina como purgante. Primos de tutsis y masais, los Bayankore Bahima forman parte de los pueblos que asimismo se establecieron en Ruanda, Burundi y el Congo. Y que hicieron de Uganda un campo de batalla étnico al dispersarse por una región habitada antes sólo por bantúes. Cuando los misioneros llegaron a finales del XIX, a esa pugna tribal se sumó la guerra de las creencias. Procedentes de Zanzíbar, esclavistas mahometanos habían sido los primeros en practicar conversiones entre los autóctonos, caníbales e impenitentes fumadores de hachís. Pero lo que desató el conflicto fue la aparición de los misioneros anglicanos del Church Misionery Society y de los católicos franceses Peres Blanchs, que trasladaron sus rencillas a los locales y acabaron por ensangrentar una tierra de un verdor luminoso, conquistada en 1890 por Frederick Lugard y que el primer ministro de la metrópoli colonial, Winston Churchill, calificó de “la perla de África”.

La rivalidad religiosa de esa época se había traducido durante la independencia en una profunda rivalidad entre el católico Partido Democrático (PD) y el protestante Congreso Nacional de Uganda (UNC). Aunque el PD era mayoritario, el panafricanista que dirigía el UNC, Milton Apolo Obote, se alió al rey Mutesa de Buganda, el principal de los reinos tradicionales ugandeses, para ganar en coalición las elecciones de abril de 1962. En octubre de ese año se proclamó la soberanía y el monarca fue nombrado presidente, con Obote como primer ministro. Nada permitía sospechar al jefe de Gobierno –originario como Alice Auma del Acholi– que el ardid sería el germen de su caída. Museveni, católico y por tanto simpatizante del PD, nunca se lo perdonó.

El joven Bayankore Bahima había completado para entonces sus estudios en la Universidad de Dar Es Salam. En esa capital conoció a Kabila y resultó seducido por la ideología del presidente tanzano,

Julius Nyerere, cuya doctrina de la ujamaa o unidad de producción comunitaria era la más prometedora versión africana de las propuestas de Carl Marx. En las aulas universitarias tanzanas el futuro presidente ugandés se hizo amigo del sudanés John Garang, a quien después ayudaría en su lucha contra el régimen integrista islámico del país vecino, y del norteamericano Stokeley Carmichael, líder de las muy combativas Panteras Negras norteamericanas. Por último, y sobre todo, de Samora Machel, cuyo Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) luchaba por la emancipación de esa ex colonia lusa, en cuyas "zonas liberadas" Museveni recibió su primera instrucción militar.

El entendimiento entre el rey Mutesa y Obote empeoraba entretanto en el interior de Uganda. El intento del soberano de Buganda de escindir su reino del resto del país fue la gota que colmó el vaso. El primer ministro mandó que los tanques rodearan el palacio del monarca, que se vio forzado a exiliarse en Londres. Obote ocupó la presidencia, únicamente por cinco años: el general a quien había ordenado cercar la residencia real acabó por derrocarle. El musulmán Idi Amin Dada era un antiguo campeón de los pesos pesados, a quien Obote había promocionado en las Fuerzas Armadas. Hasta que el pugil se le adelantó: Obote le iba a cesar en enero de 1971; Amin le cesó horas antes.

El golpe de Estado de Idi Amin Dada no tenía antecedente en África oriental, reflejada por primera vez en un bravucón de cuartel, con la casaca del uniforme repleta de medallas, insignias y condecoraciones. Amin prodigaba gestos que hacían sonreír a sus compatriotas. Eructaba en cenas y recepciones oficiales, se paseaba en un trono sostenido por cuatro asesores blancos. Recibido en olor de multitudes, poco tardaron los ugandeses en comprender lo que se les venía encima. Feos, patosos y parecidos a las cigüeñas, los marabúes que a la caída de la tarde inundan los tejados de la capital ugandesa incrementarían su dieta con la carne humana que comenzó a abundar en los vertederos de basura. Y nunca se encendieron tantas velas ante los altares con imágenes de Cristo y de la Virgen que ocupan las esquinas de Kampala, como Roma fundada sobre siete colinas.

En una emisión por radio Amin anunció que había llegado al

Gobierno “para poner orden”. El pretexto, profusamente utilizado después en muchas partes de África, fue “frenar la corrupción de la clase política”. Liberó de la cárcel a los presos de opinión pero suspendió las instituciones públicas. Amin incrementó la dotación del ejército –que llegó a tener 20.000 hombres, 3 escuadrones de caza bombarderos, 60 tanques y 300 carros ligeros, un récord en el África de ese tiempo–, para hacer limpiezas étnicas entre sus compañeros de armas. Miles de soldados de la tribu Lango, la de Obote, fueron asesinados. Para enderezar la economía, tuvo la idea de expulsar a los 50.000 residentes indios. Justificó la medida diciendo que se dedicaban a “mamar” el dinero de los ugandeses, el éxodo de los asiáticos causó el derrumbe del comercio y del sistema productivo. La desaparición de opositores, académicos y jueces se convirtió en moneda corriente. Sus cuerpos tumefactos aparecían flotando en el lago Victoria, con los genitales abrasados. El turno le alcanzó al clero, uno de cuyos representantes, el arzobispo Janani Muluz, fue asesinado por orden del musulmán Amin, debido a una disputa por el dinero con que uno quería construir una iglesia y el otro una mezquita. Las operaciones las planificaba el oficial británico Bob Astles, principal consejero político de Amin. Astles adquirió la nacionalidad ugandesa y se surcó el rostro de las escarificaciones kakwa de su patrón.

El aspecto amable del régimen fue la princesa Elisabeth Bagaaya, quien en febrero de 1974 fue nombrada ministra de Exteriores. Modelo, actriz y habitual de la alta sociedad internacional, Bagaaya permaneció poco en el puesto. A los ocho meses fue puesta en arresto domiciliario.

En su delirio, Idi Amin se autoproclamó presidente vitalicio y conquistador del imperio de Su Graciosa Majestad británica. Reclamó partes de Kenia y Sudán. Y en marzo de 1979 ordenó que 3.000 soldados ugandeses invadieran Tanzania. La audacia le costaría el poder. Nyerere declaró la guerra a Uganda, y un mes después más de 10.000 soldados tanzanos entraban en Kampala, acompañados de disidentes ugandeses, entre ellos Museveni. Amin huyó, aunque continuaría la pesadilla. Tras veinte meses de inestabilidad con los regímenes de Yusuf Lule y Godfrey Binaisa, Obote se hacía de nuevo con el Gobierno tras ganar en 1980 unas elecciones en las que Museveni se presentó como aspirante. Y tras

las cuales acusó a Obote de fraude masivo para hacerse de nuevo rebelde. Y emprender un combate cuyas consecuencias trascenderían en mucho las fronteras ugandesas.

Treinta y cinco hombres y veintisiete armas de fuego compusieron el embrión de la guerrilla que más influencia ha tenido en el África contemporánea. Lo integraban Museveni y una veintena de antiguos milicianos a los que, pese a haber formado parte de las fuerzas que habían liberado a Uganda de la dictadura de Amin, Obote había apartado de los cargos públicos. Por lo que, con el nombre de Movimiento de Resistencia Nacional (MNR), el grupo optó por la insurgencia, apoyado en Kagame y algunos exiliados tutsis ruandeses. El 6 de febrero de 1981 realizaron su primera incursión, con el ataque a unas barracas militares al oeste de Kampala. Robaron armas y el éxito del asalto les permitió repetirlo en otros arsenales y contar con cientos de hombres bien pertrechados. La debilidad e impopularidad del régimen de Obote se lo hizo fácil. El segundo mandato de Obote estaba siendo más sanguinario que el primero, hacía bueno el de Amin. La etnia kakwa del general derrocado, las tribus nubias del ejército y la comunidad islámica eran quienes sufrían entonces la persecución. Cinco años después de que Obote hubiera alcanzado la presidencia, 300.000 ugandeses habían sido masacrados, lo que mejoraba la marca de Amin, que necesitó ocho para ese resultado. Ante lo que, en julio de 1985, dos oficiales superiores del ejército– ambos de apellido Okello, Tito y Bazilio– cortaron por lo sano y derrocaron a Obote. Encabezaron un régimen frágil, que cayó ante la presión militar del MNR. En enero de 1986 Museveni y sus hombres entraban de nuevo en Kampala. Y esta vez para quedarse con el poder. Se ponía fin a más de dos décadas de dictaduras, golpes de Estado e invasiones extranjeras. Y se iniciaba el periodo de estabilidad política en Uganda, que con el apoyo de Estados Unidos exportaría su modelo.

En la orilla norte del lago Victoria se extiende un pequeño y frondoso bosque de tres kilómetros cuadrados. No tiene verjas y fue concebido a fines del XIX por los colonizadores británicos como campo de exploración e investigación de la flora local. Tras la

independencia fue abandonado pero en los últimos tiempos los botanistas han vuelto a trabajar en los invernaderos, donde reciben la visita de manadas de ardillas y de pequeños monos colobus, negros y blancos. El suelo aparece dividido en parterres, cada uno con un cartel que indica el nombre de las diferentes especies, entre las que se ha trazado un sendero para conocer de cerca el mundo de las arañas, algunas con el cuerpo del tamaño de un puño y que tejen su red en las ramas de árboles gigantescos y centenarios, bajo un cielo con frecuencia encapotado por nubes que preludian un diluvio. Los aldeanos mantienen que en el Jardín Botánico de Entebbe se rodaron las primeras películas de Tarzán, protagonizadas por Johnny Weismuller, atleta y actor.

El orden que impera en el Jardín Botánico de Entebbe, al oeste de la ciudad y el aeropuerto del mismo nombre, es el espejo de la nueva Uganda. Con un discurso favorable al libre mercado y de guerra a la corrupción, Museveni ha estrenado un estilo de cooperación con Occidente que contradice la doctrina socializante de los padres de las independencias. “¿Qué es más patriótico, privatizar o una economía dirigida por el Estado? Sin duda la primera solución, y quienes no piensan de manera contraria es que no han analizado bien la dinámica de la coyuntura” es el razonamiento del presidente ugandés. Los datos han venido a confirmar en términos económicos lo acertado de la empresa. Con un crecimiento que ronda el diez por ciento anual, Uganda es el Estado más pujante del este de África. Y con una determinación desconocida, el único en que las campañas de prevención han frenado la propagación del sida. El florecimiento de casos de nepotismo –atribuidos al cuñado de Museveni y número dos del régimen, el general Salim Saleh– ha arrojado luz natural sobre el escenario cinematográfico.

Museveni restauró en 1993 la monarquía de Buganda con la entronización del rey Mutebi, sucesor de su padre Mutesa, muerto en 1969 en el exilio. Pero el papel del monarca tiene carácter simbólico. Parecida es la solución para el asunto de los partidos políticos. No están prohibidos, sí sus actividades. Museveni se niega a implantar “el juego democrático” a la occidental. Piensa que no puede injertarse por decreto mientras la política siga teniendo base religiosa o étnica en África. Ha optado, sin embargo, por revalidar en las urnas su mandato. Lo hizo en 1996 y 2000, frente a

oponentes que concurrieron sin el apoyo de organizaciones representativas y fueron fácilmente batidos. Durante las semanas previas, Uganda se vio inundada de fotografías en las que se veía al presidente con un largo cayado y un sombrero de ala ancha. Ése es el aspecto del veterano Bayankore Bahima cuando pastorea los rebaños de vacas Ankole, de poderosa cornamenta, de su clan. Pese al paso de los años, sacar de paseo al ganado continúa siendo la distracción favorita de Museveni.

El presidente ugandés ha extendido su sistema fuera de su país, a través de amigos y protegidos, con amplio poder de influencia pero distinta suerte. Tras su llegada al poder, ocho años necesitó Kagame para hacerse con el Gobierno en Kigali y once Kabila en hacerlo en Kinshasa, lo que apuntaba a un nuevo equilibrio estratégico en África central. Tanto Kagame como Kabila eran angloparlantes y aliados de Estados Unidos, que ganaba posiciones en detrimento de Francia, que perdía a dos aliados continentales, Habyariamana y Mobutu. Aunque en este último caso Museveni se arrepintiera. Reconoce que ayudar a Kabila a derrocar a Mobutu ha sido una de "las peores decisiones de mi vida".

Mobutu permitía que los rebeldes ugandeses de la Alianza de Fuerzas Democráticas (AFD), compuesta por partidarios de Amin, hutus apátridas y fundamentalistas musulmanes, usaran el este del Congo para desestabilizar Uganda. Pero también lo consintió Mzee. Lo que explica que Museveni prestara todo su respaldo a la rebelión contra Mzee, pese a que una vez perdida la base de Kittona se desentendiera de los rebeldes de Goma, que dejó en manos de los ruandeses, y alumbrara un nuevo grupo guerrillero liderado por el joven congoleño Jean Pierre Bemba, que trabajaría en favor de los intereses del presidente ugandés en la primera guerra mundial africana.

Tampoco el apoyo de Museveni al Ejército de Liberación Popular de Sudán (SPLA) de Garang había dado dividendos a fines de siglo. La guerrilla del vecino país no había conseguido su propósito. Y el precio que Uganda debía seguir pagando era Joseph Kony. En marzo de 2000 la última operación del antiguo monaguillo, y sus integristas cristianos ugandeses apoyados por fundamentalistas islámicos sudaneses, fue el asesinato de doce estudiantes que

estaban de vacaciones en el parque donde Alice Auma había realizado quince años antes su viaje iniciativo, la reserva de las cataratas Murchison.

Kony no suponía un peligro inmediato para Museveni. Pero era el recordatorio de la implicación de Uganda en la contienda global. Y ejemplo de la monstruosa cosecha que puede arrojar la simiente de fe plantada al inicio de los seis kilómetros del río más largo. En el prólogo de la biografía del presidente ugandés, Sembrando la semilla de la mostaza, figura un fragmento de los Evangelios de San Mateo. Museveni afirma que la cita ha inspirado toda su acción política. Reza: “el reino de Dios es como la semilla de la mostaza. Se trata de la más pequeña de las semillas, pero al crecer se convierte en la planta más exuberante del jardín, en la elegida por todos los pájaros para posarse”.

## Capítulo 11: EL ITURI: EL CORAZÓN DE ÁFRICA ENTRE EL CONGO Y EL NILO

–¿Sabe dónde está Entebbe?

–Creo que sí.

–Vaya allí, que nos ocupamos después de usted.

La voz sonaba rotunda cuando el tono se perdió, sin solución de continuidad, por las ondas del teléfono satélite. Jean Pierre Bemba me hablaba desde el Ituri, en el este del Congo y una de las regiones más ignoradas de África. El naturalista británico Colin Turnbull dice que si uno deja caer a ciegas el dedo en medio de un mapa del continente seguro que acertará con el Ituri, donde el reloj no había vuelto a ponerse en marcha desde los tiempos de Stanley. Y en el que era difícil imaginar al millonario cosmopolita y educado a la occidental, que ejercía de nuevo pupilo rebelde de Museveni. En ese enclave tenía, sin embargo, Jean Pierre Bemba su feudo, cuya puerta de acceso era Entebbe. Pero no el jardín botánico ni el moderno aeropuerto internacional que se ocupa del tráfico aéreo de Kampala, una treintena de kilómetros al norte. La cita era en el viejo aeródromo militar de Entebbe, que el 27 de junio de 1976 había llenado las páginas de los periódicos, y situado en el mapa el país de Idi Amin.

Dos milicianos del Frente de Liberación de Palestina (FLP) y dos del grupo anarquista alemán Baader Meinhof se hicieron ese día con un airbus de Air France que había partido de Tel Aviv y lo desviaron hacia aquella terminal aérea, a orillas del lago Victoria y en la que se les unieron otros tres terroristas. A cambio de la vida de los 250 pasajeros exigieron la liberación de sus camaradas, encarcelados en diversos países. Eligieron a Idi Amin para que mediara, lo que no hizo más que empeorar la situación. Tras una semana de negociación estéril, Israel lanzó una operación de rescate que sorprendió a las fuerzas ugandesas. Media docena de MIG se calcinaron en el suelo por los disparos de los cazas israelíes antes de que las pistas, la sala de embarque y la torre de control fueran el

campo de batalla donde murieron tres rehenes, los siete secuestradores, dos militares judíos –entre ellos Johathan Netanyahu, hermano del ex primer ministro de Israel Benjamin Netanyahu– y veinte ugandeses. En venganza, Amin ordenó el asesinato de Dora Bloch, una hebrea que convalecía en un hospital de Kampala y que a las pocas horas fue ajusticiada a sangre fría.

Idi Amin continuaba 25 años después exiliado en Arabia Saudí, cuyas autoridades le daban cobijo –junto a su mujer, Mama Cumana, y varios de sus 43 hijos conocidos–, a condición de que hiciera lo posible por no volver a dar que hablar. Y el viejo Entebbe seguía como había quedado el 6 de julio de 1976, después del bombardeo israelí. Tras el ataque judío se había construido al lado el nuevo aeropuerto internacional de Kampala, con financiamiento, por cierto, español, mientras que las antiguas instalaciones quedaban abandonadas, con la torre de control hecha añicos, la pista descuartizada, la brisa del lago Victoria barriendo la salas de embarque. Sólo el rugido de los motores de un avión de hélices rompía el silencio. Se trataba de un viejo Antonov, de color crema derretida y que tenía en el emplazamiento su base. Era el medio de transporte que Bemba utilizaba para recibir suministros. La gasolina, medicinas y armas que necesitaban los guerrilleros de su Movimiento de Liberación del Congo (MLC) y los juegos de ordenador, vídeos y perfumes a que estaba acostumbrado el líder del grupo eran trasladados a diario en el decrépito aeroplano hasta el recóndito Ituri.

Otro congoleño de nombre Jean Pierre y apellido Sengo era el hombre de confianza de Bemba en Kampala, el encargado de que nada fallara. Iba a buscar a los invitados de su jefe a los hoteles de la capital ugandesa, cuando en el Antonov había plaza para ellos. Lo que en ocasiones tardaba en ocurrir tres o cuatro días, que podían transcurrir tediosos en el caro y lujoso Hotel Sheraton, o ajetreados en el barato y colonial Hotel Speke. Lo importante era, en todo caso, no caer en la desesperación. Sengo, un tipo con el rostro mordido por la viruela y que no respondía a preguntas, acababa por aparecer en el momento más inesperado y con una instrucción precisa: “En dos horas salimos, tenga todo preparado para el embarque”. A partir de ese momento se cumplían los plazos. Después de montar a los pasajeros en una camioneta, Sengo se

dirigía a una taberna de la ciudad de Entebbe para recoger a la tripulación del Antonov, media docena de pilotos y técnicos rusos que tras la caída del muro de Berlín habían encontrado oficio mercenario en África. Ya con pasajeros y tripulantes, Sengo se encaminaba al antiguo aeropuerto de Entebbe, en el que aguardaba, calentando motores, el viejo carguero. Lo bueno era que no se pasaban aduanas ni controles policiales. Se salía y entraba en Uganda sin que ningún sello quedara estampado en el pasaporte, ante la indiferencia de una caterva de militares apostados tras una red metálica con carteles colgados que advertían de que era un recinto de "alta seguridad".

Bajo la atenta mirada de Sengo, de pie y con los brazos cruzados al borde de la pista, un centenar de bidones con 2.000 litros de combustible fueron el 21 de marzo de 2001 el flete del aparato. El pasaje lo compartí con un par de soldados ugandeses que estaban encargados de que la mercancía llegara a buen puerto. Eran del Acholi y hablaban un poco de inglés. Nunca habían viajado al Ituri, donde iban a sumarse al contingente ugandés que apoyaba a las columnas de Bemba y explotaba las minas de oro de la región. Estaban muy excitados con el vuelo, miraban sin parar por las ventanillas, a uno y a otro lado del fuselaje. Tras pensárselo, uno de ellos preguntó: "Y en el Congo... ¿son guapas las mujeres?".

Con sus márgenes impolutos, el Alberto parece un embalse a punto de estrenar pero es el más antiguo de los Grandes Lagos, estaba unido al Eduardo hasta que surgió el Ruwenzori. También es el más septentrional, en sus inmediaciones el termómetro baja hasta niveles desconocidos en el Eduardo, el Kivu, el Tanganika y el Malaui. En el Alberto desemboca el Nilo, que viene del Victoria y después sigue ruta hacia el norte por el nilótico este de África. Y al suroeste del Alberto se extiende el Congo y África central, de población bantú. El lago sirve así de transición geográfica y cultural. Pues bien, entre la cuenca del Congo y el valle del Nilo, junto al lago Alberto, se encuentra el Ituri.

La región toma su nombre de un afluente del Congo. Los exploradores europeos quedaron fascinados por lo agreste del paisaje. El italiano Giovanni Minani construyó un pequeño monolito

para marcar lo que pensaba era el centro geográfico de África. A los dos siglos la construcción permanecía sepultada por la jungla. Y la región continuaba poblada por gentes del Congo y del Nilo, niloticos y bantúes, etnias pastoriles del sur de Sudán y tribus agrícolas de la República Centroafricana, además de por un pueblo que centró una disputa científica hasta que se le reconoció carta de naturaleza humana.

Las más viejas representaciones de pigmeos datan del Egipto de los faraones; pero San Agustín cuestionó que descendieran de Adán y de Eva, y Avicena especuló sobre la posibilidad de que fueran más próximos a los animales que a los hombres, les reconocía la facultad de emitir sonidos en una suerte de lenguaje, pero no de razonar. Hubo pensadores en los siglos XV y XVI que negaron su existencia. Fueron redescubiertos en el XIX, relegados en el Ituri, donde junto al okapi, un antílope grande y tímido, constituían el residuo de una época perdida. Vivían en los bosques, que les daban alimento y protegían del exterior. En sus aldeas, de una treintena de individuos, no había jefe ni ley, las disputas se resolvían conforme aparecían y de acuerdo con la opinión general del grupo. Subsistían de la recolección y de la caza, sin conocer la agricultura y la ganadería, en el primer escalón del progreso. Tras la independencia del Congo se les trató de integrar con las otras etnias. Fue inútil, la mayoría cayó en la mendicidad. Pero a principios del siglo XXI aún quedaban pigmeos en el Ituri, donde seguían emitiendo sus cantos polifónicos cada vez que salían en fila india en busca de miel, su presa favorita.

–¿Jean Pierre Bemba?

–Sí...

–¿Tendría unos minutos?

–No me encuentro bien. Pero ya que ha venido, ¿en qué puedo servirle?

Pese al aire de fatiga, el físico concordaba con la voz; Bemba medía dos metros. Y su acento francés confirmaba una educación

esmerada. Tenía 33 años y había nacido y pasado su juventud en Kinshasa, su padre era un importante dignatario del Gobierno de Mobutu. Luego había estudiado en Europa, donde ganó dinero en la industria de las telecomunicaciones. El advenimiento de Kabila le había obligado a quedarse provisionalmente en Bruselas cuando en 1999 decidió ir a visitar a Museveni, con la intención de que le aconsejara cómo combatir el nuevo régimen congoleño. El bautismo de armas de su grupo había sido el exterminio de 400 soldados chadianos cerca de Gbadolite, en la norteña provincia de Ecuatoria, de la que procedía su familia, como la de Mobutu. La matanza había valido la inmediata retirada de Chad de la primera guerra mundial africana, y que Bemba empezara a ser visto como la principal amenaza al Gobierno de los Kabila. Se le consideraba el heredero natural de El Viejo Leopardo. A su favor tenía una raigambre puramente congoleña. Pero el "nuevo líder mobutista", tal como le calificaba la prensa de los Kabila, no se encontraba en forma en aquellos días, Bemba padecía malaria. Vestido con chándal y bufanda, estaba anclado a un sofá en el centro de una sala sumida en la penumbra. El sol inundaba el exterior de la casa, en las afueras de Bunia, dos arrabales a lo largo de una avenida sin asfaltar y llena de comercios con productos de contrabando, el principal nudo de caminos y núcleo urbano del este del Ituri.

En ese exótico entorno, el discurso de Bemba estaba plagado de lugares comunes: "Hice lo que me dictaba la conciencia, que era pedir consejo a Museveni para que me dijera lo que debía hacer. Él tenía la experiencia que a mí me faltaba, se había sublevado con éxito en su país contra los déspotas Amin y Obote. Es cierto que Museveni nos ayudó a organizarnos para luchar contra Kabila. [...] Nadie duda de que Mobutu causó el derrumbe del Estado, por lo que no se puede decir que estuviera libre de culpa. No es normal que un país con las riquezas del Congo estuviera en bancarrota. Pero luego el problema fue Laurent Kabila, no Mobutu. [...] La cuestión de quién lo ha matado es irrelevante. Ha sido su propia gente, inducida por los angoleños. Ya sabe usted que en esos casos hay que pensar en quién ha salido beneficiado".

Tampoco estaba mal lo de que "queremos el bienestar de los congoleños", lo de que "el Congo no soporta más dictadores", lo de que "nuestro fin es la democracia". Pero los problemas a que Bemba

debía hacer frente eran bastante más acuciantes. Aliado con otros grupos disidentes, su organización controlaba el norte y noreste congoleño, una extensión semejante a la de Francia y en la que emergían sin descanso los conflictos tribales. El último había provocado la muerte de 200 personas en enfrentamientos entre lendus y hemas. La lucha se había iniciado pocas horas después del asesinato de Kabila. Se desataron cerca del aeropuerto donde aterrizaba el Antonov de Bemba, entre Bunia y el lago Alberto. Los lendus intentaron tomar la pista para destruir varios helicópteros de las tropas ugandesas. Fueron repelidos por grupos de hemas y de milicianos de Bemba, con armas pesadas y tanques. La violencia llegó a Bunia, donde se incendiaron viviendas de lendus con sus ocupantes en el interior. Los asesinos iban con el torso desnudo, la cara pintada de blanco. Clavadas en la punta de estacas, las cabezas de las víctimas fueron paseadas en procesión por el centro de la ciudad. Con la nueva espiral de violencia, 7.000 personas habían muerto en un año de masacres.

Aparte de poner paz en ese viejo rencor, la visita de Bemba a Bunia tenía la intención de inspeccionar las nuevas tropas alistadas en su guerrilla, compuesta por 20.000 reclutas. Eran niños a los que se les daba un uniforme, un fusil y una ración diaria de fufu, lo que había sido criticado por la ONU, que había propuesto a Bemba que les entregara sus kadogo. Encogiéndose de hombros, él respondía: “Si la ONU quiere quedárselos tendrá que darles de comer”. Algo en lo que estaba de acuerdo Olivier Kamitatu, su mano derecha.

Igual que Bemba, Kamitatu era hijo de un mandatario de Mobutu. También había estudiado en universidades europeas y se había dejado convencer por su compañero de juegos y de estudios para ocupar la secretaría general del grupo rebelde. “Esto de ser rebelde es complicado, me estoy empezando a hartar”, afirmaba con sentido del humor Kamitatu, quien advertía que “cuando me canse de ser rebelde me haré cooperante humanitario. Ganan más y viven mejor cuidando a los kadogo”.

Como los de Kagame en el Kivu y los de Kabila en Kinshasa, los niños soldado de Bemba en el Ituri pertenecían a la tercera generación africana desde las independencias, atrapada entre la primera, la de Mugabe y Dos Santos, y la segunda, la de Museveni y

Kagame. La guerra que enfrentaba a ambas generaciones iba a dar un vuelco en la región que les separaba de manera cardinal.

El detonante fue el acercamiento entre Uganda y Angola. Museveni y Dos Santos habían comprendido que sus países eran las potencias de sus regiones respectivas y que, pese a pertenecer a bandos rivales, sus intereses en el Congo no eran contrapuestos. Llegaron al acuerdo tácito de que sus fuerzas no entraran en combate. Las angoleñas se limitarían a apuntalar el poder de los Kabila de Kinshasa, las ugandesas el de Bemba en el este del Ituri. Sin que la maniobra pudiera evitar el recelo de Kagame, que se distanció de Museveni. No pasaría mucho tiempo para que las tropas ruandesas y ugandesas se enfrentaran en Kisangani, capital del Ituri y donde hasta entonces habían mantenido estrecha colaboración. De alto valor estratégico para controlar el este y el norte congoleño, esa ciudad era un centro diamantífero. Y mártir por antonomasia desde los años de la revuelta popular en la que participó Kabila tras el asesinato de Lumumba.

La muerte de un soldado ugandés en un puesto de control ruandés propagó como un reguero de pólvora los enfrentamientos. En cuatro días, ugandeses y ruandeses utilizaron 3.000 proyectiles de grueso calibre, morteros de 120 milímetros y lanzacohetes BRMD 21, conocidos como “órganos de Stalin”, desde que se usaran con efectos devastadores en la segunda guerra mundial. El uruguayo Darío Pavía, jefe de la misión de la ONU en el área, denunció que 600 civiles resultaron muertos y más de 3.000, heridos. La catedral, el edificio de la curia eclesiástica y varias escuelas y centros hospitalarios fueron destruidos antes de que los ruandeses tomaran el centro de Kisangani. Los ugandeses se retiraron a través del río Tshopo, camino de Bunia.

Quienes habían derrocado a los regímenes de Obote, Habyarimana y Mobutu, y entrado juntos en el Congo para hacer lo propio con los Kabila, acabaron enredándose entre sí en la maraña congoleña. Paradójico o no, la enemistad de Kagame y Museveni, los amigos de Estados Unidos, fue el principio del fin de la primera guerra mundial africana.

## Capítulo 12: MILLONES Y MILLONES DE BARRILES DE PETRÓLEO Y MILLONES Y MILLONES DE NIGERIANOS

El general Olesegun Obasanjo estaba sentado en el borde de su mesa de trabajo con el mismo desparpajo con que lo hubiera estado en la cima del globo. Enfundado en un bubu azul, los pies le colgaban desnudos, a medio metro del suelo. Su rostro traslucía algo de malicia y una pasmosa tranquilidad. A los 71 años no había perdido esa mezcla de mano dura y paternalismo con que los viejos soldados se ganan la confianza y la autoridad en las barracas. Y parecía carecer de motivo para pensar que la fórmula no le fuera de nuevo a funcionar en la segunda ocasión que agarraba las riendas del país africano más poblado, donde vivían más de 100 millones de personas que pertenecían a 200 etnias diferentes y practicaban 3 religiones distintas, Islam, cristianismo y animismo. Obasanjo se mostraba seguro de que bastaría con adaptar otra vez la dosis de su fórmula a la dimensión de su recobrada responsabilidad, que asumía con proverbial campechanería cuartelera. En la mesa de trabajo del presidente electo de Nigeria estaban las posaderas de su propietario, no había más.

Recostados en sillones, con los brazos echados hacia atrás y los codos flexionados, dos asesores también descalzos y con bubu le escuchaban con igual relajo. Comentaban el triunfo del general sobre Olu Falae, ex ministro de Finanzas que la víspera había plantado cara a Obasanjo en las urnas para perder por dos tercios contra uno. En aquel momento, Falae protestaba y tildaba de fraude el recuento de votos. Quizá tuviera razón, posiblemente no en la medida de sus alegaciones. Aparte de que poco tenía que hacer ante un rival que en las elecciones del 29 de febrero de 1999 las tuvo todas consigo.

De los muchos militares que habían ocupado el poder en Nigeria, Obasanjo se trataba del único que lo había abandonado voluntariamente. Era yoruba y cristiano, en contraste con la mayoría de sus antecesores, hausas y musulmanes, pero contaba con el apoyo del más influyente de ellos, Ibrahim Babangida, que

seguía siendo el militar más respetado además del hombre más rico del país. Y aunque se había hecho por primera vez con los mandos tras el asesinato en 1976 del general Ramat Mohamed Murtala, a los tres años Obasanjo había convocado elecciones y entregado en 1979 el Gobierno a un civil, Shehu Shagari. Eso era insólito entre los uniformados que le habían precedido y sucedido, en un continuo quita tú que vengo yo. A su prestigio de demócrata, pero militar al fin, Obasanjo sumaba dos décadas después el apoyo de las entidades crediticias y de la comunidad internacional. Todo ello le convertía en la perfecta solución de compromiso en unas elecciones que devolvían a su país al lugar que le correspondía. Quedaban en el recuerdo quince años de aislamiento por un sistemático desprecio de los derechos humanos y una corrupción galopante que no habían sido de recibo para hacer negocios con el mayor mercado del continente.

La mujer del general, Stella Obasanjo, lo explicaba con naturalidad en tanto su marido permanecía reunido en el despacho.

–Sí, hemos ganado.

–Y ¿cómo cree que ha sucedido?

–No podía ser de otra manera.

–Y, ¿qué es el lo que siente?

–Una gran felicidad.

–Y, ¿cómo ve a su esposo ante el desafío de gobernar de nuevo Nigeria?

–Olesegun siempre sabe lo que tiene que hacer.

Pequeña y coqueta, Stella Obasanjo tenía enormes ojos color de avellana. Vestía una túnica roja, estaba tocada con un moño esculpido en la nuca. Atendía solícita a quienes se acercaban a felicitarla, que amenazaban ser multitud. La nueva primera dama nigeriana obsequiaba un beso por aquí, otro por allá, sin dejar de sonreír y rodeada de pollos que picoteaban en el patio de su casa en Abekouta, capital tradicional yoruba, un centenar de kilómetros al

norte de Lagos. había seguido fielmente a su esposo en todo tipo de avatares militares y políticos. Ese día obtenía merecida recompensa.

No siempre había sido fácil ser la mujer de un soldado inquieto y peleón. Durante la guerra de Biafra, a finales de los sesenta, Stella había esperado con el corazón encogido las noticias del frente, donde su marido luchaba contra los ibos. No menos difícil había sido mantener el tipo cuando Olesegun fue encarcelado, hacía cuatro años, por un compañero de armas, Sani Abacha, el general entonces en la presidencia y que encarnaba lo peor de los abusos castrenses. La pesadilla concluyó en mayo de 1998 con la muerte del carcelero. Según la versión oficial, un paro cardiaco había sido la causa de la desaparición de Abacha, pero en Lagos corrió la especie de que había sido envenenado cuando retozaba con dos mujeres después de haber ingerido varias píldoras de viagra, en aquel tiempo último hallazgo de la ciencia y que todo africano se sentía obligado a probar. Aunque un solo crimen no hubiera sido suficiente. A los dos días de Abacha expiraba Moshood Abiola, el multimillonario a quien el primero mantenía asimismo en prisión tras robarle la victoria en las elecciones de 1993. En este caso se anunció que el reo había muerto de un colapso, lo que tampoco creyó nadie. Los militares nunca hubieran permitido que un civil sucediera a Abacha. Y la muerte del popular Abiola se revelaba la segunda circunstancia necesaria para el inicio de la transición democrática, que de manera también imprescindible había dirigido otro general, Abdusalam Abubaker.

Una vez más el asesinato, y esta vez por partida doble, abría a Obasanjo el camino de la presidencia. Como en 1966, no había indicio, sin embargo, de que el asesino, moral o material, hubiera sido él. Por medio de un ex presidente, Estados Unidos legitimaba su victoria. Jimmy Carter supervisó las elecciones y esa mañana dictaminaba en Lagos que “ciertas irregularidades” no habían influido en el escrutinio. Carter consideraba las nigerianas como las elecciones más importantes que se celebraban ese año en el mundo. La importancia del envite se había reflejado en la inclusión de Nigeria en la agenda del histórico viaje africano de Clinton de 1998, de la que sólo había caído a última hora porque la visita no se habría entendido con la normalización institucional en marcha. Pese a su edad, Obasanjo se encontraba en el umbral de

incorporarse a la “nueva generación de líderes africanos”. Aparte del más populoso del continente, su país era el líder político, económico y militar de la Comunidad Económica de Estados de África del Oeste (ECOWAS), en la que fungía como potencia a través de la ECOMOG, el brazo armado de la organización, que campeaba por los Estados del área a modo de gendarme. Se esperaba que la apertura democrática de Nigeria tuviera efecto dominó en el golfo de Guinea. Y, sobre todo, se confiaba en recuperar el control de una producción anual de friolera, más de 800 millones de barriles de crudo.

Todo eran, pues, parabienes cuando Stella se afanaba por cumplimentar a sus huéspedes en tanto que su marido seguía encerrado en su despacho. Hasta que no quisimos esperar más los periodistas que estábamos afuera para escuchar las primeras palabras del nuevo presidente, y que a base de empujones forzamos los quicios de la puerta y nos presentamos de sopetón en el gabinete. Obasanjo bajó de un salto de su mesa de trabajo, se calzó las babuchas, se dirigió a los intrusos.

–Ya he hecho saber que hoy no quiero decir nada.

–Pero mi general, ¿sabe que ha ganado?

–Eso lo tiene que anunciar la comisión electoral.

–¿Pero está preparado para tomar el poder?

–Estoy preparado para gobernar.

–¿A millones y millones de nigerianos?

–A millones y millones de nigerianos.

–¿Y a millones y millones de barriles de petróleo?

–Pues a millones y millones de nigerianos y millones de millones de barriles de petróleo.

Mucha droga y alcohol, lujo y miseria; edificios, puentes, autopistas kilométricas; bastantes relojes, collares, pulseras de oro; una cantidad inabarcable de inmundicias: Lagos es el ejemplo de lo que

el dinero a raudales puede hacer de una ciudad africana. Durante 90 años había sido la capital de Nigeria. Después, en la década de los ochenta, fue sustituida por Abuja, en el centro geográfico del país. Pero los miles de millones de dólares de la explotación petrolera ya habían convertido a Lagos para entonces y para siempre en una megalópolis sin concepto de medida. Protegido por una barrera de rascacielos que le separa del Atlántico, el hormigueo humano se extendía por un laberinto de scalextric que unían las islas de Lagos y de Victoria con la parte continental, las tres áreas sobre las que los portugueses fundaron la ciudad al oeste del delta del Níger. En Lagos los atascos de tráfico no tenían parangón, tampoco la mortandad por los incendios, explosiones fortuitas y desastres naturales que alcanzaban las playas de los alrededores, en las que se acumulaban las toneladas de basura que no habían encallado en una urbe donde la compra, la venta y el intercambio de lo imaginable sirve de síntesis al aluvión de etnias que allí han ido a parar. En región yoruba, la ex capital colonial británica había recibido la emigración masiva de los otros dos pueblos mayoritarios, hausas e ibos. Y entre varios más, de tiv, fulanis, kanubi, nupe, edos, itsekeris, ijaws, efiks y ongonis, cada uno con su fe, cultura y odios antagónicos. Todos integraban un rompecabezas de un millón de kilómetros cuadrados, con forma trapezoidal y que nadie había sido capaz de componer.

La guerra de Biafra, en el sudeste, fue la piedra de toque. Sus prolegómenos se iniciaron a principios de 1966, con el regreso a esa región de un millón de ibos después de que 30.000 fueran asesinados en el norte, donde el Islam había penetrado en el siglo XIV y cautivado con facilidad a los hausas, como antes a las etnias que habitaban el alto Níger. Los sultanatos norteños de Kano, Sokoto y Kaduna fueron durante mucho tiempo un ejemplo de estabilidad y orden frente al primitivismo de las tribus sureñas como los ibos, que no fueron hasta siglos después convertidos al cristianismo. Pero una vez lograda la independencia, los ibos ocuparon los principales puestos en la Administración y muchos habían emigrado a la zona septentrional, donde los autóctonos hausas iniciaron las matanzas. El ejército, controlado en esa época por los ibos, encontró en las masacres un pretexto para dar el

primer golpe. Aunque al poco se produjo otra rebelión, impulsada esta vez por los hausas, que pusieron en el poder a su paladín, Yakubu Gowon. Los ibos no tardarían en declarar la secesión y proclamar en 1967 la República de Biafra. Los que manejaban de verdad los hilos en el planeta recibieron una lección acelerada de cómo defender sus intereses sin atisbo de ambage colonial.

Gran Bretaña y la Unión Soviética se pusieron a favor del Gobierno nigeriano por muy enemistados que Londres y Moscú estuvieran en la guerra fría. La antigua metrópoli protegía sus inversiones en los yacimientos de petróleo de Port Harcourt, en el delta del Níger y que había caído en manos de los ibos-biafreños. La URSS vio una oportunidad de sacar tajada a esas reservas si ganaban los unionistas, y de meter en ese caso una cuña en África occidental, en la que tenía presencia escasa.

Los independentistas tuvieron la ayuda de Francia, que confió en acceder en condiciones preferenciales al oro negro biafreño y restar influencia al Reino Unido, el ex imperio europeo con que rivalizaba en el oeste africano. También apoyó la secesión Portugal, que mantenía contra viento y marea sus posesiones continentales. A favor de uno u otro bando se alistaron decenas de mercenarios franceses, alemanes, rusos, británicos, belgas, holandeses, portugueses, italianos y españoles.

Los líderes africanos se quedaron con la boca abierta antes de que la mayoría respaldara el mantenimiento de la unidad de Nigeria. Sólo Costa de Marfil, Gabón y Tanzania apoyaron a los ibos, en cuyo Estado vieron “la verdadera primera nación africana, cuya creación responde a la firme voluntad de un pueblo africano y no al dictado de las fronteras coloniales”, precisaron en una declaración. El resto de los Estados continentales reiteró su apego a la integridad territorial. Un triunfo de los rebeldes hubiera abierto la caja de Pandora de que las secesiones tribales se multiplicaran por doquier. El presidente del limítrofe Benin, Emile Zinsou, recordó que “todos tenemos nuestra Biafra. El éxito de la escisión conduciría a la fragmentación de cada uno de nuestros países”.

Biafra fue el punto de arranque de las multitudinarias operaciones de ayuda que posteriormente verían la luz en el continente. Europa entera se llevó por primera vez las manos a la cabeza ante el

espectáculo de hordas de africanos hambrientos. Biafreño se convirtió en sinónimo de raquítico. Se movilizaron las iglesias, el Vaticano organizó colectas para paliar la catástrofe humanitaria, en un trabajo que no escapaba a una razón simple: la mayor parte de las víctimas eran cristianos, y musulmanes la mayor parte de los verdugos. Los primeros contingentes de comida para los cientos de miles de refugiados llegaron en los mismos aviones que las armas para las decenas de miles de combatientes, una primicia.

Al cabo de treinta meses, más de dos millones de personas habían muerto, igual cantidad que en Angola en casi tres décadas. El conflicto finalizó en 1970, con la derrota de los independentistas ibos y la reafirmación de la unidad del país. El armisticio fue firmado por el ibo Philip Effiong, quien agradeció a "Su Santidad el Papa el auxilio que nos ha prestado". "Que dios nos ayude", agregó. Tras la de Katanga, la guerra de Biafra fue la segunda guerra secesionista del continente, pero la primera que reveló el drama al que se dirigía el África negra.

Con el silencio de las armas Nigeria fue compartimentada en cada vez más estados. De las 3 regiones originarias –norte-hausa, oeste-yoruba y este-ibo–, antes del conflicto se había pasado a 4, con la creación de una región centro-oeste, en un intento de romper el dominio ibo. Gowon volvió a dividir el país, que en 1967 seccionó en 12 departamentos. Y durante el primer mandato de Obasanjo ese número ascendió a 19, que Babangida, sucesor de Shagari, convirtió en 30. Abacha llegó en 1996 a la máxima cota con la partición de la federación nigeriana en 36 estados.

El proceso tenía el propósito de que ninguna etnia pudiera controlar un amplio territorio. El desguace en parcelas se produjo en paralelo al espectacular incremento de la producción de hidrocarburos, que creció al mismo ritmo que se componía-descomponía administrativamente el país. Los 5.000 barriles por día de la época de la independencia se transformaron en 36.000 a mediados de los años sesenta y en más de 2 millones en la década siguiente, desde la que el crudo seguía suponiendo el 97 por ciento de unas exportaciones que nunca habían repercutido en la población. Abacha ejecutó en 1995 al activista ogoni Ken Saro-Wiwa por reclamar para su etnia un reparto más equitativo de la riqueza que

se extrae en la desembocadura del Níger. La prensa denunció que la represión fue estimulada por las multinacionales petroleras, preocupadas por la pérdida de su gallina de los huevos de oro si la producción escapaba de las manos del Gobierno. El secuestro de los empleados de esas compañías se ha convertido desde entonces en una costumbre en la región del Delta, lo que supone un permanente factor de desestabilización en los precios del mercado. Y los viejos demonios del embrollo étnico habían vuelto a reaparecer en un país que debe su nombre a la periodista Flora Shaw, a la sazón casada con el primer administrador colonial británico, Frederick Lugard. Shaw propuso en el Times que las tierras bajas del Níger se llamaran Nigeria. Así fue.

Amina Lawall fue condenada en 2002 a que la enterraran hasta las axilas para morir apedreada. La denunciaron sus vecinos de la aldea de Kurami, que la acusaban de adúltera por quedar embarazada de su hija Wasila tras divorciarse de su segundo marido. En el juicio compareció Yahaya, amante de Amina y padre de la niña. Amina alegó que antes de que naciera la hija de ambos Yahaya le había prometido matrimonio. Pero Yahaya lo negó. Y resultó libre de culpa. Por falta de pruebas.

Pocos veredictos han causado mayor debate. Grupos humanitarios, organizaciones feministas y países occidentales pidieron clemencia y amenazaron con un embargo contra el Gobierno de Abuja. Obasanjo medió. Y año y medio después, Amina obtuvo la absolución por “defectos técnicos” en el juicio. Entre otros, el que no había contado con abogado.

No era la primera ni sería la última vez que se producía ese tipo de proceso judicial. El mes en que Amina fue condenada, otra mujer, Safiya Hussaini, era absuelta de sufrir la misma suerte por igual delito. Y cuando Amina quedó libre de cargos había otros dos casos pendientes de sentencia.

Amina en el estado de Katsina, Safiya en el de Sokoto, las dos eran víctimas de la aplicación de la sharia o ley islámica, que en 2000 había sido impuesta en todo el norte nigeriano. Más de 2.000 personas murieron ese año en Kaduna en enfrentamientos que se

reproducirían periódicamente en el lustro siguiente, sincrónicamente a los juicios de Amina y Safiya y que fueron presentados como reflejo del antagonismo entre cristianos y musulmanes en la región. En 2003 la chispa fue la celebración en Nigeria del concurso de Miss Mundo, que tuvo que ser suspendido ante las protestas que provocaron entre los islámicos que las aspirantes lucieran bikinis para optar al título. Un artículo aparecido en el diario This Day de Lagos, en el que se afirmaba que Mahoma disfrutaría de las concursantes de encontrárselas en el paraíso, echó leña al fuego. Lo que subsistía, no obstante, bajo el aparente choque de credos era la vieja lucha tribal que había ensangrentado Biafra. Fue en Aba, la capital de la república secesionista de corta vida proclamada por los ibos, donde prendió la mecha. Los ibos cristianos atacaron a los hausas musulmanes de la ciudad. Días después lo pagaron los ibos de la hausa Kaduna, a cientos de kilómetros. El conflicto étnico se trasladaba 30 años después con barniz religioso al norte de un país con envergadura de gigante y pies de barro.

## Capítulo 13: DÍA DE DOMINGO EN FREETOWN

El paisaje dibujaba en la lejanía el perfil de un felino con la cabeza erguida, pero de cerca sólo se veía un bosque de palmeras que nacía en una playa salvaje y se extendía por la ladera de una montaña oculta por la bruma. Cuando el barco se acercó a la costa, el calor se hizo más húmedo y sofocante.

De los cocoteros surgieron casas conforme la embarcación se aproximaba al extremo sur de una amplia bahía. Construidas con tablones y latón, parecían míseras réplicas en miniatura de las mansiones victorianas de Europa y América. La mayoría tenía varios pisos, los de arriba coronados por tejados con aleros puntiagudos, los de abajo ensamblados a un cinturón de balcones. En casi todas, un escalón daba paso a porches con hamacas bajo las que corría el agua negra de alcantarillas a la intemperie. Se alineaban por cuestas en las que se elevaban los alminares de mezquitas vacías. Y los campanarios de iglesias llenas de mujeres con guantes y pamela, hombres con traje y sombrero y niños con calcetines blancos y zapatos de charol.

Era día de domingo y Freetown había amanecido en calma. Hacía un mes que, en abril de 2000, los rebeldes habían tratado de tomar la ciudad y, como el año anterior, habían fracasado en el intento, aunque dejando un reguero de pánico. Los rebeldes permanecían en las afueras del núcleo urbano, había temor a que tuviesen infiltrados que preparasen otra acometida.

Cientos de habitantes esperaban en fila ante los puestos de control de los soldados nigerianos de la ECOMOG a lo largo del Congo, un inmundo arroyuelo que nada tiene que ver con el río de África central. En una hondonada maloliente y atascada de desperdicios, era un vertedero que dividía en dos la capital sierraleonesa. A la derecha del Congo estaban los edificios gubernamentales en torno al Cotton Tree, un árbol frondoso que era el símbolo de Freetown desde que los esclavos libertos que la fundaron colgaron de sus ramas las cadenas para empezar una nueva vida. También se alzaba

el Estadio Siaka Stevens, en el que miles de personas continuaban acampadas. Habían llegado en oleadas que se hicieron masivas a medida que los rebeldes habían avanzado desde el interior del país. Igual que los lisiados que convalecían con muñones sanguinolentos en el hospital Connaugth, donde ingresaron con las manos cercenadas, envueltas en hojas de periódico o colgando de una arteria que los machetes de los rebeldes, mal afilados, no habían acabado de seccionar. Los había de "manga larga", que habían recibido el golpe seco en el codo, y de "manga corta", a los que el tajo había partido la muñeca.

A la izquierda del Congo, los kamajors hacían planes de combate en su cuartel general. Enemigos de los rebeldes, esos cazadores tradicionales habían sido el mayor respaldo armado del presidente constitucional, Ahmed Tejan Kabbah. Los kamajors practicaban la magia de los mende, que antes de salir de caza hacen sortilegios para ser incorpóreos a los ojos de los animales. Liderados por el capitán Hinga Norman, los kamajors habían sustituido a los animales por los rebeldes, pero utilizaban la misma estrategia para cazarlos. Iban ataviados con gorros de ngomo y casacas a rayas azules y marrones enjaretadas de espejos y cristales, conchas marinas y pequeños escapularios de cuero que escondían conjuros escritos en un trozo de papel. Los kamajors estaban armados de hoces y trabucos.

Un poco más allá, playas, restaurante y hoteles componían el área de Aberdeen. Los militares británicos eran los encargados de inspeccionar en esa zona los maleteros de los coches y los bolsillos de los peatones. Junto a los soldados nigerianos de la ECOMOG y un contingente de la ONU, los militares británicos sostenían al Gobierno constitucional y se alojaban en el Hotel Mamy Yoko, construido en los años sesenta para albergar a familias trabajadoras del Reino Unido al solaz de vacaciones exóticas en África. Diseñado también para los turistas, el Hotel Cape Sierra servía de guarida a periodistas y mercenarios. La mayor parte de los propietarios de los restaurantes habían huido y cerrado sus establecimientos pero los que quedaban hacían buen negocio con los militares, los perros de la guerra, y los de la prensa.

Aberdeen siempre había sido el último refugio de la Ciudad Libre.

Lo había sido hacía un mes y en enero de 1999, cuando Tejan Kabbah se replegó en el área antes de trasladarse a un buque nigeriano desde el que siguió una ofensiva rebelde que en aquella ocasión estuvo en un tris de lograr su objetivo. Los guerrilleros habían atravesado el Cotton Tree, desvalijado el Hospital Connaught e invadido el Estadio Siaka Stevens. Sólo habían podido ser detenidos en el arroyuelo del Congo, desde cuya margen izquierda fueron a duras penas repelidos por los nigerianos, entonces también destacados en un vertedero que concluye en una casona grande con ventanas pequeñas y ante la que, un año después, un viejo Mercedes yacía en proceso de desguace.

En el número 1 de la avenida Jommo Kenyatta, en el distrito de New England, vivía Christo Johnson, antiguo maestro. Su primera vocación había sido enseñar a los niños la historia de Sierra Leona, tan macabra como sólo una mente infantil puede recrear.

El primer capítulo de que se tenía registro se iniciaba en 1787, al arribar los esclavos liberados por el Imperio británico a un país que debía su nombre a la silueta de su costa y que los colonos habían apodado “la tumba del hombre blanco” por sus malsanas condiciones de supervivencia. La metrópolis londinense había prohibido la trata de negros y devolvía a los sobrevivientes a su tierra de origen, en la que reprodujeron la arquitectura de las mansiones en las que habían trabajado con grilletes. Y en las que copiaron la mentalidad de sus antiguos amos, que aplicaron a los nativos, a quienes sometieron. Freetown y el litoral se transformaron en una colonia de Su Graciosa Majestad en tanto que el interior continuó siendo un protectorado. Hasta que en ese territorio sin domeñar se descubrieron pedruscos que semejan sal gorda pero que tallados se llaman diamantes.

Christo asimismo conocía al dedillo, ésos los había vivido, los primeros años de la independencia, cuando la escena política estuvo dominada por el presidente Milton Margai, su hermano Albert y el sucesor de ambos, Siaka Stevens. En los tres casos hicieron pocos esfuerzos por superar la dicotomía entre la antigua colonia y el antiguo protectorado. Los criollos negros y la comunidad libanesa se beneficiaban ellos solos de las gemas, la corrupción fue imparable. El sistema se vino abajo en 1985 con la toma del poder

por los militares, en la persona del general Joseph Saidu Momoh, cuya incapacidad fue un acicate para que a los seis años estallara la guerra civil y la vorágine institucional se propagara de manera casi fortuita. Hartos de una magra paga por luchar contra la guerrilla, un grupo de suboficiales se presentó ante Momoh en abril de 1992 para pedirle un aumento de salario. Les resultó tan fácil el acceso al palacio de Gobierno que decidieron apropiarse de la presidencia. Protagonizaron pillajes y matanzas. Su jefe era el teniente Valentine Strasser, con 27 años, el estadista más joven que desde Gadafi accedía al poder. Strasser anunció la creación de un Consejo Rector Nacional Provisional, disolvió el Parlamento y proclamó el estado de urgencia, que continuó vigente hasta que en febrero de 1996 Tejan Kabah, un anciano musulmán, fue elegido en unas primeras elecciones democráticas que aceleraron el conflicto.

Hacía tiempo, pues, que los colegios permanecían cerrados y que el antiguo maestro, que lindaba los 60, se había visto obligado a cambiar de empleo. Sin proponérselo, escribía a diario el último capítulo de la historia de Sierra Leona. Se había hecho periodista. Mejor, maestro de periodistas. Aquel día de fiesta, Christo tenía trabajo.

“Vamos al frente”. El viejo Mercedes enfiló hacia el vertedero del Congo antes de que Christo le hubiera dado la orden al chófer desde el puesto del copiloto y, con su inconfundible voz ronca y una sonrisa que dejaba ver un rosario de dientes como perlas, me explicara que ejercía su nuevo magisterio con una máxima: “Ni con el ejército ni con los rebeldes. Lo fundamental en este oficio de periodista es ganarte la confianza de todos. Y hacer creer a todos que trabajas para ellos”.

Christo lo había conseguido. Cuando querían hacer un anuncio, era al único colega a quien avisaban los rebeldes, los portavoces gubernamentales, los militares nigerianos, el mando británico. Desde el inicio de la guerra, el antiguo maestro había perdido a un hijo, muerto en los combates. Y a su mujer, de la que se había divorciado por no poder compaginar sus deberes de esposo con los de su nueva profesión. “Busco mujer, a poder ser blanca”, confesó.

A la altura del Estadio Siaka Stevens, el coche giró a la derecha y se abrió camino entre vendedores ambulantes para ascender por repechos y aparcar frente a la comandancia general del ejército sierraleonés, que la ECOMOG había hecho su sede. En un despacho de la segunda planta esperaba el teniente coronel Olukolade. El jefe del departamento de información del contingente nigeriano sabía que todas las mañanas, tarde o temprano, Christo le rendía visita.

–Buenos días mi teniente coronel, ¿dónde están hoy los rebeldes?

–En Masiaka. Las fuerzas del ejército avanzan y los han repelido hasta esa ciudad.

–Nos vamos a Masiaka. Imagino que la carretera es segura.

–Imaginas mal. Los rebeldes infestan las inmediaciones.

Tras despedirnos del teniente coronel Olukolada, nos dirigimos en el viejo Mercedes hacia el Cotton Three, bajo el que un presunto rebelde permanecía atado de pies y manos, de bruces en el suelo. Dos soldados de la ECOMOG echaban un cigarrillo, satisfechos de la captura. Un jeep militar nigeriano que transportaba a otro convicto pasó a su lado. El vehículo torció en un recodo y se escuchó una ráfaga de ametralladora. Al poco, el jeep regresó por donde había venido, desprovisto de carga.

–Tenemos que parar un momento en Kissy –dijo Christo, a quien la ejecución sumaria le había refrescado la memoria.

Kissy era el último arrabal de Freetown en la carretera que conducía al interior del país. Christo se bajó en un mercado y compró chicles, caramelos, helados, paquetes de tabaco, mecheros, bolígrafos, barras de pan y chocolatinas que metió en dos bolsas de plástico. Se subió otra vez en el viejo Mercedes.

Una veintena de soldados recibían instrucción a la salida de Kissy. Sudaban a raudales, tenían el torso desnudo. Un oficial les arengaba. Su misión sería patrullar por la carretera que tenían delante, para protegerla de los rebeldes que se escondían en la jungla. Los soldados se dividieron en dos grupos, uno a cada lado del asfalto. Y empezaron la marcha con sus roñosos fusiles al

hombro. El viejo Mercedes pasó como una exhalación entre las dos columnas. Freetown quedó atrás, dejaron de verse coches y lugareños. La vegetación invadió los alrededores, una sucesión de manglares y palmeras.

En Hasting, a quince kilómetros de Freetown, un par de soldados de aquellas unidades de vigilancia pidieron a Christo que les dejara montarse en el coche. Uno de ellos lucía gafas oscuras, un pañuelo rojo atado a la cabeza y no dejaba de chasquearse las mandíbulas. Ya en el interior del automóvil, sacó su fusil por la ventanilla y disparó dos tiros cuando Christo le regaló un paquete de tabaco. Se trataba de un partidario de Johnny Paul Koroma, el oficial que derrocó a Tejan Kabbah en abril de 1997. Como Strasser, Koroma y sus hombres se cansaron de jugársela contra la guerrilla a cambio de nada. Se aliaron a los rebeldes y durante un año resistieron los bombardeos de los Mig nigerianos y las batidas de los kamajors mientras el presidente se refugiaba en Lagos. El aislamiento y la presión militar obligaron a Koroma a devolver el poder a Tejan Kabbah en mayo de 1998, cuando cambió de trinchera. Desde entonces sus soldados, el grueso del ejército gubernamental, volvían a combatir a los rebeldes. Las condiciones de su alistamiento eran lastimosas. Pocos tenían uniforme, carecían de medios de transporte, las anfetaminas les mitigaban el hambre.

Waterloo fue la siguiente parada, una estación de gasolina y algunos puestos de tomates y cebollas junto a edificios en ruinas guarnecidos por dos tanquetas de la ONU pilotadas por soldados indios y zambios con cara de ¿se puede saber qué hago yo aquí? La implicación en las batallas de los cascos azules de Naciones Unidas no había resultado de provecho. Doscientos habían sido secuestrados por los rebeldes y sus compañeros cubrían la retaguardia, junto a las tropas nigerianas y británicas. A 30 kilómetros de Freetown, Waterloo tenía fama de haber sido escenario de crueldades supremas. Los guerrilleros obligaron al jefe del pueblo a ser testigo de la violación de su mujer, y a participar en las mutilaciones de sus vecinos. Los dos soldados que se habían montado de Hasting se bajaron en Waterloo. El de las gafas oscuras disparó de nuevo dos tiros al aire. Christo dijo que para impresionar.

Una decena de kilómetros más adelante, un buitre devoraba un cadáver en medio de la carretera, a cuya vera cuatro soldados fumaban marihuana. El comandante del puesto, Prince Nicol, conocía a Christo y le dijo que llevaban un par de días viendo cómo el buitre devoraba los despojos humanos en tanto que ellos devoraban por su parte mangos porque no recibían suministros de Freetown. Prince Nicol agradeció efusivamente a Christo que le diera dos barras de pan. Christo solicitó que Prince Nicol llamara por radio a Masiaka, de donde la respuesta que recibió el militar era confusa. Confirmaba que los soldados habían entrado en la ciudad, pero que los rebeldes seguían emboscados en las calles.

–Prince, siempre te he considerado uno de mis mejores asesores militares. Para mí, tu palabra es ley. Si me dices que puedo continuar lo hago, pero si piensas que corremos peligro, me vuelvo a Freetown –le dijo Christo a su amigo.

Con la marihuana embotándole los sentidos, Prince Nicol se lo pensó bastante antes de contestar:

–Adelante –y balbució algo ininteligible cuando Christo añadió una chocolatina a las dos barras de pan.

A un par de kilómetros de Masiaka, el viejo Mercedes se cruzó con dos todoterrenos en los que viajaba un equipo de la CNN. Los periodistas norteamericanos tenían el miedo impreso en el rostro, estaban lívidos, acababan de sufrir una emboscada. Escucharon un fuerte tiroteo y cuando quisieron darse cuenta los guerrilleros salieron de la jungla e interceptaron los dos vehículos. Los periodistas saltaron de los coches, se tiraron al suelo, cerraron los ojos, rezaron hasta que los soldados de su escolta liquidaron a los atacantes. A los pocos días, su colega español Miguel Gil y el estadounidense Kart Shork cayeron en una encerrona rebelde en el mismo sitio. No lo pudieron contar.

La llegada a Masiaka fue de panavisión, del género catastrófico. La población había huido y un grupo de soldados gubernamentales de trece o catorce años ocupaban la plaza central, rodeada de neumáticos y casas humeantes. Tenían los ojos inyectados en sangre, las uñas pintadas de azul. Vestían calzoncillos, pelucas, sujetadores. Sacaban la lengua y alternaban posturas de combate

con algunas muy abyectas. Fumaban marihuana a granel y se peleaban por levantar un alambre que habían puesto en el suelo a modo de peaje. A lo lejos se escuchaba ruido de metralla.

–Bienvenidos al infierno. Venid, os voy a enseñar a los rebeldes –anunció el jefe después de que Christo repartiera entre sus subordinados paquetes de tabaco, mecheros, bolígrafos, chicles y caramelos.

Vimos nueve cuerpos amontonados frente a una pared, los cadáveres de los rebeldes que habían sido cobrados ese día en Masiaka, donde se luchaba calle por calle. Los soldados iban coleccionando los cuerpos antes de regresar a las esquinas en busca de más trofeos.

Christo decidió que tenía noticia. Las tropas gubernamentales habían penetrado en Masiaka aunque la ciudad no hubiera caído por completo en sus manos. A partir de Masiaka la carretera se bifurcaba hacia Port Loko, que unía con el norte, y hacia Makeni y Kono, en el centro del país y donde los rebeldes explotaban las piedras preciosas. La segura pérdida por los rebeldes de Masiaka significaba que no habían podido mantener el cerco de Freetown.

De vuelta por la plaza central, uno de los soldados abrió de repente una de las puertas del viejo Mercedes y se metió muy deprisa en el interior. “Estoy herido en una pierna, vuelvo a Freetown”, clamó. Sus compañeros le encañonaron y obligaron a que se bajara del coche. El cobarde sonrió con muchas ganas de agradar cuando fue acogido por sus compañeros entre chanzas e insultos.

Christo aprovechó el regreso para contarme que lo de Sierra Leona había ocurrido antes en Liberia.

El país vecino y casi gemelo también había sido creado por esclavos libertos, en su caso procedentes de Estados Unidos. Su república fue la primera fundada en África, controlada por una elite de origen norteamericano y cuyo True Whig Party doblegó a las tribus autóctonas para hacer de la capital, Monrovia, una sucursal de Washington. Con el dólar como divisa y una bandera igual que la

estadounidense aunque con una sola estrella, Liberia había vivido bajo las presidencias de William Tubman y William Tolbert un capitalismo salvaje que iba contra corriente de los jóvenes y socializantes regímenes africanos. Las ventajas impositivas permitían a Liberia mantener la primera flota mercante del mundo, con cerca de 1.300 navíos de gran tonelaje, y que Monrovia fuera el nido de todos los negocios ilegales que el caudal extranjero pudiera amparar. El colapso se inició en 1980, con el golpe de Estado del sargento Samuel Doe, que mató a Tolbert de tres tiros.

El nuevo presidente, el militar que con menor grado se convertía en líder de un país, dio vía libre a los marginados mandingos y krus para que se las arreglaran con las otras etnias, lo que condujo al surgimiento de una pléyade de grupos guerrilleros. Para hacer frente a la situación, Doe pidió el auxilio de Babangida, entonces presidente nigeriano, al que unían turbios negocios petroleros y que le envió la ECOMOG, que ganó en Liberia toda su mala reputación. Los nigerianos llegaron para poner paz entre las facciones pero les vendieron armas y se dedicaron a explotar los yacimientos de las gemas, asimismo, la bendición y la condena de los liberianos. Doe fue capturado en 1990 por uno de los señores de la guerra, Prince Jhonson, cuyos niños soldado le trocearon poco a poco. Un día le cortaban una oreja, otro un dedo, al siguiente un pie. La tortura y agonía de Doe fueron filmadas en un vídeo que significó un superventas en los mercados de África occidental.

De acuerdo con el Observatorio de los Derechos Humanos, la guerra liberiana fue “atrozmente fraticida. Cuando entraban los jóvenes soldados en sus pueblos, mataban a los profesores que los habían suspendido en la escuela, torturaban a los vendedores que les habían sorprendido robando, violaban a las madres de sus amigos”. Según un sondeo de la Organización Mundial de la Salud (OMS), “cuando volvieron a abrir las escuelas a mediados de los noventa, el 61 por ciento de los alumnos de estudios superiores habían asesinado, o habían sido torturados y violados, en los años precedentes”.

El fin de Doe fue también el del interés de Washington por Liberia, concluida la guerra fría. El que aprovechó la situación fue un prófugo, Charles Taylor, antiguo controlador del presupuesto del

Estado. Acusado de corrupción en tiempo de Doe, Taylor se había refugiado en Massachusetts, donde fue detenido y en cuya cárcel esperaba la extradición cuando escapó para huir a Trípoli antes de hacerse señor de la guerra en su país. Tras continuar combatiendo con los otros grupos guerrilleros, Taylor ganó las elecciones de 1997 y se hizo mentor de los rebeldes sierraleoneses, a los que armó y se asoció en la extracción ilegal de las piedras preciosas. Taylor gestionaba más del 50 por ciento de los diamantes de Sierra Leona, que los rebeldes le entregaban y él se encargaba de comercializar.

La conversación giró esa noche sobre la suerte que le esperaba a Foday Sankoh, socio de Taylor y líder del sierraleonés Frente Revolucionario Unido (FRU). Todos hacían conjeturas en Aberdeen sobre cómo había sucedido lo imprevisible, que el dirigente de los rebeldes hubiera sido localizado y detenido en Freetown. Sankoh vivía en la capital, al otro lado del vertedero del Congo, en virtud de uno de los acuerdos de paz que había firmado e incumplido con Tejan Kabah. Pero permanecía en paradero desconocido desde que hacía una semana sus guardaespaldas abrieran fuego contra una muchedumbre que protestaba ante su vivienda por las sevicias que los rebeldes perpetraban en el interior del país.

Con una cerveza en la mano, Christo relató en el bar del Hotel Cape Sierra que a primera hora de la mañana un grupo de vecinos había identificado a Sankoh tratando de alejarse de la casa, en cuyo sótano había encontrado escondite. Una muchedumbre se le echó encima y se preparaba para lincharle cuando un soldado que se hacía llamar Escorpión le salvó de la muerte. Escorpión le iba a matar cuando recordó la fuerte recompensa que el Gobierno había ofrecido por la captura con vida de Sankoh. En vez de matarle, Escorpión se hizo una foto con el líder rebelde y lo entregó a las autoridades para cobrar el premio. Seguro que aquella vez Sankoh iba a responder de la retahíla de crímenes que había ordenado cometer durante casi tres décadas.

Antiguo caporal, Sankoh había sido expulsado del ejército en 1971 por intento de asesinato del presidente Siaka Stevens. Tras ejercer de fotógrafo en bodas, banquetes y bautizos, había viajado a Trípoli, donde recibió formación guerrillera y Gadafi le había

presentado a Taylor. Su verborrea le garantizaba el fervor de los oficiales del movimiento rebelde, cuyas atrocidades se le atribuían por inducción. ejercía sobre sus hombres una especie de hipnosis. Uno de los ejemplos era su dominio mental sobre el número 2 del movimiento rebelde, Sam Bockerie, un antiguo minero de sal gorda que debía el alias de Mosquito a su baja estatura y su capacidad de aparecer donde nadie lo esperaba y "aguijonear". Bockerie permanecía en Monrovia, protegido por Taylor, y desde la que instruía a las partidas rebeldes en Sierra Leona, grupos de un centenar de adolescentes que se presentaban de improviso en una población, en la que por tres o cuatro días saqueaban, robaban, violaban, mutilaban y asesinaban antes desaparecer bajo el manto de la selva. El pretexto de los rebeldes había sido restaurar el equilibrio entre la población de la costa, la antigua colonia, y las tribus del interior, el antiguo protectorado, aunque de esa doctrina revolucionaria sólo conservaban la costumbre de llamar con dulzura hermano y hermana a sus víctimas. Mosquito decía que las órdenes para las operaciones las recibía de Sankoh desde Freetown, por vía extrasensorial, telepática.

Además de Christo y un puñado de prostitutas, en el bar del Cape Sierra estaba el periodista Javier Espinosa, que el año anterior había permanecido 50 horas secuestrado por los rebeldes en Calaba Town, cerca de Kissi. Los secuestros eran tan habituales en Sierra Leona como la manga larga o la manga corta, y los misioneros las presas más propicias como bien sabía monseñor Biguzzi, obispo de Makeni, que dedicaba la mayor parte de su tiempo a negociar el rescate de decenas de religiosas y religiosos. También lo conocían los reporteros Ramon Lobo y Gervasio Sánchez, a quienes "secuestré" un par de horas al dar la noticia de que habían caído en manos rebeldes cuando quienes los atrapados eran un colega francés y Espinosa.

Como todas las noches apoyado en la barra del bar, en el Cape Sierra tampoco faltaba Jean Jacques Fuentes, Yeye, un mercenario simpático y bravucón que gustaba exhibir su cuerpo fibroso con la camisa desabrochada y las mangas remangadas.

Yeye pertenecía a una familia pied noir originaria de Alicante. Nacido en Casablanca y con pasaporte francés, decía sentirse

orgulloso de su sangre española. Se había formado como piloto en las fuerzas aéreas galas, pero hacía tiempo que había decidido "independizarse". "En toda trayectoria militar llega un momento en que te destinan en los despachos y a mí eso no me gusta", comentaba, enarcando las cejas.

Yeye aseguraba que conocía a Bob Denard, el mercenario famoso por su facilidad para quitar y poner presidentes en las Islas Comoras. Aunque sin el prestigio de su compatriota, Yeye estaba orgulloso de su carrera. Después de ofrecer sus servicios en Colombia y el Congo, Yeye constituía junto con un mercenario sudafricano, un isleño de Fiji y cuatro etíopes toda la dotación de las fuerzas aéreas de Tejan Kabbaj. Su misión era partir al alba con su avioneta y localizar a los rebeldes para que luego los bombardearan los Mig nigerianos. El presidente adeudaba a Yeye 85.000 dólares por ese desempeño, pero él no parecía preocuparse. "Cuando acabe esto habrá tiempo de discutir. Para discutir siempre hay tiempo".

Esa noche Yeye estaba feliz. El lunes se iba al aeropuerto de Lungi, en el extremo norte de la bahía de Freetown y en cuya pista estaba posado su bimotor. Con el aparato se iría a Conakry para descansar unos días. Se llevaba a dos adolescentes de Sri Lanka que sus familiares, comerciantes de Freetown que habían huido del avispero, se las habían dejado en custodia, quizá en pago de alguna prenda. Yeye me invitó a irme con ellos:

—¿Te vienes, guapo?

## Capítulo 14: LA ESTAMPA DEL MITO

El apellido británico Wilkinson revelaba que Henry descendía de esclavos, alguien raro de encontrar en la antigua Guinea francesa, aunque más curiosa fuera su insistencia en asegurar que tenía el oficio de navegante, y la manía de recomendar a todos que hicieran igual. Henry Wilkinson daba siempre ese consejo a quien se le acercara en el aeropuerto de Gbessia para que le ayudara a rellenar la tarjeta de entrada a Conakry.

–En el apartado de profesión ponga navegante.

–¿Por qué?

–Así se sabe que viene a trabajar, que ya lo está haciendo.

El argumento funcionaba pero no debido a la lógica impecable de Henry Wilkinson, sino a poderosas influencias. En concreto, la que ejercía el comisario del aeródromo, Dominique Mara, con quien Henry Wilkinson se repartía la mordida de los pocos pero todos improvisados navegantes blancos que arribaban a la capital guineana, donde gente como Henry Wilkinson y Dominique Mara dictaban la ley siempre a medias, algo que doblaba los costes; uno nunca sabía si hablaba con un funcionario o con el allegado de un funcionario, pero sí que cobrarían los dos, e introducía un factor de permanente inquietud en un país que continuaba cerrado a cal y canto, pese a que hacía tiempo que el culpable del panorama había entregado su cuerpo y alma a Alá.

Sí, en 1984 había muerto Sekou Toure, el marxista que arruinó el proyecto de Charles De Gaulle de crear una confederación con todas las colonias francesas de África. El no recomendado por el grandullón sindicalista guineano en el referéndum unionista propuesto por el grandullón general francés, rechazado sólo en Conakry y por más de un 80 por ciento de la población, había conmocionado a fines de los cincuenta en París. El “preferimos ser pobres y libres que ricos y esclavos” de Toure fue la versión en el África francesa al “dadnos el poder que el resto vendrá por

añadidura" de su amigo Nkrumah en la británica, había tenido el mismo efecto liberador. Tras Ghana, Guinea Conakry fue la segunda colonia africana, primera gala, que cortaba lazos con su metrópoli. En los dos años siguientes le siguieron todas las demás. La colonización británica estuvo caracterizada por la explotación económica, la francesa por la integración administrativa. Representantes de las posesiones africanas habían llegado a ocupar escaños en la Asamblea Nacional francesa. Por lo que la dependencia había sido mayor y, en consecuencia, la ruptura mucho más dramática. Hasta el punto que Conakry, donde se había abierto la brecha, todavía no se había recuperado y arrastraba medio siglo después la asignatura pendiente de restablecer los puentes con el resto del universo.

Era cierto que algo había mejorado la situación interior. El siniestro campo de Borio, donde 20.000 personas fueron torturadas y asesinadas, permanecía abandonado. En las afueras de Conakry, el antiguo campamento militar había sido el escenario de la muerte del primer secretario general de la OUA, Diallo Telli. Y la de muchos otros, perseguidos y caídos en purgas sucesivas a lo largo de los años sesenta y setenta, cuando Toure denunciaba cada año una conspiración étnica o ideológica con que alimentar su régimen de terror. También era verdad que el país no había sufrido un nuevo intento de "invasión imperialista" desde la de 1970, cuando 300 personas murieron tras el desembarco de los mercenarios que intentaron liberar a un grupo de militares portugueses capturados por los independentistas de la limítrofe Guinea Bissau, a quien Toure prestaba apoyo incondicional. Pero un intransigente nacionalismo, el resquemor provocado por la convicción de que los blancos seguían siendo los culpables de todas las desdichas, continuaba cargando el ambiente. Y desde la muerte de Stokey Camichael había desaparecido la referencia que insertaba a la capital guineana en el orbe. Conakry había sido el lugar de exilio de ese activista estadounidense, con Angela Davis y uno de los principales dirigentes de las Panteras Negras. Carmichael cambió su nombre por el de Toure, a quien le unía doctrina revolucionaria. Durante lustros había sido la principal celebridad de Conakry, desde la que no cejó en el intento de subvertir a sus hermanos afroamericanos.

El nuevo sheriff de Conakry era Lansana Conte. No tan nuevo, porque había alcanzado el Gobierno en 1985 en una asonada, pero el tiempo había trascurrido desde entonces muy lento, se había remansado. Oficial del ejército, Conte había heredado las formas y métodos de Toure, para adaptarlas a las coordenadas de finales del siglo XX. No podía atribuirse la ascendencia de su predecesor, nieto de Samory Toure, el guerrero islámico que desde Guinea sublevó a la región para que se resistiera a la colonización de Francia. Ni la desaparición del bloque soviético le permitía asumir las posturas antioccidentales de Toure, firme aliado de Moscú. El país proseguía, sin embargo, sumido en la represión y el secretismo. El área boscosa que se prolongaba hasta el macizo de Fouta Jalon, donde nacía el Níger, continuaba en las tinieblas, al ritmo de los tam tam más poderosos del continente. Los puentes de lianas aún eran el mejor medio para sortear los ríos en la región de Kankan, tierra más adentro y patria de la kola, la nuez amarga que se utilizaba de estimulante en África occidental. Tampoco los pobladores de esas áreas habían encontrado mejor forma de cazar boas que a la manera tradicional, atándose a un árbol y metiendo una pierna en los cursos de agua a la espera de que la serpiente apareciera, engullera el pie, la rodilla, el muslo y no pudiera avanzar más; entonces la presa se transformaba en cazador, sacaba una navaja y rajaba en canal a la boa. Y los controles nocturnos del ejército seguían siendo un calvario para los habitantes de Conakry, en la que nadie estaba al resguardo de los militares y una de las capitales africanas más sucias, lo que es decir mucho. Pese a que Conte se había esforzado por maquillarlo con el advenimiento de la era global, el régimen de Toure permanecía vigente desde la muerte de su sangriento fundador, cuyo enterramiento era, por ende, el secreto mejor guardado. Había quien afirmaba que el cadáver yacía en la gran mezquita de Conakry, y quien certificaba que había sido inhumado en Moscú. Nadie sabía a ciencia cierta dónde reposaban los restos del siniestro padre de la independencia.

Como todos los susus, de nariz grande y coronada por ojos extraordinariamente juntos y pequeños, Conte usaba de mampara el Partido de la Unidad y del Progreso (PUP), controlado por su etnia, con la que compartía una voraz vocación de dominio. El presidente y su partido habían ganado todas las elecciones desde la llegada en 1992 de la democracia, como definía el discurso oficial la

convocatoria de comicios, también todos calificados de fraudulentos por la oposición y los grupos de defensa de los derechos humanos. Las críticas habían arreciado en las elecciones de diciembre de 1998, con la detención del líder opositor, Alpha Conde, de la Reagrupación del Pueblo Guineano (RPG), de mayoría malinke, cerca de la frontera con Mali. Según la versión oficial, el incauto aspirante presidencial de oposición pretendía huir disfrazado de marabout, jeque religioso musulmán, tras promover la que de ser cierta hubiera supuesto la tercera intentona golpista contra Conte. Pero el papel interpretado en la región por el presidente guineano convertía en último término aquellas arbitrariedades en agua de borrajas.

Tras Nigeria, Guinea Conakry era el segundo suministrador de las tropas de la ECOMOG destacadas en Freetown y Monrovia. Esa implicación le permitía participar en el negocio de las gemas de los países vecinos, a los que rodeaba por el norte. La ex Guinea francesa disponía también de importantes yacimientos de diamantes –aparte de las reservas de bauxita de Kindia, las primeras del mundo– y defendía así su cuota de mercado, además de cobrarse insignes favores. A petición del rey Juan Carlos, Conte había sido el intermediario de la liberación de misioneros españoles secuestrados por la guerrilla sierraleonesa. “Tu rey y mi presidente son amigos”, recordaba Dominique Mara. El precio que pagaba Conte por su implicación política y militar en los Estados limítrofes era la hostilidad de sus rivales en las transacciones de las piedras preciosas, Sankoh y Taylor, que intentaban levantar en armas a grupos rebeldes guineanos en las zonas fronterizas con Liberia y Sierra Leona.

Desde el palacio que se había construido en la punta de la estrecha lámina rocosa sobre la que se asienta Conakry, que penetra en el Atlántico como la cabeza de un caimán, el sucesor de Sekou Toure gobernaba sin otro método que la depredación sobre súbditos como Henry Wilkinson y Dominique Mara, que como su presidente sabían hacer valer sus buenos o malos oficios.

“Éste es un regalo de Dominique Mara”, me dijo Henry Wilkinson el día de mi partida de Conakry, al tiempo que me entregaba un bubu de color indescriptible, parecido al celeste. Con la sorprendente

forma que tenía de repetir las frases, Henry Wilkinson añadió: “Dominique Mara espera a cambio un recuerdo tuyo... un recuerdo tuyo... un recuerdo tuyo”.

Aunque parecía lo contrario no perdía el tiempo aquel descendiente de esclavos y, aseguraba, navegante vocacional. Hubo quien intentó otra táctica, y había acabado peor.

El 23 de diciembre de 1999 fue de pesadilla en Abidyan, capital económica de Costa de Marfil y la Nueva York de África del oeste. Unidades del ejército ocuparon las calles, dando tiros, robando, violando a su paso. Denunciaban que el Gobierno no les había pagado las primas prometidas por su participación en una misión de paz enviada a la República Centroafricana, que por eso se habían visto obligados a declarar un motín.

Los soldados se enseñorearon del edificio de la Televisión en el Plateau, el área comercial y de negocios, cuyos rascacielos recordarían a los de Manhattan si no adolecieran de una clamorosa falta de mantenimiento. Enfrente, al otro lado de la laguna de Ebrie, la torre del Hotel Ivoire cayó bajo su control sin dificultad. En el exclusivo barrio de Cocody, el Ivoire incluía bares, restaurantes, tiendas, jardines, piscinas, una bolera, un supermercado, un Palacio de Congresos y la única una pista de patinaje sobre hielo en esas latitudes africanas. Como no podía ser de otra forma, las mayores sevicias se cometieron en los barrios populares de Adjame y Teichville, al norte y al sur de Abidyan, que fueron arrasados por el descontento castrense.

Pasaron las horas, nadie salió a hacerles frente, y el día de Nochebuena los amotinados dieron una vuelta de tuerca. Se pusieron en contacto con un general de prestigio, Robert Guei, para que exigiera las primas pendientes al presidente Henry Konan Bedie, quien se hizo el remolón. Por lo que anunciaron que no les quedaba más remedio que quedarse con el Gobierno. El nuevo milenio se inició en Abidjan cuando palpitaba el primer golpe de Estado en el país que era ejemplo de prosperidad y orden en una región donde sólo Senegal le disputaba el privilegio de no haber sufrido nunca un levantamiento del estamento uniformado.

Robert Guei garantizó a cada amotinado la suma de 8.000 dólares por ayudarle a ascender a la máxima magistratura, una promesa cuyo incumplimiento le costaría meses después un intento de asesinato. Y aseguró que, sin demasiada dilación, devolvería el Gobierno a los civiles, lo que tampoco cumplió. Guei anunciaría entre tanto medidas que causaron admiración, como una campaña de recogida de basuras en la que participó con una pala entre las manos y que durante semanas dejó Abidyan limpia como una ciudad suiza. Y otras que provocaron estupor, como recluir en un centro de adiestramiento al equipo nacional de fútbol en castigo por su eliminación de la Copa de África.

El 22 octubre de 2000 llegaron los comicios y Guei, que había cambiado otra vez de opinión, se presentó y autoproclamó el vencedor, aunque los disturbios por el robo electoral se hicieron irrefrenables. Fueron los partidarios de Laurent Gbagbo, del social-demócrata Frente Popular Marfileño (FPI), quienes inundaron en esta ocasión el asfalto y las aceras de Abidyan. Reclamaron la victoria de su líder, segundo en el escrutinio, y 50 fueron masacrados en diferentes puntos de la ciudad. Los militares calcinaron y enterraron los cuerpos en fosas comunes para hacerlos desaparecer. Pero bajo la presión francesa Gbagbo fue declarado el día 25 el triunfador electoral y Guei huyó a Togo, adonde había mandado con antelación a su mujer y a sus hijos. Volvería a Costa de Marfil para intentar a mediados de septiembre de 2002 otro golpe, desde su región natal, Bouake. Fracasó, su cadáver apareció acribillado a balazos.

A partir de ese momento, más caos, nuevas matanzas y el inicio de un desconocido proceso de secesión. Los adictos a Guei se hicieron fuertes en el norte, donde proclamaron el Movimiento Patriótico de Costa de Marfil (MPCM). Sólo una nueva intervención de la ex metrópoli francesa, que envío 4.000 soldados, impidió la toma de Abidjan por los rebeldes, que se asentaron en la zona septentrional. Ante lo que el contingente francés se limitó a mantener un statu quo que no satisfizo a Gbagbo. Sus partidarios acusaron al contingente de París de condescender con los sublevados y multiplicaron las manifestaciones antifrancesas, así como las peticiones a Washington para que restableciera la autoridad del presidente en todo el territorio.

Considerado lo anterior, la situación en Costa de Marfil era a principios de siglo bastante más preocupante que 50 años atrás, cuando el padre de su independencia había sido la otra cara de la moneda de Sekou Toure. Antes que pobre y libre, había preferido ser rico y esclavo.

No siempre fue de esa manera. Con sonrisa y cara de duende, Feliz Houphuet Boigny era un cultivador de cacao que comenzó defendiendo con uñas y dientes los derechos de los marfileños. El futuro primer presidente de Costa de Marfil se afilió al Partido Comunista Francés en los años cuarenta, cuando afirmaba que "estoy con los que luchan por la libertad. No hay nada mas lamentable que un negro a favor de la colonización". Mantuvo ese principio hasta que en 1950 los franceses reprimieron con dureza las reclamaciones autóctonas, principalmente de orden económico. Houphuet Boigny vio las orejas al lobo y su apego a las tesis de la potencia colonial fue luego absoluto. Acérrimo partidario de la propuesta unionista de De Gaulle para el África occidental gala, sólo consintió en proclamar la soberanía de Costa de Marfil tras la ruptura en Guinea Conakry del proyecto comunitario por parte de Toure, a quien odiaba cordialmente.

El primer presidente marfileño había cortado con París de forma casi obligada, y como líder de su país luchó hasta la extenuación para que continuaran los nexos de Costa de Marfil con Francia. Fue un ardiente defensor de lo francés en los foros internacionales y amigo de De Gaulle y de sus sucesores en el Palacio del Elíseo, desde Georges Pompidou hasta Francois Miterrand. Impulsó el cultivo de café y cacao, introducidos por los franceses, y con más de un millón de toneladas anuales hizo de Costa Marfil el mayor productor mundial de producto cuyo principal derivado es el chocolate.

En sus relaciones con sus pares africanos, Houphouet Boigny mezcló el negocio con la política. Casó a su ahijada con el presidente liberiano Tolbert, quien le permitió participar en el negocio de los diamantes controlados desde Monrovia. Las transacciones diamantíferas se le vinieron abajo con el ascenso de Doe, a quien combatió apoyando la guerrilla de Taylor. Y fue de los primeros

dirigentes africanos en establecer relaciones con la Sudáfrica racista, tras denunciar con vigor la intervención soviética en los asuntos continentales. Ferviente católico, ordenó la construcción en la capital marfileña, Yamusukro, de una basílica que era copia de San Pedro en el Vaticano y cuya cúpula irrumpía como un espejismo en la jungla. Su residencia estaba rodeada de una fosa con cocodrilos. El entretenimiento de los visitantes consistía en comprar gallinas vivas, echarlas a la fosa y contemplar cómo eran despedazadas por las mandíbulas de los saurios.

Houphouet Boigny murió en 1993, a los 88 años, dejando un país próspero y estable. Excepto Bgagbo, toda la clase dirigente se declaraba su admiradora. Incluidos Konan Bedie, presidente del Parlamento en su último mandato, Robert Guei, a quien ascendió en el escalafón armado, y Alasane Uatara, primer ministro en el momento de su fallecimiento y cuyo ostracismo posterior desató el estallido del 23 de diciembre de 1999. En el trasfondo, un conflicto de origen fronterizo.

Con experiencia en organismos internacionales, Uatara aspiraba a suceder a Houphouet Boigny, pero su ambición colisionó con la de Konan Bedie y el aparato de la antigua formación única, el Partido Democrático de Costa de Marfil (PDCM). Alegaban que la constitución impedía acceder a la jefatura del Estado a quien no fuera originario del país. Y los padres de Uatara eran extranjeros, de Burkina Faso. En el torbellino de violencia que marcó en Abidyan la transición de milenios, los simpatizantes de Konan Bedie y Gbagbo se ensañaron con los de Uatara. El escarnio fue que los oficiales que dieron a Guei el liderazgo del motín eran partidarios de Uatara.

Con 66 etnias, Costa de Marfil era prolija en culturas fascinantes. Los senufos, baules y lobis habían sabido conservar la tradición. Costa de Marfil encarnaba a la perfección el dicho de que “a África oriental se viaja para ver animales, a África occidental para ver gente”. A eso se sumaban riquezas naturales, entre otras, hermosos cafetales y bosques vírgenes en la que había sido la colonia favorita de Francia en África del oeste, por lo que los marfileños no estaban dispuestos a que les gobernara quien procedía del vecino del norte. Un país que consideraban inferior y había sido suyo. En África occidental, la cenicienta.

El país de los tres ríos que son uno –Volta Rojo, Volta Negro, Volta Amarillo, que se juntan al sur, en el lago Volta, en Ghana– era el menos dotado de las colonias francesas de la región. El Alto Volta estaba enclavado, no tenía yacimientos de diamantes, ni reservas de bauxita, ni hermosas plantaciones, tampoco árboles gigantescos, únicamente mucho algodón y algo de oro, pero poco. En el Sahel, el área de transición entre el Sáhara y la foresta ecuatorial, ocupaba el corazón de una sabana cuyos pobladores mossi continuaban en el animismo. Adoraban fetiches salpicados de fluidos orgánicos: orina, sangre, saliva, semen. Es fácil de comprender que, tras delimitar el Alto Volta en 1919, los franceses lo desmembraran en 1932 para repartirlo entre Níger, Mali y Costa de Marfil. Sólo para reducir el desequilibrio que suponía la gran extensión del territorio marfileño, volvieron a unificarlo en 1947 antes de darle a los 13 años, de sopetón, la libertad.

Tras las presidencias del civil Mauricio Yameogo, y los militares Sangule Lamizana, Saye Zerbo y Jean Baptiste Ouedraogo, la parte relevante de la historia del Estado voltaico comenzó cuando cambió de nombre. El artífice fue Thomas Sankara, un oficial de 34 años y carrera meteórica. Había asumido brevemente la Secretaría de Estado de Información durante la presidencia de Zerbo, para ser catapultado en 1983 a la jefatura del Ejecutivo. Pese a la desconfianza de Francia, omnipresente en África del oeste, Sankara alcanzó el 3 de agosto, en un golpe militar, la presidencia. Para dejar claro su nacionalismo, y que su primer enemigo iba a ser la corrupción, rebautizó la tierra que le vio nacer con el glorioso nombre, en lengua diola, de Burkina Faso, “el país de los hombres íntegros”.

Junto a sus compañeros de armas Blaise Compaore, Henry Zongo y Jean Baptiste Lingani, Sankara fundó el Consejo Nacional de la Revolución, apoyado en una pléyade de grupúsculos marxistas, maoístas, leninistas, trostkistas, todos panafricanistas: la Liga Patriótica para el Desarrollo, el Partido Africano para la Independencia, la Unión de Luchas Comunistas, el Partido Comunista Revolucionario Voltaico. La instancia de Gobierno se fijó como prioridades la nada fácil supervivencia en dignidad de la

población, y la aún más difícil moralización de la Administración pública. Sus primeras decisiones fueron reemplazar por Renault 5 las limusinas de los ministros, suprimir el alquiler de la vivienda en las áreas urbanas y emprender una campaña de vacunación en las rurales. “Me atormenta pensar que de 1.000 niños que nacieron el mismo año que yo la mitad murió antes de cumplir tres meses”, confesaba Sankara. El carisma e idealismo del joven revolucionario causaron sensación en su país, en África y en el todavía llamado Tercer Mundo, ya que aún existía el Segundo, el bloque socialista.

Honesto y humilde, Sankara frecuentaba el pueblo llano. Se presentaba de noche sin previo aviso en los poblados, donde alternaba con los ancianos con el mismo empaque que lo hacía con Fidel Castro, Indira Ghandi y Josef Tito. Impulsó el desarrollo de la hermosa Bobo Dioulasso, en el sur del país. E hizo de Uagadugu, la capital burkinabe, un baluarte de causas revolucionarias, fueran africanas, asiáticas o árabes. En ese bordel africano, paradigma de la alegría de vivir, mandó construir monumentos donde la formidable fantasía artística local se puso al servicio de la esperanza en un futuro mejor. Y multiplicó los símbolos de la unidad de los desheredados. El Festival Panafricano de Cine de Uagadugu (FESPACO) fue vivero de todas las ideas que germinaban al anhelo de un mundo más justo. Criticó el imperialismo de Washington, tras condenar algo tan lejano de África como la política estadounidense en Latinoamérica. Fue amigo de Gadafi y simpatizante de la Unión Soviética, sin que esas querencias le impidieran reconocer que “de los abusos de los poderosos tenemos la culpa nosotros, que nos hemos dejado comprar”. O denunciar que “la ayuda soviética al Sahel es escandalosamente insuficiente”. No quiso crear su propio partido porque “serviría para que se aprovecharan los oportunistas, como en todas las organizaciones gubernamentales”. “El hombre puede hacer realidad todo lo que sueña”, aseguró al realizador suizo Jean Philippe Rapp. Thomas Sankara era un espíritu libre. Traducido en términos políticos, era independiente. En otras palabras, estaba solo.

Igual que muchos magnicidios, su asesinato nunca se investigó, pero se daba por seguro que los autores habían sido quienes estaban más cerca de la víctima, también como en la mayoría de ese tipo de crímenes; todos en Uagadugu pensaban que Sankara murió a manos

de Compaore, con ayuda de Lingani y Zongo. El asesino ocupó el 15 de octubre de 1987 el poder y se deshizo de sus cómplices culpándolos de conspirar contra su persona, lo que pudiera ser verosímil. Compaore lanzó a continuación el que denominó Movimiento de la Rectificación. Esto es, se entregó en brazos del consumismo más vulgar.

El Bello Blaise, como se conocía en Uagadagu a Compaore, proclamaba que su intención había sido "detener el proceso neocolonial instaurado por Sankara". El propósito de borrar la memoria de su víctima indujo al Bello Blaise a tratar de que no se supiera el lugar de su tumba, en balde. Los burkinabes buscaron hasta encontrar y convertir en santuario el polvoriento sepulcro de los alrededores de Uagadugu en el que fueron enterrados los restos de quien al morir empezó a ser considerado el Che Guevara de África. La leyenda ha crecido con el paso del tiempo. En los mercados de muchas ciudades del oeste de África se siguen vendiendo camisetas y carteles en los que Thomas Sankara aparece con la mirada perdida y una boina de paracaidista ladeada sobre la cabeza; la estampa del mito.

## Capítulo 15: BLANCOS NO TAN BLANCOS, NEGROS NO TAN NEGROS

Thomas Sankara e Ibrahim Mainasara Bare se hicieron amigos en los años sesenta en Madagascar. Madrugaban para correr juntos por la pista de atletismo de la Academia de Antsirabi, en esa isla, y donde ambos completaban su instrucción castrense. Aparte de vocación militar y afición al deporte, les unían otras circunstancias. Habían nacido en 1949 en países pobres del Sahel: Sankara en Yako, en el centro de Burkina Faso, Mainasara Bare en Maradi, en el centro de Níger. Compartirían el hacerse con el poder por la fuerza de las armas y el ocuparlo poco tiempo, además de la suerte de caer asesinados por sus hombres de confianza. Pero el paralelismo de sus vidas se truncó con su muerte. El nombre de Sankara quedó inscrito en el imaginario africano, el de Mainasara Bare fue a parar al basurero de la historia.

“Era nuestro instructor ideológico”, recordaría el nigerino del burkinabe. “Sankara nos hablaba horas y horas de política. Nunca nos cansábamos de escucharle”, dijo Mainasara Bare al periodista malgache Senen Andriamirano tras dar su golpe, a la década del asesinato de Sankara. Como el burkinabe en Ugadadugu, el nigerino fue recibido en olor de multitudes en Niamey, donde tres años después, al ser abatido, había perdido toda su aureola. En las arcas del Estado de Níger quedaba menos de un millón de dólares. La quiebra había obligado a suspender el pago de la deuda externa, que absorbía 250 millones de dólares anuales. Más dramático, los 40.000 empleados públicos llevaban meses sin cobrar. El saldo positivo tenía poco que ver con los números y mucho con la propaganda. Ibrahim Mainasara Bare permutó el orden de sus apellidos para que sus iniciales coincidieran con las de la compañía informática IBM. La ordenadores estaban al alcance de muy pocos en África. E Ibrahim Bare Mainasara o IBM fue fugaz sinónimo de rabiosa modernidad en el continente.

El juego de ilusionismo se esfumó en 1999 en el aeropuerto de Niamey, cuando el jefe de Estado con nombre de computadora se

preparaba para salir de gira por el interior de Níger. Bajo las órdenes del jefe de su servicio de seguridad, el comandante Dauda Mallam Wanke, sus guardaespaldas le dispararon con proyectiles para derribar helicópteros, que diseminaron los miembros de IBM por la pista, varios metros a la redonda.

Abordé el 24 de noviembre de ese año a Dauda Mallam Wanke en las escalinatas del Palacio de Justicia de la capital nigerina, después de que el asesino hubiera depositado su voto en las elecciones convocadas para cubrir el vacío de poder dejado por su crimen. Pensé que las escarificaciones djerma atenuaban su pinta de matón. Los surcos que enmarcaban la frente y las mejillas quitaban fiereza a su rostro de ogro. La hipnosis desapareció cuando Mallam Wanke abrió la boca y, con voz cavernosa, dijo: “Hemos demostrado que aunque pobres somos demócratas. Hemos dado un ejemplo al mundo”.

Mallan Wanke mentía sin rubor, había querido quedarse en la presidencia. El generalato se lo había impedido porque actuó sin previo aviso. El comandante no había consultado con la jerarquía, se había saltado el conducto reglamentario en la planificación de su magnicidio. Esa indisciplina y las presiones de Francia y de las instituciones crediticias le habían obligado a convocar a las urnas. A los trece años del asesinato de Sankara, el orden internacional exigía que se respetaran los modos. El verdugo de IBM tendría que regresar a las casernas en vez de acomodarse en el palacio de la víctima, encaramado sobre el río Níger. Los vientos democratizadores privaban a Dauda Mallam Wanke en Niamey de la fortuna que había tenido el Bello Blaise en Uagadadugu.

Veinticuatro horas tardaron en proclamarse los resultados electorales. El vencedor fue el coronel Mamadou Tandja, del Movimiento Nacional para la Sociedad del Desarrollo, que había derrotado a Mahamodou Issoufou, del Movimiento para la Sociedad del Desarrollo y primer ministro del ex presidente Mahame Usmane, el civil que gobernó de 1993 a 1996 en una “primera experiencia democrática” que había abortado IBM. Como en Nigeria, las transiciones electorales eran asuntos reservados a los militares en Níger. Igual que Olesegun Obasanjo, la condición de soldado convertía a Mamadou Tandja en la solución de compromiso. Tandja

había sido ministro de Interior durante el régimen del general Seyne Kountche, que en 1972 había derrocado al padre de la independencia, Hamadi Dori, pero conservaba prestigio en el ejército y no se había manchado las manos con los posteriores gobiernos militares de Ali Saibou e IBM. A sus 71 años, se había puesto chaqueta de civil a fin de liderar la "segunda experiencia democrática".

Al día siguiente de su victoria Tandja me recibió en su oficina, al fondo de una casona en el centro de Niamey. Le felicité, sonrió e indicó que me sentara a su izquierda, frente a un mural en el que aparecían decenas de siluetas humanas sin faz. Le pregunté por el asesinato de IBM, del que más que nada me había impresionado que su cuerpo quedara diseminado varios metros a la redonda. La versión oficial insistía en que se había tratado de un "desgraciado accidente", que la guardia presidencial abrió fuego tras detectar "extraños movimientos" y que, en la confusión, IBM había sido alcanzado. Lo que la versión oficial no decía era que IBM había recibido el impacto de proyectiles para derribar helicópteros. Tandja me contestó que "en bien de la estabilidad lo mejor es dejar eso así por ahora".

Me convencí de que para Tandja lo mejor sería dejar eso así para siempre. Aparte de que lo contrario habría vuelto a sacar de los cuarteles al temible Mallam Wanke, la bancarrota política, económica y social no permitía malabarismos institucionales, ni el panorma en el norte del país un pulso a las fuerzas armadas. Sólo el sur de Níger era fértil, habitado por el último grupo de jirafas de África del oeste que vivían en libertad y sembrado con mijo, sorgo y maíz, que daban de malvivir a tres cuartas partes de los 10 millones de nigerinos, en buena parte hausa como en Nigeria, y en importante medida simpatizantes del integrismo islámico, como en el Estado vecino. El resto del territorio pertenecía al dominio de las dunas del Sáhara, que anegaban kilómetros y kilómetros en el Air, el desierto de desiertos. Aquellas extensiones batidas por el viento atesoraban la riqueza nacional, el uranio.

El primer hallazgo se produjo en 1966, cuando se localizó el yacimiento de Arlit. Cinco años después operaría una segunda explotación en Akokan. La Sociedad de Minas del Air se convirtió

en la mayor empresa nigerina. La extracción y exportación del mineral con que se fabrican bombas atómicas abría perspectivas insospechadas que se vieron alentadas cuando en 1980 el país pasó a ocupar el sexto lugar como exportador mundial, con una producción de 4.000 toneladas anuales, antes de surgir corrientes pacifistas y ecológicas que redujeron la demanda. Los ingresos cayeron drásticamente, y a finales de los noventa la renta per cápita de Níger era de 250 dólares y la esperanza de vida, de 46 años. La preocupación por la seguridad en Occidente había frenado el desarrollo de un país en África, había vuelto a ponerle en su sitio.

Con ser grave, el descenso de los ingresos por uranio no lo era tanto como el problema que planteaban los habitantes de aquellas inmensidades de arena. Ellos se hacían llamar Kel Tamajaz, "Señores del Desierto". El resto de los hombres los conocía como tuareg, un clan bereber, la etnia autóctona que se había mezclado con los árabes en Marruecos, Argelia, Túnez, Mauritania y Libia, la única población africana de raza blanca.

La rebelión tuareg había estado latente desde la época de Kountche, que detectó a guerrilleros que recibían formación militar en la Libia de Gadafi, pero no estalló hasta principios de los noventa, con el ataque de bandas armadas contra Agadez, la capital regional. Viajaban a bordo de su moderna cabalgadura, los cuatro por cuatro, que robaban con tanta fruición como hacían con la antigua, los camellos. En 1992 se alumbró el Frente de Liberación del Air y el Azauad, liderado por un antiguo oficial y ex compañero de IBM, Mano Dayak. Tras desertar, Dayak se había puesto al frente de una sublevación que exigía condiciones draconianas. Sólo uno de cada diez nigerinos era tuareg, pero el movimiento rebelde pedía para esa comunidad seis embajadas, siete ministerios, una cuarta parte de los presupuestos del Estado, el 40 por ciento de los mandos del ejército y, lo único sensato, un sistema federal. Los tuareg no estaban dispuestos a ser gobernados por los descendientes de sus esclavos, pese a que muchos de ellos fueran tan negros como sus madres esclavas.

La memoria de pobladores blancos en África del oeste era anterior a la llegada de árabes y bereberes a la región, se remontaba al

Antiguo Egipto. La tradición hablaba de un díscolo oficial de los ejércitos faraónicos, quizá de origen hebreo, Dinga, que había liderado tribus ribereñas del Nilo en un éxodo transversal del desierto para establecerse entre los ríos Senegal y Níger, donde los nilóticos se mezclarían con las etnias locales para concebir los mayores y más refinados imperios subsaharianos.

Con nombres que servirían al nacionalismo africano para rebautizar la Costa de Oro y la capital del Alto Volta, el de Ghana o Uagadugu surgió en el extremo sureste de Mauritania, en torno las ciudades de Ualata y Kumbi Saleh. Los historiadores árabes Mahmoud El Keti y Mohamed Al Bakri relatan que sus habitantes eran animistas, adoraban a la pitón. Los almorávides destruirían en el siglo XI esa cultura, que resurgiría islamizada a orillas del Níger. El imperio mandingo de Mali se extendería hasta entrado el siglo XIV. Su legado serían Jenne y Tombuctú, fundada por Mansa Musa al regreso de su famoso peregrinaje a La Meca y que maravilló a viajeros medievales como el granadino León, El Africano, y contemporáneos, como el francés René Caillé. Construida en el punto más septentrional del Níger, Tombuctú continuó irradiando conocimiento y fe durante el imperio Songhay, con capital en Gao, levantada donde el río concluye su curva y empieza a abandonar el desierto. En el siglo XVI, la influencia Songhay llegaba hasta el Air, por el norte, y se asomaba, por el este, al lago Chad.

Las caravanas que partían de la ciudad marroquí de Sijilmasa, la argelina de Tlemcen y la libia de Ghadames fueron el cordón umbilical entre la cuenca del Níger y el norte de África. El tráfico caravanero trajo el intercambio de mercancías y de sangres, pero también la aparición en los oasis de islotes humanos que en el siglo XX hundían sus raíces en una nebulosa verbal que vinculaba a los emigrantes que llegaron del Nilo con las tribus sarakolle, que en bereber significa “hombres blancos”, y soninke, que deriva de la palabra malinke asuninke, “los que proceden de Aswán”. El historiador senegalés Sheik Anta Diop insistía en el origen nilótico de otra etnia, los peul, nómadas de rasgos finos y complexión rectilínea que están repartidos por toda la región, tras haber tenido en el siglo XVIII su imperio en Segou, también a orillas del Níger. Diallo Telli, Thomas Sankara y Mamadu Tandja eran peul, pertenecían a un pueblo cuya fisonomía recordaba a la de los

colosos de los templos que tres 3.000 kilómetros al este eran el retrato humano de la civilización de las pirámides.

Con túnicas y turbantes azules que únicamente dejaban ver ojos pintados con kohl negro, los tuareg paseaban como trasgos a lomos de camello sobre el puente Kennedy, que atraviesa el Níger en la letárgica Niamey. Río arriba el ambiente era notablemente más festivo en Bamako. Como la de Níger, la capital de Mali no tiene la ilustre historia de Ualata, Koumbi Saleh, Tombuctú, Jenne, Agadez y Gao, pero sus habitantes disfrutan de una animación que ya quisieran los de la nigerina.

Níger y Mali eran muy diferentes para ser países con perfiles tan parecidos. Más de la mitad de sus territorios permanecía inmerso en el Sáhara, los dos estaban amenazados por la sequía, padecían la pobreza extrema pese a llevar con orgullo la herencia de los imperios que en la Edad Media se habían extendido por su común cauce fluvial. Son los principales baluartes musulmanes en el Sahel, donde las planicies desérticas invitan a la introspección. Pero la religión había dejado en Níger una impronta integrista de la que no quedaba rastro en Mali. La fe islámica se profesaba en Mali de forma menos ortodoxa, más tolerante, no había arrasado con las culturas autóctonas como en Níger. En Mali pervivían pueblos como los dogon, que vivían en la región del puerto fluvial de Mopti, irreductibles en el acantilado de Bandiagara, donde conservaban una de las cosmogonías más complejas de África. En Tombuctú, Gao y Jenne la influencia uniformadora islámica era claramente perceptible, pero el carácter genuinamente africano de Mali se reflejaba en Bamako. Con la algarabía de su mercado central y sus casas con patios en torno a viejos baobabs, la capital de Mali era un gran poblado en el que departían tuaregs con bambaras, peul con malinkes, tanto bajo los rayos del sol como bajo la tibia luz de la luna.

La rebelión de los Señores del Desierto había preocupado en Mali antes que en Níger. Gadafi había puesto en el objetivo al Gobierno de Bamako en 1979, cuando creó el Frente de Liberación del Norte de Mali, que comenzó por rechazar la autoridad estatal al norte del río, aunque la amenaza se convirtió en conflicto una década

después, al tiempo que en Níger. Las incursiones tuaregs de 1990 y 1991 hicieron de la desértica región septentrional maliense un espacio tan furtivo como el norte del vecino país. Más de 400 operaciones armadas tuaregs sin otro propósito real que la rapiña se contabilizaron en esos años en Mali. La inseguridad que crearon contribuyó al fin del régimen del general Musa Traore, que derrocó en 1968 al primer presidente, Modibo Keita. Traore había practicado la represión sin escrúpulos de sindicalistas y estudiantes y en su mochila se llevaba una guerra en 1985 con la Burkina de Sankara por los yacimientos de manganeso y titanio de los pastizales del Agacher. En los estertores de su régimen, Traore se desentendió de la rebelión tuareg e intentó reprimir el descontento con asesinatos de opositores en Bamako. Su caída era importante, aunque más lo fue la aparición de un personaje histórico con aspecto de hombre normal.

Amadou Toumani Toure se llamaba el militar que dirigió el Consejo de Reconciliación Nacional que el 25 de marzo de 1991 se hizo a cargo del Gobierno. Nacido en 1948 en Mopti, Toumani Toure parecía débil, apocado. Igual que muchos africanos de su generación, se había alistado en el ejército únicamente para subsistir. Lo excepcional en el era que por primera vez en África quien derribaba a un tirano no lo asesinaba ni reemplazaba. “No estoy dispuesto a seguir el camino de tanto golpistas contra regímenes autoritarios que se convierten a su vez en déspotas”, dijo. Tras amnistiar a la mayoría de los funcionarios de Traore, Toumani Toure impulsó el consenso entre los partidos políticos y organizó en marzo de 1992 las primeras elecciones libres, que desembocaron en el triunfo del profesor Alpha Oumar Konare, candidato del grupo que más había luchado contra el dictador, la Alianza para la Democracia en Mali (ADEMA). En contraste con IBM, Amadou Toumani Toure no tuvo necesidad de alterar el orden de sus apellidos para que sus iniciales tuvieran consonancia popular. Cuando regresó a los cuarteles después de garantizar la transición al poder civil, en Bamako se le conocía por sus siglas, ATT.

“Señor presidente, todo va bien. Podemos ganar incluso si perdemos un 20 por ciento más de votos”. El ministro de Interior de Senegal,

el general Lamine Cisse, daba en esos términos el parte electoral al presidente de su país, Abdou Diouf. Durante la conversación por teléfono entre ambos me entretuve curioseando entre los recuerdos que el ministro había traído de su peregrinación a la Meca, que ocupaban un lugar principal en su despacho. Atrajo mi interés una reluciente mezquita en miniatura. Y de la comunicación de la que por azar era testigo, el que Cisse tratara de transmitir a Diouf mayor tranquilidad de la que había intentado trasladarme a mí.

“Hemos tenido pequeñas incidencias, aunque las hemos podido resolver”, dijo el ministro cuando colgó el auricular al presidente y volvió a prestarme atención. A continuación, Cisse pasó revista a aquellas “pequeñas incidencias”.

Enumeró: “Un marabut de Touba ha dicho a los fieles que no participen en las elecciones. Pese a que hemos hablado con él, ha seguido en sus trece y mucha gente se ha abstenido. Qué le vamos a hacer, si la gente no quiere votar, no se le puede obligar a hacerlo. Y en Casamance se ha decretado el estado de emergencia en algunos pueblos donde se han producido choques con los rebeldes”.

Nunca supe la gravedad de lo ocurrido en Touba, pero desde luego que lo sucedido en Casamance había sido algo más que “pequeñas incidencias”. Siete soldados fueron hospitalizados por la explosión de una mina y tres civiles resultaron heridos por las incursiones de los independentistas. Las emisoras de radio de Dakar difundían que las localidades de Nyassia, Goudomp y Madina Alpha Fadu estaban cercadas por las tropas.

Lo de Casamance no era ninguna sorpresa. La situación en el granero de Senegal había empeorado desde que fracasara en 1989 la unión política con la limítrofe Gambia, una ex colonia británica que es el país más diminuto de África continental pero cuyos 11.000 kilómetros cuadrados son suficientes para separar Casamance del resto del territorio senegalés. La llegada al poder en Banjul de Yaya Jameh, un oficial de 26 años que había derrocado en 1994 al padre de la independencia de Gambia, Dauda Kariba Jawara, no había arreglado la coyuntura. Aficionado a los velos islámicos y a un espadón que lucía en actos oficiales y visitas al extranjero, Yaya Jameh había instaurado la sharia en un país que seguía siendo sobre todo conocido por el turismo sexual. Liderado

por el sacerdote Agustin Diamacoune Senghor, y de mayoría diola cristiana frente a los musulmanes wolof de las otras regiones de Senegal, el Movimiento de Fuerzas Democráticas de Casamance (MFDC) había reanudado las hostilidades y utilizado el secuestro de extranjeros para frenar las posibilidades turísticas que ofrecían las playas de Cape Skirring y el verdor de la capital regional, Ziguinchor. Los rebeldes tenían sus bases en Guinea Bissau, sin que los esfuerzos de Senegal por inmiscuirse en los asuntos internos de esa ex colonia portuguesa hubieran ofrecido mejores frutos que el proyecto de confederación con Gambia. Al Gobierno de Dakar le faltó tiempo para mandar a Bissau a sus soldados, los jambars, "los valientes", para combatir al general Ansumane Mané, tutor del independentismo de Casamance que en 1999 había derribado en un golpe militar a Joao Bernardo Nino Vieira, el sucesor de Amilcar Cabral. Mané se había disputado luego el poder con el opositor Kumba Yala. Y aunque hicieron lo imposible por apartar a Mané del Gobierno, "los valientes" habían tenido que regresar a Dakar tras sufrir decenas de bajas en emboscadas de los fieles del díscolo general de Bissau.

El problema de Casamance, en medio de un puzle geográfico, era alarmante pero no parecía tener ninguna incidencia en Dakar el 26 de febrero de 2000, cuando Cisse me concedió aquella entrevista gracias a los buenos oficios de mi amigo Saliou Traore. Poco en la capital senegalesa dejaba entrever la trascendencia de la jornada. Los turistas afroamericanos se paseaban cargados de bolsas con los recuerdos que habían comprado en Gore, la isla frente a la costa de la que sus ancestros partieron esclavizados para no regresar. La estación ferroviaria, la Cámara de Comercio y el Ayuntamiento estaban escasamente transitados. La ocupación era baja en el Hotel Teranga, el de más tradición de Dakar y situado en la Plaza de la Independencia, núcleo de una urbe que el crecimiento desmesurado había congestionado hasta la asfixia. Sólo habían dado un punto de bullicio las elegantes wolof que se habían congregado en el colegio electoral donde Abdou Diouf depositó su sufragio. "Abdou, Abdou" fue el grito con que recibieron al presidente sus partidarias, ataviadas con vestidos floreados y desplazadas desde San Luis, la antigua capital de Senegal y de toda el África occidental francesa durante la colonización. En una isla de la desembocadura del río Senegal, San Luis era con Gore el ejemplo de una arquitectura que

en África era fiel reflejo de la que los españoles dejaron en América. Los balcones y los jardines de sus mansiones eran de una belleza comparable a la de sus mujeres, que habían hecho perder la cabeza a muchos oficiales franceses durante la Administración colonial.

En ese ambiente de normalidad, el síntoma inquietante que a media tarde se abría paso era el alto índice de afluencia a las urnas en las zonas urbanas. En las ciudades tenía su bastión el veterano líder de la oposición, Abdoulaye Wade. La alta participación urbana podía impedir que Diouf fuera elegido en la primera vuelta, y los partidarios del presidente temían que si no ganaba al primer envite perdería en el segundo, en el que, de producirse, el resto de los seis candidatos habían adelantado que apoyarían a Wade. Para evitar esa posibilidad Diouf debía lograr más del 50 por ciento en la primera vuelta, y casi nadie creía que se produjera el cataclismo de que el gobernante Partido Socialista, al que pertenecía Diouf, dejase escapar un poder que ocupaba ininterrumpidamente desde la independencia.

El primero de marzo se anunciaron los resultados, que perfilaron el peor de los futuros para Diouf, Cisse y los suyos. El presidente había ganado con el 41 por ciento de los votos, no había logrado la necesaria mayoría. El mal presagio se confirmó a los 20 días, cuando en la segunda ronda Wade superó con el 58 por ciento de las papeletas a Diouf, que se quedó en el 42 por ciento. La alternancia se había consumado por primera vez en las urnas africanas. Diouf había advertido que de perder las elecciones se retiraría de la política. Para desesperación de funcionarios y militantes de su partido, cumplió lo prometido. Diouf tenía un buen maestro. Había sido el alumno aventajado de Leopoldo Sedar Senghor, el primer presidente africano que, en 1980, se había retirado de manera voluntaria del poder.

Poeta, humanista e intelectual, Senghor tuvo entre otros méritos el de ser cristiano y gobernar sin convulsiones sobre una población en su 90 por ciento musulmana. Su empeño de hacer de Senegal la más ilustrada de las naciones de África occidental había permitido cuadruplicar la escolarización en sus dos décadas de mandato. Por tamaño y recursos, la Costa de Marfil de Houphouet Boigny era la ex colonia gala que partió con mayores posibilidades. Por el nivel

de formación de sus cuadros, el Senegal de Senghor le superó una vez se deshizo su federación con el Mali de Modibo Keita. Y pese a que contara por toda riqueza con caladeros pesqueros. Y la producción de cacahuetes.

Fue el desvelo por la educación lo que hizo del socialista Senghor un líder admirado tras acuñar el concepto de "negritud", un intento de insertar el alma africana en los parámetros europeos para situarla en el marco de la civilización universal.

A pesar de esa declaración de intenciones, el primer jefe de Estado senegalés nunca pudo desprenderse de su fascinación por la cultura blanca. Se casó con la francesa Colette Hubert, y de lo que más alardeaba era de haber sido el primer africano en entrar en la Academia Francesa, donde ingresó una vez retirado de la política, cuando se fue a vivir a Verson, en Normandía. Hasta su muerte en 2001, a los 95 años, los antiguos colonizadores le honraron por el papel que desempeñó en la creación de un país que servía de tapón entre el Sáhara y el África negra, y en cuya frontera septentrional latía el mismo conflicto racial que en el norte de Mali y Níger, aunque en su caso enfrentara a las elites arabizadas de Mauritania con las poblaciones negras del río Senegal. Esa tensión estallaría en 1989, año en que cientos de mauritanos fueron masacrados en la extrovertida Dakar y cientos de senegaleses en la introvertida Nuakchot.

Leopoldo Sedhar Senghor fue enterrado en el cementerio Bel Air de la capital senegalesa. "Un hombre de tal dimensión no pertenece a Senegal, sino a toda la humanidad", dijo el nuevo presidente, aquel recién llegado Wade, en la oración que dedicó al más blanco de los presidentes negros.

## Capítulo 16: DEL EMIRATO DE BONGO AL IMPERIO DE BOKASA

Vestido con una camisa verde chillón e impresa con su propio retrato, el presidente de Gabón, Omar Bongo, no albergaba duda de que en las elecciones del 9 de diciembre de 1998 se sucedería a sí mismo, y a sus 63 años, los últimos 31 en el poder, continuaría siendo el decano de los jefes de Estado de África negra. “Ajá, voy a ganar”, contestó cuando le pregunté la víspera si estaba convencido de su victoria. “Si lo digo con anterioridad mis partidarios no se hubieran movilizado”, dijo para explicar el motivo de que hasta ese momento se hubiese mostrado tan discreto en el pronóstico. “Pero sí, claro que sí, ahora puedo decir que gano, a la primera”, apostilló antes de dirigirse a pronunciar el mitin final de su campaña frente a una marea de incondicionales ataviados con gorras y pañuelos en los que se leía “Bongo, Bongo, Bongo”. Uno gritó: “¡Con la ropa que nos has dado tenemos para vestirnos hasta la siguientes elecciones!”. Otro proclamó: “¡Por lo menos este presidente nos regala cosas!”. Muchos enarbolaban carteles con los lemas “Bongo presidente”, “Bongo es lo seguro”, “Con Bongo no se puede”. Todos llevaban horas rugiendo y bailando con música de discoteca ante el Palacio Presidencial de la Renovación, en la dulce Libreville.

También nosotros le habíamos esperado durante largo tiempo. Bongo había citado a primera hora de la mañana a la prensa extranjera y no se presentó hasta avanzada la tarde, cuando entró de aquella guisa en el salón de muebles Luis XIV y cortinajes rococó en los que nos habían recluido sus ayudantes palaciegos. Al verle le mandé saludos del rey Juan Carlos, no se me ocurría manera de hacerme el simpático. Bongo, que medía metro y veinticinco centímetros pero no tenía un pelo de tonto, me miró con gesto displicente por toda respuesta. Eso y un aire de mal humor que no quiso o pudo disimular me hicieron suponer que no tenía un buen día porque no le faltaban motivos para mostrarse más contento.

Excepto la estatura, todo le sonreía en la vida; ostentaba el título de más veterano líder africano, gozaba de salud, contaba con buenos

amigos, amasaba una fortuna. Su palacio, que había costado 800 millones de dólares, constituía un paradigma de opulencia difícil de igualar. Construido con mármol, incluía un club nocturno, dos teatros y una sala de banquetes para 3.000 personas. Con pulsar los botones de un panel que tenía en su gabinete, Bongo podía hacer que las puertas de las estancias se abrieran o se cerraran, las luces se encendieran o se apagaran, las vitrinas aparecieran y desaparecieran. Aunque nada indicaba que corriera peligro, de su seguridad se encargaba un contingente militar enviado por sus dos principales protectores, el rey Hassan II de Marruecos y el presidente Jacques Chirac de Francia. En el plano espiritual tampoco tenía los flancos al descubierto. Desde que se convirtiera del cristianismo al Islam para cambiar su nombre de pila, Albert, por el de Omar, había combinado la nueva fe, y su afición a las logias masónicas, con su creencia en los poderes ocultos. Conocida era su opinión de que "en África, nadie muere de muerte natural". "Por muy viejo que uno sea, cuando un africano muere, todos pensamos que algún vecino ha causado su desaparición, con alguna pócima o algún mal de ojo". Bongo se había protegido de la magia con su advocación al culto Bwiti, que neutralizaba los sortilegios de las sirenas en el único país africano cuya población oraba a una criatura mitad mujer, mitad pez, irreparablemente bella como perversa. Y con el mismo éxito, Bongo había salido indemne de las conspiraciones políticas con dos consejos que le había dado su predecesor y primer presidente, León Mba, de quien fue hasta 1967 jefe de gabinete y le había enseñado a que no compartiera las riquezas de Gabón con los países limítrofes, que tenían veleidades federalistas, y nunca olvidara que "los gaboneses tienen dos patrias: Francia y Gabón".

Los consejos de Mba le habían ganado a Bongo el apoyo igualmente incondicional de París. Y en consecuencia, el haberse convertido en el líder más respetado de la antigua África central francesa, menos desarrollada pero tan rica como el África occidental gala y que comenzaba en Gabón, proseguía por el interior del continente en la República del Congo y la República Centroafricana y concluía en el Chad, ribereño con el Sáhara. La estabilidad del régimen de Bongo sólo había sido amenazada a mediados de los ochenta, cuando el descenso de los ingresos por petróleo desencadenó complots de golpes de Estado y disturbios populares. Unas estupendas reservas

de crudo que explotaba la empresa estatal francesa Elf, y que junto a las de Nigeria y Angola eran las mayores subsaharianas, le habían permitido financiar antes y después de esos años unos casinos, bancos, hoteles y centros de convenciones que eran la envidia de África central. Y pagar costosas campañas electorales, que solían culminar con la cita a las urnas en el día de su cumpleaños, para renovar el mandato presidencial y sofocar cualquier nuevo intento de revuelta.

En Libreville, fundada como Freetown por esclavos libertos, no faltaba de nada. Los ocho millones de toneladas anuales a que ascendía la producción de hidrocarburos habían regado una estrecha franja urbana donde florecían los productos de importación junto a largas filas de palmeras que bordeaban espléndidas playas. A los ingresos por el oro negro se sumaban los de otro oro, tampoco amarillo, sino verde. El okume, cuya madera era de las más caras del mercado, abundaba en la densa selva que ocupaba el 85 por ciento del territorio: a vista de pájaro, un campo de perejil bajo el que troncos, lianas, ramas, hojas y raíces trenzaban un impenetrable tejido orgánico de una altura superior a los 50 metros. El tren transgabonés, otro de los hitos de Bongo, había desenclavado la jungla y servido para incrementar las cuentas bancarias en Libreville y Port Gentil, el puerto del sur que exportaba al año más de un millón de toneladas de okume. La vía férrea unía los 600 kilómetros que separaban la costa de Franceville –en la que se cargaba el manganeso del yacimiento de Moanda, el primero del mundo– y de Bongoville, en el extremo oriental de Gabón y rebautizada de esa manera por ser cuna del presidente, en país bateke. La población autóctona, que no llegaba al millón de habitantes, no había tenido que realizar el trabajo verdaderamente duro del esfuerzo. De eso se ocupaban los emigrantes del fronterizo río Muni, de la ex española Guinea Ecuatorial y cuyos naturales eran conocidos de manera despectiva por los habitantes de Libreville como ecuatos, pese a que unos y otros fueran de la misma etnia fang. 50.000 ecuatos habían sido expulsados hacía tres años por no tener sus papeles en regla. La religión del presidente, la riqueza petrolífera, la tendencia al despilfarro y el que fueran los extranjeros quienes soportaran el peso del trabajo habían ganado al país de Bongo el apodo de “El Emirato Negro”. Un emirato que no estaba en el golfo Pérsico sino en el de Guinea, pero donde, como

en los localizados en el primero, nada se salía del guión escrito por el emir. Incluidas las últimas elecciones que se celebraron en el siglo XX.

El miedo a la represión mantuvo enclaustrados en sus casas a la mayoría de los gaboneses el día de la votación. Masivas denuncias de fraude a lo largo de la jornada en todo Gabón, y esporádicos choques a media tarde entre patrullas del ejército y grupos de manifestantes en Libreville no impidieron que Bongo obtuviera finalmente más del 60 por ciento de los votos. El segundo fue Pierre Mamboundou y el tercero, el sacerdote Paul Mba Abessole, alcalde de la capital, recalcitrante opositor y que, por lo que pudiera pasar, tras votar abandonó la ciudad de la que era edil para refugiarse en el interior del emirato y no dar señales de vida durante semanas.

Así se cumplió lo que Bongo había adelantado: que no haría falta una segunda vuelta, que volvería a ganar, a la primera. Tendría por delante siete años más como decano africano, que disfrutaría junto a la más joven y favorita de sus esposas, Edith Lucie, hija de su vecino y escultural belleza de ébano.

Al este de Bongoville, de espaldas a Gabón, se desliza el Alima, uno de la afluentes del Congo en su vertiente norte. Las aguas del Alima tienen color ocre y atraviesan un paisaje de forestas habitadas por familias de pigmeos y tribus bantúes. El olor a tierra húmeda que el Alima deja a su paso da un toque imperecedero al fuerte perfume de la selva.

A orillas del Alima languidecía Oyo, una aldea de la que se desconocería su existencia de no ser porque en sus lindes había un condominio que en la primavera de 1997 estaba plagado de milicianos. En el interior, el padre de Edith Lucie, originario del lugar, llevaba un lustro haciendo cábalas. Acicalado igual que su hija, aficionado a las joyas como ella, el general Denis Sassou Ngueso era el ex presidente del antiguo Congo francés y no acertaba a encontrar la forma de recuperar el Gobierno.

Su primer mandato había supuesto un giro de 180 grados en el país, pantanoso, menor y más ignorado que su homónimo, el antiguo

Congo belga. Desde que el sacerdote Fulbert Youlou liderara la emancipación, el ex Congo francés había sido fiel aliado de Occidente. Vestido con sotanas blancas, negras o azules que encargaba a la casa Dior de París, Youlou había acabado sus días en Madrid tras ser descabalgado en 1966 por los militares. Una serie de regímenes castrenses se habían sucedido hasta que el ejército eligió de presidente al padre de Edith Lucie, que de 1976 a 1992 hizo de la República del Congo un devoto satélite moscovita.

Desde ese último año, el general y ex presidente acusaba a su sucesor de falta de gratitud. Con crédito de intelectual, el profesor Pascal Lisuba le había ninguneado cuando el apoyo de Sassou había sido decisivo en su triunfo en la segunda ronda de los comicios que le habían dado el poder. Sassou confiaba en tomarse la revancha en la nueva convocatoria electoral, prevista en julio de 1997 y en la que se presentaba como candidato. No podía sospechar que Lisuba le ofrecería antes y en bandeja la oportunidad que tanto había buscado. Sin necesidad de pasar por las urnas.

Todo empezó cuando en las orillas del Alima aparecieron unidades militares. Venían con la orden de Lisuba de desarmar a los Cobra, los milicianos de Sassou, que rechazaron a tiros a las fuerzas gubernamentales. Lisuba culpaba a los Cobra de aterrorizar a la población; tenía argumentos. Exactamente los mismos que Sassou podía alegar sobre los milicianos de Lisuba, los Zulu. Lo de los grupos armados de carácter privado era corriente en el ex Congo francés. Y los Cobra y los Zulu no eran más ni menos escabrosos que los Ninja, los milicianos de Bernard Kolelas, alcalde de la capital donde se iba a librar el siguiente acto del conflicto fraticida, la pizpireta Brazzaville.

La ciudad creada por Brazza tenía tanto lustre como la fundada en la orilla opuesta del río Congo por Stanley. Brazzaville había sido la capital del África ecuatorial francesa después de haberlo sido de la Francia libre durante la segunda guerra mundial. Pero Brazzaville tenía un nombre demasiado largo para sus habitantes bakongo, bateke, buangui y gabone. Beville, y el más íntimo de Bea, eran los diminutivos a los que su nombre se había visto reducido en tanto se prolongaba urbanísticamente frente a Kinshasa, más cosmopolita desde que se llamara Leopoldville y ante la que los habitantes de la

ciudad hermana sufrían acusado complejo de inferioridad. No veían llegar el día en que las capitales de los dos Congos quedaran unidas por un puente.

El núcleo europeo de Brazzaville estaba dividido en la Plaine, el barrio comercial, el Plateau, de edificios oficiales, y Mpila, la zona industrial. A esas áreas se añadía la popular de Poto Poto, donde los Cobra de Sassou hicieron su aparición en septiembre tras atacar el aeropuerto de Maya Maya. Eran 6.000 y venían crecidos tras la escaramuza de Oyo. Y decididos a limpiar a Lisuba y los Zulus de la capital, donde las refriegas se desataron de inmediato y duraron poco pero fueron encarnizadas. Los combates por la Plaine, el Plateau y Mpila eran calibrados en toda su crudeza desde la azotea del Hotel Intercontinental de Kinshasa, al otro lado del río y en cuyas cercanías cayeron varios obuses. Desde las alturas del Hotel Kinois los periodistas podían escuchar las explosiones de las bombas y ráfagas de ametralladoras que atronaban a tres kilómetros. O contemplar con una cerveza en las manos las columnas de humo que se elevaban de los edificios alcanzados por los dos helicópteros MI-20 de fabricación rusa que suponían la fuerza aérea del ejército gubernamental. En semanas los cadáveres se contaban por millares y Bongo, que había mediado sin fortuna entre Mobutu y Kabila, trató de que Sassou y Lisuba se avinieran a un arreglo. Sassou era su yerno y con Lisuba compartía lazos tribales, pero tampoco esta vez cundieron sus intentos de conciliación. Pese a que Kolelas se inclinó por el bando de Lisuba, y los Ninja del alcalde de Brazza reforzaron a los Zulus y a las tropas del presidente, los Cobra de Sassou asaltaron el 10 de octubre la sede la Jefatura del Estado, al precio de 20.000 vidas humanas en un mes de combates.

El desenlace bélico no fue ajeno a la amistad entre el vencedor y Chirac. Antes de que callaran los morteros, el ex marxista Sassou se había reconvertido a la economía de mercado y había ofrecido a la francesa Elf el botín de la explotación del petróleo que se extraía en Pointe Noire, el cuarto yacimiento al sur del Sáhara y único puerto marítimo congolés. La complicidad de Francia fue denunciada por Lisuba, que se exilió en Uagadugu y luego en Londres, desde donde responsabilizó a París de legitimar una victoria ilegal: él había sido elegido por los votos, Sassou se había impuesto por la fuerza de las armas. Pese al apoyo diplomático de Francia a Sassou, el punto de

inflexión de la contienda fue otro, la aparición de la aviación angoleña en el cielo de Brazzaville.

Amigo de UNITA, Lisuba cometió el error de llamar en su ayuda a los guerrilleros de Savimbi, causa suficiente para poner radicalmente en su contra a Do Santos. Y los poderosos cazas de combate angoleños plancharon en 24 horas las posiciones en que resistían las fuerzas de Lisuba. Como meses después en el ex Congo belga, Angola decidió la suerte de la guerra en el antiguo Congo francés. Como haría para proteger a Kabila en Kinshasa, el régimen de Luanda destacó un contingente de un millar de soldados para asegurar a Sassou el descenso a Brazza desde Oyo.

“Cuando era pequeño soñaba que el Alima me llevaría a un futuro en el que se harían realidad mis sueños”, confiesa Sassou en su autobiografía. El padre de Edith Lucie se compromete en el libro a cumplir, tras recuperar el poder y en sólo cinco años, todos los sueños de sus compatriotas. Incluida la construcción de un puente para unir las dos capitales congoleñas.

Situado al norte del Alima, el Ubangui es el mayor tributario del Congo en su margen septentrional. Más largo y caudaloso que el río que serpenteaba por el condominio de Sassou, el Ubangui fue el escenario en que Julio Verne ambientó sus relatos de cazadores de elefantes. Hubiera seguido circunscrito a la novelesca de no dar nombre a una ciudad que, hasta el 4 de diciembre de 1977, sesteaba en sus orillas. No mucho mayor que Oyo, la alegre Bangui fue marco ese día de un hecho insólito al sur del Sáhara: la fundación de un Imperio, el centroafricano, y la entronización de un emperador, el ex sargento Jean Bedel Bokassa, que pasó a llamarse Bokassa I.

La ceremonia tuvo lugar en la catedral de Bangui, donde el autoproclamado emperador intentó reproducir la coronación en 1804 de Napoleón Bonaparte en Notre Dame de París. Bokassa aseguraba que compartía “similitudes manifiestas” con Napoleón. Fuera o no verdad ese extremo, lo cierto es que se esforzó por que lo pareciera. De la misma manera en que lo hizo el general corso, el ex sargento centroafricano llegó al templo en un coche tirado por

caballos blancos. Vestía una capa de perlas que encargó a la firma Guiselin, conocida por diseñar los uniformes de los ejércitos napoleónicos. E igual que Bonaparte, se colocó él mismo la corona, que según el periodista británico David Lamb costó 2 millones de dólares, aunque no en presencia del Papa, como había hecho Napoleón. Al acto invitó al Papa Pablo VI, que declinó su asistencia. También convidó a todos los presidentes africanos. Ninguno realizó el desplazamiento. "Están envidiosos de que yo tenga un imperio y ellos no", explicó Bokassa a una docena de aristócratas europeos que atendieron su llamada. Estaban arruinados y confiaban en que el nuevo emperador les permitiera participar en el negocio de extracción de diamantes –un cuarto de millón de quilates al año, ocho de cada diez exportados de manera ilegal– que constituía la riqueza contable del recién creado imperio, que lindaba al norte con Chad, al este con Sudán, al sur con los dos Congos y al oeste con Camerún. Y donde la renta per cápita no superaba los 250 dólares entre los 2 millones de baya, mandja, yakpa, linda, zande, mbaka, lisongo, sango, yakoma, además de los pigmoides babinga, que componían el vasallaje. Animistas e iletrados en su 70 por ciento, la mayor parte de los súbditos vivía de la recolección, el pastoreo o el cultivo. La enfermedad del sueño había sido su principal problema de salud, pero a partir de entonces lo sería lo implacable de la legislación. Al ladrón se le cortaba una oreja por el primer robo, la otra por el segundo, la mano derecha por el tercero, si cometía el cuarto moría en la horca. Según un rumor que pronto circuló por la capital imperial, los restos de los opositores asesinados por las fuerzas de orden eran devorados por el emperador. Siempre se había hecho así con el enemigo en su tribu Mbka.

Hijo de un jefe de esa etnia en la colonia francesa del Ubangui-Shari, Jean Bedel Bokassa había nacido en 1921 y cumplió con su entronización el sueño de grandeza que vislumbró a los 18 años, al alistarse como sargento en el ejército colonial que le envió a Argelia y a Vietnam, donde sobrevivió al desastre de Dien Bien Phu. Cuando se proclamó en 1960 la República Centroafricana, ocupó la jefatura de las fuerzas armadas de su país, a las órdenes del primer presidente, su primo David Dacko, que comenzó siendo aliado de Francia pero acabó siéndolo de China. Un cambio de tornas que proporcionó a Bokassa la complicidad de París para dar a los seis años un golpe. "Dacko no quiere ya el poder, por eso asumo yo la

responsabilidad", dijo. "Por fin ha llegado la hora de la justicia", precisó.

Su megalomanía se multiplicó en proyección geométrica en dos lustros. Ordenó que los niños asistieran a la escuela con camisas en las que figuraba su efigie y que manufacturaba una fábrica de la que era dueño. Con las ganancias se compró propiedades en Francia, entre ellas el Castillo de Villemorant, construido en el siglo XIX. Se convirtió al Islam dos veces, y en ambas volvió al cristianismo. Se casó con 17 mujeres, entre ellas una yugoslava, una rumana, un estadounidense y una china, que en total le dieron cincuenta y cinco hijos. Viajó a Libia, China y Corea del Norte, donde pronunció discursos antioccidentales en tanto que continuaba a la sombra protectora de Francia. En 1972 se declaró mariscal y presidente vitalicio, en 1976 acaparó la mitad de las carteras del Gobierno; Agricultura, Comercio, Industria, Transportes, Minas, Información, Defensa e Interior. Al poco de coronarse, se autoproclamó apóstol y santo.

El escándalo por tanta desmesura acabó por salpicar al Palacio del Elíseo. El entonces presidente francés, Valery Giscard D'Estaign, fue acusado de dejarse sobornar por Bokassa con piedras preciosas, una denuncia que marcó el inicio de la cuenta atrás del imperio. El 20 de septiembre de 1977, aprovechando que Bokassa se encontraba de visita en Trípoli, aviones franceses vomitaron sobre Bangui unidades de paracaidistas que restablecieron en el poder a Dacko. El ex emperador se exilió en Costa de Marfil y en Francia, cuyas autoridades le extraditaron en 1986 a la denominada, de nuevo, República Centroafricana. Fue juzgado en Bangui, acusado de canibalismo y condenado a la pena de muerte, un veredicto que el general André Kolingba, quien en 1981 había derrocado a Dacko, conmutó por la de cadena perpetua. En 1993 Bokassa llegó a recobrar la libertad bajo fianza. Pero moriría en 1996 a los 75 años por un derrame cerebral. Según sus familiares, la obsesión de sus últimas horas fue coleccionar perfumes de marca parisiense. "Siempre he sentido debilidad por los placeres del olfato", confesaba a sus visitantes poco antes de expirar.

La desaparición del ex emperador no cambió cualitativamente la historia ni las condiciones de vida en el antiguo imperio. Con el

advenimiento del multipartidismo, se organizaron en 1993 elecciones que fueron ganadas por Felix-Ange Patasse, pincelado de habitual con una pajarita y, como Bokassa, una perilla cana. La parafernalia democrática no detuvo la debacle económica, el impago salarial y los motines militares, un estigma que al alba del siglo XXI estuvo a punto de costarle el poder a Patasse. En la madrugada del 21 de mayo de 2001 se produjo el cuarto amotinamiento en cinco años, y la residencia del jefe de Estado fue atacada por soldados de la tribu yakoma, liderados por el ex presidente Kolingba, de ese grupo étnico. Bangui se convirtió en una ciudad dividida en dos. La mitad norte quedó bajo las fuerzas leales al presidente constitucional, la mitad sur bajo las tropas de su predecesor y general insurrecto. Sólo la intervención de un centenar de soldados libios enviados por Muamar Gadafi, y de 700 milicianos congoleños que cruzaron el Ubangui por orden de Jean Pierre Bemba, restablecieron en el Gobierno a Patasse. Efectos colaterales de la primera guerra mundial africana en lo que había sido la corte imperial de un antropófago durante un año, nueve meses, dos semanas, un día y medio puñado de horas.

## Capítulo 17: MUCHOS INTERESES, POCAS SOLUCIONES

El Cairo no es una ciudad faraónica, griega, romana, copta, turca, judía, tampoco por completo árabe, ni mucho menos europea, pero tiene algo o bastante de todas y cada una de esas culturas, además de lo peor de la modernidad. En la capital egipcia se mezclan pirámides, esfinges, murallas, acueductos, alcázares, basílicas, mezquitas, sinagogas, palacios, rascacielos, kilométricas vías rápidas y un número ilimitado de casas al borde del colapso. En realidad, se trata de varias ciudades que se han superpuesto hasta convertirse en una sola. Según los cairotas, en Umhumia, "La Madre del Mundo".

Hacía 4.800 años que los antiguos egipcios habían edificado en Giza, en el vértice inferior del delta del Nilo, unas tumbas monumentales de magistral forma geométrica, como no volverían a elevar y que semejaban escaleras al cielo. Enfrente, en el margen derecho del río, los edificadores de las pirámides construyeron On, el embrión de la Heliópolis de los ptolomeos, la dinastía del general griego que se quedó con Egipto en 323 antes de Cristo, tras la muerte de Alejandro Magno. Una decena de kilómetros al sur de Heliópolis, los romanos establecieron 300 años después una guarnición con el nombre de Babilonia, como la legendaria ciudad de Mesopotamia. La fortificación incluía templos paganos y algunas sinagogas, pero se llenó de iglesias con la llegada del cristianismo, aunque duró poco ese estado de cosas. Los adeptos a otra fe arrasadora y que procedía también de Oriente asediaron en 640 el fortín, que cayó a sus pies. Los nuevos conquistadores no ocuparon Heliópolis ni la Babilonia nilótica, optaron por levantar entre ambas Al Fustat o El Campamento, la primera colonia árabe en África. No fue hasta la irrupción de los fatimidas desde Túnez cuando, en 969 y junto Al Fustat, se fundó Al Qahera o El Cairo, que justificaría su nombre de "La Victoriosa" al extenderse para engullir los anteriores núcleos urbanos. El Cairo se había enriquecido luego con el aporte de los mamelucos, los guerreros turcos que gobernaron hasta el

siglo XIX al resguardo de la inexpugnable Ciudadela de Saladino. Y acabó de perfilar su naturaleza mestiza durante la fiebre de la egiptología, que a finales de ese siglo la pobló de occidentales que adornaron sus calles con palacios de inspiración art decó. En la segunda mitad del XX, el régimen populista del inventor del panarabismo, Gamal Abdel Nasser, había multiplicado por último las colmenas de hormigón en que ondeaba la ropa puesta a secar al sol, erizadas de antenas de televisión y donde se incrustaban como chinches los motores de los aparatos de aire acondicionado. Todo ello da como resultado un conglomerado envuelto por billones de partículas de polvo del desierto, que sería espeluznante de no estar surcado por el Nilo. Y en el que más de 16 millones de personas sobrevivían en 2000 entre las nubes tóxicas que expandían los tubos de escape y la polución sonora que emitían los cláxones de cientos de miles de automóviles que rodaban sin ley por una ciudad que Max Rodenbeck dice que posee el mayor índice de densidad del planeta; en algunas barriadas, 427.000 almas por kilómetro cuadrado. Una acumulación humana que, junto a la arquitectónica, delata que El Cairo puede tener muchas identidades, entre ellas la de capital cultural del mundo árabe e islámico, aunque bajo todas late la más ignorada por sus propios habitantes, la africana. Fue como mayor ciudad continental que El Cairo acogió el 3 y 4 de abril de ese año la primera cumbre África-Europa.

Pocos recordaban que Nasser había respaldado y acogido en los cincuenta los movimientos de liberación de Uganda, Zambia, Zimbabue y Kenia, cuyas sedes jalonaron la isla de Zamalek, de sabor decimonónico y jalón sobre el Nilo en el centro de la ciudad. O que Radio El Cairo difundía en esa década programas en zulú y suahili por instrucción del rais egipcio, amigo de Nkrumah y en cuyo mandato el África blanca y el África negra estuvieron juntas como nunca, al menos espiritualmente. Pero la distancia entre el África blanca y la negra, y la que separaba a las dos Áfricas de Europa, había aumentado desde la época de Nasser y Nkrumah. Los árabes del norte de África habían hecho posterior causa común con sus hermanos de Oriente Próximo, y habían dejado a los subsharianos a su suerte. Cuatro décadas después, la renta per cápita en todo África no llegaba a los 640 dólares frente a los 22.000 a que ascendía en Europa, donde la esperanza de vida era de 77 años, 22 más que los 51 a que podían aspirar los africanos. El

“sálvese quien pueda” tras el entusiasmo por las independencias había encogido los 60 metros de anchura del canal de Suez y estirado los 15 kilómetros del estrecho de Gibraltar.

En la jornada inaugural de la cumbre todo fueron, no obstante, buenos augurios. “En la conferencia de Berlín los europeos se repartieron colonialmente África. Algo más de un siglo después los africanos nos sentamos con ellos de igual a igual”, subrayó el secretario general de la OUA, el tanzano Salim Ahmed Salim. “Estamos seguros de que la reunión será muy constructiva”, le respondió su colega de la UE, el italiano Romano Prodi. 52 líderes africanos, y 15 europeos, habían acudido a la cita, convocada en un megarecinto ferial inaugurado en los setenta cerca de Heliópolis por Anuar El Sadat, sucesor de Nasser, asesinado en 1981 por los islamistas. Y que se celebraría bajo draconianas medidas de seguridad de acuerdo al estilo del sustituto de Sadat, Hosni Mubarak. Los líderes de la nueva África, los Kagame, Museveni, Obasanjo, se disponían a confraternizar con los de la vieja Europa, los Aznar, Schoeder, Blair. Los primeros se preparaban para exigir la condonación de los 350.000 millones de dólares a que se elevaba la deuda africana con los europeos, la devolución de los miles de tesoros culturales expoliados durante la colonización, una compensación por el fenómeno de la esclavitud y, sobre todo, la concesión de nuevos créditos. Los segundos no estaban dispuestos a perder la ocasión de convencer a los africanos de que reemplazan la guerra por la paz, atajaran la emigración ilegal, garantizaran una gestión que persuadiera a los inversores y, antes que nada, hicieran ejercicio de paciencia en cantidades ingentes. Aquello no podía más que desencadenar una cacofonía tan ensordecedora como la que se escuchaba en las calles de La Madre del Mundo, pero las buenas intenciones endulzaban en las horas previas todos los oídos.

El plan de trabajo incluía la adopción de 125 medidas. No había tiempo, ni foto, que perder. Los conferenciantes posaron juntos y por separado antes de celebrar reuniones a todas las bandas posibles: plenarias, sectoriales, regionales, trilaterales y bilaterales. ¡Aznar se entrevistó con un Gadafi aun bajo el epígrafe de terrorista! “No tenemos nada que perdonar a Libia”, se justificó el presidente español, interesado en el petróleo libio, por elegir de interlocutor a quien estaba acusado del atentado contra el avión de

la Pan Am que en 1988 cayó en la localidad escocesa de Lockerbie y causó la muerte de 261 personas, y del que derribó al año siguiente un aparato de la UTA, y costó la vida a 171 en el desierto de Níger.

Fue Gadafi, precisamente, quien puso fin al ambiente de optimismo. "A menos que los europeos salgan de la OTAN nunca serán libres", advirtió en su intervención, que dejó helados a sus colegas europeos, de quienes insinuó que tenían condición de "negreros". Mugabe ayudó a arreglarlo con su insistencia en que la expropiación a los blancos "es el último combate pendiente contra el colonialismo". Y descontento con la perspectiva que en la cumbre se adoptaba de la primera guerra mundial africana, Laurent Kabila no esperó a que se bajara el telón. Salió de El Cairo hacia Kinshasa antes de la clausura. En el segundo y último día de la conferencia, el esperado reencuentro había desembocado en un nuevo desencuentro entre antiguos colonizadores y antiguos colonizados.

La reunión concluyó con el único y vago anuncio de que Grecia hospedaría en 2003 una cita del mismo género. La esperanza era que África se presentara ese año con una sola voz, tras llevar a cabo el audaz proyecto que sus líderes habían presentado en la cumbre: el cumplimiento de la quimera de Nasser y Nkrumah de un África política, económica y socialmente unida. El impulsor de la idea no era otro que Gadafi, el "guía" de la inclasificable "Yamahiriya", que se había transformado con los años en el paladín del nuevo panafricanismo. Menos de cuatro meses tardaría en poner en marcha un plan que preparaba desde hacía lustros.

A bordo de un Cadillac blindado, Gaddafi partió de Trípoli a finales del siguiente julio para poner rumbo al sur, al desierto. Le seguía un convoy de 200 vehículos; todoterrenos, camiones de avituallamiento y autobuses en los que viajaban cientos de funcionarios, decenas de soldados y una guardia pretoriana de amazonas de todas las razas. Gadafi incluyó en el equipaje su tienda de beduino, zaraguallas, capas y turbantes. Le esperaba un tortuoso viaje por las arenas del Sáhara, las sabanas del Sahel y las forestas del golfo de Guinea, pero tampoco olvidó sus zapatos de tacón alto.

Pese a las apariencias, el joven coronel revolucionario que en 1969 había derrocado a la dinastía Snussi no era el mismo desde el bombardeo norteamericano de 1986 sobre la capital libia. El

ataque, que segó la vida de 40 personas, entre ellas una de sus hijas adoptivas, le había obligado a reflexionar hasta abandonar todo esfuerzo por sustituir a Nasser como líder panarabista, después del fracaso también de los sucesivos tratados para fundir su país con Marruecos, Siria, Egipto y Túnez. Aquellos fiascos y las bombas estadounidenses habían enseñado a Gadafi a sospechar que tenía vedado el mundo árabe, pero también a descubrir que tenía a su alcance África negra. Para Occidente era un patio trasero mucho menos crucial que Oriente Próximo. Gadafi lo sabía tras intervenir directa o indirectamente, política o militarmente y sin que nadie se lo hubiera impedido, en los asuntos internos de Uganda, Níger, Mali, Liberia, Sierra Leona, República Centroafricana, Sudán y Chad. Con el pretexto de impulsar la cooperación, el petróleo libio financiaba generosos programas de ayuda a los países saheli anos, islámicos o con una numerosa comunidad musulmana. El objetivo era ganarse a los africanos con el proyecto de crear, bajo liderazgo libio, un espacio único en el continente más pobre. Y qué mejor idea para ilustrar esa utopía que recorrer África por pistas, senderos y caminos a fin de asistir a la trigésimo sexta cumbre ordinaria de la OUA, prevista el 9, 10 y 11 de agosto de 1999 en Lome, donde estaba previsto el nacimiento de la Unión Africana (UA), impulsada por Gadafi y la comunidad de naciones que sustituiría a la OUA para instaurar un África sin fronteras. Tras atravesar Libia, Níger, Burkina y Ghana, la caravana que había salido de Trípoli alcanzó así, 3.000 kilómetros después, el puesto aduanero de Anecho, cuna vudú en Togo y donde los naturales congregados para dar la bienvenida al convoy protagonizaron un buen cisco. Hubo insultos y peleas por cazar al vuelo los regalos que la comitiva de Gadafi repartía a diestro y siniestro al rebufo de su camino hacia un encuentro que, como el de El Cairo, se presumía histórico.

De obviarse que había sido el marco en que los países europeos firmaron en 1975 un acuerdo comercial preferente con los africanos y los caribeños, la apacible Lome no tenía más de particular que su playa, abierta de par en par y sobrevolada por la megatorre del Hotel 2 de Febrero, que alojaría a los huéspedes y está situada frente al Palacio de Convenciones en que iba a celebrarse la cumbre.

Como en parecidas fechas todos los años una capital continental se

había vestido de gala: calles asfaltadas, aceras limpias, alfombras rojas, banderas y grupos musicales con tambores y danzantes emplumados en cada esquina por la que pasaban las limusinas de las delegaciones participantes. Entre otras, Nairobi, Accra, Kinshasa, Kampala, Monrovia, Libreville, Dakar, Conakry, Jartum y Uagadugu habían sido escenario de la misma liturgia. En la mayoría de esas ciudades se habían construido decenas de villas al coste de millones de dólares para alojar dos o tres días a cientos de invitados. En ocasiones, las mansiones eran luego abandonadas sin que se les diera ningún uso. En otras, nunca habían llegado a ser utilizadas. Ocurrió en Conakry, cuando la cumbre anunciada en 1984 jamás se celebró por la súbita muerte de Sekou Toure. La que era conocida como Ciudad de la OUA, edificada en el centro de la capital guineana, seguía a las tres décadas pendiente de estreno. Peor había sido cuando no se habían construido ese tipo de villas, como en 1978 en Jartum, donde la tensión entre los guardaespaldas de Mobutu y los de Do Santos, que compartían planta de hotel, casi provoca que la sangre llegara a aguas del Nilo. Los organizadores trasladaron con presteza a la delegación de Do Santos antes de que la emprendiera a tiros con la de Mobutu.

El problema de la OUA siempre había sido ése, la anclada rivalidad entre los asistentes, amén del incumplimiento sistemático de los acuerdos que se suscribían en sus cumbres. Todos los julio o agosto se reunían los líderes de medio centenar de países que incluían a cientos de millones de personas de diferente color, etnia, lengua y cultura –blancos, negros, mestizos, bantúes, nilóticos, árabes, cristianos, musulmanes animistas, francófonos, anglófonos, lusófonos–, convocados para buscar soluciones a una avalancha de conflictos armados, flujos de desplazados, violación de los derechos humanos, nuevas epidemias y mucha miseria. Consagrado el principio de inviolabilidad de las fronteras coloniales, y la no ingerencia en los asuntos internos de los Estados miembros, los dirigentes africanos carecían de mecanismos para hacer frente a tanta calamidad. Lo recurrente era que crearan comisiones de seguimiento, tras concluir los cónclaves con grandilocuentes condenas al apartheid de Sudáfrica, casi lo único en que todos estaban formalmente de acuerdo, aunque muchos continuaran sus negocios con el régimen racista: Mobutu, cuyos diamantes comercializaba la empresa sudafricana De Beers; Bongo, que vendía

petróleo a Sudáfrica a través de la firma holandesa Shipping Research; Houphouet Boigny, que compraba elefantes al régimen segregacionista para la reserva marfileña de Abokouamekro.

La necesidad de no descansar en la lucha contra el colonialismo portugués se unió a las proclamas contra el régimen sudafricano mientras que las ex posesiones lusas continuaron bajo el control de Lisboa. Una vez que se produjo la liberación de Angola, Mozambique, Guinea Bissau, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe, el Sáhara occidental pasó a ser el último territorio africano pendiente de descolonización. Y sobre la ex colonia española nunca hubo consenso, ni siquiera formal. En particular desde el reconocimiento por la OUA en 1984 en Adis Abeba, de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), proclamada por el Frente Polisario. Marruecos se salió de la organización y a partir de entonces intentaba año tras año –por medio de países francófonos como Senegal, Gabón, Burkina, a los que compensaba a golpe de talón– la expulsión de los independentistas sahararuis de la OUA. Los oficios de Argelia, tutora del Polisario, habían dado al traste con todos los intentos. El reconocimiento por la OUA era la principal carta diplomática con que contaban los independestistas saharauis. Y Argel no estaba dispuesta a dejar de utilizarla en su insondable rencilla con Rabat.

“Sí, entramos en la UA como miembro fundador. Vamos a salir fortalecidos”, me dijo en el bar del Hotel 2 de Febrero un eufórico ministro de Exteriores de la RASD, Uld Salek, la víspera de la suscripción de la carta constitutiva del ente continental que sustituiría a la OUA. Para Uld Salek, con asumir esa decisión la cumbre se encaminaba al éxito. “Respecto al resto de medidas, más o menos lo de siempre”, añadió el simpático saharaui.

En efecto, el Estado proclamado por los independentistas del Sáhara occidental salió reforzado como miembro fundador de la UA, Marruecos volvió a fracasar en su tentativa de expulsar de la nueva organización a la RASD y, por lo demás, la cumbre de Lome no fue la excepción que confirmara la regla. El enfrentamiento verbal entre los líderes implicados en la primera guerra mundial africana continuó en la sala de reunión, donde Kabila, Mugabe y Do Santos prosiguieron con sus desplantes a Museveni y Kagame. Pero se dio

por finiquitada la OUA y por aprobada la constitución de la UA.

Sobre el papel, la nueva organización contaba con los resortes institucionales de que había carecido su predecesora. África se dotaba de un parlamento, un tribunal de justicia, un banco central y en el horizonte se vislumbraba la instauración de una moneda africana, homóloga del euro. Pero no se fijaban plazos ni fases de transición entre la OUA y la UA, y se divisaba un nuevo cisma. Gadafi pretendió que las instancias recién creadas entraran de inmediato en vigor. Algo que Thabo Mbeki bloqueó por considerarlo "imposible". El presidente sudafricano no estaba dispuesto a que el furor unionista echara abajo el futuro de su país, baluarte del África próspera. Mbeki, también Obasanjo, denunciaron el sinsentido de que varios presidentes hubieran suscrito el documento fundacional de la UA cuando carecían de autoridad en sus respectivos países. ¿Quién iba a aplicar la nueva normativa comunitaria en las parcelas del Congo, Angola, Sierra Leona, Sudán, Costa de Marfil y Burundi, que estaban en manos rebeldes?

El enfado del Gadafi por el ralentí que tomaba su proyecto no se hizo esperar. Tras intervenir ante el pleno, abandonó la sala durante el discurso del líder togolés, el general Ñasingbe Eyadema, con aspecto, y algo más, de capo. Más de tres décadas de Gobierno habían permitido al presidente de Togo acumular un notable récord de atrocidades. En el jardín de su palacio pastaban las gacelas mientras en los bajos de la residencia los opositores eran sometidos a tortura. Eyadema, que había sido socio de Mobutu, Savimbi y Sankoh en la comercialización de gemas, se disponía a ser el último presidente de turno de la OUA. Una responsabilidad al frente de la organización que antes habían asumido personajes de misma calaña: Idi Amin.

Tras dejar a Eyadema con el verbo en la boca, Gadafi apareció a las 24 horas ataviado con turbante, capa y zaraguayas, que combinaba con zapatos de tacón alto. Se había vestido de blanco inmaculado para asistir a la sesión de clausura. Gadafi había recuperado el humor, afortunadamente para todos. Su servicio de protocolo le jugaría una mala pasada. Gadafi recuperaría el mal talante, para desgracia de algunos.

Rodeado de agentes de seguridad, Gadafi se presentó con aquel garbo en el Palacio de Convenciones, desierto a primera hora de la mañana y donde subió raudo por las escaleras que conducían al primer piso, perseguido por la docena de periodistas que vagábamos por el edificio sin tener que hacer, ya que en ese momento no había nada previsto en el programa, y que nos quedamos atónitos ante la llegada del "guía" libio. Gadafi entró en una sala, comprobó que estaba vacía. Lo hizo en otra, el resultado fue igual. "Ésta es la mía", pensé. Cuando Gadafi se disponía a abandonar el complejo, me acerqué lo que pude y pregunté: "Mi coronel, ¿podemos decir que la UA ha sido proclamada?". Pero antes de que Gadafi hubiera reparado en mí, uno de sus escoltas me apartó de un tantarantán que estuvo en un tris de tumbarme. Ante lo que el líder libio puso cara de pocos amigos, levantó el brazo izquierdo, lo llevó a la altura de su hombro derecho y lo descargó con la furia del rayo en la columna vertebral de mi agresor. El guardaespaldas, de pelo ensortijado, perdió el equilibrio, fue él quien besó el suelo. Después, Gadafi me contestó: "sí, hemos proclamado la Unión Africana, aunque quedan pendientes algunos detalles por solucionar". No me atreví a preguntar más ante la eventualidad de que el imprevisible Gadafi, con cara de estar como de costumbre atiborrado de fármacos, la acabara tomando también conmigo tras descubrir el origen del entuerto, no otro que la circunstancia de que la clausura de la reunión estaba programada en el Hotel del 2 de Octubre, no en el Palacio de Convenciones, y para varias horas más tarde. Un detalle que había escapado al séquito libio, que había conducido a su "guía" a lugar equivocado, a hora distinta.

Gadafi no logró su propósito en Lome pero no cejaría en el empeño. Levantó su tienda, con la que había acampado en la playa de la capital togolesa, y regresó a Trípoli. Abrió un paréntesis de un año para proseguir su fuga, siempre hacia adelante. Lo haría en Lusaka, que desde 1905 había crecido en torno a una antigua estación del tren soñado por Rhodes para unir El Cabo y El Cairo.

Lusaka tenía cierto aire a Harare, en versión menos pretenciosa. La capital zambia carecía de los rascacielos que tanto le gustaban a

Robert Mugabe, pero sería ingenuo suponer que eso respondía a un esfuerzo de autocontención de Frederick Chiluba. Simplemente, el presidente zambio no disponía de los medios de su colega zimbabuense para dotar a su capital de edificios lustrosos, pero bien lo hubiera querido. Lo que no es óbice para que la precariedad presupuestaria adquiera en Lusaka apariencia de virtud. Como en toda Zambia, una gran desconocida.

Grande como Francia, Suiza, Austria y Hungría juntos, la antigua Rodhesia del Norte es tan bella como Zimbabue y Tanzania, pero no recibe casi turistas porque la caza furtiva ha arrasado en su territorio con la fauna salvaje. El rinoceronte negro, símbolo del país, está próximo a la extinción. Y eso que su emancipación fue liderada por uno de los padres de las independencias que más se preocuparon por la educación y el civismo, Kenneth Kaunda, que labró prestigio con su ideología del "humanismo africano", una tentativa de traducir al socialismo las tradiciones autóctonas. Kaunda tenía en su haber positivo el que la alfabetización alcanzara durante su Gobierno el 96 por ciento de la población cuando en 1964, año de la independencia, Zambia contaba con un centenar de universitarios. Pero con la llegada en 1991 de la "democracia" fue derrotado en las urnas por Chiluba, un ex sindicalista del sector del cobre, la principal riqueza zambia, que se extraía en la norteña Ndola. Y aunque Chiluba y su Movimiento Multipartidista para la Democracia (MMD) habían suscrito acuerdos de rectificación con las entidades crediticias, no habían puesto fin a la corrupción que llevó a la ruina a Kaunda. El segundo presidente de Zambia había sufrido un intento de golpe de Estado en 1997, cuando un oficial del ejército que se hacía llamar El Capitán Solo, como el héroe de La guerra de las galaxias, ocupó la sede de la Radio Nacional y ciego de hierba anunció que había sido encarnado por un ángel para regir el destino de sus compatriotas. Tras deshacerse del chiflado, Chiluba mediaba en la primera guerra mundial africana porque su país, eslabón entre África austral y África central, era con el Congo de Libreville el único limítrofe con el Congo de Kinshasa que no estaba involucrado en la contienda. Motivo para que Lusaka acogiera la cumbre en que sería designado el hombre encargado de aplicar lo decidido en Lomé.

La elección del primer secretario general de la UA centró los

conciliábulos en la capital zambia. Tres candidatos se disputaron el puesto que dejaba vacante Salim Ahmed Salim, el último secretario general de la OUA. Dos ex ministros de Exteriores –uno de Guinea Conakry, Lansana Kouyate, y uno de Costa de Marfil, Amara Essy– y el jefe en ejercicio de la diplomacia de Namibia, Thego Ben Gurirab, hicieron lo humanamente posible por ganarse apoyos en los pasillos. El primer descartado fue el guineano antes de que el namibio perdiera en la última votación con el marfileño, de estatura comparable a la de Chiluba y Bongo, quien paseó ufano por Lusaka del brazo de Edith Lucie.

Para España, lo mejor fue que Guinea Ecuatorial logró que el castellano se adoptara como quinta lengua oficial del nuevo organismo panafricano, en igualdad de condiciones que el inglés, el francés, el portugués y el árabe. Fue obra del representante de la ex colonia española en la organización, Santiago Ncobeya Nfuman, veteranísimo alumno del Colegio Nuestra Señora del Pilar de Madrid. “No sabes lo contento que estoy”, me comentó el ecuatoguineano en la lengua de Cervantes, que manejaba con acento castizo. “Cuando vuelvas a Madrid, dale recuerdos a mis compañeros del Pilar. Diles que me acuerdo mucho de ellos”, me pidió, como si de verdad creyera que pudiera cumplir el encargo. La incorporación del español como idioma de la UA fue celebrada por Pablo Zaldívar, entonces embajador de España en Addis Abeba, sede de la OUA y que lo sería de la UA. Asimismo, y más sorprendente, por el nuncio apostólico en la capital etíope, el italiano Orlando Antonini. “Ya verás como el español es un factor que fortalece las posiciones cristianas en la UA. Vuestra lengua es sinónimo de cristiandad y frenará el avance de las naciones islámicas en la organización panafricana”, auguró el estratega pontificio.

Gadafi se hizo notar menos en Lusaka, pero acabó igual de disgustado que en Lome. La convocatoria de la que constituiría, un año después, la primera cumbre oficial de la UA, se la llevaría Sudáfrica, a pesar de que Gadafi intentó que se celebrara en Libia. El perfil más bajo del “guía” de la “Yamahiriya” fue compensado por el protagonismo de Louis Farrakah, afroamericano musulmán a quien protegía Gadafi, que le llevó a la capital zambia. De elegancia impecable, siempre peinado con fijador, Farrakah inquietaba en

Washington, donde su Nación Islam –la mayoría de los musulmanes norteamericanos son negros– era una fuerza emergente gracias a la financiación de Trípoli. Junto al líder palestino, Yasir Arafat, Farrakah fue uno de los participantes foráneos más jaleados, aunque el papel estelar correspondió en esa categoría a Kofi Annan. “África se encuentra como Europa tras la segunda guerra mundial, y la UA debe hacer en África lo que la UE en Europa”, dijo el natural de la región que ocupaba la Secretaría General de la ONU.

Como previsto, la cumbre inaugural de la UA se celebró en julio de 2002. Y en Durban, en el sudeste de Sudáfrica. También como esperado, se pareció, como una gota de agua a otra, a la última de la OUA. Por el éxito de Mbeki en mantener amarrado a Gadafi y por lo inocuo de sus resultados. Pero antes de que concluyera 2001 esa ciudad sudafricana fue sede de una reunión multilateral de distinta naturaleza y con la que también se pretendía hacer historia. Y la hizo. Por razones insospechadas.

La ONU había elegido Durban para que albergara a principios de septiembre de ese año una Cumbre Mundial Contra el Racismo con la que se reanudaba la dinámica interrumpida en 1978 en Ginebra, donde había dejado de convocar las reuniones de ese tipo porque sólo conducían al fiasco. Confiaba en que las coordenadas geográficas de Durban evitaran ese destino.

Bañada por las aguas del Pacífico y lugar de veraneo de surfistas, Durban había sido en 1893 lugar de exilio del ideólogo de la no violencia, Mahatma Gandhi, uno de los decenas de miles de indios que emigraron a la ciudad de Sudáfrica, que acogía desde fines del XIX a la mayor comunidad de emigrantes de Bombay y Calcuta en un país que era en sí mismo un complicado rompecabezas racial. La estancia de Gandhi en Durban había calado hasta el punto de que su doctrina había sido, a fines del XX, la base de la lucha de Mandela contra el apartheid. La mayor ciudad de Zululandia hubiera sido, pues, un sitio excelente para albergar una reunión con la que se intentaba encarrilar el entendimiento entre las razas, de no tenerse en cuenta que Gandhi consideraba a los indios superiores a los negros. El inventor del pacifismo era un profundo racista.

A pesar de las expectativas, los prolegómenos indicaron la ruta que iba a tomar la iniciativa de luchar contra la discriminación por el color de la epidermis. Por miedo a lo que pudiera pasar –y pasaría–, ningún funcionario occidental con estatus superior al de ministro hizo el desplazamiento. Por el contrario, los países subdesarrollados enviaron a sus líderes, encabezados por Fidel Castro, quien se despachó con el aserto de que "el racismo del siglo XXI es peor que el de la época colonial". Delegados indígenas llegados de los cuatro puntos cardinales aplaudieron a rabiar la diatriba. Representantes navajos, sioux, masais, zulúes, bosquimanos, esquimales, gitanos, bereberes, sijs, maoríes y aborígenes australianos se sumaron a un entusiasmo del que asimismo participó el Dalai Lama.

También desde el principio se perfilaron los dos arrecifes en que encallarían las naves en aquel proceloso océano de universalidad. La insistencia en pedir una compensación –no sólo moral, también económica– por la esclavitud y la definición de lo que hacen los israelíes con los palestinos –si es o no genocidio– enfrentó en las sesiones previas a los representantes de los ricos y de los pobres. "Claro que las potencias coloniales nos tendrían que dar dinero", contestó la premio Nobel guatemalteca, Rigoberta Menchú, cuando le pregunté si un resarcimiento financiero paliaría la herencia esclavista. Menchú era consciente de que se trataba de una batalla perdida, pero no se cansaría de plantarla. "Si no nos dan lo que merecemos, los indígenas seguiremos teniendo al menos una cultura que defender, de lo que carecen los poderosos", se consoló la maya, que amenazó con abandonar la conferencia en protesta por la negativa de las delegaciones oficiales a incorporar a miembros de la sociedad civil. A ella, por ejemplo.

Fue el eterno conflicto entre israelíes y árabes lo que dinamitó al final la conferencia. Las ONG adoptaron un documento en el que se calificaba de genocida al Estado hebreo. El texto se aprobó con la oposición del grupo Human Right Watch, que se negó a suscribirlo. "¿Qué ha pasado?", inquirí a Reed Brody, subdirector de la organización. "Se trata de un asunto con demasiadas implicaciones políticas. Israel comete barbaridades en Palestina, pero es impropio calificarlas de genocidio", respondió.

La adopción de la polémica declaración provocaba a las pocas horas

la retirada de las delegaciones norteamericana e israelí que asistían a la cumbre. La conmoción fue notable y, en medio de reacciones de todos los tintes, el premio Nobel nigeriano Wole Soyinka, primer escritor subsahariano con ese reconocimiento, la situaba en su justa medida. Se preguntó: "¿Cómo es posible que la histeria de Oriente Próximo se adueñe de todos cuando hay tantos otros asuntos pendientes de solución en el mundo?".

Era el 8 de septiembre de 2001. Tres días después, Bin Laden elegía esta vez como blanco el corazón del Imperio y de su mano morían casi 3.000 personas en Nueva York, Washington y Pennsylvania. Un número de por sí escalofriante, aunque durante bastantes meses se insistiera en que las víctimas habían sido el doble. Sin que todavía se haya explicado con claridad el motivo, ni tampoco otras circunstancias de los atentados más filmados, comentados y analizados desde que se inventara el término terrorismo en la Revolución Francesa, cuando se aplicaba a quienes utilizaban la guillotina para acabar con el Antiguo Régimen. A partir del 11-S no habría mayor motivo de preocupación global que la guerra que Bin Laden había abierto tres años antes en Dar Es Salam y Nairobi.

El líder de Al Qaeda ya había abandonado Sudán y se encontraba en Afganistán, y a ese país de Asia central iría a dar su golpe Estados Unidos. Pero de África salieron las primeras ofertas de asilo al hombre más buscado del globo, por cuya cabeza Washington quintuplicó la recompensa de 5 millones de dólares que había ofrecido tras los atentados de Tanzania y Kenia. Lo que no impidió que diera réditos cuantiosos el dinero invertido durante años por el millonario saudita en el continente. El grupo integrista sudafricano Qibla amenazó desde Ciudad del Cabo con "atacar en Estados Unidos por el bombardeo contra nuestros hermanos afganos". El nigeriano Ishak Akintola, emérito de la Universidad de Lagos, anunció que "queremos hospedar a Bin Laden, se ha convertido en nuestro héroe". Miles de somalíes salieron a las calles de Mogadiscio al grito de "Osama, vuelve a tu hogar".

## CAPÍTULO 18: UN PARAÍSO CON VOCACIÓN DE INFIERNO

La certeza que me asaltó en Johannesburgo fue que aterrizaba en un escenario bélico. Y la duda, si la guerra acababa de empezar o de terminar, de salir o de entrar en estado de tregua. Las mansiones millonarias, las oficinas lustrosas, los lujosos centros comerciales eran las señas de identidad de Randburg, Bryston y Four Ways, en el norte de la mancha urbana. Pero en esas zonas no se veían transeúntes. Y todo estaba protegido por guardias, tras muros de hormigón, coronado de vallas eléctricas, con carteles que advertían de vigilancia armada, de peligro, perro fiero. Aunque circulaban últimos modelos de coches de las mejores marcas, parecían huir del enemigo, sus conductores tenían la mirada esquiva, a veces ni paraban en los semáforos. No se divisaban, sin embargo, brechas abiertas por el enfrentamiento, el campo de batalla estaba a estrenar. Lo contrario que en el centro y, sobre todo, en el sur. En Hillbrow, Braamfontein y Berea abundaban los despojos, los descampados, los edificios desocupados, las fábricas abandonadas. Las calles estaban habitadas por mujeres husmeando en los vertederos, por mendigos que de noche encendían hogueras bajo los puentes o en medio del asfalto. Proliferaban las construcciones en ruina, rotos los cristales de las ventanas y con anuncios de “se alquila”, “se vende”. Pero en aquella tierra quemada también había alambres de espino y sacos terreros. Aunque no quedara mucho que defender, tampoco faltaban matones uniformados y con una pistola al cinto. Así que al poco de llegar a Johannesburgo concluí que la guerra no empezaba ni acababa: su antigüedad variaba de unos barrios a otros; en ninguno daba opción a la tregua.

Arraigaba en mí esa idea la noche que fui a cenar al Hotel Carlton. Corría el mes de septiembre de 1997, en vísperas de que cerrara el establecimiento. Por falta de clientes. O de clientes dispuestos a pagar tarifas altas por hospedarse en territorio hostil. En pleno centro, en la esquina de las calles Main y Kruis, el Carlton había sido el hotel más famoso de Johannesburgo. Pero era víctima del desahucio, tras ser pasto de aquel invisible y silencioso frente que no dejaba de avanzar.

El Carlton había abierto casi en paralelo a la fundación en 1886 de la ciudad, tras prender la noticia de un asombroso hallazgo en el Transvaal, en el noreste de Sudáfrica. Dos aventureros, el australiano George Harrison y el galés Georges Walker, localizaron ese año pepitas de oro en una concesión que vendieron por diez libras esterlinas, y no tardó en revelarse la mayor mina aurífera del mundo. Miles de buscavidas procedentes del resto del país y del planeta fueron el aluvión que floreció por generación instantánea junto a los yacimientos. Instalaron sus tiendas de campaña al sur de las montañas Witwater, iniciaron una carrera desenfrenada por taladrar las vetas a cielo abierto, por dinamitar las fallas aledañas, por escarbar para acercarse al centro de la Tierra. En busca del metal amarillo. Muchos lo encontraron. Cuando se implantó el apartheid en los cuarenta, las tiendas de campaña habían sido reemplazadas por las sedes de compañías y bancos, los edificios neoclásicos de una urbe conocida simple y popularmente como Joburq, la ciudad del dinero. ¿No era la codicia su razón de existir en un lugar sin agua ni ninguna de las otras condiciones que suelen propiciar los asentamientos humanos? ¿Qué mejor forma de llamarla cuando debía su nombre a uno de los mineros que hizo fortuna, de nombre Johan, pero no se sabía con exactitud cuál entre tantos de ellos? El Carlton ocupaba para entonces el corazón de aquella prosperidad, era su emblema. Las habitaciones del hotel llevaban décadas alojando a hombres de negocios de todas las especies. Sus salones, con lámparas, cuadros y muebles añejos, habían sido testigos de un sinfín de contratos al calor del oro. O al fulgor de los diamantes de la no lejana Kimberley, cuyo monopolio cayó en manos de los judíos. El Carlton encarnaba en África la supremacía blanca, odiada y envidiada a partes iguales. “Mirad a vuestro alrededor. Decidle a la gente de Mandela que no tiene nada que hacer”, dijo el jefe de una delegación marfileña al quedar deslumbrado por el panorama que se contemplaba en esa época desde su cuarto del piso veinticinco. Hasta que en 1994 llegó la democracia y cambió el sistema político del país. Y el entorno del hotel, que dejó de invitar.

Pese al vaticino del descreído funcionario marfileño, Mandela y los suyos habían logrado desmantelar el régimen racista, y por medios pacíficos, tras recurrir en ocasiones al empleo de las armas automáticas. Los negros recuperaron los derechos pero conservaron

la miseria e hicieron lo único que pudieron con la libertad, emprender la depredación de los espacios que habían tenido prohibidos. Muchos abandonaron los township donde habían estado recluidos para esparcirse por Johannesburgo con el lujo de los blancos como botín, por la vía rápida, la directa. En el centro de la ciudad se multiplicaron los tiroteos, los atracos, los homicidios. El área se convirtió de la noche a la mañana en feudo de la delincuencia, un lugar donde la vida valía poco y que desertaron quienes tenían lo suficiente para garantizarse la seguridad en el norte de Johannesburgo. Por lo que el Carlton, donde Mandela había celebrado su victoria en las primeras elecciones democráticas, pasó a considerarse tan residual como las fantasmales montañas de arena de las extinguidas minas de oro desperdigadas por la zona. Y la municipalidad lo había decidido demoler. Un derribo que se sumaba al resto de símbolos de los nuevos tiempos.

Dos cosas me impresionaron en la noche que preludiaba la clausura del hospedaje. Una fue la exposición que hicieron nuestros interlocutores, el diplomático español José Pascual Marco y su mujer Geraldine, sobre los índices de crimen en Sudáfrica. Explicaron que se cometía un asalto cada 17 segundos, cada 2 minutos un robo armado y cada media hora un asesinato. Aseguraron que 1 de 4 mujeres era violada a lo largo de su vida, que 1 de cada 10 hombres moría a manos de alguno de los otros 9, que circulaban 6 millones de armas ilegales entre 40 millones de habitantes. En definitiva, que era el país más peligroso del mundo, a excepción de los que estaban en estado de guerra. En estado de guerra convencional, porque sin el calificativo era difícil de explicar lo que ocurría en Sudáfrica. La otra cosa que me puso las orejas tiesas fue una frase:

–En Johannesburgo la ley siempre se cumple.

–¿Cómo? –y añadí, pensando en voz alta–: Eso no es posible de conjugar con los índices de crimen.

–Pues sí, en esta ciudad te pueden matar por 100 dólares. –y agregaron, seguros de lo que decían–: Pero pobre de ti si no pagas una factura por esos mismos 100 dólares. El acreedor removerá cielo y tierra para llevarte a la cárcel. Y lo probable es que lo consiga.

De modo que la segunda conclusión a la llegué en Johannesburgo fue que la ciudad era fiel a sí misma. La democracia había cambiado lo necesario para que lo imprescindible siguiera igual. A fin de cuentas, no hay nada más racista que el dinero. Y en Johannesburgo todo continuaba girando sobre el papel moneda. Tenerlo podía costarte la vida. Y estabas perdido si agotabas los billetes, los fondos de la tarjeta de crédito o los talones de la libreta de cheques. Como en todos los sitios, pero en Johannesburgo de manera inmediata, inapelable. Me consolé con el menú que el jefe de cocina del Three Ships, el restaurante del hotel, había preparado antes de que los bulldozer iniciaran su trabajo: ensalada de queso fundido, sabroso bistec de ternera y dulcísimos profiteroles de chocolate. Manjares hasta hacía poco sólo para paladares blancos, que disfrutamos con la música de fondo que desde un rincón desgranaban los pulgares de un pianista negro. Tonadillas compuestas por Scott Joplin hacía también un siglo, al tiempo que se construía Johannesburgo, pero para que sonaran en los bares del salvaje oeste americano.

La torre de Sandton se alzaba a diez kilómetros del Carlton, pero se divisaba desde algunos más. Se elevaba junto a la calle Rivonia, que nacía en el núcleo urbano para serpentear hacia el norte por Parktown, donde estaban el zoo y un barrio de casas de raigambre británica. Rivonia atravesaba luego Rosebank, una de las áreas comerciales más antiguas de Johannesburgo. Y con el paisaje despejado y el nombre de Oxford, Rivonia enfilaba después hacia la torre de Sandton, a cuyos pies se vislumbraba un entramado de emporios comerciales, concesionarios de automóviles, sucursales bancarias, cines, restaurantes y galerías de arte. Un complejo de infraestructuras modernas y servicios de primera que aparecía rodeado de áreas residenciales inmersas en el verdor y a las que se llegaba por una red de autopistas que se perdían en el horizonte. Hasta donde alcanzaba la vista se prolongaba un manto de chalets con jardines de un verde luminoso y piscinas de un azul cristalino que en el septiembre austral permanecían bajo un sol radiante y suspendido en un cielo limpio de nubes. Emergiendo de ese panorama, la torre de Sandton era el faro del nuevo centro de negocios de Johannesburgo. Al lado, el Hotel Sandton Sun

desempeñaba el papel que durante el apartheid había interpretado el Carlton.

El Sandton Sun había sido inaugurado a finales de los ochenta, cuando los blancos comenzaron a poner tierra de por medio tras comprender que nada podía parar la insurgencia negra. Lo frecuentaban inversores, ejecutivos de multinacionales, altos funcionarios gubernamentales, empresarios llegados de todas partes con traje, corbata e impronta de VIP, de Very Important Person. Con motivo. En Sandton se negociaba los recursos de un país que, pese al crimen, no había perdido visos de Edén. Conservaba paisajes y reservas de las que quedaban pocas en África, ocupaba el primer lugar mundial como productor de oro, platino, cromo, manganeso y flúor, generaba el 20 por ciento de la riqueza continental, el mismo porcentaje que durante el sistema racista, y de manera legal, ya no clandestina.

Las firmas De Beers y Angloamerican, del magnate Harry Openmehier, habían dejado de necesitar que sus operaciones fueran encubiertas con el cambio de las etiquetas de las mercancías en Malaui y Suazilandia, que se habían prestado al subterfugio con el apartheid. Esa transparencia permitía a Sudáfrica seguir siendo el eslabón casi imprescindible para comprar o vender materias primas en África, a la que surtía de manufacturas y en la que era el motor de un desarrollo manejado por los de siempre.

En Sandton había italianos, griegos y portugueses que en la segunda mitad del siglo XX habían prosperado con las finanzas; y búlgaros, checos y polacos que habían llegado tras la caída del muro de Berlín con la esperanza de encontrar un sitio en aquel laboratorio de capitalismo sin control. Pero la mayoría de los residentes descendían de los colonos británicos que durante el siglo XIX habían impuesto su ley en África austral. Y bóers, cuyos antecesores fueron los holandeses, franceses y alemanes que arribaron en el siglo XVII expulsados de Europa por persecuciones religiosas. Y que desde el principio se consideraron africanos. Rebautizaron su lengua, un neerlandés prosaico, como afrikáner. E hicieron de Sudáfrica algo tan suyo como lo era de los zulúes, xhosas, vendas, ndebeles. Quizá más.

Liderados por el holandés Jan Van Riebeeck, aquellos protestantes,

hugonotes y calvinistas recalcitrantes habían desembarcado en 1647 cerca del cabo de Buena Esperanza, como Vasco de Gama nombró el cabo de las Tormentas después de superar por primera vez las turbulentas corrientes que separan el Índico del Atlántico. Se trataba de campesinos que iniciaban una nueva vida. Permanecerían aislados por siglos. Amantes de los espacios abiertos y la naturaleza, tenían el trabajo como lema. Y la Biblia de guía, el único libro que la mayor parte de ellos había leído. Como los hebreos, estaban convencidos de que dios les había concedido un país de promisión.

Los bóers sometieron a las tribus autóctonas, crearon granjas, comunidades ganaderas, explotaciones agrícolas, ciudades que habían crecido a la sombra de iglesias cuyos campanarios se alzaban como agujas sobre desiertos, sabanas, bosques tropicales. Eran los dueños del territorio cuando el Imperio de Londres fijó su atención en el extremo sur africano. Lo que obligó a los bóers a emprender en 1836 el Gran Trek, la larga marcha de caravanas que habían partido de El Cabo para recorrer 1.200 kilómetros en carretas tiradas por bueyes en un éxodo épico en el que habían atravesado los ríos Orange y Vaal, cruzado la cordillera del Drakensberg y resistido las acometidas de las etnias autóctonas. Terminaron por establecer Estados independientes en las regiones mesetarias del Orange y el Transvaal, donde el surgimiento de nuevos centros de producción fue el detonante de las dos guerras que luego se vieron obligados a lanzar en defensa de su independencia, lengua y cultura. El miedo a perder su identidad por la llegada de blancos de otros orígenes a ciudades como Johannesburgo indujo a los afrikáner, liderados por Paul Kruger, a declarar las hostilidades a los británicos, que dominaban en el resto de Sudáfrica y no disimulaban su avidez por hacerse con las riquezas descubiertas en las repúblicas bóers. Fueron dos guerras inéditas. Los contendientes fueron blancos que concebirían en el continente negro un invento macabro cuyo éxito lo catapultaría a Europa.

De 1899 a 1902, las guerras anglo-bóer fueron escenario de una feroz disputa entre el imperio colonial más poderoso y una guerrilla de granjeros. Pese a la disparidad de medios el desenlace fue incierto hasta que los británicos tuvieron la ocurrencia de recluir en

recintos vallados a los ancianos, mujeres y niños del enemigo como medio de castigo y, más miserable, de chantaje. Según algunos testimonios, 26.000 afrikáner sufrieron ese destino. De acuerdo con otras versiones, la mitad murieron envenenados. Cuarenta años después, los alemanes utilizarían el método en la segunda guerra mundial, aunque a la larga con peor resultado estratégico. Con sutiles transformaciones, los campos de concentración subsistirían, no obstante, en la tierra que los vio nacer. Lo aplicarían sus primeras víctimas, por ese fenómeno que induce a los pueblos que sufren una sevicia a ejercerla sobre otros pueblos. En 1948, a los tres años de la victoria aliada en el viejo continente, en la entonces Unión Sudafricana se celebraron unas elecciones sólo para blancos que fueron ganadas por el Partido Nacional (PN), de mayoría bóer. Ese partido impondría la revancha de una comunidad que había ganado con los votos lo que 40 años antes había perdido por la fuerza de las armas. El PN aplicaría un régimen que hacía tiempo había hincado cimientos entre sus votantes. Su filosofía medular era "el desarrollo por separado y en paralelo de las razas en espacios previamente asignados". El apartheid.

A fines del segundo milenio, pocos en Sandton querían hablar de esa época. Excepto por la imparable criminalidad, a los blancos les había salido meridiana la jugada de entregar a los negros el poder político para seguir transando con el económico. Conservaban un nivel de vida a un precio impensable en Europa, pese a que fuera en burbujas defendidas por empresas de seguridad dirigidas por ex oficiales del ejército segregacionista. O por antiguos miembros de Executive Outcome, la principal compañía de mercenarios en África, que con la democracia había sido prohibida y cuyos integrantes se habían reconvertido en el negocio de la protección privada. Desde la creación de Sandton y de los barrios aledaños, muchos de sus residentes no habían vuelto a pisar el centro de Johannesburgo.

Mark Roustenberg, sudafricano de tercera generación que tenía un bufete de abogados, afirmaba que "no sabíamos ni la mitad de lo que ocurría durante el apartheid". Piet Hounwer, propietario de un concesionario comercial y de bisabuelos alemanes y franceses, comentaba que "no todos estábamos de acuerdo, aunque nos dejáramos llevar". Shirley Caspert, agente turística de piel como la

leche y cabellera cómo el jengibre, apuntaba que “el error fue declarar por ley la segregación de razas. No era necesario. Los negros sabían bien cuál era su sitio”.

Los alrededores de Sandton desbordaban a la caída de la tarde de un enjambre de hombres y mujeres de raza negra. Eran camareros, limpiadoras, cocineros, vendedoras, empleados de bajo escalafón que finalizaban su jornada laboral. Se habían despedido en el centro comercial de sus empleadores blancos, los masters, y salían a la calle como poseídos por el diablo. Aprovechaban los últimos minutos de luz para apostarse en las esquinas, en las estaciones de servicio. En esas encrucijadas les recogían las camionetas de transporte público que les llevaban a sus casas. Bastantes vivían en Alexandra, el suburbio más peligroso de la ciudad, al este de Sandton, asimismo de nueva creación, donde la policía entraba con cautela. Y bastantes se dirigían a un erial situado más lejos, a la izquierda del núcleo urbano, hacia un terreno de nadie, donde crecía la mala hierba, que estaba surcado por nudos de carreteras que convergían en una aglomeración que parecía con vida propia, independiente del conjunto de Johannesburgo. La integraban chabolas, colonias de incipiente clase media, industrias que no formaban parte de ningún barrio propiamente dicho. La categoría de ciudad quedaba explícita en su nombre, que no aludía a persona, efeméride o acontecimiento alguno. Como Sudáfrica, el acrónimo SOWETO (South West Town) sólo refería una situación respecto a otro ámbito geográfico.

Con más de dos millones de almas, SOWETO había crecido de manera descomunal desde su creación en 1904, cuando las autoridades británicas apartaron del centro de la ciudad a los africanos tras las guerras anglo-bóer. El pretexto fue un brote de fiebre bubónica del que culparon a los negros que trabajaban a miles en las minas. A los veinte años de la fundación de la ciudad del dinero, la voz egoli, la ciudad del oro en zulú, servía entre la población africana de reclamo tan urgente como la de joburg entre la de origen europeo. Desde entonces SOWETO seguía siendo el mayor arrabal negro de Sudáfrica, sin perder ninguno de los signos de vida y de muerte que marcaron el inicio de su existencia.

Lo primero que se distinguía era el Hospital de Baragwanath, que atendía a los enfermos terminales de sida. Ingresaban cientos a diario, en ocasiones para ser diagnosticados antes de morir. Era difícil que saliera a pie quien entrara como paciente en el centro sanitario que albergaba el mayor número de infectados del mundo. El contagio del VIH era una condena a la que habían sido sentenciados el 15 por ciento de los sudafricanos. El ritmo de infección añadía un seropositivo cada 20 minutos. A pesar del crimen galopante, en Sudáfrica era más probable morir de sida que por la violencia.

Al pie del Baragwsanath se extendía una plaza sin límites precisos y en la que ocupaba lugar principal una gasolinera que fungía de taller mecánico. Había charanqa de bordel, puestos de venta ambulante, música de transistor, olor a fritura. Y sonrisas, aunque menos que en cualquier otro mercado del continente. Los únicos sudafricanos blancos que lo surcaban eran los guías de grupos de turistas que se alojaban en el norte de Johannesburgo y no estaban dispuestos a finalizar su estancia sin conocer un suburbio que era el santuario de la historia reciente del país. Paradójicamente, la visita a un arrabal era el mayor atractivo turístico de la ciudad del dinero. Los visitantes eran instruidos para que no mostraran bolsos, relojes, sortijas, collares, ninguna ostentación de riqueza. Así como que se mantuvieran juntos, que no se perdieran de vista los unos de los otros.

El recorrido incluía los barracones de tablones de madera y láminas de hojalata en que dormían los primeros africanos que trabajaron en las minas. Y las viviendas de quienes llegaron en busca de los puestos de trabajo de que les hablaron los miembros de su clan que habían encontrado empleo en los yacimientos. Emigraron de toda Sudáfrica. zulúes de Natal, xhosas del Transkei y vendas de la zona fronteriza con Rodhesia. Construían casas de paredes finas como el papel, con alcobas que apenas dejaban espacio a una silla y una cama.

Los turistas visitaban también los pequeños chalets en los que había vivido la nueva clase dirigente negra. En particular, el que había acogido a Mandela y a su ex mujer Winnie, en cuya entrada se veían banderas y pósters de todos los movimientos revolucionarios

conocidos. Lo gerenciaba Winnie, que se embolsaba diez rands, casi un dólar y medio, de cada curioso que quisiera conocer aquel bastión de subversión. La antigua mujer del primer presidente negro le sacaba partido al gran negocio que para ella había supuesto su matrimonio, que había hecho aguas tras haber sido uno de los éxitos mediáticos de la modernidad.

La excursión tenía su momento álgido en el monumento en honor de Hector Pieterson, el adolescente cuyo asesinato por las fuerzas de seguridad racistas había marcado en 1976 el punto de inflexión de la tolerancia africana. La lucha armada había comenzado en 1960 en Sharpeville, donde 69 personas murieron por disparos de la policía del aparheid, pero a partir de la sublevación de SOWETO se convirtió en guerra abierta.

Pieterson fue la primera víctima de la represión policial de una manifestación en la que participaron 15.000 alumnos de secundaria en protesta por la imposición del afrikáner en los colegios. Durante las dos décadas siguientes, SOWETO permanecería bajo estado de excepción. Miles de personas perdieron la vida en una conflagración en la que se engendró una violencia que después la democracia no había logrado detener.

Varios grupos se disputaron el liderazgo de la revuelta. James Mpanza había tenido predicamento. La Confederación de Sindicatos No Europeos (CNETU) aglutinó a miles de trabajadores africanos. Organizaciones como Conciencia Negra contaron con el apoyo de los intelectuales. “Lo primero que debemos hacer es desembarazarnos de nuestro complejo de inferioridad respecto a los blancos”, proclamó su líder, Steve Biko. Tras ser encarcelado, sus guardianes le destrozaron a golpes los sesos.

El Congreso Nacional Africano (ANC) fue el partido que terminó por despuntar. Nacido en 1912 con la resistencia no violenta de Gandhi como fórmula de acción, era en principio exclusivamente de carácter autóctono. Pero bajo la dirección de Albert Luthuli y Oliver Tambo se abrió en los años cincuenta a otros grupos, dejó de exigir la expulsión de los blancos. Comenzó a promover la convivencia con la convicción de que todas las razas tenían cabida en el país. El ANC se alió con el Partido Comunista de Joe Slovo para luchar codo a codo contra el apartheid, un régimen que había tenido su

bautismo tres años antes de la fundación del movimiento que acabaría por derrocarlo.

En 1909 se había promulgado la primera ley segregacionista, la Act Land, que otorgaba a los descendientes de europeos el 90 por ciento de las tierras y el 10 por ciento a las poblaciones africanas. Luego llegó la Ley de Matrimonios Mixtos, que declaraba ilegales los casamientos entre comunidades y fue apuntalada por la de Inmoralidad, que prohibía las relaciones sexuales entre ellas. Y por una cascada de más leyes: la de Áreas de Grupo, la de Abolición de Pases y Coordinación de Documentos, la de Espacios Separados, la de Transporte y la que cáusticamente se conoció como de Sanidad, que prohibía a los grupos raciales compartir los aseos públicos.

El sistema tuvo en los años cuarenta su ideólogo en Hendrik Verwoerd y alcanzó su clímax con Pieter Botha, que en los setenta y ochenta gobernó con mano de hierro sin guante de seda. Bajo su mandato de 1976 a 1989 se generalizó la tortura, el secuestro, el asesinato de opositores. Apodado El Gran Lagarto, Botha consagró los bantustanes, reservas de mano de obra negra con autonomía sólo formal. El paradigma fue Bophuthatswana, seis territorios desperdigados por el norte y centro del país de los que hizo la patria de los suanas. El presidente de aquel simulacro de república, Lucas Mangope, era una marioneta de Botha, que lo utilizaba para enfrentar a los suanas con otras etnias. Con sus casinos y mafias de prostitución, Bophuthatswana era para los blancos la válvula de escape del ambiente puritano que se respiraba en la vieja Sudáfrica.

El Gran Lagarto llevó a su cúspide la intervención en los vecinos africanos, a los que manejó a su antojo, aprovechando sus rivalidades internas. Los casos más flagrantes fueron Mozambique, donde respaldó la Resistencia Nacional Mozambiquefia (RENAMO), y Angola, en la que apoyó hasta las últimas consecuencias a la UNITA de Savimbi. Botha llegó a experimentar con armas de destrucción masiva. El cirujano Wouter Basson, conocido como El Doctor Muerte, hizo en Namibia, que dependía en esos años de Sudáfrica, ensayos bacteriológicos comparables a los practicados en la Alemania nazi. El Doctor Muerte inyectaba pequeñas dosis de relajantes musculares que incrementaba hasta causar la paralización de los pulmones.

También en eso, la cara salvaje de Sudáfrica, Johannesburgo seguía siendo pionera. No era la capital política, con sede en Pretoria, ni la parlamentaria, ubicada en El Cabo, tampoco la judicial, establecida en Bloemfontein, era más que todas ellas, ocupaba el centro de gravedad de un Estado en el que había sido el punto de arranque de los cambios cruciales del siglo XX: las guerras anglo-bóers, la declaración del apartheid, la lucha por la democracia. Y a finales de siglo era donde se pagaba el precio más alto por la libertad. Porque aparte del centro urbano, las áreas residenciales y los arrabales, en la ciudad del dinero había barrios fronterizos en los que el crimen y el sida eran moneda de cambio. En Yeoville y Melville jóvenes blancos y negros empezaban a mezclarse en bares y discotecas para formar el embrión de un cruce de razas a la que ambas, quisieran o no, y a las dos les costaba hacerse a la idea, era la sola posibilidad de un futuro en un paraíso que no había perdido vocación de infierno.

## Capítulo 19: LA MAGIA DE MANDELA

–Presidente Mandela, ¿cómo se siente?

–Igual que cuando salí de la cárcel.

–Y ahora, ¿qué va a hacer?

–¡Tengo tantas cosas que hacer!

–¿Irá de visita a España?

–Sí, por qué no.

–Va a venir, va a venir, le vamos a invitar. –Terció Felipe de Borbón.

Era el 3 de junio de 1999, el día después de las segundas elecciones democráticas. Como en las primeras de 1994, los negros habían votado en masa para darle el triunfo al partido de Mandela pese a que Madiba no se presentaba esta vez como candidato. Madiba, es decir, Mandela, abandonaba el poder, había designado a Mbeki para que tomara el relevo. Madiba pensaba que a los 81 años le llegaba la hora del descanso, es decir, de levantarse tarde para desayunar fruta fresca y leche agria, jugar con los nietos, escuchar a Tchaikovsky y Handel, leer y contemplar el anochecer, sus aficiones confesas. Pero antes de dedicarse a todo eso recibía a una pléyade de dignatarios que le felicitaban por la reelección de su partido. Aunque él prefería decir que lo hacían por “mi segunda liberación”.

Las audiencias se celebraban en el palacio presidencial de Pretoria, que debía su nombre a Andiers Pretorius, héroe de la batalla de Blood River, “río sangriento”, donde un puñado de bóers derrotó a una multitud de zulúes durante el Gran Trek. Kruger la había convertido luego en su cuartel durante las guerras anglo-bóer. Si levantara la cabeza, seguro que Kruger hubiera vuelto a la tumba. Pretoria sufría el peligro de ser engullida por Johannesburgo, que se expandía sin cesar desde que su fundación 60 kilómetros al sur

contribuyera decisivamente al fin del sueño de un Estado bóer. La ciudad afrikáner por autonomasia era, además, sede de un Gobierno que los negros se pasaban de mano en mano.

El primero en felicitar a Madiba aquella fría y soleada mañana había sido Omar Bongo. El segundo fue el heredero de la corona española, con la que Madiba mantenía una sólida relación. Surgió así la oportunidad de ver cara a cara a una leyenda viviente africana. Madiba había liberado el último territorio bajo control político blanco al sur del Sáhara, y finalizado el trabajo iniciado por Nkrumah.

Había escuchado que la clave de su personalidad era que le gustaba la gente. Madiba encarnaba el ubuntu, concepto que protege a las comunidades negras del individualismo más feroz. Ubuntu venía a significar que "somos gente a través de la gente", algo como admitir que nos necesitamos los unos a los otros. Pero en el caso de Madiba el carácter de ubuntu no lo explicaba todo.

Madiba reconocía la influencia que en su formación habían tenido los diferentes pueblos que habían entrado en colisión en Sudáfrica. Y que le habían sometido personalmente a él. Admiraba la educación británica, tenía mucho de gentleman. Y le enternecían los bóers, como jefe de Estado había invitado a tomar té a la viuda del arquitecto del apartheid, Betsy Verwoed. Madiba se había enfundado la camiseta verde de los Sprinbook, el equipo sudafricano de rugby –junto al criquet, el deporte de los blancos, en contraste con el fútbol, el de los negros–, para dar a entender que en cierta medida también le pertenecía la cultura europea. Lo que no le había restado un ápice de confianza entre los africanos. Madiba era el único capaz de calmar a los sectores más intransigentes. Los grupos radicales y los dirigentes del COSATU, el poderoso sindicato cercano al ANC, pedían de continuo su bendición. Igual que cantantes, deportistas, modelos y celebridades, que habían peregrinado junto a políticos de variado pelaje para hacerse un sitio en su agenda, en la que Michael Jackson, Peter Gabriel, Quincy Jones, Mia Farrow, Valeria Maza y Bono habían alternado en los últimos cinco años las citas con Bill Clinton, Yasir Arafat y John Majors. Todos habían quedado deslumbrados. Diana Ross reconoció que temblaba mientras hablaba con él, Noemi

Campbell había llorado de emoción. Madiba los había tratado a todos de la misma manera, con una peculiar síntesis de buenos modales e informalidad. “No sé si debo decirlo, pero éste es uno de los momentos más felices de mi existencia”, comentó con camisa floreada y sonrisa contagiosa mientras se arrimaba lo que podía a las Spice Girls en la foto de rigor.

Como a los demás, me fascinó el mito. Más aún el hombre.

Hijo de un jefe tribal xhosa, había nacido en 1918 en Qunu, en el sudoeste de Sudáfrica, que era como cualquier otra aldea del continente. Situada en un estrecho valle, Qunu era un villorrio de chozas con el suelo de arena, sostenidas por palos y cubiertas de ramas. No había carreteras ni corriente eléctrica, lo habitaban mujeres y niños que vivían del pastoreo. La mayoría de los hombres habían emigrado a Johannesburgo, la visitaban una vez al año. En Qunu todos eran familia. “La hermana de mi abuela era abuela, la prima de mi madre era mi madre, el hijo de mi tío era mi hermano”, recordaba Madiba. En ese ambiente fue el primero en ir a la escuela. Su profesora, la señorita Mdingane, fue quien le cambió de nombre. “Rohlilala –en xhosa, “revoltoso”– a partir de ahora te llamarás Nelson”, le dijo. Madiba nunca supo el por qué de la elección de su nuevo nombre. Le explicaron que los nombres africanos eran impronunciables para los blancos. Sabía que un nombre cristiano era síntoma de civilización.

Igual que cientos de miles, emigró de joven a Johannesburgo. Era alto, atlético, tenía sentido del humor, atraía a las mujeres. En la ciudad del dinero descubrió que “las minas de oro no tienen nada de interesante”. Se instaló en SOWETO. En el arrabal intentó ser boxeador profesional. Estudió leyes y se hizo jurista. Se casó con Evelyn, que le dio tres hijos, y después con Winnie, que le dio dos. Leyó a Gandhi. Entre líneas. “De él aprendí que seríamos dominados en tanto que cooperáramos civilmente con el opresor”, afirmaba. Y precisaba: “Pero Gandhi nunca descartó totalmente la violencia. Para él era preferible el uso de las armas en defensa de la dignidad que caer en el deshonor”. “Seguí la estrategia de la resistencia pasiva del indio todo lo que pude”, terminó por justificarse el sudafricano. Por medio de Albertina, esposa de Walter

Sisulu, secretario general del partido, Madiba ingresó en el ANC, donde fundó Umkhonto We Sizwe, “La Punta de Lanza de la Nación”, el brazo armado del movimiento.

Fue detenido y juzgado por contravenir voluntariamente en 1952 la norma que obligaba a los negros a recluirse de noche en los township. En 1956 se le procesó por alentar una huelga. Se hizo clandestino. Con el nombre ficticio de David Motsamai trabajó como chófer de Cecil Williams, un dramaturgo blanco. Traicionado, fue apresado de nuevo y acusado en 1962 de conspiración, aunque por tercera ocasión pudo escapar. La cuarta detención fue la definitiva. El 11 de julio de 1963 cayó en una emboscada policial junto a los otros siete líderes de La Punta de Lanza de la Nación: los negros Walter Sisulu, Govan Mbeki y Raymond Mhaba, el indio Ahmed Kathadra, y los blancos Bob Heple, Lionel Bernstein y Arthur Goldstein. Los tres últimos, comunistas. Y judíos. La mayoría de los hebreos se oponía al apartheid en la vieja Sudáfrica, les recordaba a los campos de concentración.

El juicio de Madiba y sus compañeros se celebró en Pretoria, pero fue llamado el de Rivonia porque era en una casa de esa calle de Johannesburgo donde fueron hallados en posesión de un plan para dar un golpe de Estado. Se les acusó de sabotaje, cargo castigado con la pena de muerte. A los siete meses de vista fueron sentenciados in extremis a cadena perpetua. No presentaron recurso. Y para cumplir su suerte se les envió a Rodden Island, pequeña y deshabitada isla frente a Ciudad del Cabo. Emparedada entre los océanos y la Montaña de la Mesa, esa ciudad se encontraba en uno de los escenarios naturales más hermosos del mundo. Y entre las ciudades de entorno más bello, era la más aislada. En la punta sur de África, estaba más distante que ninguna de todas las demás. Separado de la ciudad por un encrespado brazo de mar que presagiaba el cercano cabo de las Tormentas o cabo de Buena Esperanza, Robben Island era la quintaesencia de ese aislamiento. El ejército británico había construido en la isla unas mazmorras para que en ellas se pudrieran sus peores enemigos. Mismo uso que les dedicaba para los suyos la vieja Sudáfrica.

En Rodden Island se clasificaba a los convictos en cuatro clases: A, B, C y D, de menos a más peligrosos. Madiba fue incluido en la clase

D, la de presos de seguridad, los que sufrían normas más severas. Los cautivos de la clase D recibían una carta y una visita cada seis meses, los de la clase C tenían derecho a dos cartas y dos visitas en ese plazo. Las condiciones mejoraban de grado en grado hasta las reservadas a los presidiarios de la clase A, que accedían a la cantina. “Mis entrevistas con Winnie se celebraban en presencia de cinco guardianes, dos detrás de mí y tres detrás de ella. Sólo podíamos hablar en inglés o afrikáner, teníamos prohibidas las lenguas autóctonas”, denunciaría Madiba. “Durante nuestros encuentros, de 30 minutos, no podíamos ni tocarnos. En aquellas sesiones jamás pude disfrutar de un momento de intimidad con mi esposa. Era una tortura”, reconoció en su autobiografía El largo camino de la libertad. Hora tras hora, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, pasarían 27 años. En 1982 se le trasladó al presidio de Pollsmoor y Botha le ofreció en 1985 un indulto que rechazó porque la medida no implicaba la llegada de la democracia. Madiba sólo consintió en salir de la cárcel después de lograr que el sucesor de Botha y último presidente segregacionista, el reformista Frederick de Klerk, se comprometiera a que su liberación fuera la de todo el país. Madiba había entrado en prisión con 45 años y salía cumplidos los 72, convertido en el prisionero político más antiguo del mundo. En sus primeras palabras tras recuperar la libertad el 11 de febrero de 1990, repitió las últimas que pronunció al perderla el 12 de junio de 1964: “He luchado toda mi vida por la causa del pueblo, contra el dominio blanco y contra el dominio negro. Mi ideal es una sociedad en la que todos vivan iguales y en paz”.

“En la nueva Sudáfrica brilla de nuevo el sol, tanto en los corazones de los ciudadanos como en los cielos de todo el país”. Con esa frase había abierto su emisión un popular programa radiofónico el día de las segundas elecciones democráticas. Cientos de miles de votantes se alineaban a las seis de la mañana ante los colegios electorales. Afrikáners de Pretoria, anglófonos de Ciudad el Cabo, indios de Durban, negros de todos los arrabales sin excepción. Madiba votó en Houghton, el barrio de Johannesburgo donde tenía una residencia. “Ya me puedo retirar tranquilo”, dijo al introducir su sufragio. Mbeki depositó el suyo en Pretoria, un guiño al que sería su nuevo hogar. “Lo importante es que todo se desarrolla

normalmente", apuntó el sucesor. La afluencia multitudinaria obligó a extender el plazo de votación hasta la noche. Algunas anécdotas revelaron, no obstante, que la vieja Sudáfrica aún tenía hálito. Hubo blancos que enviaron a sus sirvientes negros a que hicieran cola en los colegios electorales y votaran en su nombre, en tanto que ellos permanecían en sus domicilios. Pese al milagro que Madiba había obrado con sus dotes de reconciliación, el ideal que había formulado en 1964, y reiterado en 1990, estaba lejos de la realidad.

Con su bonhomía, Madiba había logrado que el fin del apartheid no marcara el inicio de la guerra civil. Había entendido lo esencial, que sin los blancos no era posible sacar adelante la nueva Sudáfrica, a corto ni medio plazo. Pero las comunidades raciales seguían mirándose de reojo en un microcosmos de la nueva sociedad global, con algo de norte y mucho de sur. Y donde la retirada de Madiba abría una nueva etapa. Y más difícil todavía. Porque a trancas y barrancas la transición política había encaminado la reconciliación racial, pero no la garantizaba. Y seguía pendiente la transformación social.

El ANC sólo había construido la mitad del millón de viviendas que había prometido cinco años antes. Ocho millones de los treinta de negros seguían bajo el cobijo de chabolas que circundaban las grandes ciudades. El 20 por ciento de las comunidades africanas carecían de servicio de agua potable, y de luz eléctrica el 40 por ciento. La "acción afirmativa" puesta en marcha para compensar la desigualdad de oportunidades obligaba a las empresas a incluir una cuota de negros, pero la falta de experiencia de los nuevos ejecutivos trenzaba pobres remiendos en el tejido económico. En los doce meses anteriores se habían perdido 100.000 puestos de trabajo por la reestructuración de las grandes industrias. Cuatro de cada diez africanos seguía en el desempleo. Por primera vez el paro afectaba a blancos que habían pasado a engrosar las legiones de mendigos negros.

Sin justicia tampoco podía haber paz. Al crimen de las áreas urbanas se añadía el de las rurales, menos anónimo. Cuatrocientos granjeros afrikáner habían sido asesinados durante el mandato de Madiba. Los asesinos eran jornaleros que practicaban el robo, aunque su móvil era saldar cuentas raciales con viejos conocidos. La

prensa de Johannesburgo, Pretoria y El Cabo tenía la prudencia de no precisar el color de piel de los verdugos. Era un acuerdo tácito para no avivar una tensión que había conducido al éxodo a muchos blancos. La falta de confianza en el futuro había inducido a emigrar en el último año a 50.000 sudafricanos de origen europeo. Los anglófonos, a las lejanas Canadá y Australia. Los bóers, a las cercanas Botsuana y Namibia. Algunos consideraban la fuga como un segundo Gran Trek.

La nueva larga marcha no impidió, por no decir que propició, un triunfo del ANC más apabullante que en las primeras elecciones democráticas. El partido de Madiba rozó la mayoría absoluta, dos tercios de las papeletas. Acaparó más del 66 por ciento, lo que le proporcionó 266 de los 400 escaños del Parlamento. El ANC ganó en 8 de las 9 provincias, incluida la de El Cabo, donde hacía un lustro había vencido el antiguo partido segregacionista. En esta nueva ocasión, hasta los carceleros de Robben Island optaron por el partido de Madiba, que obtuvo en la isla tres cuartas parte de los votos. Se podía pensar que Mbeki había hecho mejor campaña que Madiba. Mero espejismo. Era un secreto a voces que las elecciones de 1994 fueron ligeramente amañadas para que el ex partido segregacionista conservara cierta representatividad. Una victoria abrasadoramente negra hubiera provocado entonces consecuencias impredecibles y efectos desestabilizadores. Había que darle tiempo al tiempo. Y cinco años después llegaba la hora de la verdad. Y con ella la evidencia de que el partido de Madiba sólo era derrotado en Zululandia, donde le arrebató el triunfo el partido nacionalista Inkhata de Mangosuthu Buthelezi –tío y mentor del rey zulú Goodwill Zwelithili, tibio heredero del mítico guerrero Shaka–, que había colaborado con la política de división entre los negros practicada por el apartheid. El líder zulú no tenía empacho en continuar instigando los enfrentamientos entre autóctonos, que durante la transición política habían costado la vida a 10.000 personas en Zululandia. Buthelezi esgrimía la amenaza de una secesión de la tribu mayoritaria para hacer valer su peso. Era habitual verle con un escudo en una mano y una lanza en la otra a la cabeza de manifestaciones de zulúes vestidos con pieles de animales y vociferando consignas de guerra entre los racacielos de Durban, Johannesburgo y Pretoria. Zululandia continuaba siendo un bantustán.

“Pongo el país en la mejores manos”, había dicho Madiba. “Mbeki es el mejor”, afirmó al dejarle en 1997 las riendas del partido para propulsarle a la presidencia. El acto se produjo en un congreso celebrado en la ciudad de Makifeng, cercana a Mmabatho, en la antigua Bophuthatswana, donde entre cánticos y bailes –los mítines del ANC eran una fiesta–, Madiba proclamó a su delfín. “El leopardo no ha cambiado de piel”, advirtió Madiba, aludiendo a los rumores de un golpe de Estado blanco que se habían extendido ante la próxima llegada al poder de Mbeki. Madiba y Mbeki tenían estilos y biografías tan diferentes que el relevo entre ambos despertaba más que inquietud. Madiba había contado con todas las razas, Mbeki tenía un discurso más radical. Madiba había ganado su autoridad moral en la cárcel, Mbeki había pasado en el exilio el mismo tiempo que su predecesor entre rejas. Madiba era conocido universalmente, Mbeki se trataba de un desconocido. Lo único que ofrecía garantías era que Madiba había elegido a Mbeki. Los blancos confiaban en el sentido común de Madiba, los negros en su magia.

El sucesor era hijo de Govan Mbeki, el dirigente del ANC capturado en Rivonia y que había pasado con Madiba buena parte de su condena en Rhode Island. Nacido en 1942 también en el Transkei, la región originaria de Madiba, Thabo Mbeki estudió enseñanza primaria en Umtata, aunque pronto se fue al extranjero por orden expresa del partido, en el que ingresó con 14 años. Recaló con 20 en Londres y luego en Sussex, en cuya universidad se graduó para emprender una carrera política que le condujo a representar al ANC en Suazilandia y Nigeria antes de establecerse en Lusaka, sede del partido en el exilio, en la que ejerció de portavoz. Desempeñó esa responsabilidad durante las negociaciones con De Klerk que encaminaron la transición y desembocaron en la liberación de Madiba, que le nombró su vicepresidente. Mbeki se declaraba un sudafricano puro. “Debo todo mi ser a las colinas y los valles, las montañas, los ríos, los desiertos, las flores, los océanos y las estaciones cambiantes que caracterizan nuestra tierra nativa. Provengo de los inmigrantes europeos, de los guerreros patriotas. Soy el nieto que coloca flores frescas en las tumbas de los bóers”, afirmaba. Aseguraba que bajo su liderazgo la nueva Sudáfrica se fijaba como meta el renacimiento africano, enunciado sin otro

contenido que el ferviente deseo de que el continente recuperara el esplendor, aunque nadie supiera a ciencia cierta a qué época dorada africana se refería el nuevo presidente.

Especialista en dossieres espinosos y transacciones ocultas, Mbeki heredaba en su propio país el desafío de por sí complicado de seguir conteniendo a los negros y continuar calmando a los blancos. En ese último cometido no le faltarían críticas de la nueva oposición blanca de Toni Leon, líder del Partido Democrático (PD), una formación antisegregacionista, pero marginal durante el apartheid, que había logrado el 9 por ciento de los votos y 38 diputados en las segundas elecciones democráticas. Con un discurso sin complejos por su acreditado rechazo al régimen racista, el judío Leon no estaba dispuesto a pasar una al poder negro. En particular la ineficacia, así como la imparable expansión del crimen y la no menor de la corrupción, tres factores que frenaban el progreso y que se explicaban por la circunstancia de que ANC había pasado sin prólogo de la clandestinidad al poder.

El PD reemplazaba al PN en el liderazgo de la oposición. Tras mantener artificiosamente el tipo en las elecciones de 1994, el ex partido segregacionista se desplomó en las de 1999, cuando logró el 6 por ciento de los votos y 20 diputados. De Klerk sufría el destino de los reformadores. Elogiado en el exterior y vilipendiado en el interior, había dejado el liderazgo de su partido a Marthinus Van Schalkwyk, joven afrikáner que suscribía la filosofía de una Sudáfrica multirracial. Y que lo pagaba con los simpatizantes de su partido, que se habían pasado en bloque al de León.

El hebreo no suponía, sin embargo, el principal rival del nuevo presidente. La demografía negra se imponía por amplio margen a la blanca. Los blancos no llegaban al 15 por ciento de la población, frente al 80 por ciento de negros. Mbeki afrontaba el verdadero enemigo en sus propias filas. En la persona de Winnie, que tras su ex marido seguía siendo el líder más popular entre los africanos.

El binomio de Winnie y Madiba había movilizado a todos los biempensantes, la imagen de una pareja en apariencia perfecta que había separado un régimen abominable tuvo un impacto sensacional. La relación entre ellos había naufragado tras la liberación de Madiba, pero su divorcio no se había anunciado por

motivos políticos hasta que se celebraron las primeras elecciones multirraciales, cuando Winnie había sido nombrada viceministra de Artes y Deportes, un puesto en el que duró poco tras ser acusada de desfalco. A Madiba le costó mucho que Winnie accediera después a iniciar los trámites de separación. Winnie conocía la importancia de que se le siguiera asociando a su ex marido. Divorciada, había antepuesto su apellido de soltera, Madikizela, al de Mandela, para unir ambos. Algo en lo que su Madiba nunca estuvo de acuerdo. Como tampoco lo estaba en que le sucediera quien estaba al frente del sector más extremista en el partido, que la conocía como Mama África y continuaba pensando que lo mejor que se podía hacer con los blancos era echarlos al mar.

El objetivo de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación era esclarecer lo sucedido en el apartheid para que no se repitiera en la democracia. No se trató de un tribunal de justicia, sólo de un ejercicio colectivo de examen de conciencia. Sus veredictos tuvieron valor moral. Fueron purgantes.

Presidida por el obispo anglicano Desmond Tutu, con Madiba y Winnie el tercer pilar de la liberación negra, la instancia ofrecía a las víctimas la oportunidad de denunciar a sus verdugos, y a éstos la de acceder a la amnistía si reconocían su culpabilidad. Las investigaciones abarcaban a todos los sectores raciales e ideológicos. Comparecieron líderes segregacionistas, dirigentes de la lucha armada, antiguos policías. En total, 10.000 personas, incluido Frederick De Klerk.

Tutu tuvo fracasos, como su incapacidad para que declarara Pieter Botha. “Un afrikáner sólo se arrodilla ante Dios”, dijo El Gran Lagarto cuando recibió su citación. Y al dicharachero obispo anglicano le faltó firmeza para obligarle a declarar. O audacia para asumir un testimonio que hubiera causado una rebelión de los afrikáner, parapetados tras sus últimas trincheras. Pero Tutu tuvo éxitos, como conseguir que compareciera Winnie, sin que hiciera falta la intercesión de Dios aunque sí mucha ayuda. Winnie era tan culpable como Botha de haber cometido barbaridades durante el antiguo régimen. Pero en contraste con El Gran Lagarto no había renunciado al poder. Tras recibir mucha presión, comprendió que

para lograr ese objetivo tenía que asumir el riesgo de que sobre ella se conociera toda la verdad.

Winnie Madikizela-Mandela declaró el 25 de noviembre de 1997 ante la comisión de Tutu. A los 60 años seguía al frente de la Liga de Mujeres del ANC. Conservaba mucho de discurso incendiario y algo de poderío femenino. El día de su comparecencia fue a la peluquería y llegó a la comisión con el puño en alto. “La nueva bandera sudafricana tiene más colores que el arco iris, pero muy poco negro”, gritó a decenas de adeptos que le esperaban a la entrada del edificio coreando “Mama África, siempre serás la madre de la nación”.

Cuarenta y tres testigos fueron convocados para testimoniar de los ocho crímenes en que estaba implicada la ex mujer de Madiba. Las víctimas habían sido confidentes de la policía racista asesinados por los miembros de la guardia pretoriana de Winnie, que en los años ochenta habían aterrorizado en Soweto. Integrados en un equipo de fútbol –el Mandela United Club–, los guardaespaldas de Winnie se tomaban justicia con los delatores que vivían en el township. De los testimonios se concluyó que los ocho asesinatos se produjeron por instrucción directa de ella. Y que con un objeto punzante, Winnie había personalmente segado la vida de una de las víctimas, Stompei Seipei, de catorce años. Mama África lo negó todo. Pero en la comisión le sacaron más trapos sucios. Hubo policías blancos que declararon que habían sido sus amantes mientras Madiba penaba en prisión. Esas relaciones hicieron planear la sospecha de que Winnie había sido confidente de las fuerzas de seguridad racistas. Winnie, que hasta entonces había combinado el semblante taciturno con las risas y las carcajadas, se desplomó en aquel momento. “Lamento lo que durante el apartheid salió mal”, confesó antes de sacar un pañuelo para secarse las lágrimas que se intuían tras unas gafas de montura dorada y lentes ahumados.

La operación política minuciosamente preparada por el sector oficial del ANC dio ese día su fruto. El descrédito que sufrió Winnie desactivó una amenaza política para Mbeki. La ex mujer de Madiba tuvo que renunciar a su candidatura para ocupar la Vicepresidencia del partido, desde la que se disponía a aspirar al liderazgo del ANC y después a la Jefatura del Estado. Desarbolada, Winnie se resignó a

regresar a SOWETO. Era el único alto dirigente del partido gobernante que aún residia en la Ciudad del Sudoeste. Ya no lo hacía en la humilde vivienda que había compartido con Madiba, sino en una mansión que se había hecho construir en Orlando, el corazón del arrabal. Tenía torretas, murallas y cámaras de fibra óptica, un simulacro de castillo. Recordaba a las propiedades de Sandton. En versión kitsch.

Madiba no compareció ante Tutu pero hubiera debido hacerlo. Cuando al cabo de tres años de trabajos el obispo anglicano le entregó 3.500 folios de conclusiones de la comisión, Madiba reconoció que “todos debemos asumir los errores del pasado para que no se repitan en el futuro”. Era consciente de que él había cometido uno grave: el secuestro de Katiza Cebekhulu, testigo del asesinato de Stompei por Winnie. Para proteger a su entonces mujer, Madiba ordenó desde Rodden Island que Cebekhulu fuera sacado de Sudáfrica y trasladado a Lusaka, donde fue encarcelado por Kaunda. Cebekhulu había narrado el suceso en un libro, El viaje de Katiza, en el que afirmaba que Madiba, ningún otro, había sido el culpable de su desgracia.

Antigua asistente social, Winnie había sido una de las mayores bellezas de su generación. Al conocerla, Madiba se enamoró perdidamente. Ella tenía 22, él 36, vivieron juntos 5 años. Mientras estuvo en libertad, Madiba pudo controlar los excesos de Winnie. Pero desde la prisión fue incapaz de hacerlo, Winnie desarrolló culto a su propia persona. Las maniobras de la policía blanca por corromperla hicieron lo que faltaba para hacer de ella un ángel caído. Winnie hacía desaparecer en los años ochenta todo el dinero que le proporcionaba, a través de cuentas bancarias, los grupos antiapartheid de la comunidad internacional. El tren de vida que llevaba con su amante, el abogado Dali Mpofu, era un escarnio. “He sido traicionado”, se lamentaría Madiba. Era tarde. Hacía tiempo que el apartheid había pervertido una gran pasión. Y que una gran pasión había revelado que el mito tenía naturaleza humana.

## Capítulo 20: EL AMIGO DE ESPAÑA Y EL NEGRO DE BAÑOLES

La carrera política de Samuel Nujoma había transcurrido en paralelo a la de Nelson Mandela. Habían luchado juntos contra el apartheid, en distinto campo de batalla. Namibia, entonces el África alemana del sudoeste, cayó tras la primera guerra mundial bajo la órbita de la Unión Sudafricana, en aquellos años nombre de Sudáfrica, primero como protectorado y luego a título de anexión, lo que no implicó demasiados cambios. Los afrikáner eran parientes de los alemanes. Y todavía más duros de pelar. Nujoma se enfrentó al apartheid en Namibia mientras en la vieja Sudáfrica lo hacía Mandela. El namibio organizó la guerrilla en el exilio en tanto que desde la cárcel lo hacía el sudafricano. Nujoma era tan combativo como Mandela. E igual de conciliador. Pero Nujoma no era un mito universal. Y Mandela, sí. Esa diferencia ocultaba otras. La principal para los españoles, poco conocida por ellos, que el namibio mantenía una amistad más estrecha que el sudafricano con el Reino de España.

–¿De dónde viene esa relación?

–Soy amigo de Su Majestad. Él y España son siempre bienvenidos. Tenemos muchas inversiones españolas. Siempre estamos dispuestos a aumentar nuestra cooperación.

La entrevista se celebraba el 1 de diciembre de 1999 en la Casa de Estado de la capital namibia, la alemana Windhoek, donde Nujoma pasó de puntillas sobre su complicidad con el rey Juan Carlos y apresuradamente se centró en otros temas. El presidente namibio no lo contaba, pero su sintonía con el rey de España se remontaba a los años ochenta, cuando el entonces líder de la insurgencia namibia preparaba una gira por Latinoamérica para recabar en la ONU respaldo a su Organización Popular de África del Sudoeste (SWAPO). Alguien le dijo que su mejor tarjeta de visita sería una recomendación del soberano español. Viajó a Madrid, donde fue recibido en el Palacio de la Zarzuela. La toma de contacto fue tan cordial que Nujoma utilizó un avión que le prestó el monarca para

su gira latinoamericana. El presidente namibio y el soberano español después se habían cultivado. Namibia era desde la independencia uno de los lugares donde el rey practicaba su deporte favorito, la caza. Y Nujoma ofrecía a España la explotación poco menos que en exclusiva de los caladeros de su país, ricos en especies. Sobre todo, merluza.

Con más de 1.500 millones de dólares anuales, España era a finales de los noventa el primer inversor extranjero en Namibia. Media docena de empresas gallegas se habían implantado en la costa, encabezadas por Pescanova, cuya base en territorio namibio era Luderitz, una ciudad que parecía extraída de Baviera y trasladada a un entorno alucinógeno. Los alemanes la habían levantado entre las ardientes arenas del Namib, el desierto más antiguo, y las gélidas aguas atlánticas, a las que los rayos de un sol de justicia daban destellos metálicos. Iglesias, pastelerías y teatros germánicos causaban en esa escenografía una fuerte impresión de irrealidad. Luderitz había caído en la decadencia durante los últimos años de control sudafricano, cuando sólo la habitaban 3.000 personas. La llegada de los españoles le había dado nueva vida. Los barcos pesqueros y la industria conservera ofrecían empleo a miles de namibios. Una inmensa bandera rojigualda hondeaba en lo alto del consulado español, la guinda a un conjunto surreal.

–¿Qué le gusta de España?

–Muchas cosas. Soy aficionado a la comida española. La forma que tienen ustedes de freír el pescado es la mejor del mundo. Confío en que algún día se abra en mi país un restaurante español.

La entrevista tomó a continuación otros derroteros. Tras reformar de manera irregular la Constitución, Nujoma acababa de renovar con 70 años su mandato en las terceras elecciones democráticas, en las que había vencido a Ben Luenga, líder del Congreso de Demócratas, una escisión de la SWAPO. Después de 9 años en el poder, la gestión interna del presidente de Namibia frisaba el notable. Tras Eritrea, escindida en 1993 de Etiopía, Namibia era la más joven pero figuraba entre los países mas prósperos y estables de África.

Las coordenadas sociales y políticas eran similares a las

sudafricanas, a escala reducida. La minoría blanca estaba integrada por 100.000 afrikáner y alemanes que suponían el 6 por ciento del millón y medio de namibios. Los habitantes de origen europeo manejaban el comercio o eran terratenientes en un Estado que ofrecía tantas posibilidades como el sudafricano. El Namib contenía fabulosas reservas de uranio, diamantes, oro y, en menor cuantía, de minerales raros como tungteso y vanadio, cuya escasez los hacía aún más preciosos. Las posibilidades turísticas no tenían desperdicio. La luz austral cubría los paisajes del desierto de un manto extraterrenal. Swakopmund era un elegante balneario construido por los alemanes frente al océano. En la conocida como Costa de los Esqueletos se sucedía una colección inédita de mercantes que la furia del mar había varado en la playa. El parque natural de Etosha incluía todas las especies de la fauna continental. Y los himba de la inhóspita Kaokoland suponían una valiosa reliquia antropológica. Eran un subclan de los herero, la primera tribu que se alzó contra el káiser Guillermo II a fines del XIX, y que lo pagaron con sangre. Los himba continuaban en el neolítico. Hombres y mujeres vestían con taparrabos de los que colgaban cinturones de conchas y medallones de marfil. Se pintaban con manteca de vaca, estiércol y una arcilla ferrosa que daba a su cuerpo un inconfundible color ocre. Y que desprendía un olor francamente nauseabundo para los extranjeros y para los himba irresistiblemente seductor.

Namibia no se libraba de aterradores índices de sida, en eso tampoco se distinguía de Sudáfrica. Así como en el desigual reparto de los recursos. Un 70 por ciento de la población era pobre, principalmente en la región septentrional, la más poblada. Sin embargo, la violencia era casi desconocida. Unido a la reconciliación racial, ese factor constituía la joya de la gestión interior. En contrapartida, la política exterior era la asignatura pendiente.

Sam Nujoma había lanzado la insurgencia desde el sur, a partir de Ciudad del Cabo, a la que emigró de joven y de la que partió a Dar El Salam para fijar en la capital tanzana su cuartel. Pero pertenecía a los ovambo, originarios del norte de Namibia y mayoritarios en Angola. Esos lazos tribales habían forjado una alianza entre los movimientos de liberación de Namibia y Angola contra portugueses

y afrikáners. Nujoma era fiel aliado de Do Santos. Y adversario declarado de Savimbi. A fines del siglo XX permitía las operaciones del ejército angoleño contra la UNITA en Ovamboland, el país ovambo, fronterizo con la antigua colonia lusa. Además de en la franja del Caprivi, el talón de Aquiles de la ex posesión teutona.

Se trataba de una larga y estrecha cuña geográfica que planteaba una incógnita en el mapa. Nacía en el noreste de Namibia y se extendía longitudinalmente entre Zambia y Botsuana para finalizar, 500 kilómetros después, en Zimbabue. Era la compensación que los alemanes habían obtenido por renunciar en favor de los británicos a la isla de Zanzíbar, frente a Tanganika, en aquella época bajo control de Berlín y que los germanos habían pretendido unir con Namibia a través del Caprivi. La franja de terreno era seno de un grupo secesionista y había sido marco de fieros combates durante la guerra civil angoleña. Su existencia había obligado a Namibia a involucrarse en la primera guerra mundial africana en virtud del alistamiento con el régimen de Angola. El país de Nujoma participaba con 1.500 soldados en la lógica de bloques que el entramado de intereses tribales y financieros regionales dividía casi en dos al continente. Y en el que Sudáfrica intentaba interpretar el papel de árbitro. Una pretensión que explicaba también que Namibia hubiera entrado en el Congo, para marcar distancias con el gigante sudafricano. Windhoek no había logrado sustraerse de la influencia centrípeta que Pretoria seguía ejerciendo en África austral. Pero era el satélite más prometedor y, en esa medida, díscolo. Samuel Nujoma sentía necesidad imperiosa de afirmarse frente a Nelson Mandela.

–¿Por qué Namibia participa en la guerra del Congo?

–Por solidaridad. Defendemos la soberanía de un país africano frente a la injerencia exterior.

–Pero Namibia es el único país no fronterizo con el Congo que participa en una guerra en la que ninguno de los contendientes amenaza su territorio.

–No importa. Se trata de un asunto de principios.

El presidente namibio dio por finalizada la audiencia, mesándose la

barba.

No había despuntado el día cuando 600 soldados sudafricanos invadieron el 22 de septiembre de 1998 el Reino de Lesotho. Apoyados por helicópteros y tanques, sólo encontraron resistencia en la capital, la pequeña Maseru, donde los militares basuthos les hicieron frente en las calles. Tras algunos tiroteos, los soldados locales no pudieron mantener sus posiciones y a la caída de la tarde se refugiaron en las montañas que circundan la ciudad. Diez personas habían muerto de herida de bala cuando las fuerzas sudafricanas penetraron de noche en el Palacio Real para custodiar a Letsie III. El monarca, de 34 años, había sido descabalgado por sus fuerzas armadas, que apoyaban las denuncias de fraude presentadas por la oposición en las elecciones celebradas hacía cuatro meses. Pero el monarca apeló al Acuerdo de Defensa que unía a Lesotho con Sudáfrica en el ámbito de la Comunidad para el Desarrollo de África Meridional (SADC). Y pudo conservar el trono. La intervención fue la primera en el extranjero de la nueva Sudáfrica, no tenía precedentes desde que el ejército del apartheid campeara por la región. Por un momento pareció que volvían los viejos tiempos. “Vuestros afrikáner están de nuevo por aquí”, dijo por teléfono un opositor basutho a un periodista sudafricano. La ocupación no fue ordenada por el presidente Mandela, de visita en Estados Unidos, ni por el vicepresidente Mbeki, de viaje en Malasia. La responsabilidad recayó en el ministro de Interior y jefe de Estado en ejercicio, Buthelezi. El líder zulú cargó con todas las culpas.

El pretexto fue restablecer el orden constitucional en un país amigo, pero el motivo era más prosaico. Sudáfrica no estaba dispuesta a poner en riesgo el abastecimiento de agua de Johannesburgo. La rebelión en Lesotho era una espada de Damocles sobre la ciudad del dinero, que bebía del deshielo de las cumbres nevadas de una de las dos únicas monarquías del África negra.

El Estado basutho no era más grande que Bélgica, pero estaba tan poblado como el de la Benelux. Contaba con dos millones de súbditos distribuidos por aldeas en la cordillera del Drakensberg. Constituía un enclave rodeado por territorio sudafricano que existía gracias a un hábil líder tribal que a principios del XIX se había

proclamado rey de aquella sucesión de picos y valles. Y que tomó el nombre de Moshoeshoe, trascripción onomatopéyica del ruido que escuchó de la navaja del primer barbero que le rasuró, un sonido que se le quedó grabado en la mente. Moshoeshoe convenció a los británicos de la necesidad de preservar su soberanía, amenazada por los bóers. Sus sucesores habían mantenido luego la independencia, proclamada en 1966 bajo protectorado británico. Pero las coordenadas geográficas eran imposibles de sortear. Lesotho era mísero y sus pobladores no tenían otra salida que nutrir de mano de obra las minas de oro de Sudáfrica. Todos los productos que consumía eran importados del país vecino. La única producción local eran sombreros cónicos para protegerse del sol y mantas de diseño geométrico que aislaban de la intemperie. Tocados con esos sombreros y envueltos en esas mantas, jinetes que a lomos de caballo surcaban caminos pedregosos y con frecuencia nevados eran el icono de un reino cuya mayor riqueza era el agua. Ingentes cantidades de agua que se amansaban en presas antes bajar de las tierras altas para dar de beber a los habitantes del mesetario pulmón económico sudafricano. El ejército basutho pensaba utilizar esa carta para renegociar el resto de acuerdos con Sudáfrica. Fue derrotado en un pispás.

El poder del rey no tenía en apariencia límites en la otra monarquía al sur del Sáhara aunque no lo ejerciera siempre en solitario. A la muerte de un soberano, los notables de Suazilandia designaban a una de las esposas del fallecido para que fuera quien decidiera cuál de los hijos que había tenido con el monarca recibía la corona, un penacho de plumas. El cronista del reino, el doctor Matsebula, recordaba que la elegida solía nombrar al más joven de sus vástagos por ser probable que estuviese soltero y no hubiera caído todavía en las trampas del amor. Como a su predecesor, al nuevo rey se le atribuía un poder absoluto. Pero era su progenitora, la reina madre, quien gobernaba entre bambalinas en su niñez. A veces, también en su edad adulta.

El procedimiento fue diferente a la muerte de Sobhuza II, que expiró en 1982 tras un reinado de 60 años. El Liqoqo, consejo de nobles, eligió a una hija del difunto, Dzewile, como reina regente.

Pero las disputas en la familia real le hicieron cambiar de opinión y El Liqoqo sustituyó a Dzewile por Ntombi, una de las mujeres más jóvenes del antiguo rey, para que fuera la reina madre, la Gran Elefanta. Y Ntombi optó en 1984 por entregar el trono a su hijo Makhosetive, que no había cumplido los 14 años cuando en 1986 fue entronizado con el nombre de Mswati III.

El joven rey, que había estudiado en Sudáfrica y el Reino Unido, comenzó por coquetear con el multipartidismo. Intentó modernizar su reino, al hilo de su formación académica. Suprimió el Liqoqo, que consideraba arcaico. Pensó que llegaba la hora de insertar el reino suazi en la era contemporánea.

Nuevas intrigas palaciegas torcieron el proyecto. La corte obligó a Mswati III a dar marcha atrás para no perjudicar a sus miles de parientes. Sobuzha II había dejado 600 hijos, todos con título de príncipe o princesa, y que exigieron al monarca conservar el trato que les proporcionaba su origen. Apelaron a Ntombi, que como Gran Elefanta tenía su propia residencia, donde descansaba el otro polo del curioso sistema dual. En el recinto de la reina madre tenía su sede el ejército. Todo el que encontrara allí refugio estaba a salvo de la justicia del rey. Pronto se reinstauró el antiguo orden.

Mswati III era el último monarca de la dinastía Dlimi, fundada por Sobuzha I, coetáneo de Moshoshoe. Igual que el basutho, el suazi se había amparado en los británicos apelando al peligro que suponía un común enemigo, en este caso el conquistador zulú Shaka. Pero la situación geográfica de Suazilandia era aún más complicada que la de Lesotho. Se trataba del país más pequeño de África meridional, tenía casi la mitad de extensión y de población que Lesotho, y debía tener en cuenta a dos vecinos, lindaba al oeste con Sudáfrica y al este con Mozambique. Durante décadas, había sobrevivido entre el régimen segregacionista sudafricano y el marxista-leninista mozambiqueño, enfrentados entre sí. Una vez que Sudáfrica y Mozambique habían dado por concluido su encono y adoptado la democracia, Suazilandia mostraba sus primeras grietas.

El anacronismo del país era el espejo de su soberano. Mswati III era un monarca en el que los productores de Hollywood podrían haberse inspirado para el guión de esas películas sobre reyes africanos que se visten con pieles de animales cuando regresan a su

reino, tras haberse paseado con traje y corbata, o camiseta y gorrilla, durante una estancia en Nueva York.

Mswati III tenía mentalidad abierta. Era aficionado a la música pop, en particular a las canciones del grupo británico Dire Straits. Se había esforzado por hacer de la reserva espiritual suazi, el valle de Ezulwini, "el valle del Paraíso", un destino turístico de primera categoría. Para satisfacer las necesidades de despilfarro de los blancos sudafricanos, sus principales clientes, el rey había transformado el valle del Paraíso en una sucesión de campos de golf, casinos, hoteles y tiendas de lujo imposibles de encontrar en la capital, la pálida Mbabane. Pero el monarca se prestaba al juego de la tradición con el mismo ahínco. En charlas privadas con occidentales daba a entender que no creía en la facultad que le atribuía su pueblo de provocar la lluvia, aunque en público recurriera cuando fuera necesario a esa superstición. Y respetaba la costumbre poligámica de sus ancestros. Con menos de 30 años, Mswati III tenía seis esposas a mediados de los noventa. A algunas las había conocido en la fiesta del Mhlanga, la danza del Reed. Se celebraba en primavera y era la cita más esperada por las jóvenes suazis, su presentación en sociedad. Miles acudían de todo el reino para bailar con los pechos al aire ante el rey, con la esperanza de que el soberano las eligiera como esposa y convirtiera en la próxima reina madre, la Gran Elefanta.

Lesotho era la patria de los basuthos, Suazilandia la de los suazis, y Botsuana compartía con las dos monarquías negras el que la tribu mayoritaria, los suanas, diera nombre al país. En África no hay más casos de ese tipo.

Botsuana limitaba asimismo con Sudáfrica, de la que dependía económicamente, y como Lesotho y Suazilandia había apelado a la tutela británica para escapar a las ansias anexionistas del Gobierno de Pretoria. Pero frente a los regímenes feudales bashuto y suazi, era una de las raras repúblicas continentales en que el sistema democrático había funcionado sin sobresaltos desde 1966, año de la independencia.

Veinte veces mayor que el basutho y casi cuarenta más extenso que

el suazi, el territorio botsuano era básicamente desértico. Tres cuartas partes del suelo estaban ocupadas por el desierto del Kalahari, que se extendía también por Sudáfrica y Namibia. La región fértil y poblada alcanzaba a su vertiente oriental, articulada por la antigua línea férrea que unía Sudáfrica y Zimbabue. La capital, la insulsa Gaborone, y la segunda ciudad, Francistown, se localizaban en esa zona, donde había pueblos bien ordenados, con casas pintadas primorosamente y supermercados en que se vendían productos de buena manufactura. En su pulcro diseño Botsuana se parecía más a Namibia que a Lesotho y Suazilandia, aunque nunca había estado incorporada a Sudáfrica pese a que en la época colonial fue administrada desde Makifeng, la capital del bantustán de Bophutatsuana.

Al igual que Namibia y Sudáfrica, Botsuana era rica en recursos naturales. Sus diamantes pasaban por ser más puros que los de sus vecinos. Y el delta interior del río Okavango y el parque de Chobe albergaban santuarios de vida animal donde los turistas pagaban más dólares por horas de descanso y recreo que en Etosha. Lo fascinante del país se encontraba, no obstante, en el plano y enorme el Kalahari, al oeste, y que escondía un tesoro humano que por siglos había intrigado a los antropólogos, que lo habían exhibido vivo y muerto. El caso más escandaloso era el de una localidad catalana, Bañoles, en cuyo museo se expuso durante décadas el conocido como “El Negro de Bañoles”. Se trataba de un bosquimano disecado y exhibido en actitud guerrera que, obviamente, no era de Bañoles, ni tampoco negro, sino amarillo. Incluso nadie podía demostrar que procediera exactamente de Botsuana. Pero fue a Botsuana, en cuya parte del Kalahari subsistía la mayoría de los últimos bosquimanos, adonde fueron enviados el 4 de octubre de 2000 los restos de El Negro de Bañoles, en medio de una pomposa ceremonia que tuvo resonancia universal y se interpretó como un histórico resarcimiento a África. Por un día, el país suana fue patria de sus ciudadanos de segunda clase, los bosquimanos.

La historia de El Negro de Bañoles se inició en 1830, al profanar un grupo de exploradores europeos la tumba de un bosquimano en un lugar no determinado del Kalahari. El motivo, realizar “estudios

científicos” en los despojos de una “especie humana” que se consideraba más extraña que la negra. Se sabía que los bosquimanos, que no llegaban al metro sesenta de estatura y tenían los ojos rasgados y la piel amarilla, habían sido los pobladores originarios de África austral, donde la llegada de las tribus bantúes les había arrinconado en el desierto. Eran cazadores y recolectores, no habían descubierto la ganadería ni la agricultura, lo que les situaba en un escalón de la evolución inferior al de los bantúes, entre los que no habían logrado integrarse, lo que despertó la curiosidad de los científicos del siglo de las luces, decididos a investigar la anatomía de quienes, como los pigmeos de África central, semejaban un eslabón perdido entre los monos y los hombres. Con el pretexto de permitir el desarrollo de la ciencia antropológica, y de que quedara testimonio de una raza en peligro de extinción, el cadáver desenterrado en el Kalahari fue trasladado a Europa. Dio a parar a París, donde fue disecado por los hermanos Verraux, taxidermistas franceses. El naturalista catalán Francesc Darder adquiriría la momia para añadirla a su colección de “objetos raros”. Poco antes de morir en 1916, Darder la donó junto al resto de su colección a la ciudad de Bañoles, en la que se creó un museo con el nombre del mecenas y en la que el bosquimano disecado por los hermanos Verraux era la mayor atracción. Hasta que poco antes de las Olimpiadas de 1992 de Barcelona se desató la controversia. Bañoles iba a ser sede olímpica y se reparó en la injuria de que en la ciudad se mostrara como “un animal” lo que con el transcurso del tiempo había pasado a considerarse como “un hombre”. Saltaron las alarmas del Gobierno de Madrid, que se puso en contacto con la OUA en la búsqueda de fórmulas para remediar la situación. Y la OUA propuso que los restos de El Negro de Bañoles fueran enviados a Botsuana, el país con más bosquimanos, para recibir sepultura cristiana. A los 170 años de su exhumación, El Negro –en castellano, tal como suena– aterrizaba en Gaborone en un avión alquilado en Johannesburgo, a la que los restos habían llegado en un vuelo de Iberia procedente de Madrid.

“Estamos convencidos de que este traslado arregla una de las mayores injusticias de la historia”, me comentó el ministro botsuano de Exteriores, Mompati Meraphe, al concluir su alocución en el atestado aeropuerto de la capital botsuana, donde El Negro fue recibido con honores de héroe nacional.

Después del recibimiento, la carcasa fue expuesta en el Ayuntamiento de la ciudad, donde estalló una segunda polémica porque el engendro que se exhibía en el museo Darder había sido desmantelado, lo que causó el enfado de los miles de botsuanos que se alineaban ante el consejo municipal con el anhelo de ver a El Negro pero en pie, en actitud guerrera. Para su decepción, a través de una rendija abierta en la caja mortuoria, cubierta por un cristal, vislumbraban un montoncillo de huesos.

"¿Qué han hecho con la piel?, ¿por qué se la han quitado?, ¿por qué no ha venido con ella?", se preguntó Harris Nkacha, funcionario de 44 años. "Lo que hicieron los blancos con El Negro estuvo mal. Pero una vez hecho lo hecho, a los muertos hay que dejarlos en paz", comentó. Tebogo Chetantcha, mecánico de 30 años, fue más allá: "No comprendo por qué se lo llevaron de África, pero más difícil es que me entre en la cabeza el que alguien quisiera comprarlo y que, al final, llegue en este estado", dijo. "Lo que quisiera saber es lo que se han embolsado los europeos con El Negro, porque sé que en Europa cobraban una entrada por ir a verlo", apuntó Payero Moumba, de 21 años y estudiante. A Moumba los restos le habían dado una "idea". "Lo que debemos hacer los africanos es ir a Europa, coger un blanco, disecarlo y exponerlo en África para ganar también nosotros un poco de dinero", discurrió.

El Negro fue enterrado al día siguiente en un parque público de Gaborone. A la ceremonia acudió el Gobierno, la elite local y el cuerpo diplomático acreditado en la capital botsuana. Hubo discursos y un rosario de oraciones fúnebres. El obispo apostólico Peterson Bothongo pronunció un responso. El ministro Meraphe se explayó sobre la trascendencia del suceso. "No sabemos con exactitud quién era ni de dónde procedía, si de Botsuana o de algún otro país de la región, pero lo importante es que un hijo de África ha vuelto a su tierra", disertó. Concluyó: "Todos los hombres de buena voluntad deben estar contentos de que El Negro haya vuelto al continente que le vio nacer y es la cuna de la humanidad".

Ningún orador reveló lo que todos esperaban escuchar, quién había desmontado a El Negro, el culpable de su última afrenta.

El embajador español en Namibia, concurrente en Botsuana, Eduardo Garrigues, anotó que el Gobierno de Gaborone había

pedido que el cadáver se desarmara en España. El ministro Meraphe aseguró que su país no había sido consultado para la manipulación. España y Botsuana tenían motivos para desmantelar los restos. Lo cierto es que a ninguno de los dos Estados le interesaba que El Negro regresara con su esperpéntico ademán de Bañoles.

Lo exhibido en el museo catalán era un monigote. Los hermanos Verraux acentuaron los rasgos bestiales del rostro, agrandaron el volumen de la cabeza, oscurecieron la piel para subrayar el origen africano del cadáver, que antes que otra reacción causaba era hilaridad. El Gobierno de Madrid temía que al devolver a El Negro en ese estado arreciaran las críticas por permitir la exhibición en semejantes condiciones de un cuerpo humano. Pero también le incomodaba al Gobierno de Gaborone. El "problema bosquimano" era la principal preocupación del Estado de Botsuana. Más de 35.000 de los últimos 50.000 bosquimanos del Kalahari vivían en el interior de las fronteras del país, donde sufrían persecución. El presidente Quet Ketumile Masire –que en 1980 había sucedido al padre de la independencia, Seretse Khama–, practicaba la política de reducirlos a reservas. A los bosquimanos se les privaba del solo derecho que conservaban, moverse en libertad como habían hecho durante milenios. La causa era el descubrimiento de diamantes en el Kalahari. Un hallazgo que había permitido que Botsuana fuera en 1986 el segundo país con mayor crecimiento del mundo en tanto que el decline del rand sudafricano al final del apartheid hacía de la moneda local, la pula, que significa "que llueva", la más fuerte de África. Openheimer, que tenía contratado el negocio de las piedras preciosas del Kalahari, presionaba para expulsar a los bosquimanos de sus refugios, en los que la firma sudafricana esperaba encontrar más diamantes. Sólo 2.000 bosquimanos seguían viviendo de la caza y la recolección. El resto había caído en el alcoholismo o, como los pigmeos, deambulaba alrededor de los hoteles, donde organizaban para los turistas simulacros de ceremonias y pintaban en huevos de avestruz las estilizadas figuras que aparecían labradas en piedra en distintos puntos de África austral y demostraban que la región había sido suya en una época sin memoria.

Los Gobiernos de España y Botsuana no tuvieron, por tanto, ningún reparo en aprovechar el regreso de El Negro para taparse, uno al otro, las vergüenzas.

## Capítulo 21: LA REINA SOFÍA Y EL AIRE DE LA LIBERTAD

“Mañana sentiré en mi piel el aire de la libertad”. Cualquiera hubiera podido pronunciar esa frase la víspera de descubrir la mayor reserva animal de África. “Mañana sentiré en mi piel el aire de la libertad”, dijo la reina de España en la cena que el presidente de Tanzania, Benjamín Mkapa, le ofreció en la Casa de Estado de Dar Es Salam la noche anterior a que la soberana conociera el parque natural del Serengueti. “¿Os habéis fijado en lo que ha dicho la reina?”, preguntó a los periodistas en tono malicioso uno de sus asesores militares. La frase era inocua. Pero adquiría sentido dispar en labios de alguien que viajaba lejos de su familia y sus obligaciones cotidianas. Sobre todo, tratándose de una reina.

La reina Sofía cumplió su deseo. Con un pañuelo en la cabeza y una cámara fotográfica en las manos, visitó en abril de 1998 la famosa reserva animal del norte tanzano. Le fascinó un guepardo que se erguía solitario y desafiante sobre una roca en medio de la sabana. Disparó instantáneas a un grupo de ñus que vadeaban en estampida un río. Avistó desde el avión las nieves del Kilimanjaro. Y sobrevoló el Ngorongo, en país masai y cráter convertido en vergel donde cientos de jirafas y cebras pacían bajo el acecho de manadas de leones sentados sobre sus cuartos traseros a la espera del momento propicio de lanzarse sobre su presa.

La reina de España se declaró “subyugada” por la belleza de África. Y horrorizada por otro espectáculo que había contemplado antes de aventurarse por el parque del Serengueti.

En el noreste de Tanzania, la reina Sofía también había sido testigo de lo que calificó de “drama del género humano”. En el campamento de Lokule comprobó cómo se hacinaban miles de refugiados hutus que habían huido del poder tutsi de Bujumbura, la capital burundesa. La guerra Burundi era una reedición del genocidio de 1994 en Ruanda, a distinto ritmo. Las masacres en los dos países se iniciaron al tiempo, con el asesinato del presidente burundés Ndadaye en el atentado que segó la vida de su colega

ruandés Habyarimana. Pero si en Ruanda las matanzas fueron de gran magnitud en un corto espacio de tiempo, en Burundi continuaban un lustro después, en un lento e inexorable goteo con los mismos protagonistas que en la nación melliza, la mayoría hutu y la minoría tutsi.

“Es horrible cómo viven los refugiados, horrible”, comentó la reina Sofía, quien afirmó que con su visita quería que “los desplazados sepan que no están solos”. “Aunque –admitió– sólo sea una gota en la inmensidad del océano”.

Entre la reserva natural del Serengueti y el campamento de refugiados de Lokule el viaje de la soberana adquirió su verdadera dimensión. La reina de España atisbó el envés y el revés de un destino que el padre de la independencia de Tanzania, Julius Nyerere, había intentado compaginar con un idealismo únicamente comparable al de Nkrumah y Mandela.

Nacido en 1922 en el poblado de Butiama, cerca del lago Victoria, Nyerere había estudiado en la Universidad Makerere, en Kampala, y el centro de educación superior más prestigioso de África oriental. Como otros patriarcas del panafricanismo, tenía vocación docente y estaba influido por su formación cristiana. Político y escritor, se había inspirado en la rebelión mayi mayi, germen nacionalista de principios de siglo, lo que no impedía que se preocupara por divulgar entre la población nativa las obras literarias e ideológicas de la cultura europea. Tradujo al suahili, su lengua materna, El mercader de Venecia y Julio César, de William Shakespeare. Y escribió tratados doctrinarios con el título de Libertad y unidad, y Libertad y socialismo. Como muchos de su generación, pensó que la ideología de Carl Marx era la más honesta para gobernar su país, el mayor y más pobre de la región y del que se proclamó presidente en 1961 con la independencia. Tanganika, “tierras áridas”, era una colonia alemana de casi un millón de kilómetros cuadrados en los que no había más recurso que la agricultura. Se extendía al sur de Kenia, en torno a una gran altiplanicie, limitada por el valle del Rift y el Índico.

Nyerere, cuyo rostro transmitía bondad inequívoca, fallecería en

octubre de 1999, a los 14 años de dimitir. La dependencia del extranjero y ciertos reflejos autoritarios habían conducido al fracaso de las ujamaa, comunidades rurales que intentó adaptar al mercado socialista. “No he podido cumplir mi misión de terminar con la pobreza, el hambre y las enfermedades. No puedo seguir gobernando un país que tiene que mendigar la comida”, reconoció. Pero cuando murió Nyerere seguía siendo una de las voces más respetadas de África. Un millón de personas le rindió tributo en unas exequias que dieron lugar a multitudinarias manifestaciones de luto de sus admiradores, muchos dentro y fuera de Tanzania. Durante su mandato, había transformado en un nido revolucionario la abigarrada Dar Es Salam, un pequeño puerto pesquero. Amparó la lucha contra la Uganda de Idi Amin y el Mozambique colonial luso, abanderó la resistencia exterior contra la Sudáfrica racista. Entre otros, Museveni, Machel, Nujoma y Kabila habían establecido en la capital tanzana su cuartel general antes del asalto al poder en sus países. Nyerere era un referente para la nueva generación de líderes africanos. “África ha perdido a un gran estadista y a un humilde servidor de su pueblo”, afirmó en las honras fúnebres el presidente ghanés Rawlings, el primero de la nueva hornada de dirigentes patrocinados por Estados Unidos. Nyerere, El Mualimo, El Maestro, era sinónimo de emancipación continental. Su muerte dejó antes que a nadie huérfana a Tanzania, su propia invención.

Tres años después de conducir a Tanganika a la soberanía, El Maestro había logrado que la antigua colonia alemana se uniera en 1964 al archipiélago de Zanzíbar, un sultanato árabe bajo protectorado británico situado frente a las costas de Bagamoyo, al norte de Dar Es Salam. Nyerere se alió con el líder zanzibarí Abeid Karume, también panafricanista y que había derrocado pese a la salvaguardia británica al sultán Jamish Ben Abdullah. Nyerere y Karume fusionaron sus organizaciones políticas, la Unión Nacional de Tanganika (TANU) y el Partido Afro-Shirazi (APS), para fundar el Chama Cha Mapinduzi, el Partido de la Revolución, la formación estatal de un país cuyo nombre, Tanzania, mezclaba el de las dos partes que lo formaban, que conservaron una autonomía formal. Y que pese a su unión institucional eran agua y aceite. Con historias diametralmente diferentes, las poblaciones de Tanganika y Zanzíbar habían mantenido una relación de sometimiento. Un cuarto de siglo después de integrarse en una sola nación, seguían contemplándose

con recelo, la fusión había cambiado las tornas, los herederos de los esclavistas de Zanzíbar dependían políticamente de los descendientes de sus esclavos de Tanganika. Nyerere nunca había logrado resolver la ecuación pese a que en 1985 dejó el Gobierno a Ali Hasan Mwindi, presidente del Gobierno autónomo de Zanzíbar, y cuya sustitución por Mkapa había agravado el problema. El anfitrión de la reina Sofía fue elegido en las primeras elecciones democráticas en 1995, tachadas de fraudulentas en Zanzíbar. Mkapa no era querido en el archipiélago. Los zanzibaríes continuaban sin apreciar el aire de la libertad que soplaba en el continente y tanto había disfrutado la reina de España. El color de la piel de la mayoría de ellos era diferente al de la reina Sofía, pero también al de su presidente, cuya Casa de Estado, un imponente edificio colonial orientado al Índico, distaba en barco apenas hora y media de las islas.

“Soy africano, pero un africano distinto”. El profesor Abdul Sherif, de 60 años, hablaba con conocimiento de causa. Por sus venas no corría una gota de sangre bantú. Hacía cuatro generaciones que sus antecesores habían emigrado de la India y sólo habían emparentado con gente de su origen étnico, pese a que una vez establecidos en Zanzíbar habían roto los lazos con el subcontinente indio, 3.000 kilómetros al este. Responsable de los museos del archipiélago y máxima autoridad de la historia zanzibarí, Abdul Sherif tenía razones, por tanto, para sentirse africano. Pero, como decía, un “africano distinto”. “Primero –precisaba– me siento suahili”.

“Cuando voy a ciudades suahili del continente, como Mombasa, me siento como en casa, pero no es lo mismo cuando voy a Dar Es Salam”, me explicó tomando café en la piscina del Hotel Serena, en el extremo occidental de la Ciudad de Piedra, la vieja ciudadela zanzibarí. El hotel mezclaba en su decoración estilos africanos, hindúes, árabes, persas y europeos. El Serena suponía un depurado ejemplo suahili, una cultura basada en un idioma bantú con insertos árabes y que a partir de Zanzíbar y el litoral de Kenia y Tanzania se extendía por el este de África hasta la región de los Grandes Lagos.

Con metodología de estudioso, Abdul Sherif desgranó la historia de las islas. Relató que comerciantes persas de la ciudad de Shiraz, en

el sur de Irán, fueron los primeros en llegar, traídos en el primer milenio por los vientos del océano. Después lo harían árabes de Yemen y de Omán, cuyo sultán estableció en el siglo XIX en el archipiélago la base comercial de su riqueza, la trata de esclavos. 50.000 se llegaron a vender anualmente en los mercados zanzibaríes. Los omaníes iban a buscar la mercancía humana al interior de África, a los lagos Victoria, Tanganika y Malaui, para repartirla por la península Arábiga y Oriente Próximo. Las rutas esclavistas fueron recorridas por Livingston y Stanley, que utilizaron Zanzíbar como punto de partida de sus exploraciones continentales. Otro tráfico, el de especies y marfil, atrajo por último a la emigración india. El archipiélago se transformó en plataforma de todo aquel que pretendiera explotar África oriental.

El resultado era una población genuinamente diversa. Había zanzibaríes negros como el ébano, blancos como indoeuropeos, bronces como hindúes, mulatos que mezclaban esos colores y alguno más. Los hijos más celebres de Zanzíbar habían sido el reputado esclavista Tipu Tip, africano de origen omaní cuyo poderío financiero adquirió tintes de leyenda en Europa, y el cantante Freddy Mercury, de ascendencia paquistaní, que alcanzó éxito en Londres como líder del grupo Queen y murió de sida. Pero tras haber sido conocida por el comercio de especies, marfil y esclavos, además de por sus naturales ilustres, Zanzíbar había adquirido a finales del XX renombre por otro motivo. El ascenso del integrismo islámico era empleado por el poder político de Dar es Salam para denunciar la radicalidad religiosa que imperaba en las islas. Las muchachas con chador que paseaban por la Ciudad de Piedra –de puertas de madera laboriosa y delicadamente trabajada que jalonaban un dédalo de noble arquitectura mestiza– tenían pocas homónimas en Tanganika aun cuando Abdul Sharif sostuviera que “el elemento religioso no es decisivo en nuestra idiosincrasia”. “Nuestra identidad –insistía– está relacionada con la amalgama de civilizaciones”.

La tensión se había reflejado en las primeras elecciones por sufragio universal, que según los datos oficiales Mkapa ganó por 1.500 votos en Zanzíbar. En la siguiente cita a las urnas, las legislativas de octubre de 2000, el partido autonomista, el Frente Cívico Unido (FCU), anunció que pediría el ingreso de las islas en la Organización

de la Conferencia Islámica (OCI) cuando se proclamara su victoria, que daba por segura. El FCU advertía que no consentiría un nuevo pucherazo. Pero en las primeras elecciones tras la muerte de Nyerere, el recuento oficial dio en Zanzíbar un triunfo amplio del partido de Mkapa. Se produjeron algaradas en Pemba, la segunda mayor isla del archipiélago, feudo secesionista y donde la policía abrió fuego contra decenas de personas en una jornada luctuosa que no apartó a los zanzibaríes de su sino.

Fatma Yusuf, de 31 años y que trabajaba en la industria de la restauración, se enorgullecía ese día de su árbol genealógico, ajena al combate independentista. Afirmaba que su bisabuela era una esclava de Malaui y su bisabuelo un noble de Omán, que su abuela contrajo nupcias con un comerciante de la India, y que su madre lo había hecho con un muzungu, un blanco. “El resultado por ahora es éste”, apuntó, frotándose el brazo para que reluciera su piel, bien curtida. Con una sonrisa, adelantó: “Pero este color puede ser aún mejor. Me quiero casar”.

“Majestad, ése es nuestro enemigo”, escuchó la reina de España cuando se disponía a aplicarse sobre el microscopio. “Ése es nuestro enemigo… y es el peor de los enemigos”, le dijeron cuando comenzaba a enfrascarse en el aparato. “Es el peor de los enemigos… porque es el enemigo que no se ve”, le advirtieron en el momento en que ella, todo ojos y todo oídos, discernía en la prueba microscópica un germen mortal.

La reina Sofía cumplía en el dispensario de Manique, en las afueras de Maputo, la segunda y última escala de su primer viaje en solitario por África como soberana. Quien le hablaba sobre el virus asesino era Manuel Elkin Patarroyo, científico hispano-colombiano que le explicaba los esfuerzos españoles por encontrar una vacuna contra la malaria en ese centro médico. Tras la de Tanzania, la estancia de la reina en Mozambique estaba centrada en supervisar los esfuerzos de la cooperación española por aliviar la carga dejada por 25 años de años de guerra y posguerra. En España estaban convencidos de que la penetración en las antiguas posesiones portuguesas era más fácil que en las británicas y francesas, lo que explicaba su generosidad. Aparte de la similitud del portugués y el

castellano, Mozambique y Angola no contaban con ex metrópolis ricas, como París y Londres, que les cubriera las espaldas. Lisboa podía destinar fondos restringidos a sus antiguas posesiones continentales. Y Madrid, que estaba dispuesta a llenar ese vacío, tenía en la búsqueda de una vacuna contra la malaria el proyecto emblemático de su cooperación en Mozambique. Más de un millón de personas morían al año en el mundo de la enfermedad, que transmitía la hembra del mosquito Anopheles y disfrutaba en la ex posesión lusa de uno de sus caldos de cultivo africanos. La malaria era una de las plagas que devastaban un país donde la libertad había traído consigo varios castigos bíblicos.

Más pobre que Angola, Mozambique no había evitado la suerte de la ex colonia hermana. En Angola la independencia fue el detonante de la guerra civil entre el MPLA y UNITA, en Mozambique, de un cruento conflicto entre el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) y la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO). La vieja Sudáfrica había movido los hilos de ambas guerras porque los movimientos mayoritarios en los antiguos dominios portuguesas combatían el apartheid.

En Mozambique la guerra civil había acabado antes que en Angola. En 1990, año de la caída del muro de Berlín y de la liberación de Mandela, el FRELIMO y la RENAMO habían firmado un armisticio. Pero el lastre dejado por catorce años de conflagración era omnipresente. El país carecía de servicios básicos, las infraestructuras continuaban paralizadas. La salida con la independencia de 50.000 portugueses había desprovisto a Mozambique de cuadros especializados. Como en Tanzania, no había materias primas.

El panorama más desolador se divisaba en el norte, fronterizo con Tanzania y la región en que nació la lucha contra los portugueses antes de convertirse en bastión de la RENAMO. Las carreteras de la zona eran impracticables por su abandono. Los puentes habían sido dinamitados, los hospitales permanecían en ruinas. La isla de Mozambique, joya de la arquitectura colonial lusa, era fantasmal. El puerto de Beira, situado en medio de los 2.000 kilómetros de costa, registraba una actividad bajo mínimos. En Maputo, en el extremo meridional del país y la Lourenco Marques de los lusos, la basura se

amontaba en las esquinas de una ciudad cuya vida nocturna había llegado a competir con la de Río de Janeiro.

El presidente Joaquim Chissano afrontaba la debacle con astucia. Ex marxista, había perdido su ideología y acabó por aceptar el nuevo orden internacional. Chissano había abandonado la economía estatal en sucesivos congresos del FRELIMO, y se prestaba al juego democrático tras la conversión de la RENAMO, de Afonso Dlakhama, en partido político. El líder mozambiqueño combinaba la cooperación portuguesa con la española, sin olvidar la sudafricana. Miles de blancos sudafricanos se habían establecido en Maputo, donde sus inversiones impulsaban el desarrollo. Sustituían a los portugueses instalados en Sudáfrica tras la independencia. Afortunadamente para Chissano, perilla cuidada y mirada profunda, tenía a Graca Machel para cimentar la amistad con el vecino. La tercera mujer de Mandela era el símbolo de los nuevos vínculos que unían a Mozambique y Sudáfrica.

Graca continuaba siendo un símbolo de la lucha anticolonial. Pese a su boda con Mandela, que decía que al conocerla “he vuelto a florecer de amor a los 79 años”, conservaba el apellido de su primer esposo. En Mozambique no se hubiera entendido que la viuda de Samora Machel –que murió al abatir su avión las fuerzas de la vieja Sudáfrica, ironías del destino– hubiera renunciado al nombre del padre de la emancipación, lo que Mandela respetaba. Se estaba construyendo con Graca una casa en Polana, el barrio elegante de Maputo. La complicidad entre los dos se había trasladado a sus países, la ex colonia portuguesa iba camino de convertirse en el nuevo satélite sudafricano. Algo que daba alas a la ingeniosa prensa blanca de Johannesburgo para hacer chistes. El día de los santos inocentes, el periódico Star, que se edita en la ciudad del dinero, publicó en primera página que Sudáfrica había comprado Mozambique por algunos miles de dólares. Más de un lector lo creyó .

Lo ambiguo de la estrecha colaboración entre los regímenes democráticos de Maputo y Pretoria tuvo su consagración en el último desastre humano que jalonó la historia de Mozambique en el siglo que estaba a punto de concluir. Los equipos de auxilio sudafricanos fueron los primeros en movilizarse para auxiliar a la

población mozambiqueña por las dantescas inundaciones de febrero de 2000. Treinta mil personas se ahogaron por avalanchas de agua que anegaron cientos de kilómetros cuadrados. Hubo supervivientes que pasaron una semana sin comida en las copas de los árboles antes de ser rescatados por helicópteros sudafricanos. La furia natural se cebaba en Mozambique por si no fuera suficiente la mano humana, que no faltó, por añadidura, en la catástrofe.

Había llovido mucho. Pero las riadas se produjeron de manera repentina, no fueron el resultado de un proceso gradual. Fotografías aéreas mostraban las inabarcables extensiones de agua que habían convertido los valles de los ríos Save y Limpopo en una prolongación del Índico. “Esto no es posible de un día para otro, este agua no es de lluvia”, denunciaron responsables de grupos humanitarios. El Save y el Limpopo nacían en Sudáfrica y Zimbabue, y fue la apertura de las compresas de los pantanos en esos países lo que provocó las inundaciones. Los embalses estaban a rebosar por las lluvias, y los Gobiernos sudafricanos y zimbabuo dieron salida a las reservas, que se extendieron por los tramos mozambiqueños de los ríos en su búsqueda desesperada del océano. Las autoridades de Harare y Pretoria aseguraban que avisaron a las de Maputo para se preparaban a recibir torrenciales cantidades de agua desde sus fronteras.

A los pocos días, cuando salió otra vez el sol, cobró sentido el aserto de Mía Couto. Esa autora decía que Mozambique es “el octavo color del arco iris”, una manera poética de explicar la belleza secreta de su país. “Sólo en el breve instante de lluvia todo el arco iris se torna visible, el resto del tiempo vemos el octavo color del arco iris, el único que realmente no existe”.

“Sofía bonita, Sofía bonita”. Decenas de mujeres llevaban varios minutos coreando ese estribillo en la sede del proyecto Flores con Futuro, a pocos kilómetros de Maputo. La reina de España concluía el periplo africano en que había tomado contacto con la belleza salvaje de Tanzania, el drama de los refugiados de Burundi, el virus de la malaria en Mozambique. Y lo hacía en un lugar donde un grupo de españolas, entre las que figuraba Sonsoles Suárez, hija menor de Adolfo Suárez, instruían a cientos de mozambiqueñas a

salir adelante con el cultivo de flores. El estribillo “Sofía bonita, Sofía bonita” había comenzado como un susurro. Pero creció como una marea cuando las mujeres de todas las edades que lo cantaban empezaron también a mover de manera acompasada las caderas y a dar palmas. Una de ellas cogió de la mano a la reina de España para que se sumara al balanceo colectivo. La reina Sofía se ruborizó. Pero después sonrió, miró cómo lo hacían las otras, adelantó la pierna izquierda, luego la derecha, se ató un pañuelo en la cintura y se unió al resto para sentir en la piel el aire de la libertad.

## Capítulo 22: EL LEGADO DEL REY SALOMÓN: UNA MUERTE SILENCIOSA

El estrecho de Adén separa continentes y sella civilizaciones. Al norte queda la península Arábiga, al sur el cuerno de África, y la arqueología demuestra que fue surcado por el hombre desde tiempos primordiales. Y que una de las primeras travesías pudo hacerla una mujer, no otra que la reina de Saba, quien en el primer milenio antes de Cristo y desde Yemen, su país natal, habría llevado consigo al noreste de África el acerbo cultural del Oriente Próximo.

Hasta ahí, la reconstrucción que permite el hallazgo de alfabeto y arquitectura sabea, y el recuerdo de la soberana, a ambos lados del estrecho de Adén. En la orilla meridional del brazo de mar persiste una tradición que contradice, sin embargo, ese relato. Según una versión que no se resigna a morir, la reina de Saba no nació en la península Arábiga, sino en el cuerno de África. Su cuna habría sido la de los primeros homínidos, un país de tajos profundos y altas montañas donde las temperaturas extremas se suman a la topografía para forjar una fortaleza natural casi inexpugnable, Abisinia.

De acuerdo con esa tradición, un mercader de nombre Tamarim habló a la reina de Saba de la riqueza y sabiduría del rey Salomón. Por lo que la soberana decidió visitarle en Jerusalén, aunque testimonios no más seguros apuntan a que fue Salomón quien se desplazó a Abisinia a fin de comprobar la legendaria belleza de la de Saba. Sea cual fuere el escenario del encuentro, la tradición da por cierto que el rey Salomón y la reina de Saba tuvieron amores. Y que de su pasión nació un niño que su madre llamó Menelik, quien de joven viajó a su vez a Jerusalén en busca del reconocimiento de su padre. Que lo lograra o no es otro enigma, pero la tradición asegura que lo hizo y que rechazó la oferta de su progenitor de ungirle príncipe de los judíos. También establece que Azarías, compañero de Menelik, aprovechó el viaje para robar del Templo de Jerusalén y trasladar a Abisinia la urna donde los hebreos conservaban las Tablas de la Ley. A partir de ese momento la posesión del arca sería para los abisinios la prueba irrefutable de

que eran el pueblo elegido por el Dios del Antiguo Testamento.

La convicción popular cuajó en el siglo IV, con la llegada del cristianismo. En vida del rey Ezana, Abisinia fue el primer país al sur del Sáhara donde arraigó la nueva fe. Los abisinios se impregnaron de un cristianismo de acusada influencia hebrea. Y con su religión por bandera expandieron su dominio por territorios con dimensión de imperio. Hasta el punto de que Abisinia llegó a conocerse con el nombre de Etiopía, como griegos y romanos nombraban lo que estaba al sur del Nilo.

Embuidos de legitimidad bíblica, los descendientes de Menelik conquistaron en el siglo IV el Kush, donde apagaron el último fulgor de la cultura faraónica, que resplandecía en Meroe, entre la quinta y sexta catarata del gran río, en el actual Sudán. Uno de ellos, Lalibela, labró en el siglo XII asombrosas iglesias rupestres en el corazón rocoso de su reino. Otro, Suseinios, fue asesorado en el XVII por el misionero español Pedro Páez en la construcción de un palacio flamboyante cerca del lago Tana, que nutre el Nilo azul. Fasilidas y su hijo Yohannes I levantaron en ese siglo una ciudadela en Gondar cuyas murallas y castillos ganaron para la localidad el apodo de Camelot Africano. A finales del siglo XIX, el emperador Menelik II fundó una poderosa y moderna capital que su mujer, la emperatriz Taytu, bautizó como Adis Abeba, “la Flor Nueva”, cuyos pétalos se multiplicaron en pocas primaveras para desprender pronto el aroma del jazmín y el de los estercoleros.

A lo largo de los siglos el centro espiritual del país continuó siendo, no obstante, una aldea regada de estelas funerarias que constituyen el residuo de su arcano origen. De estilo sabeo, erigidas con piedras de una pieza, algunas tenían 33 metros de altura. Esas estelas, varias tumbas y la planta de un palacio atribuido a la reina de Saba constituyen un patrimonio deslumbrante, aunque para los etíopes lo trascendente de Axum es su firme convencimiento de que en una iglesia del poblacho radica la urna robada, creen, hace casi 3.000 años, del Templo de Jerusalén. El arca perdida.

El Génesis establece que la urna rubricaba el contrato suscrito por dios con el pueblo elegido, por lo que su violación provocaría cataclismos sin fin. En ese libro se afirma que, además de los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés, el arca contenía el bastón

del profeta y un pequeño cofre con maná, la comida caída del cielo que alimentó a los judíos durante los 40 años que erraron por el Sinaí. El arca aparece en la Torá, la Biblia y el Corán, pero su rastro ha desaparecido sin remisión por los vericuetos de la historia. Los judíos desconocen el destino de la urna, también los cristianos y los musulmanes. Los etíopes son los únicos que mantienen que permanece en Axum. Se remiten al Kebre Neguest, "Gloria de Reyes", su libro sagrado, en el que la jerarquía eclesial del siglo XVI compiló en un idioma semita, el ge'ez, los pormenores de la leyenda local, que al alba del tercer milenio garantiza a los antiguos abisinios que conservan el arca, pese a que sólo uno de ellos la puede ver: su viejo custodio.

Cejienjuto, vestido con una túnica naranja y tocado de un bonete amarillo, Aba Teklu se persignó, aspergió agua bendita y dijo: "¡Que Dios te procure paz de espíritu!".

Por tres veces Aba Teklu dio esa respuesta cuando el 20 de febrero de 2002 le pregunté en igual número de ocasiones qué contenía la urna. De carnes magras y aspecto asceta, mi interlocutor era el guardián de una reliquia que es el secreto mejor guardado de su país. Y de buena parte del mundo desde que Steven Spielberg rodó En busca del arca perdida.

Como sus cientos de predecesores, el viejo monje era un huérfano que había sido enclaustrado a corta edad –en su caso 2 años, y tenía 72 cuando le conocí–, en el recinto de 20 metros de largo por 10 de ancho que rodea el santuario de Axum, donde la tradición afirma que permanece la urna. Los religiosos de la cercana iglesia de Santa María de Sion le aprovisionaban a diario de agua y comida. Consentían en que Aba Teklu atendiera a quien se acercara a la valla erizada de púas que protegía el lugar, a condición de que él no saliera al exterior e impidiera que alguien entrara en el interior y violara lo obvio: para los etíopes, las Tablas de la Ley, para el resto de la humanidad, una impostura. De Aba Teklu dependía el mito fundacional de los etíopes, el cordón umbilical que les insertaba en la historia. Una indiscreción suya hubiera echado abajo la identidad de su pueblo. Y con su silencio el viejo monje había cumplido su misión. Hacía 28 años que el último descendiente del rey Salomón y

la reina de Saba había sido destronado, y el régimen monárquico sustituido por sistemas marxistas y republicanos. Pero nada esencial había cambiado en Etiopía.

Epicentro del primer imperio etíope, Axum era un villorrio sumergido en el pasado. Cuatro de los antiguos monolitos se tenían en pie, los demás se había desplomado y sus trozos yacían por el suelo. O habían sido expoliados por el ejército de la Italia fascista, que a mediados del siglo XX intentó hacerse con una nación que siempre había sido orgullosamente independiente. Con sus cortes itinerantes y conspiraciones dinásticas, Etiopía nunca había perdido su carácter feudal, permanecía incólume al paso del tiempo. En el nuevo milenio el emperador, la nobleza y la Iglesia ya no poseían más del 90 por ciento de la tierra, pero la mentalidad de los etíopes permanecía en el Medioevo. Las viejas creencias sobrevivían. Y se habían asegurado el futuro. Un joven enfundado en una túnica blanca pasaba las horas reclinado en las escalinatas del santuario de Axum leyendo salmos junto a Aba Teklu. De 21 años, el joven Amaha había sido confinado con cuatro en el templo para ocupar el puesto de custodio del arca cuando Aba Teklu dejara de existir.

La tradición había sido encarnada como nadie por Haile Selassie, sobrino de Menelik II, que había nacido en 1892 y ocupado en 1930 el trono. Se exilió en 1936 en Jerusalén y después en Londres con la ocupación italiana, previa a la segunda guerra mundial, durante la que había simbolizado la libertad de los etíopes. Restablecido en el poder por los aliados en 1941, ostentó los títulos de León de Juda, Elegido de Dios y Rey de Reyes o Negus, que le otorgaba la misma naturaleza divina que sus antecesores en la estirpe del rey Salomón y la reina de Saba.

De pequeña estatura, pelo ralo y ojos vivarachos, Haile Selassie era un monarca absoluto, de cuento de hadas de los hermanos Grimm. En su 90 por ciento analfabetos que subsistían por debajo del nivel de la pobreza, sus súbditos le entregaban la mitad de su renta. Nadie podía contradecir los deseos de Selassie, con frecuencia no más que antojos. Ryszard Kapucinsky narra la humillación que sufrían los dignatarios de su corte, sobre los que orinaban los perros del Negus cuando despachaban con el monarca. Durante los 33 años que duró el segundo tramo de su reinado, en la antigua Abisinia no

se movió una hoja sin su permiso. La ira de Haile Selassie era tan temida como la violación del arca que custodiaba Aba Teklu.

El reinado del Negus era un anacronismo en el siglo XX, pero Haile Selassie despertaba simpatía en círculos occidentales. Abolió la esclavitud. Nunca la aplicó, pero prometió tras su entronización una reforma agraria. Y redactó una constitución que le proporcionó aura modernizante, apuntalada por su alineamiento contra el comunismo. Obtuvo la admisión de Etiopía en la Sociedad de Naciones, antesala de la ONU, y con un discurso anticolonialista y panafricanista, que en época de las independencias africanas la sede de la OUA fuera a parar a Adis Abeba. Sus excesos y una persistente sequía que devastó en los años setenta el cuerno de África, y en Etiopía se llevó 100.000 vidas humanas, acabaron con su reinado. Después de tres intentos fallidos, en 1974 le destronó el ejército. Un comité marxista le encerró en el Palacio Menelik de la Flor Nueva, donde lo mantuvo cautivo pese a que él pensara que seguía manejando a su capricho las riendas de su imperio. La junta militar terminó por matarle. Fue asfixiado en 1975 con una almohada. Y sus despojos enterrados bajo el cuarto de baño de su alcoba. Los asesinos conservaron en secreto el magnicidio para no soliviantar a los etíopes, que le creían inmortal.

En el momento de la caída de Haile Selassie la monarquía etíope era la más antigua; tendrá que pasar mucho tiempo para que otra casa real alcance su registro. Tanto como habrán de esperar los seguidores del último soberano salomónico para la reaparición de su ídolo. Haile Selassie, Fuerza de la Trinidad, se llamaba Ras Tafari, El Temido, antes de ocupar la corona. Ése es el nombre de los miembros de la secta jamaicana que tiene su particular liturgia en el consumo de marihuana y música reggae. Los rastafaris, cuyo representante más ilustre fue Bob Marley, creen que el descendiente 225 de la estirpe del rey Salomón y la reina de Saba no ha muerto. Para ellos su fin hubiera sido el de la emancipación de la raza negra.

La muerte de Haile Selassie, caricaturesca como su reinado, no supuso un cambio sustancial en la suerte de los etíopes. El Banco Comercial de Etiopía publicó un informe que no dejaba lugar a dudas sobre la empresa que se le venía encima al comité militar

comunista que se hizo con el mando. Precisaba que “de una población de 26 millones de personas, 23 millones son campesinos que vegetan a un nivel que desafía lo imaginable, están abandonados a una pobreza secular”.

Para remediarlo, la junta castrense se libró a una lucha despiadada por el poder de la que salió vencedor el coronel Haile Mariam Mengistu, quien a punta de pistola de deshizo de sus rivales, los generales Aman Andom y Teferi Banti. “La siguiente bala será para el primero de nosotros que cometa traición”, dijo a sus compañeros de asonada tras ejecutar a 57 dignatarios del antiguo régimen. Mengistu sustituyó el sistema basado en la pureza sanguínea por uno fundamentado en la doctrina ideológica. Instauró el llamado “terror rojo”, suerte de estalinismo. Lideró el Derg, un Comité Militar Administrativo Provisional que convirtió en un Gobierno permanente que practicaba indiscriminadamente la detención y el crimen. El Estado se sustentaba en los kebeles, asociaciones de vecinos que fungían de comités de comisarios con omnímoda capacidad represora. Amnistía Internacional denunció en 1978 que “el asesinato de opositores ha adquirido carácter de matanza. Entre noviembre de 1977 y febrero de 1978, el Derg ha asesinado a más de 500 opositores. Para recuperar los cadáveres, los padres de las víctimas han tenido que pagar el precio de las balas que mataron a sus hijos”.

Apoyado con armas y tropas por Moscú y La Habana, Mengistu fue un producto de la guerra fría, en la que defendió los intereses soviéticos en África sin atreverse a cortar el vínculo que unía a los etíopes con la tradición. Fue cortejado por Israel para que a cambio de cooperación diera vía libre a la emigración de los judíos etíopes, los falashas, lo que mantuvo igual de secreto que el asesinato de Selassie. Más de 15.000 falashas, tan broncíneos de piel como los otros etíopes, fueron trasladados en 1984 al Estado hebreo en la operación Moisés, a través del territorio de Sudán. Unidas al desplome del muro de Berlín, las aventuras bélicas en defensa del antiguo imperio acabaron por costar caro a Mengistu, para entonces conocido como El Negus Rojo.

Etiopía era un islote de cristianismo rodeado de un mar de Islam. Selassie intentó mantener por el norte la autoridad sobre Eritrea,

avanzadilla del empuje musulmán, y por el este se libró a una guerra por el desierto del Ogaden, que reclamaba la no menos islámica Somalia. Las consecuencias de ambos conflictos fueron factor importante del descrédito del soberano. Y determinante de la caída del militar.

El derrumbe del imperio soviético sirvió de puntilla a Mengistu. La retirada de las tropas enviadas por Moscú en apoyo del Derg fue seguida en 1991 del derrocamiento de una revolución que, en palabras de Fidel Castro, había sido "la más auténtica y profunda de África". Castro era de la opinión de que "Mengistu tiene grandes cualidades de dirigente revolucionario".

El Negus Rojo se exilió en Zimbabue, donde Robert Mugabe le acogió en el otro país donde la leyenda sitúa las andanzas del rey Salomón por África.

Eritrea es la franja costera entre las tierras altas de la antigua Abisinia y el mar Rojo, la parcela del imperio etíope más cercana al mundo árabe. El Islam penetró en la región en los primeros tiempos tras el profeta Mahoma. Los musulmanes conviven en el área con poblaciones cristianas, a las que les une un fuerte sentimiento nacionalista. Pese a que muchos hablan la lengua del tigre de la vecina Axum, pocos eritreos se identifican con los imperios etíopes, de los que han formado parte a intervalos. El último, el reinado de Selassie, quien en 1962 se anexionó Eritrea, que convirtió en una provincia etíope por el temor de que cayera en la galaxia islámica. Adelantándose a los planes del emperador, en 1961 había surgido en la zona un movimiento independentista apoyado por Egipto, Arabia Saudí y Yemen, que compartían con la mayoría de los secesionistas su creencia en la revelación de Mahoma.

El Frente de Liberación Popular de Eritrea (FLPE) fue el grupo armado que se impuso en los años setenta y ochenta. Liderado por Isaias Afeworki, un cristiano formado militarmente en China, el FLPE articuló una de las guerrillas más duraderas y exitosas del continente. David Pool explica que la organización contó desde el principio con una rigurosa disciplina interna con la que movilizó a 70.000 hombres que utilizaban Sudán como base para mantener en

jaque a unas tropas etíopes que nunca pudieron erradicarla. Ni en época del Negus, ni en la del Derg. Una tras otra fracasaron las operaciones diseñadas por los generales imperiales de Selassie y, en los años de Mengistu, por instructores del Telón de Acero, incluida en 1982 la más célebre, la llamada Estrella Roja. Esa feroz resistencia obtenía casi diez años después el premio de la victoria militar. El 28 de mayo de 1991 unidades mecanizadas del FPLE entraban en Addis Abeba. Les acompañaban milicianos de otros grupos rebeldes que se habían aliado con los eritreos para obligar a Mengistu a poner, siete días antes, rumbo a Harare.

El Frente de Liberación Oromo (FLO) era por el sur una reedición moderna de la insurrección de los Gallas, animistas que siempre se habían rebelado ante las cortes etíopes. Los oromo seguían pintándose a finales del XX los ojos y la cara de pigmentos mágicos. Habitan el área más atrasada del país, donde por difícil que resulte de creer aún no ha penetrado el judaísmo, el cristianismo ni el Islam 5.000 años después de la aparición del monoteísmo en la región. Pero el principal de aquellos otros grupos guerrilleros era el Frente Popular de Liberación del Tigre (FPLT), que se había inspirado precisamente en la organización de Afeworki para alzarse en armas.

Fronterizo con Eritrea, el Tigre ocupa el centro neurálgico de la Etiopía histórica, pero un grupo de estudiantes de la region había fundado en los años setenta una milicia que exigía la autodeterminación por el predominio de los amahras de las tierras altas, que gravitaban sobre Adis Abeba, y que recibió ayuda del FPLE. Además de la lengua, tigrinos y eritreos compartían lazos de sangre. Tan marxistas como los eritreos, los tigrinos se fijaron como meta instalar un Estado que se miraría en Albania, modelo curioso.

La composición étnica de las fuerzas vencedoras de Mengistu delataba que la debacle del Derg amenazaba con desmembrar Etiopía. El líder tigrino, Meles Zenawi, invitó a las trece nacionalidades del país a estar representadas en un Gobierno de unidad para sortear ese peligro. La propuesta se basaba en un Estado descentralizado. Lo que no impidió que los eritreos convocaran en 1993 un referéndum para legitimar su secesión. La frontera que dividió ese año a Etiopía y Eritrea era la primera

surgida en África desde las independencias, aunque no dejaba de ser una herencia colonial. Reproducía la trazada por los fascistas italianos antes de que Benito Mussolini intentara hacer de su colonia Eritrea la base de penetración en la antigua Abisinia.

La renta per cápita de Eritrea era la más baja del mundo, 120 dólares, y la esperanza de vida no superaba los 45 años. Su interrelación con los países vecinos era obvia, dependía en dos terceras partes de su comercio exterior con Etiopía. Pero las primeras declaraciones de Isaias Afeworki como presidente dejaban claro su distanciamiento de los Estados limítrofes. “Vamos a evitar caer en la red de influencias políticas de la zona. Ninguno de los países vecinos tiene nada positivo que ofrecernos”, dijo al sociólogo norteamericano Paul Henze. “Todos nuestros vecinos han fracasado en sus políticas y no queremos tomar parte en sus rencillas internas o externas”, apostilló. El desdén de Afeworki revelaba que con Eritrea nacía un gallo de corral.

Afeworki continuó en tiempos de paz con la dinámica que tan buen resultado le dio en los de guerra. Mantuvo lo que Henze califica de “una mentalidad de frente de liberación”. La organización del FLPE se transformó en la estructura del Estado. El motivo no se hizo esperar. Al año siguiente de la independencia, Afeworki dio rienda suelta a las hostilidades con los países limítrofes.

El presidente de Eritrea rompió en 1994 relaciones y cerró fronteras con Sudán, tras acusar a ese país de apoyar a grupos contrarios a la capital eritrea, Asmara. Envió en 1995 tropas para ocupar las islas Hanish, frente a las costas de Yemen y cuya soberanía reclamaba ese país. Con el pretexto de que apoyaba a los yemeníes en su reivindicación, desplegó fuerzas militares en la línea divisoria con la pequeña Yibuti. No tardaría en adoptar igual actitud con Etiopía, que con la secesión de Eritrea había perdido su salida marítima. La presión se inició con restricciones impuestas en 1996 a la importación y exportación de productos etíopes en los puertos eritreos de Massawa y Assab, en el mar Rojo. Un año después, la equiparación en Eritrea del valor de la moneda etíope, el birr, con el de la nueva divisa local, el nacfa, causaba graves perjuicios a la economía de Addis Abeba. En los primeros días de mayo de 1998 la animadversión política se transformaba en conflicto armado.

Afeworki lanzó por sorpresa una ofensiva militar contra las posiciones etíopes en la frontera común. El pretexto era que la línea divisoria no respondía a criterios históricos. El presidente eritreo exigía más tierra.

La guerra entre Etiopía y Eritrea fue la más sanguinaria e inútil de las registradas en África a finales del siglo XX. Cientos de miles de soldados se apostaron en trincheras a los dos lados de la frontera, en un terreno sin recursos naturales ni interés estratégico. La táctica de los eritreos era enviar oleadas humanas para arañar metros a las filas etíopes, que no tenían más instrucción que conservar sus posiciones. La mortandad fue atroz. Decenas de miles de combatientes murieron en las zanjas defensivas que surcaban Zalambeza, Badme y Adigrat, convertidas en tumbas a cielo abierto. En junio de 2000, tras dos años de combates, se firmó un armisticio sin que ningún beligerante hubiera ganado ni perdido un centímetro de territorio. Se fijó una zona desmilitarizada de 25 kilómetros a lo largo de la línea divisoria. Y se remitió el asunto de los lindes entre ambos países a la Corte Internacional de la Haya.

Cuando Aba Teklu respondió en tres ocasiones que me procuraba "paz de espíritu" la tensión subsistía en la frontera. Viejos Mig soviéticos sobrevolaban Axum, situado a unos 200 kilómetros del área en disputa. Eran cazabombarderos entregados por los soviéticos al Derg, requisados por los guerrilleros eritreos y entregados por éstos a los tigrinos, que liderados por Meles Zenaui se habían hecho a principios del siglo XXI los amos de Etiopía. O de lo que quedaba de ella.

Las corrientes marítimas que llevaron a la reina de Saba a Abisinia bien pudieron haberla arrojado al Punt. Ése es el nombre con que los antiguos egipcios conocían lo que se extendía al sur de la orilla africana del estrecho de Adén. Era una región en la que obtenían oro, incienso y animales salvajes.

En honor de los somalíes, los ganaderos nómadas que entonces lo poblaban, a mediados del siglo XX, se proclamó en el Punt el Estado de Somalia. Poca de la riqueza que lo hizo famoso en la Antigüedad subsistía en el país, musulmán a carta cabal y que bordeaba el

cuerno de África con silueta de siete. Y que no incluyó a todos los somalíes, lo que se reflejaba en su bandera. Con fondo azul, la enseña tenía en el centro una estrella amarilla, cada una de cuyas puntas representaba las cinco partes que componían el territorio somalí, aunque sólo dos, las ex Somalias británica e italiana, estaban integradas en el Estado recién creado. Las otras tres eran las mesetas del norte de Kenia, donde operaba el Frente de Liberación de la Frontera Norte; Yibuti, en el que surgió el Frente de Liberación de la Costa Somalí; y el desierto del Ogaden, bajo soberanía etíope y campo de operaciones del Frente de Liberación del Oeste Somalí. La dispersión colonial de los herederos del Punt se revelaría pronto fuente de conflictos. Sobre todo, entre Somalia y Etiopía.

La primera guerra entre los dos países por el Ogaden, yermo como la región que separa Etiopía y Eritrea, se desató en 1964, en tiempos del primer presidente somalí, Ali Shermake, que lanzó su ejército a la conquista de ese desierto con el ímpetu que Afeworki ordenaría al suyo el avance por el Tigre. El resultado fue parecido. Las fuerzas de Haile Selassie soportaron la primera acometida. Una década después, las de Mengistu harían lo mismo con la segunda, en tiempos de Siad Barre, el general que tras el asesinato en 1969 de Shermake ocupó el poder en la capital somalí, la luminosa Mogadiscio. Después de incorporar a Somalia en la Liga Árabe, también Barre emprendió en 1977 la tercera guerra por el Ogaden, que siguió sin cambiar de soberanía, ante lo que el segundo presidente somalí ordenó un repliegue de tropas que se haría imparable hacia el interior de su propio país. Cuando a los 13 años Barre se exilió en Nigeria, su ejército controlaba la capital y el 20 por ciento de Somalia. La Somalia británica, Somaliland, había proclamado unilateralmente la secesión. Y la mayor parte del resto del territorio estaba controlado por hombres de negocios reconvertidos en señores de la guerra que imponían su autoridad por medio de milicias de adolescentes fascinados por los Kaláshnikov y el kat, hierba estimulante que asimismo se fuma y masca en Yemen. Ése era el panorama cuando en 1991 Somalia fue el primer país africano en que se desplomaban por completo las estructuras del Estado y el poder central.

El Congreso Unificado de Somalia (CUS), el Movimiento Nacional

Somalí (MNS) y el Movimiento Patriótico Somalí (MPS) fueron los grupos que sacaron más partido. Reclamaban la unidad somalí, pero estaban formados por clanes que no distinguían entre ideología y negocio. La depredación de las milicias agravó la hambruna endémica que asolaba a la población, en un colapso político y humanitario que movilizó a la comunidad internacional como sólo lo había hecho Biafra. El egipcio Butros Ghali, entonces secretario de la ONU, expuso a principios de 1992 la necesidad de actuar. "Somalia es el símbolo siniestro de la tragedia, la miseria y la degradación del hombre", afirmó ante el Consejo de Seguridad de la ONU. Tropas norteamericanas desembarcaban ese año en Somalia en una operación de auxilio que se bautizó con el nombre de "Devolver la esperanza". El inicio del dispositivo lo retransmitió la CNN, que ofreció en directo escenas de guerrilleros somalíes tumbados en la playa de Mogadiscio con botas de marines en el cogote. "Devolver la esperanza" sería un desastre sin precedentes en las operaciones de auxilio de la ONU.

Diestros tanto en el uso de armas como en el manejo de transacciones comerciales, los señores de la guerra vieron una oportunidad de incrementar sus cuentas bancarias con las toneladas de ayuda que repartieron las tropas de Naciones Unidas. Bienes por valor de 160 millones de dólares ingresaron y desaparecieron por arte de magia en el país. Dos líderes del USF, Ali Mahdi y Farah Hasan Aidid, fueron los culpables. Sus guerrillas, que mantenían dividido Mogadiscio, impidieron que el auxilio llegara a los civiles. El derribo de un helicóptero norteamericano, y la exhibición de los restos de sus tripulantes por las calles de Mogadiscio, fue la gota que colmo el vaso. Washington dio en 1995 por concluida la operación humanitaria. El fracaso de la misión dejó Somalia a expensas del mejor postor. Bin Laden, amigo de Aidid, afianzó su posición en el continente por medio de la vieja fórmula de financiar organizaciones de asistencia. El grupo integrista islámico somalí Itthiad fue el instrumento que utilizaría para los atentados de Dar Es Salam y Nairobi.

"El mayor espectáculo de horror del mundo" era el reclamo que en aquellos días utilizaban los guerrilleros para que los periodistas contrataran sus servicios y pudieran ser testigos de la muerte de miles de personas por inanición. "El mayor espectáculo de horror

del mundo a precio de saldo" fue la oferta que me hizo Mohamed Hassan, de 19 años y al frente del grupo de 4 adolescentes armados hasta los dientes con los que me desplacé desde Mogascidio hasta Baidoa, en el interior del país y donde la hambruna producía la mayor mortandad. Mohamed me dijo que me cobraría 70 dólares por garantizar mi seguridad y por el alquiler de un Toyota para hacer el viaje. "Por ese precio te ofrecemos además la posibilidad de contemplar el mayor espectáculo de horror del mundo", insistió. No sabría decir si la tarifa fue alta o baja. Encontré muertos vivientes.

Llegados a pie de un radio de 200 kilómetros, miles de famélicos deambulaban por las calles de Baidoa. Tenían los ojos fuera de las órbitas, la boca abierta, la mente a la deriva. Andaban con dificultad, pasito a pasito, por la pérdida de fuerza muscular y el proceso de enfriamiento de la sangre. Parecían cadáveres animados. Lo eran. La médico francesa Marie Barbier me explicó que su cuadro clínico los hacía irrecuperables. Tras semanas sin beber ni comer, su muerte era irreversible. Fui consciente de que debía dejar el bolígrafo y el papel e intentar ayudarles, aunque no sirviera para nada. No lo hice. Me limité a contemplar cómo se acurrucaban en el suelo y se cubrían el rostro con un harapo cuando sentían que les llegaba la hora. También recuerdo que no se quejaban de su suerte. Morían en silencio.

## Capítulo 23: LA LARGA SOMBRA DE DARFUR

Los teléfonos se vinieron abajo, los ascensores dejaron de funcionar, los ordenadores se borraron, se esfumó la conexión a Internet. Todo a la vez, de repente, en la ONU, en Nueva York. Un total de 160 líderes mundiales se habían dado cita para fijar las bases de un nuevo orden internacional. Y en el epílogo de la mayor cumbre de la historia se fue la corriente eléctrica. El personal no imprescindible abandonó las instalaciones, el servicio de seguridad tomó posiciones ante la inmueble, se puso en marcha el plan de urgencia en caso de ataque terrorista. Quince minutos habían transcurrido cuando se informó, provisionalmente, de que el origen de la alarma era un cortocircuito, no un atentado. Un fusible de 4.000 amperios había saltado a las cuatro de la tarde y una oscuridad inquietante y profunda aún invadía seis horas después la mitad superior de la sede de Naciones Unidas. De la 17 a la 38 y la última planta, la que ocupaba el despacho de Kofi Annan.

La caída de tensión del 19 de septiembre de 2005 no afectó a una reunión que tenía más importancia que ninguna celebrada hasta la fecha. Se trató de un simple accidente que vino a recordar el estado de mantenimiento de un edificio que era conocido como el Palacio de Cristal, pero había quedado tan caduco como la organización que buscaba reencontrar el equilibrio en su seno. En 60 años el número de países miembros de Naciones Unidas había pasado de 55 a 191. Los vencedores de la segunda guerra mundial seguían manejando en la recámara el organismo, pero el desplome del muro de Berlín había dinamitado la relación de fuerza entre ellos. Las naciones desheredadas, también las emergentes, exigían que se les prestara mayor atención, más justicia. Y las magnitudes humanas, sociales y económicas eran muy distintas a las de seis décadas atrás. Tampoco el clima era el mismo. Al optimismo por el fin de la segunda guerra mundial le había sustituido el pesimismo por el principio de la primera guerra global que Estados Unidos había declarado contra el “terror”.

Las misiones diplomáticas de la ONU habían mantenido

maratonianas reuniones para hallar un terreno de entendimiento sobre el texto de reforma de la organización que aprobarían los líderes llegados desde los cinco continentes. Pero en lo único en que coincidieron fue en dejar para más tarde lo principal. Washington enmendó 400 propuestas que en su mayor parte tendían a impulsar por los ricos el desarrollo de los pobres. No se había logrado un acuerdo para la no proliferación y el desarme atómico. Se había tachado del calendario la definición de terrorismo. La constitución de un nuevo Consejo de Seguridad se aplazó de forma indefinida. La víspera de la cumbre los delegados de los 32 países que redactaron el documento todavía intentaban consensuar un compromiso de mínimos. En un alarde sinceridad, el jefe de gabinete de Annan, el británico Mark Malloch Brown, me confesó que "nuestro temor es que dirigimos a otra cumbre de palabras vacías y promesas rotas".

En cuantía algo menor, los líderes mundiales se habían reunido en 2000 asimismo en Nueva York, en la llamada Cumbre del Milenio, donde habían elaborado una serie de objetivos cuyo emblema era reducir a la mitad en 2015 la miseria en el globo. Cinco años después debían admitir la imposibilidad de la empresa. Y no podían concebir perspectivas de establecer a corto ni medio plazo un nuevo esquema de multilateralidad. Aunque todos repitieran una y otra vez que la ONU era imprescindible, lo cierto es que las cosas no podían continuar como hasta entonces en el organismo.

En el extremo occidental de Manhattan, el Palacio de Cristal se había inaugurado en 1954, a los nueve años de fundarse la organización. Figuraba entre los iconos de la ciudad de los rascacielos, fue diseñado por un prestigioso equipo de arquitectos del que formó parte Le Corbusier. Pero hacía tiempo que su brillante aspecto ocultaba una tenebrosa decrepitud. Y que los funcionarios de la ONU, los diplomáticos y los periodistas hacían chistes sobre la pestilencia de sus entrañas. Alemania, Suiza y Austria habían ofrecido su suelo para acoger el cuartel general de Naciones Unidas si, como algunos vaticinaban, se colapsaba el edificio. El presidente de Venezuela, Hugo Chaves, advertía que "la ONU no sirve para nada donde está", proponía "trasladarla al sur". Pero Estados Unidos no estaba dispuesto a que escapara de su territorio, había ofrecido un préstamo para rehabilitar el inmueble. Durante las obras, el organismo se mudaría provisionalmente a otro

emplazamiento. Se barajaba la posibilidad del condado de Brooklyn y de la isla Governors, en la desembocadura del río Hudson. “Estamos mirando todo lo que nos podamos permitir”, reconocía el jefe del proyecto, Louis Frederick Reuter, que no excluía instalar la ONU en “barcas, islas o tiendas de campaña, con tal de que sean baratas”. Resultaba patético aunque el problema de infraestructuras sólo fuera pálido reflejo de envites de más calado.

Las prácticas corruptas habían lacerado por lustros el funcionamiento de la organización mundial. Sus misiones de paz, programas de ayuda y dispositivos de asistencia humanitaria habían servido para todo género de desfalcos, abusos y tráfico de influencias. El culmen fue el Plan Petróleo por Alimentos, puesto en práctica para atender las necesidades básicas del pueblo de Irak durante el embargo económico contra ese país tras la guerra del Golfo. Era un mecanismo que de 1997 a 2003 había permitido al régimen de Sadam Hussein librar petróleo por 64.000 millones de dólares a cambio de recibir comida y medicinas por 39.000 millones de dólares. Para esclarecer las condiciones en que se había realizado el trueque se encargó una investigación a Paul Volcker, ex presidente de la Reserva Federal norteamericana, que desvelaría una red de prebendas de alcance universal. Nadie se había privado de pagar o cobrar comisiones ilegales del sátrapa de Bagdad para participar en un negocio fenomenalmente sucio. Más de 2.400 compañías internacionales fueron citadas en el informe, en el que Francia y Rusia fueron los países más salpicados, entre los que no faltó Estados Unidos. Aparte de empresas, en el documento se incluía el nombre de personas. Aparecieron los de altos empleados de la ONU, como el jefe del programa, el chipriota Benon Chevan, además del responsable de la asignación de los contratos, el ruso Alexander Yacolev. E intermediarios como el estadounidense Samir Vicent y el coreano Tongsun Park. Y un tal Javier Robert, identificado en el documento como “diputado del Partido Popular” de España, donde no había en la escena política nadie con esa identidad, una transcripción fonética del árabe. El mismo Annan se libró por los pelos. No se había aprovechado pecuniariamente de la trama, pero en el informe se le atribuyó “responsabilidad política” por dejar delinquir. Entre otros, a su hijo Kodjo, que trabajaba para la empresa Conecsa, una de las más beneficiadas por los sobornos. Lo de Kodjo era un quebradero de cabeza. Ser hijo de su padre

también le había permitido la importación sin pagar tasas de un automóvil de marca Mercedes. Y entre otros descréditos, Estados Unidos aprovechaba el de Kodjo para hacer chantaje a Annan, a quien no perdonaba que hubiera calificado de "ilegal" la invasión de Irak. Washington era el primer donante de la ONU, a la que contribuía con el 22 por ciento de su presupuesto. Y amenazaba con suspender su aporte si no se aceleraba el proceso de reforma. Con la exigencia de reajustes financieros, Estados Unidos suspendió la aprobación de los fondos de la ONU, lo que puso a Annan entre la espada y la pared. El ghanés se vio obligado a presentar en marzo de 2006 un plan de recortes presupuestarios que le valió la reacusación del Sindicato de Empleados de Naciones Unidas, que por primera vez retiraron la confianza a un secretario general.

Dicho sin rodeos, si se tiraba del hilo se acababa el ovillo. Pero había quienes creían que la mejor respuesta a esa amenaza era la celebración de la cumbre. Pensaban en lo conveniente de que la humanidad viera que sus líderes cerraban filas en tiempos de incertidumbre. Alegaban que la foto de la familia transmitiría calma. Y fue así. Hasta que se produjo el apagón.

La cita de la ONU en Nueva York pareció una réplica por adelantado de la que a los cuatro meses convocó la UA en Jartum. La comparación es injusta. Por la dimensión de la catástrofe. Porque en la capital sudanesa no se fue la corriente eléctrica. Pero ambas cumbres compartieron el desajuste organizativo, la inquietud presupuestaria, la corrupción como telón de fondo. Aunque ninguno de esos factores fuera desconocido en una conferencia africana y por primera ocasión hubieran emergido en una mundial.

África propuso en Nueva York que le correspondieran cinco puestos en un Consejo de Seguridad reformado que hubiera pasado de 15 a 25 miembros. Ocupaba dos, ninguno permanente. Obviamente, no prosperó la propuesta. Por lo que los países africanos se replegaron otra vez en enero de 2006 a sus asuntos estrictamente domésticos en Jartum. El primero y más prioritario, el dilema que planteaba la nación anfitriona, Sudán, el mayor país del continente. Desde la época de la OUA, el jefe de Estado que invitaba a sus pares ocupaba por un año la presidencia de la organización panafricana. La sexta

cumbre ordinaria de la UA rompió esa larga tradición.

Los rebeldes de Darfur habían anunciado que abandonarían las negociaciones que mantenían con el régimen de Jartum si el presidente sudanés, Omar El Bechir, era nombrado presidente de turno de la UA, que tenía desplegado en el oeste de Sudán un contingente de 7.000 soldados para interponerse entre las partes enfrentadas. El presidente sudanés se resistió lo que pudo a la exigencia, en la apertura de la cumbre afirmó que "nuestro deseo es hallar una solución definitiva al problema de Darfur". Pero no soportó la presión, la oficial Radio Omdurman daba a conocer a las 24 horas que El Bechir había renunciado a liderar el organismo continental. Uno de quienes más se habían opuesto a su candidatura había sido el presidente chadiano, Idris Deby, al que El Bechir acusaba de apoyar a los rebeldes de Darfur y quien sufrió a los dos meses un intento de golpe por parte de una guerrilla fomentada por su homólogo sudanés. Los insurgentes llegaron hasta Yamena, de donde los cabecillas lograron huir en siete vehículos blindados.

La intentona de asesinar a Deby no puso ni quitó nada al desastre en el oeste de Sudán, que siguió su curso tras haber costado la vida a 200.000 personas y el desplazamiento a más de 2 millones de personas. Las agencias de ayuda denunciaron que en el último año se había incrementado el alistamiento en el área, 5.000 jóvenes habían sido captados en los campamentos de refugiados para luchar a las órdenes gubernamentales o de los rebeldes y alimentar las filas de combatientes en una guerra a la que no se había puesto freno. Y que provocaba un clamor como no se escuchaba desde Biafra, Ruanda y Somalia. Porque según la ONU, Darfur era el escenario de "la peor catástrofe humanitaria del siglo XXI". Pero de acuerdo con los defensores de los derechos humanos, lo que ocurría allí era un "genocidio".

A medio camino entre el valle del Nilo y el lago Chad, Darfur era una remota, desértica e inhóspita región donde el conflicto se había desatado en abril de 2003, cuando el mundo sólo tenía ojos para la caída de Sadam Hussein en Bagdad. Dos grupos rebeldes, el Movimiento de Liberación de Sudán (MLS) y el Movimiento por la Justicia y la Igualdad (MJI) se habían sublevado aquel mes por la marginación de una zona abandonada y en la que persistía el

esclavismo por parte de elites árabes sobre poblaciones negras. Pero la insurrección no estaba vinculada, al menos de manera directa, con el tráfico humano. Los rebeldes de Darfur se inspiraban en los guerrilleros del sur del país, que tras dos décadas de guerra acababan de sentar las bases de un acuerdo para repartirse con el régimen de Jartum la riqueza de su región, en la que abundaba el petróleo. Los rebeldes de Darfur no eran animistas ni cristianos, como los del sur, sino musulmanes como la clase dirigente de la capital sudanesa. Pero si los del sur habían logrado tan buen resultado con su insurgencia ellos no se conformaban con menos. Olvidaban que los rebeldes del sur habían pagado un coste de dos millones de vidas humanas para encontrar un lugar bajo el sol. Y que Darfur preocupaba a Occidente por la presión de la opinión pública pero no porque en Sudán se jugara nada decisivo desde que Bin Laden hubiera emigrado del país. El líder de Al Qaeda se había instalado en 1991 en Jartum, pero se había trasladado en 1996 a Kabul en paralelo a la pérdida por el régimen sudanés de su beligerancia islámica. Para dejar sitio a lo que Georges Soros, gurú de la economía y uno de los hombres más ricos del mundo, consideraba "una amenaza mucho mayor que el Islam".

"Darfur es la primera de una serie de guerras que pronto se van a extender. Occidente llega a su fin y no por el peligro del Islam, sino de lo que yo llamo las nuevas guerras", declaró el multimillonario cuando al poco le entrevisté en Nueva York. "El verdadero problema no es la ideología, ni la etnia, ni la religión, sino la disputa de la tierra fértil, y el ejemplo es Darfur, donde se produce un enfrentamiento entre poblaciones nómadas con poblaciones sedentarias porque los recursos han comenzado a escasear y ya no hay para todos. Conforme avance el cambio climático eso va a ocurrir en otros lugares y –añadió– no se va a poder resolver". Lo dijo con una sonrisa en su despacho de la Séptima Avenida, con deslumbrantes vistas sobre Central Park, pulmón verde de la capital financiera y cultural de una civilización que, insistió, se acaba. "El conflicto de Darfur –apostilló– es el síntoma de su agonía".

El turno que El Bechir había dejado vacante por aquel conflicto de dimensiones aún desconocidas pasó a Denis Sassou Ngueso, que se

hizo con la presidencia de la UA en Jartum. El líder sudanés era culpable de violaciones a los derechos humanos en Darfur; el congoleño, de hacerse con el gobierno por la fuerza de las armas en Brazzaville. Pero casi diez años después estaba en el sitio oportuno en el momento justo. Y al de Deby sumó el apoyo de Bongo para hacerse con el mandato de la organización continental. El yerno de Sassou se había prorrogado en 2005 como decano de los líderes africanos tras volver a sucederse a sí mismo. Y el emir negro utilizó su experiencia y saber hacer para favorecer a su suegro. El padre de Edith Lucie tenía por todo mérito el no haber naufragado por las turbulentas aguas del Alima. Ni las del Congo, que se habían remansado.

La primera guerra mundial africana concluyó el 17 de diciembre de 2002. El acuerdo de paz se firmó en Pretoria y permitiría a Joseph Kabila conservar la jefatura de Estado mientras Bemba obtenía la vicepresidencia. Ambos protagonizarían un nuevo pulso en unas elecciones que el primero ganó en una segunda vuelta que tuvo tintes sangrientos en Kin la Belle, Kin la Poubelle, donde una condena de muerte a Edi Kapend había dado carpetazo al magnicidio de Laurent Kabila. Igual suerte que Kapend tuvieron 26 infelices que habían sido detenidos sin ton ni son tras el asesinato de Mzee, que seguía en espíritu dando lecciones de doctrina revolucionaria desde la estatua de bronce que se construyó en la entrada de su mausoleo.

La paz en el Congo condujo al repliegue de las tropas extranjeras que se habían enzarzado en el corazón de las tinieblas, que lo abandonaron para regresar a las periféricas. En Angola, la posguerra sería mortífera, la enfermedad tomó el relevo de las armas. Más de 1.300 personas murieron en la primavera de 2006 en Angola por un brote de cólera. La nomenclatura de Do Santos continuaba rebosando de petrodólares, también de gérmenes mortales las cañerías de Luanda. Los habitantes de los barrios pobres de la ciudad pagaban medio dólar por litro de agua potable, inconcebible, pero cierto, en un país con la riqueza en crudo del escenario caliente de la guerra fría. En Zimbabue, la repatriación de las tropas tampoco detuvo la crisis económica, política ni institucional. El Banco Central de Zimbabue puso en circulación un billete de 100.000 dólares locales, menos de uno norteamericano,

para que la población no fuera con los bolsillos llenos de billetes por muy vacías que estuvieran las estanterías de los supermercados de Harare. “No me importan quienes no me quieren. Me importa mi pueblo. Y mi pueblo me quiere”, dijo con su habitual desfachatez con motivo de su 82 cumpleaños el “héroe convertido en villano”, que ya no tenía blancos que le sirvieran de coartada. Aunque no descartó durante bastante tiempo presentarse a un cuarto mandato, Sam Nujoma finalmente se atuvo a la constitución y en 2004 entregó “voluntariamente” a Ifikepunye Phamba la presidencia de la hermosa Namibia. Nujoma no podía hacer menos que Mandela.

La retirada de Uganda y Ruanda del territorio congoleño confirmó, en el otro bando, un fracaso anunciado. La enemistad de los amigos de Estados Unidos había supuesto el principio del fin de la guerra, asimismo, el de un diseño para África. En Washington no se aludiría más a los “nuevos líderes africanos” a modo de franquicia. Museveni y Kagame dejaron de ser modelos a exportar aunque el presidente ugandés convocase las primeras elecciones multipartidistas, que ganó en medio de denuncias de fraude que sirvieron de pretexto añadido a Joseph Kony para porfiar en su anhelo de instaurar en Uganda un régimen basado en los Diez Mandamiento bíblicos. El discípulo de Alice Auma acabaría siendo declarado culpable de crímenes de lesa humanidad por la Corte Penal Internacional de La Haya, que lanzó una orden de detención en su contra y en la de cinco de sus compinches en el Ejército de Resistencia de El Señor. En cuanto a Kagame, prosiguió su lenta digestión del genocidio de Ruanda. Criticó la película Hotel Ruanda porque a su entender era un intento de “reescribir de manera interesada la historia de mi país”. La cinta –de éxito comercial, fue nominada a los Oscar– estaba basada en hechos reales y narraba los esfuerzos del hutu Paul Rusesabagina por salvar tutsi durante las matanzas ofreciéndoles protección en el Hotel Mil Colinas. “Lo que hizo Rusesabagina fue accidental y si él sobrevivió sólo se debió a que no pertenecía a la categoría de quienes tenían que ser cazados”, aseguró el tutsi, que no veía la ocasión de mitigar su encono con su primo barakolle. Por más señas, el armisticio no condujo a la estabilidad en el este congoleño. Museveni en el Ituri, el Kagame en el Kivu, los dos apuntalaron la defensa de sus intereses mineros a través de antiguas guerrillas sobre las que no perdieron el control. La situación continuó siendo volátil en las dos provincias. Y la paz,

virtual. Dos años después del cese de las hostilidades, el Comité Internacional de la Cruz Roja reveló que un millar de personas moría a diario por la ausencia de ayuda médica y la hambruna que habían dejado detrás los combates. La miseria inducía a las mujeres a prostituirse por un dólar a los soldados de la misión militar de Naciones Unidas. Médicos Sin Fronteras se hacía eco de casos de canibalismo que sufrían pigmeos por parte de bantúes cerca de Bunia. Las tropas regulares se la jugaban en Goma con el Movimiento Revolucionario Congoleño, el último grupo rebelde surgido en las laderas occidentales del Ruwenzori.

El engolado Sassou asumía, pues, una carga pesada pese a los esfuerzos por aligerarla de Olesegun Obasanjo, su predecesor como presidente de la UA. Tras su reelección en 2003, el presidente nigeriano se había erigido con su filosofía cuartelera en el principal pacificador del continente. El sesentón yoruba era prácticamente el único "nuevo líder africano" que conservaba intacto su prestigio. Y no le faltaba ocupación. Mediaba en Darfur y con los musulmanes de su país, cuyos enfrentamientos con los cristianos costaron la vida de 800 personas en mayo de 2004 en Yekwa, en el centro de Nigeria. En el plano personal, la mala noticia para Olesegun, los lenguaraces no tan mala, fue la muerte de Stella. Sus enormes ojos de avellana se cerraron para siempre en octubre de 2005 en una clínica de Marbella, en la que entró en coma cerebral tras someterse a una liposucción.

La buena nueva procedió un mes después de Liberia, donde una ex economista de Harvard, Ellen Johnson-Sirleaf, se convertía en noviembre en la primera mujer que ocupaba la presidencia en el continente. Charles Taylor había sido forzado a dejar Monrovia, terminaría juzgado en La Haya. Fue detenido en Nigeria –su mujer estaba unida por lazos tribales a Obasanjo–, y se le trasladó a Freetown con la intención de juzgarle por las sevicias cometidas por su aliado Sankoh en las transacciones diamantíferas de Sierra Leona. Pero se le remitió a Europa por la inquietud que creaba su presencia en la región. En la limítrofe Guinea, Lansana Conte se haría reelegir antes de sufrir la cuarta intentona golpista, perpetrada por desconocidos que abrieron fuego contra su automóvil en Conakry. Al tiempo que un ataque cardiaco ponía fin a la vida de Nasingbe Eyadema en Lome, donde las algaradas no

impidieron al ejército nombrar sucesor a su hijo, Faure Nasingbe, tras Laurent Kabila el segundo primogénito de un predecesor que asumía el poder en África.

En el Sahel la novedad fue la irrupción de otro Sankara, Benewende, un abogado de Uagadugu que tuvo la audacia de retar a Compaore en las elecciones de 2005 en Burkina Faso. No compartía vínculos familiares con Thomas Sankara, aunque sí el apellido y el respaldo de la mujer del mito en "el país de los hombres íntegros". La viuda del presidente asesinado hacía 20 años, Mariam Sankara, fue la primera en señalar al Compaore como el asesino de su marido y confiaba en que otro Sankara se desquitara en las urnas. No pudo ser. Compaore venció con más del 80 por ciento de los votos, un porcentaje que en el siglo XXI sólo se validaba en África negra. El escrutinio hizo posible que El Bello Blaise siguiera sembrando cizaña en la vecina Costa de Marfil, que continuaba dividida. Y donde había ahondado el sentimiento antifrancés porque la misión militar gala seguía resistiéndose a hacerle el trabajo a Gbagbo; 50 partidarios del presidente marfileño murieron en noviembre de 2004 por disparos de los soldados enviados por París, que se contagiaron de un hábito de la clase castrense de Abidyan: el robo de entidades bancarias. En Bamako, Amadou Toumani Toure se decidió a dar el salto a la política. ATT se presentó en las elecciones de 2002, que se llevó con facilidad el personaje histórico con aspecto de hombre normal. Su colega Tandja nunca detuvo a Daude Wanke ni investigó el asesinato de IBM, lo que le permitió renovar el cargo en 2004 en Niamey, que un año antes había sido el centro de todas las miradas cuando Bush aseguró sin remordimiento que Sadam Hussein se había aprovisionado de uranio nigerino para confeccionar sus "armas de destrucción masiva". En Mali y Níger proseguía en estado de larva la rebelión de los Señores del Desierto. En mayo de 2006 dos acuartelamientos de la ciudad maliense de Kidal permanecieron durante un día en manos de rebeldes tuareg. Lo hicieron por su cuenta, hacía tiempo que Gadafi se había desentendido de sus asuntos. El líder de Trípoli se hizo perdonar el atentado de Lockerbie pagando dos millones de dólares a cada una de las familias de las víctimas. Incluso restableció relaciones con Estados Unidos, que no tenía reparos en dejarle hacer planes. En el 35 aniversario de su golpe de Estado, el guía de la Yamahiriya propuso

levantar en el Sinaí un muro para separar Israel de África. La idea no fue a más pero arruinó las expectativas de 3.500 falashas que declararían en Addis Abeba una huelga de hambre para que les trasladaran al Estado hebreo como 20 años antes se había hecho con miles de etíopes judíos en la "Operación Moisés". La movilización de tropas no remitió a ambos lados de la frontera entre Eritrea y Etiopía, cerca de la arcana Axum.

Mkwai Kibaki sustituyó en 2002 a Arap Moi en Nairobi y Jakaya Kiwete en 2005 a Benjamín Mkapa en Dar Es Salam, la costa suahili no dejó de ser una hipoteca para Tanzania y Kenia. La violencia asolaba con cuentagotas Mombasa, el irredentismo independentista no perdió adeptos en Zanzíbar. Caso aparte era Levy Mwanawasa, que reemplazó en 2001 a Chiluba en Zambia. El propio Chiluba lo eligió. Y nadie apostaba por él. Mwanawasa había sufrido un accidente de automóvil que le dejó secuelas en el habla, se expresaba rematadamente mal. Tenía fama de débil y no muy listo, pero una vez en la presidencia no le tembló el pulso para detener a Chiluba, de quien se suponía que era una marioneta. Mwanawasa tuvo éxito en su combate a la corrupción. En 2006 le aquejó otro problema de salud, una trombosis en el cerebro. Pero siguió al frente del ejecutivo en Lusaka.

La esperanza en Mozambique tuvo nombre español. El inmunólogo Pedro Alonso anunció una vacuna contra la malaria, la primera que protegía del mal durante más de seis meses. Se confeccionó con pruebas realizadas en varios centros médicos, entre otros el de Manhica, en los alrededores de Maputo, la joya de la corona de la cooperación española en la ex colonia portuguesa, donde Chissano pasó el relevo en 2004 a Armando Guebuza. Ese año, el Tribunal Superior de Justicia de Botsuana escuchó por fin las cuitas de los bosquimanos. Uno de ellos, Tshokodiso Bothshilwane, relató ante la corte cómo funcionarios del Gobierno llegaron en camiones y ordenaron a su tribu a marcharse del Kalahari tras destruir sus chozas. "Prefiero la muerte al traslado, siempre hemos vivido aquí", clamó el congénere de El Negro de Bañoles. En Lesotho, Letsie III no sufriría más asonadas. Y se hizo monógamo, abrazó el cristianismo. El otro monarca negro, Mswati III, firmó una nueva constitución que le permitió conservar todos los poderes en Suazilandia, había olvidado sus deseos modernizadores. En 2004 se casó con su

decimosegunda esposa, una adolescente de dieciséis años a la que echó el ojo en la Danza de los Juncos y que es posible, quién sabe, sea la próxima Gran Elefanta.

Mbeki celebró el 30 aniversario de la masacre de Hector Pietersen con un discurso ante 40.000 personas en el estadio de fútbol de Soweto de la vecina Sudáfrica, donde arengó a los jóvenes negros a combatir el crimen y el sida con la determinación que había permitido a sus padres desmantelar el apartheid. El crimen y el sida continuaban rampantes entre los sudafricanos, se encarnaron en su vicepresidente Jacob Zuma, destinado a ser el sustituto de Mbeki. Zuma fue acusado de violar a una joven que padecía el virus. El zulú declaró durante el juicio que mantuvo relaciones sexuales con la demandante pero aseguró que se habían producido por consenso. Lo insólito fue que reconoció que no se había protegido con un condón y que, para "reducir el riesgo de contagio", tras el coito se había dado "una ducha fría", con lo que logró que muchos se llevaran las manos a la testa, parecía invitar a los sudafricanos al suicidio colectivo. Sudáfrica continuaba teniendo algo de norte y mucho de sur. En las aldeas las lugareñas recogían leña para cocinar y calentarse pero hablaban con sus maridos de Johannesburgo pulsando las teclas de un teléfono móvil, era lo que quedaba de la magia de Madiba, que a los 88 años no había perdido un ápice de dignidad. "Quiero anunciar que mi hijo ha muerto de sida. Hay que dejar de esconder el sida, es la manera de convertirla en una enfermedad normal", dijo en otro ejemplo de autoridad moral al admitir en 2005 que su hijo Makgatho, que había tenido con su primera mujer, Evelyn, había muerto por la pandemia. Madiba visitaría España, como había adelantado Felipe de Borbón. Lo hizo para asistir a la boda del príncipe de Asturias con Letizia Ortiz. En sentido contrario, la reina de España regresó a África. Como la primera vez, viajó en solitario. En abril de 2006 conoció la isla de Cabo Verde, en la que fue recibida a ritmo de batucada, y Dakar, donde se entrevistó con Wade. También visitaría la isla de Gore, donde en una antigua factoría de esclavos volvió a sentir en la piel el aire de la libertad.

El hijo del libertador de Ghana, y por extensión de África, conserva

borrosos recuerdos de su padre: sabe de él más por los libros que por los años que vivieron juntos. Me lo comentó en El Cairo, donde oficia de periodista. Gamal Nkrumah, vástago de Kwame Nkrumah y de su mujer copta, Fathia, es el experto en África subsahariana de la versión inglesa del diario Al Ahram. Compartimos mesa y mantel en el verano de 2005 en Zamalek, en un restaurante de estilo neomodernista que permanece sepultado por las mansiones neoclásicas, neobarrocas, neogóticas, neoart decó, neoart nouveau, neorenacentistas, neomoriscas y neofaraónicas que hacen sin igual a La Madre del Mundo.

Gamal Nkrumah nació en marzo de 1959 en Chistianborg Castle, una fortaleza construida por los británicos en la que su padre instaló la Jefatura de Estado al proclamar dos años antes la independencia de Ghana. Pero residió allí pocos años. No había cumplido los seis cuando Kwame Nkrumah fue derrocado y el primer presidente ghanés tuvo que irse a Conakry, donde Sekou Toure le ofreció asilo y desde la que viajaría en 1972 a Bucarest en un último intento de curarse el cáncer que acabaría con su existencia en la capital rumana. Gamal se había quedado entretanto a vivir con su madre en la egipcia, que había convertido en su hogar. Con el color azabache de su progenitor y el temperamento pausado de su progenitora, Gamal es una síntesis perfecta del África blanca y del África negra, el África unida que soñaron Kwame Nkrumah y Gamal Abdel Nasser. De hecho debe su nombre al rais egipcio, a quien su padre quiso rendir tributo llamando a uno de sus hijos Gamal.

Hablamos de lo divino y lo humano: le comenté que su padre me fascinaba desde que el mío me transmitiera su entusiasmo por las independencias del continente, me comentó que había sido bautizado, pero que se había convertido al Islam para casarse con una musulmana. Y que le interesaba pero sólo como observador la política. A continuación nos explayamos sobre la traición del sueño que su padre había alumbrado. El panorama era desolador en África subsahariana, donde más de 26 millones de personas portaban el sida, 3.000 niños morían diariamente de malaria y seguía acogiendo a la mayoría de los 50 millones de desplazados que había en el mundo, en su 80 por ciento mujeres y menores.

Gamal se quejó de que a pesar de la promesa de Clinton de hacía siete años de sustituir la ayuda por el comercio, las trabas proteccionistas hacían que fuera una carrera de obstáculos la salida de las exportaciones africanas a Occidente. Recordó que los 25 países con más bajo índice de calidad de vida –de vivienda, de educación, de cultura, de sanidad, de alimentación–, eran africanos. Y que cerca de la mitad de los 830 millones de personas que subsistían en el continente lo hacían con menos de un dólar al día. Y que ése sería el destino del 80 por ciento de los 1.500 millones que se calculaba para 2025. "Las estadísticas hablan por sí solas. La distancia entre África y el resto del mundo no deja de agrandarse", afirmó. "Si comparas la situación actual con la de los tiempos de mi padre, te deprimes. No es que entonces las cosas fueran mucho mejor, pero había una confianza en el futuro que ahora se ha perdido. Por culpa antes que nadie de los africanos", apuntó. "Y de los no africanos", intervine. Convinimos en que África seguía siendo "un mundo aparte". "Un mundo aparte en el que ha empezado el futuro del mundo", acoté algo dubitativo.

–¿Qué me dices de la guerra global tras el 11-S? –le pregunté–. Esa guerra se ha iniciado en África, con los atentados contra las Embajadas norteamericanas en Nairobi y Dar Es Salam, teledirigidos desde Mogadiscio –continué, me había animado. Le conté que John Millar, quien entrevistó a Bin Laden poco antes de aquellos ataques, sostiene que el líder de Al Qaeda se hizo terrorista en Somalia, donde había aprendido que la tierra de nadie, sumida en el caos, la miseria, es el mejor caldo de cultivo de fanáticos. Y le hablé mi estancia en Mogadiscio. Recordé las noches en que escuchaba desde mi cama los disparos de los milicianos que resonaban en el exterior de la sede de la ONG en que había encontrado refugio. Dije que en la capital somalí se habían materializado los relatos de ciencia ficción que evocaban un porvenir de desastres sin límites precisos, en los que la muerte acechaba en cada esquina, y que me cautivaron de adolescente después de que los relatos de Verne, Rider, Haggard y Burroughts me hubieran fascinado durante la niñez. Y que Mogadiscio había sido la antesala de una guerra que repartía golpes en cualquier lugar. En Nairobi y Dar Es Salam, Washington y Nueva York, Madrid y Londres, Ammán y Casablanca, Bali y el Sinaí.

Educado y bondadoso, Gamal escuchó mi discurso sin soltar palabra.

–Como ves, me fascina África –dejé caer, mirándole a los ojos.

–A mí lo que de verdad me fascina es tu fascinación por África –replicó de inmediato.

Conversamos después sobre China, enemigo en ciernes de Occidente y que ganaba posiciones en África para aprovisionarse de hidrocarburos. El gigante asiático importaba del continente el 40 por ciento de su petróleo para consumo interno. Y había cuadriplicado en cuatro años su comercio con productores africanos como Angola, Sudán, y Nigeria para preparar el siguiente asalto de la lucha despiadada por las materias primas, otro buen argumento para un relato de anticipación. Pero tras pasar revista al interés chino por África terminamos elucubrando sobre la polución en el Nilo, sobre el avance de la desertización en el Sahel, sobre las nieves menguantes y las vísceras incandescentes del Kilimanjaro. En fin, que acabamos disertando sobre el agua, el aire, el fuego y la tierra, los cuatro elementos naturales, que tejen en secreto la crónica al sur del Sáhara; de donde viene y adonde va a parar la materia orgánica: los agentes del tiempo.

# Table of Content

Créditos

Capítulo 1: LOS PRIMEROS ATENTADOS CONTRA OCCIDENTE AL SUR DEL SÁHARA

Capítulo 2: DEL GENERAL HANON AL PRESIDENTE CLINTON

Capítulo 3: EL GENOCIDIO RUANDÉS

Capítulo 4: MEJOR POBRES Y LIBRES QUE RICOS Y ESCLAVOS

Capítulo 5: El KIVU: CRUCE DE CIVILIZACIONES Y DE NIÑOS SOLDADO

Capítulo 6: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL AFRICANA

Capítulo 7: ROBERT MUGABE: RETRATO DE HÉROE CONVERTIDO EN VILLANO, CON FONDO DE VILLANO CONVERTIDO EN HÉROE

Capítulo 8: 'KIN LA BELLE, KIN LA POUBELLE'

Capítulo 9: ANGOLA, El ESCENARIO CALIENTE DE LA GUERRA FRÍA

Capítulo 10: POBRE, SOLA Y MUJER, PARIA DEL GÉNERO HUMANO

Capítulo 11: EL ITURI: EL CORAZÓN DE ÁFRICA ENTRE EL CONGO Y EL NILO

Capítulo 12: MILLONES Y MILLONES DE BARRILES DE PETRÓLEO Y MILLONES Y MILLONES DE NIGERIANOS

Capítulo 13: DÍA DE DOMINGO EN FREETOWN

Capítulo 14: LA ESTAMPA DEL MITO

Capítulo 15: BLANCOS NO TAN BLANCOS, NEGROS NO TAN NEGROS

Capítulo 16: DEL EMIRATO DE BONGO AL IMPERIO DE BOKASA

Capítulo 17: MUCHOS INTERESES, POCAS SOLUCIONES

CAPÍTULO 18: UN PARAÍSO CON VOCACIÓN DE INFIERNO

Capítulo 19: LA MAGIA DE MANDELA

Capítulo 20: EL AMIGO DE ESPAÑA Y EL NEGRO DE BAÑOLES

Capítulo 21: LA REINA SOFÍA Y EL AIRE DE LA LIBERTAD

Capítulo 22: EL LEGADO DEL REY SALOMÓN: UNA MUERTE SILENCIOSA

Capítulo 23: LA LARGA SOMBRA DE DARFUR